
LÁGRIMAS
DE BARRO
Un thriller en Santiago
LOBO y
DELGADO
nº 3
JORGE ZARAGOZA GÓMEZ

LÁGRIMAS DE BARRO
Un thriller en Santiago

Serie Lobo y Delgado nº3



© Jorge Zaragoza Gómez, 2025
Todos los derechos reservados. *Lágrimas de barro* es una novela de ficción cuya trama y personajes son imaginarios.

OBRAS DEL AUTOR

TRILOGÍA UN ÁNGEL NO DEBERÍA MORIR: un thriller policíaco adictivo y brutal protagonizado por una mujer convertida en inspectora de homicidios debido a su pasado.

Un ángel no debería morir
Caída al abismo
Los hilos del poder

NOVELA FINALISTA PREMIO LITERARIO AMAZON 2024: un thriller diferente protagonizado por una mujer muy especial que no te dejará indiferente.

Hermanos de Dios

THRILLER HISTÓRICO AMBIENTADO EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: una guerra, un secreto, una mujer dispuesta a arriesgarlo todo.

El secreto de Ilse

SERIE DETECTIVES LOBO Y DELGADO: apasionantes thrillers de misterio y suspense por la geografía española

Sangre entre viñedos (Un thriller en la Rioja)
Sombras de la infancia (Un thriller en Granada)
Lágrimas de barro (Un thriller en Santiago)

LO QUE DICE LA PRENSA

"*Jorge Zaragoza Gómez crea el ecosistema perfecto para que los inspectores Clara Sánchez y Santi Blanes enganchen desde la primera hasta la última página.*" **ABC**

"*Una obra cargada de elementos que no solo atrapan al lector, sino que describen la realidad que la rodea con una fuerte crítica social relativa a cuestiones de actualidad* " **Diario Información**

"*Un ángel no debería morir es una muy buena novela de misterio, con giros en la trama, sorprendiendo cada capítulo y con una trama de asesinatos más que interesante. Quiero más.*" **Josu Grilli - Nº 1 Goodreads España**

LO QUE DICEN LOS LECTORES

***** Electrizante, me encantó toda la serie *****

***** Lo he leído en dos días *****

***** Adictivo total *****

***** Te engancha desde el principio *****

***** Arrebatadora aventura *****

***** Atrapado hasta el final *****

REGALO EXCLUSIVO

Gracias querido/a lector/a por adquirir este libro.

¿Te gustaría recibir antes que nadie capítulos inéditos, nuevos lanzamientos, juegos de misterio tipo Cluedo relacionados con las novelas y otros contenidos exclusivos?

Únete a mi **lista de lectores** y accede **gratis** a todo esto desde el siguiente enlace:

Lista de correo de Jorge Zaragoza Gómez

O escanea el siguiente código QR:

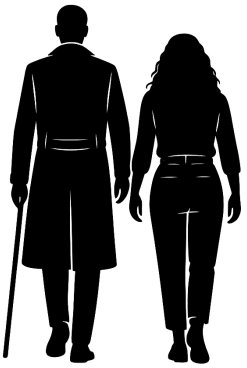
ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51

NOTA DEL AUTOR

LÁGRIMAS DE BARRO



LOBO Y DELGADO 3

1

Manuel Suances frunce el ceño al ver el sobre encima de la mesa del despacho. No estaba allí antes. Se acerca, lo coge. Tiene su nombre mecanografiado.

—Qué extraño —musita.

Duda antes de abrirlo. ¿Quién coño manda una carta en pleno siglo XXI? La levanta, la examina al trasluz, como si esperara descubrir un truco oculto, un sello secreto, algo. Nada. Solo papel. Rompe el borde con un gesto brusco y extrae la hoja. El papel es grueso, rugoso. Apenas lee la primera línea y una sonrisa torcida le cruza el rostro:

Feliz 50 cumpleaños, Manuel. Bienvenido al día de tu muerte.

Suelta una carcajada breve, seca.

—Venga ya…

Bastante tiene encima con la prensa pisándole los talones y la policía judicial revolviendo en sus cuentas como para aguantar gilipolleces de un bromista con ínfulas. Manuel lanza la hoja sobre la mesa sin siquiera volver a leerla. El papel cae con un leve susurro.

—Payasadas… —resopla, mientras se ajusta los gemelos de oro.

Se incorpora, con el movimiento algo torpe de quien ha ganado demasiados kilos en los últimos años. Su abdomen abulta bajo la camisa blanca, tirante, y la chaqueta azul marino se le marca en los hombros como una armadura mal encajada. Tiene el rostro ancho, carente de cuello, la papada prominente. Un bigote bien recortado intenta poner orden en una expresión soberbia que no ha aprendido a escuchar un no desde hace décadas.

Con paso lento pero firme, se acerca al ventanal. La ciudad de Santiago se extiende bajo una lluvia fina que empaña el cristal. Ni la lluvia, ni las filtraciones, ni las amenazas anónimas logran inquietarlo. Él no es un cualquiera. Es Suances.

—Carmen —gruñe, sin girarse—. ¿Estás ahí fuera?

La puerta se entreabre con un leve chirrido. La cabeza rubia de su secretaria se asoma, como la de un cervatillo ante el cazador.

—Sí, don Manuel.

—Hazme el favor de llamar a ese mierda de Antón. Que se deje de excusas y me consiga el informe de Urbanismo antes de mañana. Y si no lo consigue ya, que se lo meta por donde le quepa. Pero que no me toque más los cojones. ¿Estamos?

—Sí, claro —responde ella, sin levantar la vista.

Manuel se pasa la mano por el pelo repeinado con brillantina. A pesar de la edad, conserva cierta densidad capilar, aunque teñida de un tono castaño artificial que no engaña a nadie.

—Y tráeme un café, Carmen. Pero del bar, ¿eh? El otro me da ardor.

Cuando la puerta se cierra, Manuel se queda un instante en silencio y contempla el reflejo de su propio rostro en el ventanal. Un rostro que, hasta hace poco, se veía en las portadas de los dominicales, en las columnas de opinión que hablaban del "futuro ministro de Vivienda". Futuro ministro. No hace ni tres meses que se lo había insinuado el propio presidente durante aquella cena en Moncloa. "Manuel, después de las gallegas, te quiero en Madrid. Con lo que sabes moverte entre bambalinas, nos haces falta allí arriba".

Y tenía razón. Él era de los que sabían jugar. Sabía colocar a los suyos, manejar a los medios, tapar un escándalo con otro. Nadie le hacía sombra. Nadie.

Hasta que apareció ese puto terreno en Castiñeiras. Una operación fácil, de manual: recalificación silenciosa, sociedad pantalla, adjudicación amañada. Y después, un pelotazo limpio de seis cifras. Él ni siquiera firmó. Bastó con mover unos pocos hilos y dejar que los tontos útiles hicieran el resto.

Pero esta vez alguien tiró de la manta. Un concejal bocazas o un técnico de La Xunta, quién sabe. Lo que está claro es que la prensa olió sangre, la oposición se agarró al tema como un perro de presa y la justicia se subió al carro.

Ahora lo tienen cercado. Intervenciones telefónicas, registros, portadas a doble página con titulares de mierda. Y todo por unos

metros cuadrados de monte que no valen ni lo que cuesta el papel en que se imprimieron las noticias.

—Gentuza —masculla.

Aprieta los puños. Le hierve la sangre. Lo tenía todo. Por fin la gloria, el despacho ministerial con vistas al Congreso. Y ahora tiene que aguantar que lo traten como a un delincuente.

Pero aún no está todo perdido.

Él sabe moverse. Siempre ha sabido. Y si algo tiene claro Manuel Suances es que, en este país, el que grita más fuerte y resiste más tiempo, gana.

Con eso en mente, se deja caer en la silla, reclina el respaldo y entrelaza los dedos sobre el pecho. El cuero de la butaca cruje cuando se inclina hacia adelante. Observa satisfecho las estanterías de roble, llenas de tomos jurídicos que no ha abierto en años. El despacho, su antiguo bufete, sigue funcionando como símbolo. Aunque ya no ejerce, al menos no de cara al público, mantiene el cartel en la entrada con su nombre grabado en latón dorado: Manuel Suances & Asociados.

—Queda más elegante que "Alcalde de Compostela", ¿eh? —bromea para sí, con una sonrisa ladeada.

Porque eso es lo que era hasta hace tan solo unos pocos días atrás: el alcalde. Dueño y señor del Concello. Elegido por mayoría absoluta, respaldado por empresarios, temido por sus adversarios y, hasta hace poco, mimado por su partido. Lleva la vara de mando con la misma mano con la que antes firmaba demandas. Únicamente ha cambiado el sello; el poder sigue siendo el mismo.

Pero lo cierto es que prefiere este despacho al ayuntamiento. Allí hay demasiados ojos, demasiadas cámaras, demasiados aduladores con sonrisas de plástico. Aquí, en cambio, todo es suyo. Cada cuadro, cada alfombra, cada rincón huele a su victoria personal. A su ascenso en la escalera de la vida.

Echa un vistazo al móvil. Ni una llamada, ni un mensaje. Ni siquiera del partido. Nadie se ha acordado. Ni su hija, que estudia en California y que le escribe cuando necesita dinero. Ni su ex, que probablemente no ha olvidado lo del ático en La Toja. Ni siquiera un WhatsApp de esos automáticos con globitos y confeti.

Solo esa mierda de carta.

Su rostro se tensa. La busca con desgana entre los papeles del escritorio. La hoja sigue ahí, medio arrugada, al borde del cenicero. Al principio cree que es una mancha de humedad. Pero no. La tinta que antes mostraba aquella frase absurda está desvaneciéndose, como si la hubieran escrito con limón y una vela.

—¿Pero qué coj…?

Allí, donde antes estaban las palabras, aparece ahora otra cosa. Una dirección web. Una URL sencilla, sin logos ni nada comercial. Sin protocolo de seguridad. Sin sentido.

—Qué original… —gruñe, pero no la suelta.

La observa un instante más, indeciso. Luego niega con la cabeza, resopla, la deja sobre el teclado y enciende la pantalla del ordenador. Teclea la dirección con dos dedos gruesos, impaciente, como quien se rebaja a jugar una partida estúpida en una tarde aburrida.

Pulsa enter.

La pantalla se queda en negro durante unos segundos. Ni carga, ni gira ningún icono. Está a punto de cerrar la ventana cuando, de golpe, aparece el primer fotograma. Un vídeo. Es de hace unos años. Está más delgado, más ágil, pero con la misma sonrisa de tiburón. Está de pie, dando vueltas alrededor del tipo. Lo señala con el dedo. Le grita. "O firmas eso o te vas a la puta calle, chaval. Aquí o tragas, o te tragamos".

Su voz resuena con claridad. El vídeo no tiene cortes. La imagen se tambalea, como si alguien lo estuviera grabando a escondidas, desde un móvil apoyado en una carpeta. El siguiente vídeo salta sin transición.

Una sala de juntas. Suances, con un vaso de whisky en la mano, se jacta de haber "hecho cantar" a una concejala opositora. "Está en mi mano. Tengo su mierda, hasta los audios del amante. Si se mueve, la reviento. Literal". Le tiembla el párpado izquierdo.

Otro clic. Otro vídeo. Una menor, desorientada, sale de un coche oficial. Manuel le acaricia el hombro con fingida delicadeza, la guía hacia un portal. El audio está distorsionado, pero se escuchan

risas masculinas al fondo. Una voz susurra: "Esta es la que vino de Lugo, ¿no?"

Manuel se levanta de golpe. La silla rueda hacia atrás y choca con la estantería.

—¡Basta!

Va a cerrar la ventana, pero no puede. El cursor no responde. Los vídeos continúan.

El siguiente vídeo muestra a Carmen, su secretaria, llorando en el baño del despacho. Se la ve tratando de disimular un moratón en la muñeca. "Tuvo un mal día", murmura a alguien al otro lado del teléfono.

Manuel se deja caer en la silla. Está pálido. Le suda la frente. Toca el cuello de la camisa, se lo afloja. No encuentra aire.

Y entonces, una voz. Robótica, metálica. Seca como una cuchilla.

—La salida está en el segundo cajón. Como siempre. El mundo no necesita más de ti. Tú lo sabes. Hazlo antes de que empiece la emisión.

Silencio. Y entonces, una última imagen.

Una adolescente de unos catorce años. Trenzas, jersey azul, mirada perdida. Su rostro manchado de barro. La misma que... No. No puede ser. No puede ser ella. Manuel se tambalea al ponerse en pie. El despacho gira. Todo es eco y zumbido. Se apoya en la mesa. Mira el cajón. El segundo. El de la llave escondida. Donde guarda la pistola.

Tras unos segundos de quietud, la voz vuelve. Distorsionada.

—Has vivido sin castigo. Has abusado del poder, de las personas, de los cuerpos. Has comprado el silencio, has destruido dignidades, has enterrado la verdad.

Suances respira con dificultad. El sudor le empapa la frente y le resbala por la espalda. Mira el monitor: la imagen de la adolescente no desaparece. Le clava los ojos desde el fondo de la pantalla.

—Hoy, el día de tu cumpleaños, será el día de tu muerte. No habrá más secretos. No habrá más excusas. Si no lo haces, España verá lo que eres. Cada vídeo será público. Cada palabra, cada gesto, cada crimen.

Sus pupilas se aferran de nuevo a la pantalla. La imagen de la niña sigue allí. Inmóvil. Mirándolo. Como si supiera algo que él ha intentado enterrar.

—No... —musita, casi con voz de niño.

Con movimientos lentos abre el cajón. Allí está la pistola. Una 9 mm sobria, de cañón corto y empuñadura de madera desgastada. La ha comprado en sus años de alcalde, con papeles en regla, como un capricho que justifica con frases como *"por si un día alguien decide venir a por mí"*.

Se la lleva a la boca. Introduce el cañón entre los dientes. No llora. No se arrepiente. Solo piensa, por un segundo, en la voz del presidente diciéndole "Te quiero en Madrid". Luego en el ático de La Toja. Después en Carmen, con la muñeca amoratada. Y por último, en un llanto. Un llanto lejano. Femenino. Adolescente.

Manuel Suances cierra los ojos. Y aprieta el gatillo.

2

El pitido agudo de la cafetera rompió la calma del amanecer. En el interior del piso, el vapor del café trepaba como un espíritu sobre el fogón y perfumaba el aire con promesas de cafeína. Nora Delgado se agachó junto a la perra, que la miraba con ojos vidriosos y hocico tembloroso.

—Mi niña, tú sí que sabes cómo empezar el día, ¿eh? —le susurró mientras le acariciaba la barriga a Luna, que se revolvía en el suelo.

Félix Lobo apareció entonces desde el pasillo, el pelo mojado peinado hacia atrás y el bastón en la mano izquierda. En la derecha, sostenía un frasco de gel hidroalcohólico, que había aplicado por cuarta vez en la última hora sobre varios muebles. Su silueta alta y angulosa proyectaba una sombra alargada contra la pared.

El rostro, afilado, conservaba la palidez de alguien que apenas se expone al sol, con la cicatriz recuerdo de la explosión que le surcaba la mejilla izquierda. Vestía su uniforme habitual: camisa blanca inmaculada, pantalón oscuro sin una sola arruga y los zapatos Oxford como si acabaran de salir del escaparate. El bastón, de madera pulida con cabeza de águila metálica, parecía parte de su cuerpo más que un apoyo. Y aunque sus ojos claros acostumbraban a evaluar cada detalle con precisión, esa mañana no parecía mirar. Observaba. Se detuvo en seco al ver a Delgado descalza sobre el suelo de la cocina.

—Te lo he dicho mil veces. No andes descalza. Con Luna aquí, este suelo es un caldo de cultivo bacteriano.

—Pues que las bacterias proliferen en mis talones, mi niño. Que ya tengo bastante con que tú te limpies hasta las sombras.

Él resopló y dejó el frasco con un golpe seco sobre la encimera. Delgado se levantó y fue a servir el café. Vestía un pantalón deportivo negro y una camiseta blanca tres tallas más grandes, con el logo de un bar de tapas de Cádiz. El rizo rebelde de su pelo bailaba sobre la frente, y sus caderas generosas marcaban el ritmo cada vez que se giraba para coger algo del armario.

Lobo no apartaba la vista. Su mirada, siempre clínica, esta vez parecía suspendida, como si algo en aquella escena —la perra feliz, el aroma del café, la silueta de Delgado moviéndose despreocupada por la cocina— lo hubiera detenido en el tiempo. No era deseo, al menos no de ese modo urgente y obvio. Era otra cosa. Algo parecido a la fascinación, o al miedo de haber encontrado un lugar al que tal vez ya pertenecía sin saber cómo.

Delgado, que no necesitaba espejos para saberse mirada, se giró sin prisas, apoyó el trasero contra la encimera y lo miró con media sonrisa.

—No me mires así, mi niño. Que una no está acostumbrada a que la escaneen de esa manera antes de tomarse el primer sorbo.

Él parpadeó, lento, y bajó la mirada hacia el bastón como si de pronto se acordara de que debía sostenerse.

—No te estaba escaneando.

—Pues menos mal. Porque si me llegas a mirar con intenciones, se me quema el café.

Luna, como si hubiera percibido el cambio de atmósfera, ladró una sola vez, seca, imperativa, y después restregó el lomo por su dueña, como si diera por zanjado el momento.

Félix Lobo arqueó las cejas y se sentó sin decir palabra. Dejó el bastón apoyado contra la mesa y observó cómo Nora removía el café. Por un instante, una paz insólita se instaló en su pecho. Era una sensación leve, casi imperceptible, como un murmullo apenas audible entre el ruido de sus pensamientos. No se parecía a nada que hubiese experimentado en toda su vida. Ni a la descarga de adrenalina después de cada operación cuando durante sus años en los GAR, ni al alivio artificial tras una sesión de limpieza compulsiva. Esto era otra cosa. Algo nuevo. Algo simple. Y por eso mismo, aterrador.

¿Era eso la felicidad?

El pensamiento le golpeó como un puñetazo la boca del estómago. Supo que algo real y auténtico había llegado a su vida. que ese olor a café, ese cuerpo que bailaba con libertad en su cocina, esa perra llena de bacterias y pelos, todo le advertía algo que no sabía cómo manejar.

Se tensó. La felicidad era como una trampa que alguien le tendía con las manos abiertas. Una flor que, al tocarla, podía tener espinas. La experiencia le había enseñado que lo que se gana, se pierde. Y lo que se ama, duele. Así que su instinto le gritaba que se alejara. Que no bajara la guardia.

Sintió deseos de echar a correr y no parar hasta que se acabase el mundo. Pero allí estaba Delgado. De espaldas, con la camiseta grande que ondeaba como una bandera blanca en la batalla de su rutina. Ella era caos y calidez, ruido y ternura. Y sin darse cuenta, había entrado en su vida como quien empuja una puerta mal cerrada: sin pedir permiso, pero sin romper nada. Sintió el amargo regusto a vergüenza ante ese amago de cobardía de irse y juró que jamás se lo confesaría a ella.

Luna, que hasta ese momento había permanecido con el hocico apoyado en el suelo, se levantó de golpe y se desperezó con una sacudida de orejas y rabo. Su mano derecha se dirigió con reflejo automático hacia el bastón, que levantó con firmeza entre ambos cuerpos, como si se tratara de una barrera simbólica entre el orden y el caos.

—Quietecita ahí, Luna —murmuró Lobo—. Ya nos conocemos tú y yo.

—Mi *arma*, por Dios bendito… —saltó Nora mientras revolvía el café—. Que parece que en vez de una perra tienes delante un animal salvaje. ¿Qué trauma te dejó la pobre criatura? ¿Te robó un calzoncillo en otra vida?

Lobo ladeó la cabeza.

—No es trauma. Es higiene. Esa perra ha olisqueado el suelo de la calle, donde orinan, defecan y escupen otros seres caninos. Las almohadillas de sus patas contienen más gérmenes que un caldo de cultivo de laboratorio.

—Y aun así te mira con más ternura que la mitad de la humanidad —respondió Nora, dándole una palmada a Luna en el lomo—. Algo bueno tendrá la criatura, ¿no? Y no me vengas con el tema cansino de las bacterias.

La perra, impasible, se sentó con dignidad a un palmo del bastón. Félix se quedó meditativo hasta que el móvil de Nora empezó a vibrar sobre la mesa. Luego, testaruda como su dueña, el animal volvió a acercarse a Lobo. Esta vez lo hizo despacio, casi con timidez, como si intuyera que debía ser precavida con él. Félix, instintivo, deslizó de nuevo el bastón entre ambos con una firmeza suave, sin brusquedad, pero con la misma precisión con la que apartaría una amenaza invisible.

—No —susurró—. No hoy.

Delgado lo observó desde la silla, la cucharilla entre los dedos.

—Mi niño, si un día consigues acariciarla sin desinfectarte las manos después, te juro que organizo una fiesta. Con serpentinas. Y jamón de bellota —y descolgó el móvil.

Lobo la miró de reojo y esbozó una sonrisa. Sí, su vida había cambiado a mejor.

—Isabel, dime, mi arma.

Del otro lado de la línea, hubo un segundo de silencio.

—Nora, ¿te pillo mal?

—Estoy con el café en la mano y Luna pidiéndome mimos. Así que, si no es para anunciar el fin del mundo, puedes soltarlo con calma.

—Ojalá fuera una tontería. Pero no lo es.

Delgado se incorporó un poco en la silla. Lobo seguía en silencio, atento.

—¿Qué pasa?

—Han encontrado muerto al político Manuel Suances.

Nora frunció el ceño. El nombre le sonaba, pero no terminaba de situarlo.

—¿Suances...? Me quiere sonar.

—Fue alcalde de Santiago. Hasta hace unos pocos meses. Estaba metido en un buen lío por unos contratos públicos, pero eso

ahora da igual. Lo han hallado en su despacho. Solo. Con un disparo en la cabeza. Usó su propia pistola.

—¿Y tú crees que...?

—No soy yo. Es su padre. Me ha llamado esta mañana. Dice que su hijo no se habría quitado la vida. Que algo no encaja. Que hay detalles raros, aunque la policía no ve indicios de ningún delito. El hombre necesita respuestas. Os quiere mañana en su casa para hablar del tema.

3

Las luces de la tarde se filtraban entre la niebla como cuchillas de plata mientras la Kombi avanzaba por la carretera a través de paisajes que parecían sacados de una postal antigua: colinas cubiertas de carballos y castaños, eucaliptos que se erguían como centinelas del viento, y prados húmedos donde los helechos brillaban bajo la lluvia. Entre los árboles, los pueblos dormían bajo tejados de pizarra, sin prisa por despertar y el chirimiri, constante, golpeaba el parabrisas con el ritmo pausado de un tambor lejano.

Nora conducía con las manos firmes al volante y la vista atenta en la carretera serpenteante. Llevaba una chaqueta de punto gruesa sobre una camiseta blanca, y un moño mal hecho que dejaba escapar rizos negros. A su lado, Félix Lobo sostenía el portátil abierto sobre las piernas, el brillo de la pantalla se reflejaba sobre sus ojos azules, casi blanquecinos. En la parte de atrás, Luna roncaba estirada sobre una manta impermeable, con la dignidad de una reina destronada, encajada entre una caja de herramientas de luminol, una maleta de toma de muestras y la caja gris del microscopio de campo.

Un bufido sonoro rompió la quietud. Luego, otro. Y otro más.

—No… —murmuró Lobo sin apartar la vista de la pantalla.

Del fondo del vehículo llegó un gruñido leve, seguido del tintineo del collar. Luna había despertado, inquieta, y rascaba con la pata la red de separación que Félix había instalado para que no invadiera los asientos delanteros.

—No pienso darte conversación—añadió él, más alto esta vez.

Como respuesta, la perra dejó escapar un ladrido breve y seco.

—Está protestando, mi *arma* —dijo Nora, sin volverse—. Seguro que quiere mimos.

—Lo que quiere es mi destrucción por vía aérea. No pienso tolerar otro pelo más en esta chaqueta. La aspiré ayer.

Luna arañó la manta con gesto dramático y se dejó caer con un suspiro cargado de desprecio. Lobo tomó aire para poner al día a Nora sobre la información que había conseguido del fallecido.

—Manuel Suances, cincuenta y cinco años, licenciado en Derecho por la Universidad de Santiago, máster en Administración Pública en Madrid, y un olfato político que ya lo quisieran muchos ministros —empezó Lobo, en tono neutro, mientras recorría el texto con los ojos—. Fue concejal en los noventa, luego teniente de alcalde, diputado autonómico, y finalmente alcalde de Compostela. Tres mandatos. Mayoría absoluta las dos últimas veces.

Nora chasqueó la lengua, sin dejar de mirar al frente.

—No era precisamente un don nadie.

—No —admitió Félix—. Y tampoco era de los que pasaban desapercibidos. Por lo que me han dicho mis contactos en el Cuerpo, ya desde joven le llamaban "el capataz", por cómo organizaba los despachos y las reuniones: jerárquico, directo, duro. Con él se hablaba claro o no se hablaba. Muy de lealtades cerradas. El que estaba dentro, estaba protegido. El que no, ni agua.

—El típico que solo se rodea de los suyos.

—Exacto. Gente como él no deja cabos sueltos. Todo lo que tocaba llevaba su firma, incluso si no aparecía en papel. Sabía moverse. Pactaba, negociaba, presionaba si hacía falta. No dejaba que nada se decidiera sin su aprobación, aunque oficialmente no estuviera en el organigrama.

—Y todo se le torció con lo de Castiñeiras —murmuró Nora.

—El famoso terreno —asintió Lobo—. Una operación especulativa de manual: recalificación silenciosa, sociedad interpuesta, adjudicación amañada. Él no firmó nada directamente, por supuesto. Pero movió hilos. Demasiados.

—¿Y la justicia?

—La justicia va a su ritmo. Pero la prensa no esperó. Cuando olieron sangre, fueron a por él como sabuesos. Y el partido, por supuesto, lo dejó solo en cuanto empezó a arder el bosque.

Nora arrugó la frente. Mantuvo unos segundos el silencio, de forma que el rumor de la lluvia llenó el hueco que habían dejado las palabras de Lobo. El parabrisas iba y venía con su compás resignado, como si la Kombi también reflexionara sobre lo escuchado. Luego, con un gesto casi automático, estiró el brazo y encendió el reproductor de música que llevaba instalado desde que la furgoneta pasó a ser su refugio móvil.

No tuvo que buscar. La lista estaba en aleatorio, como siempre. A los pocos segundos, la voz ronca y cálida de Antonio Carmona emergió de los altavoces y envolvió el interior con los primeros acordes de *"Vengo venenoso"*. El cajón flamenco, las palmas suaves, y esa mezcla de quejido y ritmo le arrancaron una sonrisa mínima. La música llenó el habitáculo.

—Eso es lo que me hacía falta —susurró, más para sí que para él—. Un poco de alma.

Delgado se relajó ligeramente en el asiento. La carretera trazaba curvas suaves entre colinas envueltas en bruma. A la izquierda, un claro en la vegetación permitió por fin una visión despejada del valle, y sus ojos se posaron en algo que le hizo alargar el cuello.

—Mira eso —murmuró, reduciendo un poco la velocidad.

Entre la bruma tenue y el follaje húmedo, empezaron a perfilarse a lo lejos las torres de la catedral de Santiago. Poco a poco, como una acuarela que se revela bajo la lluvia, aparecieron los tejados inclinados de teja roja, los campanarios menores, y las calles estrechas que descendían hacia el corazón de Compostela. Todo estaba envuelto en esa luz húmeda y apagada que parecía prestada de otra época, como si la ciudad no perteneciera del todo al presente.

Félix siguió la dirección de la mirada de Nora, sin necesidad de que ella dijera nada más. La catedral, lejana pero ya imponente, se recortaba entre la bruma con esa solemnidad que parecía pedir silencio incluso desde la distancia. Cerró los ojos un segundo. Luego los abrió y habló, en voz baja, sin apartar la vista del horizonte.

—La primera vez que vi esas torres tenía ocho años.

Nora giró la cabeza hacia él, sorprendida. No porque hablara, sino por el tono: había en él una vibración cálida que rara vez se dejaba oír.

—¿Ocho? —repitió ella, suave.

Él asintió, lento.

—Mi madre me llevó en tren. Solo los dos. Era verano, pero llovía igual. Me acuerdo de cómo olía la piedra mojada al salir de la estación. Se reía. Se reía todo el tiempo. Me compró una concha, de esas para colgarse al cuello, y me dijo que algún día la volveríamos a usar juntos para hacer el Camino.

Nora no dijo nada. Le bastaba escuchar. Lobo, sin mirarla, siguió.

—Nunca lo hicimos. Mi padre y las reglas —tragó saliva—. Los niños no deben estar tanto tiempo a solas con su madre o se ablandan como el papel mojado —carraspeó antes de condesar—. En realidad, él usaba la palabra maricón.

Volvió a quedarse en silencio. El ruido de la lluvia se oyó de nuevo el habitáculo por unos segundos. Luego añadió:

—Cada vez que veo esa silueta, pienso en aquel momento. En cómo me cogía de la mano al entrar en la plaza del Obradoiro. Era la única vez que recuerdo que no tenía miedo de nada.

Lobo esbozó una sonrisa tan leve como la neblina que cubría el valle. Pero duró más que cualquier palabra. Afuera, Santiago de Compostela les esperaba.

El acceso al barrio de San Lourenzo se hizo más estrecho conforme la Kombi dejaba atrás la vía principal y tomaba una pequeña calle flanqueada por muros de piedra cubiertos de hiedra. El navegador indicó un último giro a la izquierda y, al hacerlo, la furgoneta se detuvo frente a una verja de hierro forjado coronada por bolas de granito cubiertas de líquenes. Un cartel oxidado, discreto, indicaba el número. No había nombre.

—Aquí es —dijo Lobo, consultando el GPS del móvil—. Número 14.

Nora apagó el motor y echó el cuerpo hacia adelante para observar mejor. Más allá de la verja, se adivinaba una casa de dos

plantas y una galería blanca acristalada en la planta superior. El jardín que la rodeaba estaba cubierto de musgo y hojas húmedas, salpicado de camelias en flor a pesar del gris de la tarde. Un pequeño hórreo de piedra, inclinado hacia un lado, parecía vigilar la entrada como un centinela antiguo.

—Pues sí que se ve gallego el sitio —dijo Nora en voz baja, con admiración.

Lobo bajó primero. Colocó el bastón con precisión en el suelo de tierra empedrada y aspiró el aire húmedo, que olía a madera mojada y a lluvia sobre piedra. A continuación, descendió ella tras cerrar la puerta de la Kombi con un leve chasquido y se acercó junto a Lobo. Luna, atada con su correa y envuelta en resignación peluda, se quedó esperando junto al vehículo como una estatua: digna, quieta, mojada.

Delgado apretó el timbre de la verja. Desde la galería superior se asomó una figura masculina. La silueta desapareció tras los cristales y, poco después, estaba frente a ellos. El mismo hombre les abrió, con gesto sobrio y contenido.

—¿Lobo y Delgado? —preguntó, sin alzar la voz.

—Así es, don Claudio —respondió Félix, dando un paso al frente—. Gracias por recibirnos.

—Gracias a ustedes por venir —dijo el hombre con un leve movimiento de cabeza, y les indicó con un gesto que pasaran.

Cruzaron el jardín siguiendo un camino de piedra irregular que crujía bajo sus suelas. A cada lado, las hojas caídas formaban un manto húmedo que el viento apenas movía. Nora notó cómo el musgo trepaba por los muros.

Vestía con pulcritud: jersey de lana azul marino, camisa blanca abotonada hasta el cuello y pantalón gris planchado. En los pies, unas botas de trabajo.

Les abrió la puerta de par en par. Al hacerlo, los envolvió un olor a lumbre y madera vieja. Un reloj de péndulo marcaba el paso del tiempo desde el pasillo, y en las paredes colgaban retratos de familia de otra época: marcos dorados, miradas severas, infancia en sepia.

—Pueden dejar los abrigos aquí. El salón está al fondo. He encendido la chimenea.

El salón era recogido y austero, con muebles oscuros, tapizados discretos y una alfombra de lana gruesa. En una esquina, la chimenea de piedra crepitaba con leña de roble. La tetera sobre la mesa baja lanzaba una columna de vapor tranquila. Don Claudio se sentó en un sillón junto al fuego. Tardó unos segundos en hablar, y cuando lo hizo, fue como quien retira un velo húmedo.

—Perdí a mi mujer hace dos meses. Teresa. Cincuenta y ocho años juntos. Desde los diecisiete.

No añadió nada más durante un momento. Su mirada vagó por el fuego, luego por la alfombra.

—Y ahora... —siguió Claudio, con voz más débil— ahora me llaman para decirme que mi hijo se ha matado. Que se disparó en su despacho. Solo. Sin una nota. Sin explicaciones.

Se inclinó hacia adelante. La tetera sobre la mesa humeaba, intacta.

—La policía dice que fue un suicidio. Que no hay indicios de otra cosa. Que el arma era suya, que nadie entró ni salió, que estaba todo en orden.

Claudio levantó unos ojos vidriosos hacia ellos.

—Pero yo lo conozco. Conozco a mi hijo. Y eso no es verdad.

Hizo una pausa, breve pero firme. Luego apoyó ambas manos en los brazos del sillón y, con voz serena, sentenció:

—Averigüen quién acabó con su vida. Porque alguien lo hizo. Puede que no apretara físicamente el gatillo, pero lo llevó hasta allí. Y yo no pienso morirme sin saber su nombre.

4

El ruido de la lluvia golpeaba los cristales con la insistencia de un viejo acreedor. En el interior del piso, el repiqueteo de las gotas solo era roto a veces por el zumbido perezoso del portátil y el crujido ocasional de la silla de madera en la que Bruno Ferreiro llevaba horas encorvado.

El despacho era una habitación estrecha, invadida por papeles, carpetas arrugadas, libros abiertos por la mitad y notas adhesivas que colgaban por todas partes. El portátil brillaba sobre un escritorio de madera vieja, arañada por los años y el descuido. A su lado, una taza de café frío, dos colillas apagadas en un cenicero improvisado gracias a un bote de yogurt y una libreta repleta de apuntes tachados. En pantalla, un documento titulado:

SUANCES: EL HOMBRE QUE SE CREYÓ INVENCIBLE

Bruno escribía sin pausa, los dedos ágiles pese al cansancio.

A Manuel Suances no lo derribaron los jueces, ni los periodistas, ni siquiera sus propios errores. Lo mató la impunidad. La que durante años lo arropó, lo protegió y lo alimentó hasta convertirlo en lo que fue: un encantador de serpientes disfrazado de gestor público. Un hombre que sabía ofrecerle a cada uno lo que quería oír, que estrechaba la mano mientras ya tenía el cuchillo afilado detrás de la espalda.

Bruno se detuvo. Encendió un cigarro. Observó cómo la brasa crecía al ritmo de su respiración. Luego volvió a escribir:

Durante más de dos décadas, Suances perfeccionó el arte de caer de pie. Si un escándalo estallaba, él ya tenía preparado otro. Si un enemigo se atrevía a enfrentarlo, acababa sin micrófono o sin cargo. Y si una verdad amenazaba con salir a la luz, encontraba siempre una puerta trasera por donde hacerla desaparecer.

Un trueno retumbó a lo lejos, apenas audible sobre el tejado empapado. Ferreiro siguió tecleando.

Los que lo conocimos de cerca sabíamos que su verdadero despacho no estaba en el Concello, sino en los reservados de los restaurantes, en las llamadas sin registro, en los favores que nunca se escribían. Allí era donde realmente gobernaba. Donde repartía poder con la misma ligereza con la que despreciaba a quienes no consideraba útiles. Especialmente si eran mujeres.

Otra pausa. Bruno tragó saliva. Borró la última línea. La reescribió.

Especialmente si esas mujeres no se doblaban ante él.

Volvió al inicio, leyó el texto de un tirón. No sonrió. Solo guardó y cerró el portátil. Se frotó la frente con la mano libre, y al hacerlo, notó el roce suave en su pantorrilla.

—¿Otra vez tú?

El gato se había deslizado por la rendija de la puerta, como hacía siempre que sentía que su dueño llevaba demasiado tiempo sin hablar con nadie. Era un animal viejo, pelaje gris y blanco, ojos desiguales de diferente color y expresión de quien ha vivido más de siete vidas. Se llamaba *Kafka*. No por esnobismo, sino porque cuando Bruno lo encontró, el gato llevaba horas encerrado en un patio interior, dando vueltas sobre sí mismo como si estuviera atrapado en una lógica que solo él entendía.

Kafka se restregó con desgana contra sus tobillos y luego saltó de un brinco medido al borde del escritorio. Se sentó, mirándolo con el aire de quien juzga sin pestañear.

—No pongas esa cara —murmuró Bruno, dándole una calada al cigarro—. Sé lo que estás pensando. Que ya estoy otra vez con lo de Suances. Pero dime tú una cosa…

Se inclinó hacia el gato, que no se movió.

—¿Desde cuándo un tipo como él se pega un tiro solo, en su despacho, y sin dejar ni una nota para joder a otros? —se irguió—.

Manuel Suances no se rinde, Kafka. No baja la cabeza. No pide perdón. Manuel Suances, si se va, se lleva a medio mundo con él.

El gato parpadeó con lentitud, como si aprobara la sentencia. Luego se tumbó, indiferente, junto al portátil tibio. Bruno lo miró un instante más. Luego volvió los ojos hacia la pantalla en negro y murmuró, casi para sí:

—Esto no es el final. Es la apertura de algo mucho más interesante. Y tú y yo lo vamos a averiguar.

Bruno apartó a Kafka con un gesto suave. El gato no protestó, solo se dejó caer con elegancia sobre el alféizar y allí se quedó, mirando como si también esperara algo. El periodista se levantó despacio, estirando las piernas entumecidas, y caminó hasta un armario bajo, encajado en la pared. Abrió una de las puertas y sacó una caja de cartón con cinta aislante en los bordes, con una etiqueta borrosa en la tapa: "S."

La depositó sobre la mesa con cuidado. Dentro, carpetas manoseadas, recortes de periódico, informes impresos con sellos oficiales, fotografías arrugadas en blanco y negro, anotaciones suyas a bolígrafo rojo, subrayados furiosos y post-its que se despegaban con los años. Todo estaba allí: los primeros escarceos políticos de Suances en los noventa, sus viajes a Madrid a "ver al partido", las constructoras amigas, los contratos menores que se convirtieron en millonarios.

Bruno hojeó al azar. Un documento del año 2004: adjudicación de obra pública sin licitación. Otro de 2009: grabación filtrada de una conversación en una cena privada. Nada sirvió entonces. No era el momento. Nadie quiso mirar.

Sacó una carpeta fina, de color celeste, con una sola palabra escrita en la solapa: "Lucía". La abrió despacio. Dentro, una fotocopia del parte forense. Un correo electrónico impreso, reenviado desde una cuenta anónima. Una nota manuscrita que decía: "No confíes en Barreiro. Él sabía". Y una foto, apenas visible, de una mesa del Concello con papeles desordenados y una taza rota en el suelo.

Bruno no tocó nada. Solo la miró durante un rato largo, como si esperara que le hablara.

—Fuiste la primera que vio el agujero —murmuró, apenas audible—. Y te tragó entera.

Guardó la carpeta. Volvió a cerrar la caja con la misma parsimonia con la que se cierra un ataúd. Luego Bruno encendió de nuevo el portátil, pero no tecleó nada. La pantalla parpadeó e iluminó sus facciones con una luz azulada que acentuaba las ojeras profundas. El documento seguía abierto, a la espera. Pero él no tenía nada más que decir. No en ese momento.

Suspiró, largo, y se quedó allí un instante, con los ojos cerrados.

—Voy a salir un rato —murmuró finalmente sin levantar la voz, mientras se giraba hacia Kafka—. Tú vigila la fortaleza. Ya sabes que eres el último guardián.

El gato, imperturbable, bostezó sin dignarse a mirarlo. Bruno se acercó al perchero. Se puso el abrigo negro largo, ese que le rozaba casi los tobillos, y se enroscó la bufanda de lana gris como un ritual aprendido. Luego cogió las gafas del escritorio, se las puso sin prisas, y justo cuando iba a salir, desvió la mirada hacia el mueble de la entrada.

Allí, entre llaves, sobres sin abrir y un viejo cenicero, descansaba una fotografía enmarcada. Él, veinte años más joven, con el rostro más lleno, la sonrisa franca, el pelo oscuro y despeinado por el viento. A su lado, una mujer pelirroja de melena larga, rizada, que reía. Apoyaba la cabeza ligeramente sobre su hombro. Ambos miraban al fotógrafo, con un mar bravo de fondo, congelados en una tarde luminosa que ya no existía.

Bruno ladeó la cabeza, como si quisiera completar la escena. Se imaginó el color de su voz, el gesto con el que se apartaba el pelo de la cara, la forma en que se encendía cuando hablaba de cosas que le importaban. Intentó dibujarla con años encima. No pudo. No porque no quisiera, sino porque algo en su interior se negaba a vestirla de presente.

—¿Cómo serías tú ahora...? —murmuró, los ojos vidriosos.

Cerró la puerta con suavidad. Afuera, la ciudad lo esperaba.

5

La mañana en Santiago tenía ese brillo tenue que solo aparece tras la lluvia. Las piedras de la ciudad, todavía húmedas por la noche, devolvían una luz opaca y suave, como si respiraran. En la Praza da Quintana, los primeros peregrinos ya descansaban apoyados en sus mochilas, mirando la catedral con esa mezcla de alivio, incredulidad y cansancio acumulado de varios días de marcha.

Nora caminaba con paso firme, las manos en los bolsillos de su chaqueta de lana mientras el bolso cruzado le rebotaba ligeramente contra la cadera a cada zancada. Lobo, a su lado, avanzaba con el bastón marcando un ritmo preciso sobre los adoquines, su andar recto, casi militar, contrastaba con el movimiento despreocupado de su compañera. De vez en cuando, pasaba un pañuelo por la empuñadura del bastón, como si le incomodara la humedad ajena.

Al pasar junto a un banco de piedra, se cruzaron con dos peregrinos exhaustos. Uno llevaba el pelo largo, apelmazado por el sudor y la mugre; el otro, una barba de varios días que parecía haber acumulado polvo de medio camino. La ropa necesitaba una buena limpieza y un halo de olor agrio los envolvía. Lobo frenó apenas un instante. Sin mediar palabra, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una mascarilla perfectamente doblada y se la colocó con precisión sobre la boca y la nariz.

—Santiago a esta hora tiene algo de santuario y algo de trampa —comentó ella, entre dientes.

—Como casi todos los lugares donde se viene en busca de redención —respondió Lobo.

—¿Redención? —replicó Nora, con una ceja arqueada y una media sonrisa torcida—. Por favor, Lobo, la mitad vienen en busca de redención y la otra mitad para una buena foto que subir a las redes.

El Camino está de moda. Que si *selfie* con la concha, que si abrazo a la catedral. Eso sí, bien retocadas con filtros. Que el alma también quiere *likes*.

Lobo giró apenas la cabeza hacia ella, sin detener el paso. En sus labios asomó una mueca que no llegaba a sonrisa, pero se le parecía.

—¿Y tú en cuál categoría estarías?

—Yo solo redimo a los que me invitan a un buen pulpo a *feira,* mi niño —dijo, encogiéndose de hombros—. Y ni así garantizo el perdón completo.

A su alrededor, la ciudad despertaba con lentitud. Los cafés abrían sus puertas, los barrenderos arrastraban escobas por las losas centenarias, y los grupos de turistas empezaban a dispersarse como un rebaño desorientado.

El bufete de Suances & Asociados ocupaba el primer piso de un edificio noble de la Rúa do Vilar. La fachada era de granito, con balcones de hierro forjado y un portón de madera maciza que parecía resistirse al paso de los siglos. No había placa visible, solo unas letras discretas grabadas en un buzón: Suances & Asociados. Derecho Urbanístico y Administrativo.

—Elegante —murmuró Lobo, apoyado en su bastón mientras examinaba la entrada—. Aunque más discreto de lo que uno esperaría como lo que hemos podido averiguar de Manuel Suances.

—Tal vez porque el ruido ya lo hacía él —replicó Nora.

Subieron por una escalera de mármol algo gastada, flanqueada por una barandilla de hierro fundido que olía a producto desinfectante. En el primer rellano, una puerta de madera con cristal esmerilado dejaba entrever el logo del despacho. Nora tocó el timbre con los nudillos y Félix se ajustó la mascarilla. La luz del interior parpadeó un instante antes de estabilizarse.

Les abrió una mujer de unos sesenta años, rostro delgado, maquillaje en los extremos de los ojos. Llevaba una blusa beige bajo una chaqueta de punto gris y un colgante en forma de cruz que parecía más talismán que adorno.

—Carmen —dijo Nora en tono neutro pero cálido.

La mujer asintió sin decir nada y se apartó para dejarles pasar.

—Gracias por recibirnos —añadió Lobo al cruzar el umbral.

Ella fijó la vista por unos segundos en la mascarilla que le cubría la boca, pero no hizo mención al respecto.

—Pueden seguirme —murmuró Carmen, y su voz, aunque serena, llevaba la marca de muchas noches sin dormir.

La recepción olía a café de máquina y papel impreso. Caminaron por un pasillo largo y angosto, alfombrado en gris, con puertas a ambos lados que dejaban entrever a varios abogados sumidos en su rutina: pantallas encendidas, murmullos por teléfono, miradas fugaces que se desviaban con disimulo.

—Es por el padre —explicó ella, sin que nadie preguntara—. Don Claudio me pidió que colaborara en lo que hiciera falta. Y a él no se le dice que no.

Se detuvo ante una puerta doble. La de Suances. Sacó una llave del bolsillo y la introdujo con cuidado, como si no quisiera despertarlo.

—Nadie ha entrado desde que la policía lo cerró. A excepción de mí, para ventilar.

Les hizo pasar al interior. Era amplio, luminoso, sobrio y opulento a la vez. Madera en el suelo, alfombra persa de tonos burdeos y azul noche, una mesa de roble maciza sin un solo papel fuera de lugar. En la pared del fondo, una estantería acristalada exhibía volúmenes legales encuadernados en piel, intercalados con trofeos antiguos y un par de fotografías enmarcadas: una con el presidente del gobierno; otra, con su hija pequeña, subida a sus hombros en una playa.

—Empecé hace veintidós años cuando el bufete lo llevaba don Claudio. Él era otra cosa. Duro, pero con principios. Cuando se jubiló y Manuel tomó las riendas… —Carmen bajó un poco la voz—... el bufete se volvió más grande, más brillante, más ambicioso. Pero también más frío. Todo funcionaba. Pero nadie respiraba tranquilo.

El despacho estaba en silencio, pese a la actividad tenue que se oía al fondo del bufete. Carmen se había sentado frente a ellos

con la espalda recta y las manos cruzadas sobre el regazo. Tenía ojeras marcadas.

—Gracias por recibirnos —dijo Delgado—. Sabemos que no es fácil.

—Lo hago por don Claudio —repitió Carmen, bajando un poco la voz—. Si no fuera por él, yo no estaría aquí. Me dio el primer trabajo serio de mi vida cuando este despacho apenas tenía dos abogados. Hoy son más de doce. Pero antes... —hizo una breve pausa, como si buscara el tono justo—. Antes se respiraba distinto.

Lobo asentía sin apartar la mirada. Carmen evitaba encontrarse con la suya.

—¿Cómo fue ese día? —preguntó él—. El día que falleció don Manuel.

—Era martes —empezó ella, respirando hondo—. Llegó tarde, para lo que solía ser habitual. Siempre tenía algo antes: reuniones, llamadas, almuerzos discretos, ese mundo que no aparece en la agenda. Ese día, como tantos otros, entró sin saludar.

—¿Mostró algún comportamiento extraño? —preguntó Delgado.

—Extraño no —dijo Carmen, cruzando y descruzando las manos—. Se metió en el despacho y cerró la puerta. Cuando la cerraba, ya sabíamos que no había que molestar. Era su manera de marcar territorio.

—¿Y le pidió algo? —intervino Lobo.

—Solo café del bar. Siempre decía que el de la cafetera era "para ratones de biblioteca". Me pidió que llamara a Antón Barreiro con urgencia. Lo quería antes de las doce con un informe. Cuando le dije que Barreiro estaba en los juzgados, me contestó con uno de sus comentarios. Dijo... —hizo una pausa, respiró—... que si Barreiro no podía traerle el informe, podía metérselo por donde le cupiera. Palabras textuales.

Delgado asintió con lentitud. Carmen tragó saliva y miró hacia la ventana.

—¿Recibió alguna visita ese día? —preguntó Lobo.

—No —respondió Carmen, con un gesto automático, casi reflejo—. Que yo sepa, no. No vi entrar a nadie. Nadie llamó, al

menos no que me pidiera pasarle.

Sus dedos no dejaban de juguetear con el colgante de la cruz. Tragó saliva, y sus manos, que hasta entonces habían estado unidas sobre el regazo, comenzaron a moverse, tensas, como si buscaran algo que no sabían encontrar.

—Ese día, el sonido me pilló desprevenida. No fue un disparo como en las películas. No fue como una explosión. Fue... —apretó las manos con fuerza—. Como cuando cae algo muy pesado sobre una alfombra mojada. Un ruido seco. Y se hizo un silencio que no era normal. Un silencio raro, como si el aire hubiera dejado de circular.

—Y entonces... entré —musitó Carmen, bajando la mirada al suelo—. No podía ignorarlo. Algo dentro de mí lo supo antes de abrir la puerta.

Se le quebró la voz. Sus labios temblaron un segundo antes de apretarlos con fuerza. Luego, con un esfuerzo casi físico, levantó la cabeza, pero sus ojos no miraban a ninguno de los dos. Se perdían en algún punto del pasado.

—Estaba en el suelo. De lado. La sangre llegaba hasta las patas del escritorio. Y había trozos —la palabra salió casi inaudible, como si al nombrarla pudiera invocarla otra vez—. No solo sangre. Trozos.

Apretó los ojos, y dos lágrimas descendieron por sus mejillas

Nora se inclinó hacia ella y le rodeó los hombros con suavidad. Carmen se dejó caer hacia adelante, apenas un poco, lo justo para no desplomarse del todo.

—No consigo quitarme la imagen de la cabeza —susurró—. Ni ese olor. No sé cómo voy a volver a entrar aquí cada día.

Carmen se pasó un pañuelo por la cara con manos torpes, aspiró hondo y se obligó a erguirse. Lobo esperó. Cuando habló de nuevo, lo hizo con voz baja.

—¿Había alguien más en el despacho a esa hora?

Carmen dudó un instante, luego asintió con lentitud.

—Sí... Adriana —murmuró Carmen, con los ojos enrojecidos—. Estaba aquí. En el despacho de al lado. La última en marcharse, como siempre.

Guardó silencio unos segundos. Se notaba que le costaba volver a ese momento.

—Fue ella quien actuó —añadió, más bajo—. Yo... yo no supe qué hacer. Me quedé allí, en medio, plantada como una estatua. Quieta. Ni siquiera grité. Ni una palabra.

Tragó saliva. Nora la miró con respeto, sin interrumpir.

—Fue Adriana la que entró en el despacho y llamó a emergencias. Luego me sacó de allí. Recuerdo su voz, muy baja, muy clara. Me decía: "No mires, Carmen. No lo mires más." Pero yo ya lo había visto. Todo. La sangre, los restos... todo. Y no pude moverme. Ni entonces, ni después.

Se frotó el rostro con ambas manos, como si quisiera arrancarse el recuerdo a la fuerza.

—Ella fue la que habló con la policía, la que les explicó todo. Yo solo firmé la declaración cuando me la trajeron. No podía ni sujetar el bolígrafo.

Lobo inclinó apenas la cabeza.

—¿Está hoy en el bufete?

—No. Pidió unos días. Adriana fue capaz de gestionarlo, pero todos tenemos un límite.

Lobo se incorporó ligeramente en la silla. Había dejado de tomar notas hacía minutos, pero su mente seguía trabajando.

—¿La policía encontró algo en el despacho que considerara relevante? ¿Se llevaron algo?

Carmen asintió con lentitud, como si tuviera que revisar sus recuerdos hoja por hoja.

—Sí... —murmuró—. Se llevaron el portátil de don Manuel. Y una figura. Pequeña. De barro.

—¿De barro? —repitió Nora.

—Sí. Era... —hizo un gesto vago con las manos, como quien intenta moldear el aire—. Como una figurita infantil. Mal hecha. Yo no la había visto antes. Solo la vi cuando el inspector la señaló, justo al lado del monitor. Parecía como si la hubiera dejado alguien. O como si él la hubiera puesto allí ese mismo día.

—¿Y no la recuerdas de antes? —insistió Lobo.

—En absoluto —negó Carmen con firmeza—. Y llevo más de veinte años en este despacho. Conozco cada objeto, cada papel fuera de sitio. Esa figura no pertenecía a este lugar. Ni a él.

Nora cruzó una mirada breve con su compañero.

—¿Cómo era exactamente?

Carmen entrecerró los ojos, concentrada.

—Como un muñeco, creo. Sin rasgos definidos. Solo el barro modelado con torpeza, parecía hecho por un niño. No tenía color. Solo esa textura áspera, como seca y agrietada. Uno de los agentes dijo que quizá era simbólica, que podía ser una especie de recordatorio o de amenaza.

—¿Cree que podría tener algún significado personal para él? —preguntó Lobo.

—Don Manuel no era de recuerdos sentimentales —dijo Carmen con una mueca triste—. Si algo no servía para trabajar o para quedar bien delante de alguien importante, simplemente no lo tenía a la vista. Por eso esa figura me descoloca tanto. No encajaba con él.

Nora se levantó despacio. Le tendió una tarjeta.

—Por si recuerda algo más. Lo que sea. A veces los detalles llegan cuando una ya no los busca.

Lobo se puso en pie también, acomodando su bastón.

—Gracias, Carmen —dijo con una inclinación leve de cabeza—. Ha hecho más de lo que cree.

Ella asintió, pero no respondió. Solo los siguió con la mirada mientras salían del despacho. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Carmen se permitió por fin cerrar los ojos. Y respirar.

6

El mar golpeaba con fuerza la costa baja y escarpada de la Ría de Arousa, como si quisiera recuperar cada metro que el hombre le había robado. Las gaviotas volaban bajo, inquietas, y el viento traía un olor áspero de sal, algas y lluvia que aún no caía, pero ya se sentía en los huesos.

El chalé, de líneas modernas y ventanales amplios, se alzaba sobre una loma discreta con vistas al agua. Hormigón, cristal y madera oscura, rodeado de pinares que se curvaban por la brisa. Una construcción nueva, elegante, de esas que no salían en portales inmobiliarios, pero que todo el mundo en la zona sabía de quién era.

En el interior, todo estaba en silencio. Las luces eran cálidas, indirectas. Las paredes, adornadas con litografías sobrias, solo interrumpidas por una vitrina de cristal iluminada desde abajo.

Él estaba de pie junto a la cristalera, con una copa de whisky caro en la mano, aunque no había bebido todavía. La chaqueta de punto de cachemir descansaba sobre el respaldo del sillón, y los zapatos —piel italiana, suela artesanal— estaban perfectamente alineados sobre la alfombra persa. Llevaba una camisa blanca, abierta en el cuello, y un reloj de oro mate que no brillaba, pero pesaba.

Miraba hacia el mar.

—Mentira —dijo al fin, sin alzar la voz.

Detrás de él, un hombre más joven, traje azul marino, tablet en la mano, esperaba sin moverse.

—Ese cabrón no se vuela la tapa de los sesos así, de un día para otro. Y menos en su despacho. Sin nota. Sin ruido.

El joven hizo ademán de hablar, pero el otro levantó apenas un dedo.

—No. Suances era muchas cosas, pero no un mártir. Si se iba, se llevaba a alguien. O a varios.

Giró entonces sobre los talones y se acercó a la mesa. Cogió el *Diario de Pontevedra* y lo estiró como si alisara un cadáver.

—Esto no es una muerte. Es un mensaje. Y lo que más me jode, es que no sé si es para mí.

Se sentó despacio. Luego miró al joven, por fin.

—Dime que tenemos a alguien escuchando a los que hay que escuchar.

El joven asintió.

—Estamos en ello. La policía nacional no ve delito, lo cerrarán como suicidio en menos de cuarenta y ocho horas.

—Claro que lo harán —musitó el hombre, con una mueca que no llegaba a sonrisa—. Nadie quiere abrir un pozo si no está dispuesto a oler la mierda.

El joven dudó antes de continuar.

—Pero el padre, Claudio Suances. Anda revuelto. Parece que insiste en que su hijo no se suicidó.

El hombre caminó hasta la cristalera. El mar seguía allí, impasible, como si escuchara.

—No le quitéis ojo, lo que llevábamos entre manos era muy gordo.

Volvió a girarse hacia el joven, esta vez con la mirada afilada.

—Y cuanto más gordo es lo que se maneja, más ruido hace cuando cae. Que nadie se crea a salvo.

El joven asintió, sin atreverse a interrumpirle.

—Favores —añadió el hombre, casi en un susurro, como si le hablara al eco del mar—. Favores que no se apuntan en ninguna libreta, pero que se cobran al céntimo. Y ahora —tomó aire, como si oliera la tormenta que se avecinaba—, ahora nos toca vigilar. Y esperar.

En ese momento Tomás Regueira apareció en la sala. Su presencia no necesitaba anuncio: llevaba veinte años entrando y saliendo de ese salón sin más ceremonia que un leve asentimiento de cabeza. A diferencia del joven ayudante que nada más verlo marchó, Regueira sabía cuándo hablar y cuándo callar.

Rafael Casal seguía de pie, la copa de whisky intacta en la mano, mirando el mar con esa quietud peligrosa de quien está demasiado acostumbrado a tomar decisiones irreversibles.

—¿Sabes qué es lo que me molesta de todo esto, Tomás? —dijo al fin, sin girarse.

—Podría hacer una lista —respondió el abogado, con una media sonrisa.

Rafael dejó escapar una risa breve, seca.

—Lo que me molesta... es no haberlo visto venir. Porque conozco a Manuel Suances desde antes de que supiera anudar una corbata sin ayuda. Nos dimos la mano en un reservado del Casino de A Toxa, una noche de verano del noventa y uno. Yo movía fardos en barcos alquilados. Él llevaba una americana barata con coderas y hablaba con aires de grandeza.

Se volvió despacio, apoyó la copa sobre la repisa de mármol y se sentó con parsimonia en el sillón de cuero, sin apartar los ojos de Regueira.

—Era ambicioso. Implacable. El tipo de persona que no cree en las reglas porque está convencido de que ha nacido para escribirlas. Le di una oportunidad. Un par de gestiones menores, revisiones de sanciones, papeles que necesitaban desaparecer sin dejar rastro. Y me respondió como los buenos: sin preguntas, sin promesas, solo resultados.

Tomás se acomodó en el otro sillón y cruzó las piernas. Sabía que aquel no era un relato nostálgico. Era un ajuste de cuentas con los recuerdos.

—Con los años, se convirtió en algo más. El bufete creció, se profesionalizó. Se volvió una fachada perfecta —continuó Rafael—. Podías meterle a ese despacho el dinero más sucio del mundo y salía como inversión extranjera con sello de notaría y sonrisas en el registro de la propiedad.

—Un artista —dijo Tomás con voz neutra.

—Un artista, sí. Pero los artistas también sangran. Y este ha sangrado de una forma que no es suya —Rafael alzó un dedo—. Él no se habría quitado la vida así. No sin dejar al menos un enemigo caído en el camino. Suances era un hijo de puta, pero un hijo de

puta meticuloso. Si decidía desaparecer, lo hubiera hecho dejando una herencia de miedo.

Tomás lo observó en silencio unos segundos antes de hablar.

—Quizás alguien se adelantó. Lo empujó. O le enseñó algo que no pudo digerir.

Rafael bajó la mirada hacia sus manos, donde la copa empezaba a temblar. No de nerviosismo. De rabia contenida.

—Habíamos quedado en vernos en diez días para cerrar lo de Altamar. No era poca cosa, Tomás.

Le dio un largo trago a la bebida.

—Quiero que te encargues tú, personalmente —dijo al fin, con la voz envuelta en acero templado—. Nada de terceros. Nada de dejar cabos sueltos.

Tomás se inclinó apenas hacia adelante, atento.

—¿Encargarme de qué exactamente?

—De todo —replicó Rafael, sin apartar la vista del ventanal—. Quiero que borres cualquier hilo que pueda llevar hasta nosotros. Si alguien empieza a tirar, ya sabes lo que hay que hacer.

7

El camino serpenteaba entre *soutos* de castaños, eucaliptos dispersos y viejos carballos que se entrelazaban sobre la pista estrecha. El cielo estaba limpio y una brisa templada movía las hojas sin urgencia. A lo lejos había quedado el perfil de Santiago que apenas se intuía ya entre las ondulaciones del valle.

La *Kombi* se había adaptado al entorno y avanzaba con tozudez gallega, rugiendo en cada cambio de marcha. Delgado conducía con una mano en el volante y la otra apoyada en la ventanilla, la mirada en el camino y los pensamientos en el caso. Lobo iba a su lado, recto, el bastón entre las piernas y la mascarilla en el bolsillo interior de la americana.

La pista de tierra se empezó a estrechar más, bordeada por muros de piedra cubiertos de musgo y helechos que se abrían paso entre las grietas como si reclamaran el terreno para sí. A cada metro, la vegetación parecía cerrarse sobre ellos y absorbía los ruidos del motor hasta solo escuchar el crujir leve de las ruedas sobre la gravilla y el canto insistente de algún mirlo escondido entre las ramas. Y entonces, tras un recodo, apareció.

La cabaña no era grande, pero sí sólida. Piedra vieja, tejado de losas de pizarra oscurecidas por el tiempo y un porche que miraba hacia un prado en desnivel, donde el sol tejía reflejos sobre la hierba. La chimenea, de granito rugoso, asomaba por un lateral. Un par de macetas con pensamientos y hierba luisa en la entrada rompían la sobriedad del conjunto, y junto a la puerta, colgado de un clavo oxidado, un farol de hierro forjado.

—Pues aquí vive nuestra abogada —dijo Delgado, apagando el motor—. Solita, entre castaños y Dios.

Delgado miró de nuevo hacia la casa, luego a su compañero.

—¿Te parece normal que alguien que trabaja hasta tarde en un despacho del centro de Santiago viva aquí?

Luna ladró. Antes de que Lobo pudiera responder una mujer que rondaría la treintena apareció en el umbral de la casa. Iba vestida con una rebeca amplia de lana color crudo, unos vaqueros desgastados amplios y unas zapatillas deportivas.

Avanzaron hasta ella. El cabello, castaño apagado, lo llevaba recogido en un moño alto, sujeto sin demasiado esmero con un lápiz. Unas gafas de pasta gruesa, tras las que se adivinaban unos ojos marrones profundos, descansaban sobre su nariz. El rostro, de facciones suaves y sin maquillaje, mostraba la palidez de quien pasa más tiempo entre paredes que bajo el sol. No llevaba abrigo, pese a que el aire del bosque traía todavía el fresco de la mañana. Extendió la mano con naturalidad, primero hacia Lobo, luego hacia Delgado.

—¿Encontraron bien el sitio? —preguntó con voz suave—. Aquí, entre árboles y caminos viejos, los GPS a veces se pierden. Como si el satélite también tuviera miedo de entrar.

—No nos perdimos —respondió Lobo—. Aunque su casa no se deja encontrar fácilmente.

—Eso es parte del encanto —murmuró Adriana, esbozando una sonrisa breve.

Se hizo a un lado y les indicó con un gesto que la siguieran.

—Si les parece bien, podemos sentarnos afuera. A esta hora el sol calienta lo justo y un día como el de hoy hay que aprovecharlo.

Cruzaron el pequeño sendero empedrado que unía la entrada con el porche lateral. Las piedras crujieron bajo sus pasos. Allí, una mesa de pino claro envejecido ocupaba el centro, flanqueada por bancos largos. Sobre la mesa, una tetera humeante y tres tazas. Delgado señaló hacia Luna que correteaba por el jardín.

—¿Le molesta la perra?

—Me encantan los animales —sonrió, mientras les servía una taza de té—. ¿Quieren azúcar o miel?

Lobo escaneó la taza y echó mano al bolsillo para sacar el gel hidroalcohólico, pero detuvo el gesto en el último momento.

—Gracias, pero yo no tomaré nada.

La mujer esbozó una sonrisa.

—Por favor —dijo con sencillez, mientras servía té en un par de tazas—. Pregunten lo que necesiten. Haré lo posible por responder.

Nora tomó la taza con ambas manos y observó a Adriana con atención.

—Antes de empezar —dijo al fin—, me gustaría saber cómo se encuentra. Imagino que estos días no han sido fáciles.

—Ver algo así no es fácil de digerir— Adriana bajó la mirada un instante—. Gracias por preguntar, pero voy mejor. Puede parecer que estoy alejada de todo y de todos, pero este lugar me ayuda a reconectar conmigo misma y evadirme..

—Entiendo —respondió Delgado—. Si no le importa, nos gustaría hacerle unas preguntas sobre la muerte de Manuel Suances.

La conversación se desarrolló sin aportar demasiados datos de interés para la investigación. Adriana era madrileña y llevaba cuatro años en el bufete Suances & Asociados. Lo mencionó con la misma naturalidad con la que hablaba de su refugio en medio del bosque. Tras varios años en la capital —y un agotamiento acumulado que no detalló—, había decidido dejar atrás la gran ciudad y buscar algo distinto. Encontró aquella cabaña de piedra a las afueras de Santiago casi por accidente, y desde entonces, el silencio del bosque y la naturaleza se había vuelto su forma de equilibrio.

No notó nada raro en Manuel Suances en los días previos a su muerte. Lo describió como el mismo de siempre: exigente, distante, eficaz. No más severo ni más agitado de lo habitual, cosa a agradecer. Tampoco había tenido constancia de visitas especiales, ni de llamadas inusuales. Si algo estaba ocurriendo, no lo compartió con ella. Manuel era hermético por naturaleza, y había perfeccionado ese muro que lo separaba de todo lo que no considerara útil o estratégico.

—Carmen nos habló de una figura —dijo Delgado, tras dejar la taza sobre el plato con un leve tintineo—. De barro. Pequeña. Según la policía, estaba junto al monitor de Suances cuando lo encontraron. ¿Le suena?

Adriana ladeó la cabeza y desvió la mirada hacia el bosque, como si allí pudiera encontrar la imagen.

—¿Una figura...? —repitió, con la voz algo baja—. No... no lo recuerdo. ¿Barro?

—Sí. no la había visto antes. Pensó que quizá era algo simbólico. Algo fuera de lugar.

Adriana guardó silencio unos segundos. Luego asintió con lentitud, casi para sí misma.

—Ahora que lo dice —cerró los ojos—, algo así, como una especie de muñeco tosco, me suena haberlo visto. Pero no me llamó la atención en ese momento. Estaba en la mesa, cerca del monitor, sí. Podría haber estado allí desde hace días. O no.

Lobo se acomodó ligeramente en el banco.

—¿Le pareció personal?

—No especialmente —negó ella—. Era demasiado fea para ser decorativa. Y demasiado rara para encajar con su estilo. En aquel momento, no le di importancia. Podría tratarse algún recuerdo antiguo de su hija, de esas manualidades que hacen los niños en la escuela.

—¿Le sorprendió verla allí, después de lo ocurrido?

Adriana apretó los labios un instante, luego los relajó.

—En realidad, no. Aquella mañana, lo que sorprendía era todo lo demás. La figura era un detalle menor. Un punto más en una escena que ya era insoportable por sí sola.

Delgado dejó la taza vacía sobre la mesa. Lobo se incorporó con lentitud y apoyó el bastón en el suelo de madera del porche. Durante un instante, ninguno de los tres dijo nada. Solo se escuchaba el ruido sutil de las ramas mecidas por la brisa y el jadeo alegre de Luna, que había encontrado su lugar perfecto junto a una de las macetas.

—Gracias por su tiempo, Adriana —dijo Delgado, con una amabilidad sincera—. Sabemos que remover todo esto no es fácil.

Adriana asintió despacio. Se había mantenido serena, casi contenida, pero ahora sus ojos brillaban con un cansancio distinto.

—Mañana me reincorporo —respondió ella, mientras los acompañaba hasta la Kombi—, si necesitan cualquier cosa ya saben dónde encontrarme sin necesidad de venir hasta mi refugio.

Cuando subieron a la vieja furgoneta, Delgado dejó que Lobo se acomodara primero. Cerró la puerta con un leve golpe y se quedó un segundo en silencio, mirando la casa entre los árboles. Adriana ya no estaba en el porche, pero la imagen de su figura recortada contra la luz suave del mediodía todavía flotaba en su mente.

—¿Sabes qué te digo, mi niño? —rompió el silencio mientras arrancaba—. Me está entrando hambre.

Lobo la miró de reojo.

—¿No desayunaste?

—Sí, pero era un café con leche y una tostada. Y eso no se considera alimento en mi tierra. Además, me han recomendado una fonda aquí cerca, en una curva de la carretera comarcal. Cocina gallega de verdad.

Lobo alzó una ceja.

—¿Y tú confías en un establecimiento que está en una curva?

—¡Precisamente! Si la gente se para en medio de una curva peligrosa para comer ahí, es porque lo que sirven está para morirse... pero de gusto —respondió con una sonrisa traviesa.

Él suspiró, resignado.

El sonido del reloj de cocina marcó las dos de la tarde con un clic metálico y seco, pero Adriana no se movió. Seguía sentada en la silla del porche, las manos alrededor de la taza vacía, la vista perdida en el ramaje denso del bosque. Una hoja caída giraba lentamente sobre sí misma, atrapada en un remolino invisible.

En la mesa, junto a la tetera fría, había una libreta de tapas negras. Cerrada. Sin título. Como todas. Adriana la miró un segundo. Cerró los ojos y respiró hondo.

8

Bruno Ferreira abrió la puerta de casa con cierta dificultad. Había estado tomando unos albariños con los viejos colegas del periódico. Quedaban una vez al mes, en el mismo bar de siempre, como quien respeta un pacto tácito con el pasado. No hablaban de nada trascendente, ni lo necesitaban. Las bromas eran las mismas, los chistes reciclados, y cada ronda llegaba con media queja y una risa automática. Bruno no era el más hablador del grupo. Nunca lo había sido. Observaba más de lo que contaba, escuchaba sin dar pie a mucha conversación, y se marchaba justo antes de que el número de copas se le fuera de las manos.

Empujó la puerta con la cadera, dejó las llaves en la repisa y colgó la bufanda sin mirar. Kafka no salió a recibirlo. Bruno se detuvo un segundo, en silencio. En lugar de encender la luz, avanzó con precaución al interior.

Todo parecía en orden. La manta en el sofá bien doblada y el libro que había dejado a medio leer descansaba, abierto, en el reposabrazos. Pasó por la cocina para comprobar la ventana. Se detuvo y bajó la vista hacia el marco: un diminuto trozo de cinta transparente seguía en su sitio, justo donde él lo colocaba siempre, milimétricamente alineado con la junta. Una costumbre antigua.

Regresó al pasillo y empujó con suavidad la puerta del dormitorio. Todo igual: la colcha estirada, el vaso de agua medio lleno sobre la mesilla, el reloj digital con su parpadeo cansado. Volvió al salón.

Esta vez Kafka estaba ahí. Tumbado al pie del escritorio, con las patas recogidas y los ojos clavados en él. Ni un maullido. Solo esa mirada fija, como si llevara rato esperando. Bruno se detuvo a unos pasos y lo observó en silencio. Luego dijo, en voz baja:

—¿Vas a decirme tú lo que no cuadra?

El gato, imperturbable, dio un leve movimiento de orejas y, sin previo aviso, saltó con elegancia sobre la mesa. Caminó despacio

entre los lápices y el improvisado cenicero, y se sentó justo al lado del ordenador. Entonces Bruno lo vio. Un sobre blanco.

No estaba antes de salir. De eso estaba seguro. Lo cogió y lo levantó.

No tenía remite. Ni una arruga, ni una huella.

Solo su nombre, escrito a mano. Bruno Ferreira.

La *Kombi* avanzaba por la comarcal como un escarabajo entre las curvas verdes y mojadas de la Galicia profunda. A ambos lados de la carretera, los árboles formaban una bóveda de ramas que filtraban la luz como si fuera un secreto.

De pronto, al girar una curva ciega, un camión cargado de leña apareció de frente, ocupando más de medio carril. Delgado soltó un grito ahogado y giró el volante con brusquedad. La *Kombi* se ladeó, rozó el arcén y una lluvia de hojas mojadas golpeó el parabrisas. El claxon del camión retumbó como un trueno. Todo duró apenas un par de segundos.

—¡La madre que lo parió! —soltó ella, con las manos apretadas al volante—. ¿Pero de dónde coño ha salido ese mastodonte?

Lobo se había sujetado al asa del techo sin alterar un solo músculo facial. Ni un grito, ni una maldición.

—Delante de nosotros —respondió con calma—. En dirección contraria, y con una carga ilegal mal amarrada.

Ella soltó una risa nerviosa y negó con la cabeza mientras retomaba el control del volante.

—A ti te vendría bien un poco de sangre gaditana. Y un chupito de licor café. En ayunas.

—Lo segundo es delito si vas al volante.

Apenas quinientos metros más adelante, la carretera se abría en una pequeña explanada. A la derecha, semioculta tras una hilera de castaños, apareció la fonda. Una casa de piedra gris, sólida como un refugio antiguo, con un cartel de madera envejecida que colgaba de dos cadenas oxidadas: FONDA O MAR DE PEDRA.

Bajaron de la furgoneta y subieron los tres escalones del porche. Las tablas crujieron bajo sus botas. Delgado empujó la puerta con suavidad, y un tintineo de campanilla rompió la quietud.

Dentro, la luz era cálida. Paredes encaladas, vigas de madera, una estufa de hierro fundido en una esquina, y el aroma profundo de caldo, leña y pan reciente que se colaba por todos los rincones. El murmullo de unas voces al fondo, apagadas, y el repiqueteo de cubiertos contra loza. Desde detrás de la barra surgió una mujer de unos setenta años, pelo blanco recogido en un moño apretado y un mandil sobre una chaqueta de lana gruesa.

Tenía los ojos vivos y la expresión franca de quien lleva toda la vida al frente del mismo mostrador.

—*Bos días* —dijo, secándose las manos en un paño—. *Pasaí, pasaí. Hai sitio no recanto da fiestra, que hoxe non chove... aínda*.

Delgado le sonrió, agradecida por el tono y Lobo ya se encaminaba hacia la mesa del rincón, junto a una ventana empañada desde la que se adivinaban las ramas bajas de los castaños. Nora se detuvo un segundo antes de sentarse y miró a la mujer con un gesto de duda.

—Disculpe, ¿admiten perros?

La mujer alzó una ceja y ladeó la cabeza, como si la pregunta la sorprendiera un poco.

—¿Y por qué no íbamos a admitirlos? Mientras no muerdan a nadie —añadió, con una sonrisa traviesa—, tienen más derecho que muchos de los que vienen por aquí.

Delgado rio, aliviada.

—Es muy tranquila. Se queda siempre a mis pies, como una sombra.

—*Pois entón*, que entre, claro que sí. Aquí somos de casa. *Pobriña*, ¿cómo la vas a dejar fuera?

Nora asomó la cabeza por la puerta y silbó dos veces. Al cabo de unos segundos, Luna apareció trotando detrás de la furgoneta. Se metió entre el follaje y al poco apareció mojada, con el lomo salpicado de barro y la lengua fuera. Nada más entrar, se sacudió con entusiasmo en el umbral.

—¡Eh, eh, eh! —intervino Delgado, aunque ya era tarde.

La mujer se rio sin molestia alguna.

—Déjala, mujer. Lo que no limpie el perro lo limpia la fregona. Aquí lo importante es que estéis a gusto. Sentaos, que ahora mismo

os traigo una copa de vino y algo para picar. Ya verás cómo entra todo mejor.

Lobo ya había ocupado una mesa, con el bastón apoyado junto a la pared y la gabardina colgada con cuidado en el respaldo. Luna se acurrucó debajo, a su lado, sin emitir ni un suspiro, como si conociera bien a su nuevo dueño.

La mujer volvió con dos vasos anchos, una jarra de vino tinto, una botella de agua y una cestita de pan caliente, envuelta en un paño de cuadros.

—Aquí tenéis. Es Mencía del bueno, de casa. Y pan de centeno del forno de Abel, que amasa como los ángeles. Mientras pensáis lo que vais a comer, id entrando en calor. Hoy tenemos caldo de grelos, empanada de zamburiñas, zorza con patatas y bacalao al horno con ajada. Y si queréis postre, hay flan de queso y tarta de almendra

—¿Cómo voy a elegir, señora? Eso es una crueldad.

—Crueldad es comer mal pudiendo comer *ben* —sentenció ella.

Delgado se acomodó en la silla, estiró las piernas bajo la mesa y entrelazó las manos. Luna se mantenía acostada, hecha un ovillo, mientras fuera la niebla engullía los castaños poco a poco. La fonda olía a caldo y brasas, y se respiraba una paz difícil de describir.

—Te voy a decir una cosa, mi niño —empezó Nora, sin levantar la voz—. Cuanto más vueltas le doy a este asunto, menos creo que tenga que ver con política. Ni con recalificaciones, ni con contratos amañados. Todo eso es el envoltorio. Pero el regalo, mi niño, el regalo es otra cosa. Esto huele a viejo. A algo que viene de atrás. Y cuando digo atrás hablo de algo que se gestó en el pasado.

Félix no respondió enseguida. La miraba con atención, pero sin interrumpir.

—Suances —siguió ella— era de esos que se creen que el poder es eterno. Que pueden ir sembrando mierda porque todo se olvida. Pero el pasado, Lobo, tiene memoria. Y a veces te espera. A veces te traga cuando menos te lo esperas.

El vino seguía intacto en su copa. Lobo apenas se había movido. Tenía la espalda recta, los dedos entrelazados sobre la mesa y los ojos puestos en ella.

—Técnicamente, no tenemos pruebas de que alguien lo matara —intervino él con voz serena.

Delgado asintió.

—No las tenemos, no. Pero tampoco tenemos ninguna prueba sólida de que lo hiciera él por voluntad propia. Y eso, mi niño, también es importante. Porque si partimos de la duda, nos quedamos atrapados. Y a mí no me gusta investigar desde el "quizá". Prefiero equivocarme desde una premisa clara que quedarme quieta esperando a que todo encaje solo.

Félix no dijo nada. Su mirada no se apartaba de ella. Delgado se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Yo digo que debemos partir de esto: Suances no se suicidó. Alguien lo mató... o provocó que lo hiciera. Le puso el nudo en la garganta y lo dejó solo con las cuerdas. Le recordó lo suficiente. O le hizo ver que ya no había escapatoria.

Se detuvo un momento, y al hablar de nuevo, bajó el tono.

—Y si eso es así, si alguien lo empujó, las razones no están en las últimas páginas de su vida. Están mucho antes. Porque solo alguien que viene de lejos guarda el tipo de rabia que se necesita para llegar hasta el final sin dudar.

Lobo apoyó una mano sobre la mesa, sin apartar los ojos de ella.

—Una herida antigua.

—Antigua y mal cerrada —confirmó ella—. Lo suficientemente honda como para que el tiempo no haya bastado. Lo suficientemente personal como para que la justicia no sea suficiente.

Sin tiempo a añadir nada más, la mujer de la fonda apareció con paso firme, cargando una bandeja de madera en la que humeaba un perol metálico rebosante de caldo oscuro. El vapor traía consigo el perfume del lacón, los grelos y el unto.

—Aquí está —anunció con voz grave y satisfecha—. Caldo de lacón, como Dios manda. Con todo dentro, que *xa sabedes* que aquí *non escatimamos*.

Lo colocó delante de Lobo con una precisión casi ceremonial y marchó. Él se quedó mirándolo sin tocar la cuchara, los ojos entrecerrados como si estuviera ante la escena de un crimen.

Estudió el color, el brillo, la densidad del líquido, incluso la disposición de los trozos flotantes.

—¿Pasa algo, señor comisario? —preguntó Nora.

—Lleva grasa —dijo, casi como un dictamen.

—Claro que lleva grasa —respondió ella—. Y alma, y gloria bendita. ¿O quieres caldo de hospital?

Él tomó la cuchara e hizo una inspección del contenido como un médico forense.

—¿Te acuerdas cuanto te gustó el plato de choto en Granada? —preguntó ella.

Lobo asintió con una media sonrisa.

—Pues hazme caso mi niño, este caldo es capaz de hacer revivir a un muerto.

9

Marta Loureiro caminaba descalza por el mármol pulido del pasillo central. La piedra, ligeramente fría, le devolvía un cosquilleo familiar en la planta de los pies. Afuera, las laderas que descendían hasta la ría de Arousa amanecían cubiertas por una neblina suave, espesa en los bajos, ligera en las copas de los árboles. Desde los grandes ventanales, la vista se abría en abanico sobre un paisaje que parecía suspendido entre la bruma y el silencio.

Se detuvo frente a uno de los ventanales orientados al este, desde donde podía verse la curva de la ría como una cicatriz luminosa en el paisaje. Las aguas, mansas, reflejaban una luz opaca, de plata vieja. Al fondo, las bateas flotaban como islas mínimas, y sobre ellas, algunas gaviotas se dejaban llevar por la corriente invisible del aire, con las alas abiertas, sin esfuerzo alguno.

Llevaba una bata de seda color champán, anudada floja a la cintura. A pesar de sus casi cincuenta años, Marta conservaba una belleza serena, de líneas pronunciadas y porte elegante, esa clase de atractivo que no responde al paso del tiempo. La mirada le seguía brillando como cuando tenía veinte, pero ahora lo hacía con una luz más densa.

Respiró profundamente. El aire que entraba por la ventana entreabierta traía consigo ese aroma inconfundible del mar en calma, mezclado con el verde húmedo de la tierra. Una fragancia casi medicinal, como si la naturaleza intentara recordarle que aún estaba viva.

Pero su cuerpo no estaba de acuerdo. La presión le golpeó en el pecho como un aviso mudo, una punzada leve primero, luego más insistente, justo debajo del esternón. Marta se llevó los dedos a la sien. El temblor era casi imperceptible, pero lo reconocía. Lo conocía

demasiado bien. Una oleada fría le recorrió la espalda y tuvo que cerrar los ojos para no dejarse arrastrar por el vértigo.

Las clínicas lo llamaban "estado de alerta anticipatoria". Pero ella sabía que tenía otro nombre. Uno que le provocaba náuseas solo con pensarlo. El mono no siempre llegaba en forma de alucinación o temblores desbocados. A veces era una presencia tenue, una idea que se adhería a la garganta como una espina invisible. Y esa mañana había despertado con ella pegada a la lengua.

Ella, la esposa de Rafael Casal, uno de los grandes narcos de la costa gallega, que introducía toneladas de cocaína a Europa, tenía imposible acceder a unos cuantos gramos. Por fortuna, todo había cambiado hacía cosa de unos pocos meses.

Un muchacho había llegado a la casa con unos documentos para Rafael. Enviado por Tomás Regueira. Ella lo recibió descalza, con la misma bata, con la misma necesidad palpitando bajo la piel. Marta recordaba a la perfección los detalles que no deberían importar: el tono de su voz al decir "buenos días", el aroma de su colonia barata, el temblor mínimo de su mandíbula al verla abrir la puerta.

Era guapo. Terriblemente guapo. Ella no había planeado nada. Al menos no de forma consciente. Pero bastó con observarlo un par de segundos para intuirlo: lo que veía, lo que deseaba, lo que temía. Simón —así se llamaba, lo supo después— bajaba la mirada con pudor, pero sus pupilas le traicionaban. Se le escapaban al escote, a la curva del muslo que la seda no alcanzaba a cubrir del todo, al mechón suelto de su cabello.

No recordaba haber cerrado la puerta. Solo el sonido sordo del pestillo al encajar. Simón seguía allí, inmóvil, con el sobre aún entre las manos y una mezcla de asombro y miedo en el rostro. Marta se lo quitó con delicadeza, sin dejar de mirarlo a los ojos, y lo dejó caer sobre la consola de la entrada como si no tuviera ninguna importancia.

No dijo nada. No era necesario. Se acercó a él despacio, sin premura. Su bata rozó su muslo al pasar, y supo que él lo sintió como una descarga. Lo guio hasta el salón con la naturalidad de quien lleva años dominando los silencios. Simón no opuso

resistencia. No podía. Tal vez no quería. Tal vez había algo en ella —en su manera de moverse, de respirar, de mantenerse de pie a pesar del temblor interior— que lo hacía parecer pequeño, torpe, joven. Y él lo sabía.

—No tengas miedo —le dijo, al notar su respiración entrecortada.

Marta no era estúpida. Sabía lo que estaba haciendo. Sabía lo que podía suponer si Rafael lo descubría. Pero también sabía algo más: que Rafael no era un hombre fiel. Que desde hacía tantos años que ya ni lo recordaba, él había dejado de esconderse para acostarse con chicas que apenas superaban los veinte. Y que nadie, absolutamente nadie, se atrevía a señalarlo por ello.

Ella también tenía derecho. A un momento. A una decisión propia. A su cuerpo.

Que se joda Rafael Casal.

Tomó la mano de Simón y la apoyó sobre su cintura. Él tragó saliva, pero no la retiró. Temblaba. Podía sentirlo. Pero también podía sentir el calor de su deseo, tan real como el aire húmedo que entraba por las ventanas abiertas.

No hubo palabras. Solo la seda deslizándose por su piel, el roce de unas manos que se movían con respeto y experiencia a la vez, como si tocarla fuera un privilegio que no acababan de creerse. Marta no cerró los ojos. No quería escapar. Quería estar allí. Sentir cada segundo. Cada respiro. Cada impulso. La alfombra bajo la espalda. Las sábanas después. La piel cálida de él. Su cuerpo, sus músculos tensados. Su juventud como un espejo cruel que, por una vez, no le dolía mirar.

No fue la última vez.

Simón regresó. Al principio, con excusas. Un olvido, una entrega extra, una firma que faltaba en un documento. Siempre cosas pequeñas. Pero ambos sabían que no era por eso.

Se veían a escondidas. Nunca a la misma hora. Nunca en el mismo sitio. Marta aprendió a calcular los huecos en la agenda de Rafael con meticulosidad. Sabía cuándo él tenía reuniones, cuándo salía al club náutico, cuándo no volvería antes de la noche o debía ausentarse por unos días. Y entonces, le llamaba.

Simón acudía con la torpeza callada de quien se sabe fuera de lugar. De saber que ha cruzado una línea muy peligrosa, pero que le es imposible dejar. Bajaba la vista al cruzar el umbral, hablaba poco, se quitaba la ropa casi por inercia. Hacían el amor. Y en esos momentos, Marta sentía que recuperaba algo que ni siquiera sabía haber perdido. No juventud. No belleza. Algo más esencial. Voluntad.

Hasta que un día, después de vestirse sin prisa, ella se volvió hacia él con una naturalidad inquietante.

—Simón —dijo—, necesito que me consigas algo más.

Él la miró sin entender.

—No lo que piensas. —Y sonrió, con esa media sonrisa que usaba cuando no quería parecer suplicante—. No se trata de sexo. Otra cosa.

Entonces se lo pidió. Sin adornos. Cocaína. Pura, sin cortar. Solo un gramo. Lo justo para las mañanas difíciles. Lo justo para cuando la ría se volvía gris plomo y el temblor le subía por los muslos hasta alojarse en el pecho.

Simón palideció.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. —Se inclinó hacia él, le colocó la boca detrás de la oreja y bajó la voz—. ¿O crees que no sé a lo que te dedicas?

Y esa fue la línea que lo cambió todo. A partir de entonces, ella no solo lo deseaba. Lo necesitaba. Con cada encuentro, el amor furtivo no era el único aliciente. Ya no se trataba solo sexo. Ni tampoco era solo droga. Era una forma de resistir. Una manera de joder a Rafael Casal desde el único rincón donde todavía no había cámaras ni escoltas: su cuerpo.

Su libertad de hacer lo que deseara.

Y cuando terminaban, Marta se recostaba desnuda sobre las sábanas todavía húmedas y pensaba en lo absurdo de todo: el narco más poderoso del norte, el hombre que introducía toneladas en puertos secretos, no tenía ni idea de que su mujer volvía a esnifar. Ni idea de que lo hacía gracias a un chico de veintipocos al que

entregaba su cuerpo con pasión. Una pasión que creía haber dejado olvidada muchos años atrás.

Que se joda Rafael Casal.

Pensaba eso cada vez que le hormigueaba la nariz y le ardía el pecho.

Y cada vez, esa sacudida interna llegaba con más frecuencia.

A unos pocos metros, una gaviota que planeaba baja, graznó. Marta cerró los ojos. Esa mañana, el temblor se había disipado. Por el momento.

10

El apartamento estaba en un tercer piso sin ascensor, en la Rúa de San Roque, una calle estrecha de piedra y ventanas con contraventanas de madera pintadas de verde. La fachada, cubierta de hiedra en algunos tramos, parecía esconderse del resto de la ciudad. Era un piso antiguo, de techos bajos con el suelo de madera crujiente que delataba cada paso y un olor constante a café, humedad y… perro mojado.

Delgado había elegido ese lugar por dos motivos: estaba cerca del Parque de Bonaval, donde podía llevar a pasear a Luna sin cruzarse con demasiada gente. El casero era un tipo de pocas palabras, y los pocos vecinos eran personas mayores, sin ruidos que se alargaran de madrugada. Un sitio perfecto para poder concentrarse sin levantar sospechas.

El salón, que daba a un balcón estrecho con barandilla de forja, se había transformado en el centro operativo. La mesa de comedor, de pino mal barnizado, estaba ocupada por un par de ordenadores, dos pantallas de 25 pulgadas, un microscopio portátil, varias bandejas con etiquetas, muestras, guantes de látex, bolsas y una taza de café a medio consumir. Encima del sofá de dos plazas, una manta de cuadros yacía arrugada. Luna, dormida boca arriba, dejaba ver su barriga.

Junto a la pared del fondo, Lobo había montado su territorio: una pizarra blanca apoyada sobre una silla, que por el momento no contenía mucha información. Solo algunas líneas discontinuas, un par de fechas, un círculo mal cerrado en rotulador rojo en torno a Manual Suances. Apenas más nombres.

Delgado, en cambio, se encontraba en plena faena. En mitad del salón, el microscopio portátil ya estaba encendido, la lámpara pericial proyectaba un halo de luz sobre una figura de barro del tamaño de una mano, tosca y sin firma. Estaba colocada sobre una bandeja metálica como si fuera una ofrenda ritual.

Un par de horas antes la llamada de Claudio Suances había sido clara y meridiana. La policía judicial archivaba el caso como un suicidio. Manuel Suances se había quitado la vida de un tiro en el interior de su despacho, bajo la presión mediática de las acusaciones de corrupción. El hombre no había podido aguantar y había tomado la vía más rápida para desaparecer.

El padre les había proporcionado el escaso material incautado por la policía nacional y que podía aportar alguna pista a la investigación: el ordenador y el único elemento que Carmen no recordaba como parte del despacho del abogado, la extraña figura de barro.

El portátil ya estaba camino de Granada por mensajería urgente. Lobo había hecho la gestión en silencio, sin comentar nada hasta que el paquete estuvo sellado y en manos del mensajero. Enviado a nombre de Lykaina, la hacker que conocieron en Granada cuando investigaba la desaparición de Sergio Muñoz. Si aquel disco duro escondía algo valioso, ella lo descubriría pronto.

Delgado se calzó los guantes con un chasquido breve, casi ceremonial. Había algo casi religioso en ese gesto: una frontera entre el mundo de fuera y lo que ahora iba a mirar. Se inclinó sobre la figura de barro.

Era una pieza ruda. De apariencia casi infantil, sin proporción ni simetría. Los brazos apenas insinuados, la cabeza redondeada sin facciones, y un bulto donde debería ir el pecho. Ninguna firma. Ninguna inscripción. Solo la rugosidad del material, esa textura que parecía guardar la memoria de unas manos.

Encendió el microscopio. Ajustó el enfoque con movimientos suaves. El haz de luz blanca rebotó en la superficie arcillosa, revelando surcos finísimos, como arañazos o venas secas. Claramente, no era una pieza comprada. No venía de un molde.

Nora entrecerró los ojos. Apoyó el codo en la mesa y acercó más el rostro a la lente. Unas motas rojizas, casi imperceptibles, se abrían paso entre el gris terroso de la pieza. No era polvo. Era el propio barro, pigmentado de forma natural. Una concentración específica de óxido de hierro, combinada con trazas orgánicas.

Reconocía esa mezcla. La había visto en otros casos. No exactamente igual, pero con ecos.

Tocó un botón del lateral y registró una imagen. Luego otra. Giró la figura y repitió el proceso.

—Esto no es barro común —dijo, más para sí misma que para Lobo, aunque sabía que él la escuchaba igual—. Tiene un grano demasiado irregular. Arcilla sin tratar, recogida directamente del terreno. Y este tono, este color… es muy característico.

Lobo, sin levantarse del sofá, murmuró:

—¿De dónde?

Delgado se apartó un momento del visor y frunció el ceño. No quería precipitarse. Pero las palabras brotaron igual.

—De una zona interior. Barro con hierro, pero con un PH ligeramente ácido. No sirve para cerámica de alta temperatura, pero sí para modelar a mano.

Lobo se incorporó despacio, con el bastón en la mano, y se acercó a la figura como si fuera a decirle algo directamente. Se inclinó apenas, la observó con la ceja arqueada, y soltó:

—Quien haya hecho esto o es un niño —se incorporó—, o se le dan francamente mal las manualidades.

Delgado soltó una breve risa por la nariz. No se molestó en disimularla.

—Mi niño, estoy contigo —dijo—. Estéticamente es una atrocidad.

Lobo no dijo nada. Se limitó a observarla, de pie junto al microscopio, el rostro inclinado hacia la lámpara pericial y ese brillo en los ojos que solo aparecía cuando estaba completamente entregada a algo. Se quedaron en silencio unos segundos. No era incómodo. Lobo se acercó un poco más. Luna se removió en el sofá, dejó escapar un leve gruñido y volvió a dormirse.

No hubo urgencia. Ninguno de los dos era joven, y ninguno tenía prisa. Se miraron un instante largo, como si quisieran memorizarse antes de desnudarse. Luego él alargó la mano y le acarició el rostro, con la yema de los dedos apenas rozando la piel. Ella cerró los ojos.

La abrazó e hizo que se girara. Le retiró los rizos de la nuca y la besó con suavidad a lo largo del cuello, pequeños picotazos como los de un pájaro. Nora sintió como se le erizaba cada centímetro de su piel. Se volvió contra él. Empezaron a besarse y ella le desabrochó la camisa y empezó a descender por su torso hasta la cicatriz del costado. Él acariciaba la curva de su espalda como si fuera un mapa que había estado esperando recorrer desde hacía años.

Se arrastraron hasta la cama. Lobo se detuvo un segundo, de pie, observándola mientras ella se desnudaba. Una mujer de generosas carnes, caderas amplias, y esa piel tostada por el sol del sur. Un cuerpo sin artificio, poderoso en su volumen, en su peso, en su presencia. Pechos plenos, piernas fuertes marcadas por el carácter. No era perfecta, no lo pretendía. Y quizá por eso, Lobo pensó que nunca había deseado tanto un cuerpo como ese. Sin simetrías falsas. Sin correcciones. Real.

11

Bruno Ferreira observó el sobre sin moverse. La caligrafía era limpia, en letras mayúsculas. Sin adornos. Lo pesó en la mano. Ligero. Demasiado para contener más que un folio. Lo giró por si acaso. Nada en el reverso. Ni sello, ni logotipo, ni una sola marca que indicara de dónde había salido. Lo acercó al rostro. Olía a papel seco. A nada.

Kafka lo miraba desde el borde de la mesa, como si supiera que algo no encajaba.

Bruno dudó. Lo último que esperaba esa noche, después de tres albariños y unas risas con sus antiguos compañeros, era encontrarse con un mensaje fantasma en su propio despacho. Y, sin embargo, allí estaba.

Inspiró hondo y lo rasgó con la ayuda de un abrecartas. Lo hizo con lentitud, como si temiera que algo pudiera estallar al otro lado. Dentro solo había una hoja doblada en tres. La desdobló. El papel era satinado, grueso, caro. Había sido escrito a mano, con una pluma de trazo firme. Contenía una sola línea, centrada:

Registro Mercantil. Nº de expediente: 2047-BG-21

Nada más. Kafka saltó al suelo y se alejó sin prisa. Bruno se quedó de pie, el sobre en una mano y la hoja en la otra, en medio del salón. No entendía lo que significaba, pero entendía perfectamente lo que implicaba: alguien había entrado. Había estado allí. Había cruzado su umbral y dejado un mensaje. No buscaban asustarlo. Buscaban que tirara del hilo. Que empezara a escarbar.

Bruno volvió a leer la nota. Luego la apoyó con cuidado sobre la mesa, junto al teclado.

—Vale —dijo en voz baja—. Empecemos.

Encendió el ordenador con un leve quejido del botón. La torre vibró con ese zumbido familiar y Kafka, en el pasillo, soltó un maullido suave antes de acomodarse junto a la estufa.

Bruno se sentó frente a la pantalla, encendió la lámpara del flexo y tecleó con dos dedos, golpeando cada letra como si estuviera redactando una crónica en máquina de escribir para la edición impresa de un periódico que ya no existía.

Registro Mercantil. Expediente 2047-BG-21.

Navegó hasta la web del Colegio de Registradores. No era la primera vez que consultaba información de ese tipo por internet, aunque siempre había odiado los portales que la acogían: fríos, impersonales, pensados para gente con claves electrónicas y certificado digital. El tipo de gente que vivía en un mundo muy diferente al suyo.

Tecleó el número del expediente. Le pidió una razón social. No la tenía. Le pidió el NIF. Tampoco. Probó con el número de registro tal cual. Nada. Volvió atrás. Otra página. Otro intento fallido de acceder con certificado digital. Una ventana emergente. Una actualización del navegador. Un error.

—Me cago en la madre que parió a internet y los programas informáticos —murmuró.

Siguió probando, más por testarudez que por fe. Al cabo de un rato, lo que tenía básicamente era nada. El mundo digital le parecía un grandísimo engaño, al alcance de tan solo unos pocos afortunados. Bruno cerró el navegador de golpe. Se quedó un instante con los dedos en el teclado, la espalda algo encorvada, la mirada fija en el reflejo de la pantalla en negro. Podía pasarse la noche buceando entre códigos y páginas oficiales que no entendería para no conseguir nada.

Apagó el ordenador, cogió el sobre y lo guardó en una carpeta junto a un cuaderno viejo de anillas. Luego miró la hora en el reloj digital del dormitorio: las 23:41.

La imagen de María Piñeiro se le apareció en la memoria como si hubiese estado esperando turno desde hacía rato. Funcionaria del

Registro en Santiago desde hacía más de veinte años, con una memoria prodigiosa y un carácter que siempre oscilaba entre la ironía y la ternura. Habían compartido cafés, confidencias y alguna noche de fiesta cuando ambos eran más jóvenes y menos prudentes. Sabía que todavía trabajaba allí.

Bruno se levantó despacio. Fue hasta la estantería del fondo, donde una caja de madera, sin etiquetas, descansaba como un recuerdo al que no se le quita el polvo. La abrió con manos lentas. Dentro, envolviendo una pipa de brezo algo gastada, había un pañuelo doblado con esmero. No la usaba desde hacía… ¿diez años?, ¿quince? Pero esa noche la necesitaba.

La sostuvo unos segundos, como si evaluara si estaba bien volver a eso. Luego la cargó con una mezcla de tabaco reseco y se sentó junto a la ventana, que entreabrió con esfuerzo. Afuera, la ciudad dormía bajo una noche tranquila. Encendió la pipa con cerillas. El aroma ahumado llenó el salón con una lentitud casi ceremonial. Kafka, desde su rincón, levantó la cabeza y olisqueó el aire antes de volver a cerrar los ojos. Bruno aspiró con calma. Era un sabor denso, antiguo. Como si volviera a ser el reportero que fue en el pasado.

Antes de meterse en la cama, volvió a leer la nota por última vez. "2047-BG-21". Se la repitió en voz baja, tres veces, como quien memoriza una contraseña que podría salvarle la vida.

La mañana se arrastraba gris sobre Santiago, como si la ciudad no hubiera terminado de despertarse del todo. Una llovizna intermitente había dejado el asfalto con un brillo opaco, y los coches subían la pendiente de la avenida con ese rumor constante que mezcla el rodar de los neumáticos sobre el asfalto y los motores. Bruno Ferreira cruzó la calle con el abrigo abrochado hasta el cuello y el gesto torcido por el viento húmedo.

El edificio del *Rexistro* de Santiago se levantaba discreto, sin pretensiones, como casi todo lo que importaba de verdad. Fachada de cemento claro, ventanas protegidas por rejas sobrias, y una tipografía moderna que intentaba dar calidez a un sitio que nunca la había tenido. En letras grises, ligeramente pulidas por la lluvia y el

tiempo, podía leerse: *Rexistros de Santiago — Propiedade, Mercantil e Oficina Liquidadora*.

Bruno se detuvo un segundo frente a la entrada. A su izquierda, un pequeño parque infantil dormía tranquilo a la espera de sus primeros e inquietos visitantes. Los hierros de las estructuras brillaban mojados. Franqueada la puerta, le esperaba un mostrador alto tras el cual un hombrecillo contemplaba como pasaba la vida.

—Buenos días —ofreció Ferreira en son de paz.

—Lo serían si estuviéramos en horario de atención al público. Como dice el cartel de afuera, abrimos a las nueve de la mañana. Y todavía son las ocho y cuarenta y siete.

Bruno echó un vistazo al reloj de pulsera, uno de esos modelos de esfera blanca, bordes de oro y correa de cuero, aunque era consciente de que aquel individuo tenía muy clara la hora en que se encontraban.

—Son trece minutos —dijo, sin perder la cortesía—. Pero si me hace el favor de avisar a María Piñeiro, le prometo que no le robaré más tiempo del necesario.

El hombrecillo alzó una ceja. Sus ojos, pequeños y húmedos, lo escanearon con desconfianza. Ferreira conocía ese tipo de mirada. Lo dejó hacer. No movió un músculo.

—¿Tiene cita?

—No. Pero ella me espera, dígale que Bruno Ferreira, el periodista, desea verla —respondió Bruno, con una leve inclinación de cabeza.

El funcionario resopló, hizo un mohín con los labios y miró hacia una puerta al fondo. No se levantó. Marcó una extensión interna en el teléfono. Murmuró un par de frases mientras le tapaba el auricular con la mano libre. Luego colgó.

—Dice que suba —anunció, con un tono donde se mezclaban resignación y algo parecido a la sorpresa—. Segunda planta. Oficina 2.15

Bruno asintió con educación. Recogió su bufanda del brazo, se ajustó el cuello del abrigo y echó a andar por el pasillo. Dio dos pasos, y entonces se giró, con una media sonrisa:

—Mire usted, si vine antes, fue por no llegar tarde.

Hizo una pausa. El funcionario lo miró, sin saber si había entendido del todo.

—Y si no me esperaba nadie, peor sería que me estuvieran esperando sin saberlo.

Le dedicó una leve sonrisa, de esas que no se ensanchan en los labios, pero sí en los ojos. Y caminó por el pasillo, dejando al hombrecillo con la duda de si acababan de tomarle el pelo o de darle una lección.

La puerta de la oficina 2.15 estaba entornada. Bruno la empujó suavemente con los nudillos. No necesitó insistir.

—¿Ferreira? —dijo una voz femenina desde dentro, antes de que él cruzara el umbral—. ¡No me lo puedo creer!

María Piñeiro estaba de pie junto a una estantería, con una carpeta azul en la mano y unas gafas colgando del cuello. El pelo, más corto de lo que él recordaba, estaba ahora adornado de mechones grises que no intentaba ocultar. Y la sonrisa, esa sí, era la misma de siempre.

—¡Santo Dios, Bruno! —dejó la carpeta sobre la mesa sin mirar y cruzó la sala con paso decidido.

María lo rodeó con fuerza durante unos segundos, antes de apartarse para examinarlo mejor.

—Estás más delgado —dijo—. Y más guapo. Aunque eso puede ser la nostalgia.

Bruno sonrió, sin saber si agradecer o refutar.

—Y tú... —miró a su alrededor—este despacho parece más una biblioteca que una oficina.

—Porque una biblioteca es más honesta que los expedientes —respondió ella, con un brillo en los ojos—. Anda, siéntate. Si has venido hasta aquí a estas horas, algo serio traes entre manos.

Él asintió, sacó el sobre de la carpeta y lo colocó sobre la mesa con la solemnidad de quien entrega una pieza de prueba. María lo miró, luego lo miró a él.

—¿Otra vez metido en líos, Bruno?

—Todavía no. Pero creo que voy camino de ello.

12

El coche avanzó lentamente por un camino de tierra apenas visible, flanqueado por eucaliptos y matorrales que arañaban la carrocería a cada metro. La zona, al sur de la ría de Noia, era un viejo secreto. Simón detuvo el vehículo tras una curva cerrada, oculto entre robles jóvenes y cañaverales. Desde allí no se veía la carretera. Ni el cielo. Ni siquiera el reflejo de la ría, aunque su presencia podía sentirse cerca: el leve zumbido de las aves y el olor salobre en el viento húmedo

Apagó el motor. Se inclinó hacia el asiento del copiloto y sacó una manta, por si el frío se colaba más tarde. Miró su reloj. Cuatro minutos tarde. Ella apareció de repente. Surgió del sendero como un espectro que supiera bien a dónde iba. Caminaba entre los árboles con soltura. Llevaba botas de campo, medias tupidas y un abrigo largo de lana color marfil. El pelo recogido, el cuello alzado y unas aparatosas gafas de sol.

Se inclinó hacia la ventanilla sin tocarla. Simón la abrió.

—¿Has venido solo?

—¿Qué crees?

Ella lo estudió unos segundos, luego abrió la puerta y se sentó. No se quitó el abrigo. Se limitó a mirarlo, los labios entreabiertos, los ojos brillantes bajo la penumbra del salpicadero.

—¿Sabes cuánto hace que no me subo a un coche para esto? —susurró, con una sonrisa ladeada—. Décadas.

Simón la observó sin decir nada, pero algo en sus pupilas se tensó. Ella se giró apenas hacia él, apoyando la espalda en la puerta. Se le escapó una risa breve, como si no pudiera creerse lo que estaba a punto de confesar.

—Estoy mojada desde que te vi llegar.

Simón deslizó una mano hacia ella, sin tocarla. Solo dejando que el dorso de sus dedos rozara la tela del abrigo a la altura de su pecho.

—¿Y cómo debería llamarte esta mañana?

—Como quieras —dijo ella, inclinándose hacia él mientras deslizaba la mano con suavidad para bajarle la cremallera del pantalón vaquero.

La condensación empañaba los cristales del coche. En el interior, aún flotaba el olor entre dulce y salado del sudor de los cuerpos mezclados. La manta había caído entre los asientos, arrugada, olvidada como la ropa interior de ella, atrapada en el freno de mano.

Simón reclinó el asiento hacia atrás. Respiraba hondo, los párpados entrecerrados, como si quisiera alargar ese instante de irrealidad. Ella se acomodó a su lado, con la cabeza apoyada en su hombro.

—¿Te acuerdas de la primera vez? —preguntó ella de pronto, con voz rasposa.

—Claro —murmuró él—. En tu casa, Regueira me ordenó entregar un sobre. Tú llevabas aquella bata de seda entreabierta, como iba a olvidarlo.

Ella se incorporó ligeramente, recogió su ropa interior con dos dedos y se la guardó en el bolsillo del abrigo. Luego lo miró. En sus ojos brillaba algo más que deseo. Simón encendió un cigarrillo y se lo llevó a los labios. Seguía sintiendo que cruzaban una línea muy peligrosa cada vez que se veían.

—¿Tienes algo? —preguntó ella de pronto, sin mirarlo.

Simón la observó durante unos segundos en silencio, como si sopesara algo más que la respuesta. Luego se inclinó hacia la guantera, la abrió con cuidado, y sacó un pequeño estuche negro, del tamaño de un monedero. Lo abrió sobre la palma y dejó ver un sobrecito blanco, bien doblado, sellado con cinta. También había una tarjeta plástica, limpia.

—No me gusta que siempre estés con esto.

—A mí tampoco me gusta esconderme para follar contigo en un coche, Simón —replicó ella, sin subir el tono—. Pero aquí estamos.

Él no insistió. Le pasó el sobre. Ella lo cogió con la delicadeza de una ceremonia. Lo desdobló con movimientos rápidos, seguros, como quien ha hecho esto muchas veces y ya no se justifica. Extendió una pequeña línea sobre la tarjeta, se inclinó y aspiró.

—Dame otra —dijo, sin moverse del todo—. No quiero pensar todavía.

Simón preparó la suya y la esnifó en silencio. El escozor le subió hasta el lagrimal. Cerró los ojos. El mundo vibró durante unos segundos. Luego volvió a calmarse, como un animal que respira con más lentitud.

Ella se quedó un momento con la cabeza apoyada en el respaldo, la mirada perdida en el techo del coche, como si la droga hubiera borrado durante unos segundos el peso del mundo.

—¿Sabes qué pienso a veces? —susurró, casi sin voz—. Que podríamos ser felices. No hablo de una felicidad de mentira, de esas que se fingen delante de los demás. Me refiero a una vida de verdad, tú y yo.

Simón la miró de reojo.

—Podríamos levantarnos tarde. Ir al mercado. Cocinar juntos. Follar sin tener que mirar el reloj o dónde lo hacemos —continuó ella —. No tendríamos que escondernos.

—Si un día desapareciera —dijo él—. Si por fin se esfumara. Si alguien lo borrara del mapa… yo estaría ahí. Contigo.

Ella no dijo nada. Solo cerró los ojos y apretó su mano.

—Tengo que volver —murmuró.

Le soltó, abrió la puerta y bajó del coche. Al apoyar el pie en el suelo, pisó un charco y el barro la salpicó, manchándole la parte baja del abrigo. Miró hacia abajo. La mancha tenía un tono espeso, rojizo, casi terroso. Se había pegado a las botas y a la tela como una pintura densa. Maldijo por lo bajo y se lo limpió sin darle mayor importancia. Luego se ajustó el abrigo y se alejó por el mismo sendero por el que había llegado, sin volver la vista atrás.

Simón se quedó un momento quieto, con las dos manos sobre el volante. Olía a ella en el coche. A sexo, a perfume caro, a coca recién cortada. Cerró los ojos y apoyó la frente contra el volante.

Aquella tierra roja, húmeda, le recordaba a los caminos detrás de su aldea. Un pueblo pequeño, entre monte y mar y donde su padre se fue antes de que él tuviera edad para entender qué era un padre. Y su madre, María Luisa, aguantó lo que pudo fregando escaleras en Pontevedra. Pero el dinero no daba.

A los quince ya echaba una mano en los barcos. Empezó como los demás: descargaba cajas sin preguntar, se tragaba noches enteras de frío y silencio. De vigía. Le pagaban en efectivo. Billetes que olían a gasoil y a miedo. Al principio se decía que era temporal. Que era solo por ayudar en casa.

Pero después llegaron los encargos más serios. Traslados discretos. Mensajes. Coches. Y los jefes empezaron a confiar. Porque Simón no hablaba. Porque tenía ese talento de no hacerse notar. Ni por la policía, ni por la competencia.

Con el tiempo aprendió a mover mercancía, a identificar los trapos sucios de cada familia, a negociar con los que nadie quería tratar. Nunca fue de los grandes. Pero sí de los imprescindibles.

Lo apodaban *el Guapo*. En aquel mundo bastaba un rostro como el suyo y un par de ojos limpios para parecer diferente. En un entorno de cicatrices, caras curtidas y miradas torvas, Simón destacaba. Todavía era joven. Veintitantos. Con más futuro que pasado, pero lo bastante vivido como para saber que el margen de error en su oficio era estrecho como una navaja.

No había alcanzado una posición alta en la cadena de mando. Era un operador fiable, alguien en quien los peces gordos cada vez confiaban más. Movía paquetes, ajustaba cuentas pequeñas, vigilaba a los inestables. Y callaba. Siempre callaba.

Pero ahora, por primera vez, la vida le enseñaba otra carta. Una repleta de lujos y de excesos. Una que podía hacerse realidad si Rafael Casal desaparecía de la faz de la tierra.

Ella. No era joven. Ni perfecta. La piel le delataba el paso de los años, el cuello a veces también, y al reírse enseñaba esas pequeñas arrugas junto a la comisura del labio. Pero su cuerpo aún

respondía, y en la cama —o en un coche escondidos— sabían entenderse sin apenas palabras. Follaban a gusto. Con hambre. Como si el mundo se redujera a ese instante y a ese olor a humedad y sexo encerrado.

Y, sin embargo, Simón lo sabía: no era por eso que volvía a verla.

No era el cuerpo. Ni siquiera el deseo.

Era lo que ella representaba. La promesa de una vida nueva que siempre había soñado. Ella era la llave. Él era el que debía abrir la puerta.

13

El cielo todavía no había decidido si saldría el sol o seguiría encapotado. Una bruma baja, grisácea, reptaba silenciosa por los tejados de Santiago como un velo que se aferraba a las cornisas y lamía las baldosas. Lobo ya estaba en pie. Se movía por la cocina con una parsimonia ceremonial: abría cajones sin hacer ruido, llenaba la tetera con suavidad y medía el jengibre con la precisión de un alquimista.

La encimera brillaba. La había repasado tres veces. No por suciedad, sino por inercia, por esa necesidad casi ritual de mantener el orden donde el mundo se desmoronaba sin aviso. Se había levantado a las cinco. Meditación, su rutina de ejercicios. Siempre en silencio, en la penumbra. Después, una ducha fría sin concesiones. El mismo orden en años. El mismo gesto al observar el vaho en el espejo empañado y no reconocerse del todo, con ese cuerpo lleno de cicatrices tras la explosión de la bomba.

Ya vestido, se abrochó la camisa blanca y sonrió al comprobar que no había una sola arruga. Luna lo miraba desde el umbral, inmóvil, pero atenta.

—Ya, ya —murmuró Lobo sin mirarla—. Hoy sí.

Cruzó el pasillo en silencio. Al llegar a la puerta, se detuvo. El abrigo colgado, la correa a su lado. Luna no se movía, como si supiera que ese instante tenía algo de frontera. Lobo alargó la mano con lentitud, la dejó suspendida un segundo sobre la correa, y luego la recogió. Sus dedos temblaron levemente al sujetar el mosquetón.

—No hagas que me arrepienta —dijo en voz baja.

Luna dio un paso, luego otro, la cola baja, expectante. Lobo se agachó y la enganchó con un clic rápido. Al incorporarse, inspiró hondo.

La puerta se cerró tras ellos con un golpe seco.

Bajó despacio los peldaños del edificio, sin tocar la barandilla. Afuera, la ciudad todavía dormía envuelta en su niebla cansada. Ni un coche. Ni un alma. Tomaron la rúa que bajaba hacia Bonaval. Luna caminaba a su ritmo, olisqueando aquí y allá, sin tirar demasiado. Lobo mantenía el brazo rígido, como si llevar una correa en la mano fuera algo para lo que nadie lo había entrenado.

Al llegar a la entrada lateral del parque, junto al antiguo muro de piedra que rodeaba el cementerio, Lobo se detuvo un instante. Cruzaron el umbral y se adentraron por el sendero de grava que ascendía con suavidad hacia una explanada de césped, A un lado, los cipreses altos y silenciosos custodiaban las tumbas antiguas, vestigios del cementerio del convento dominico. El musgo trepaba por las lápidas como si intentara cubrir el olvido.

Cuando regresaban del paseo, en una curva del camino empedrado, apareció una mujer menuda, quizá en la setentena, con un abrigo de paño azul y un gorro de lana que apenas contenía una melena blanca. A su lado correteaba un braco, uno de esos perros de caza de mirada viva, sin correa. El animal se detuvo en seco al ver a Luna y levantó las orejas. Luna también se paró. Se tensó la correa entre los dedos de Lobo.

—No, no... —murmuró Lobo, bajando el tono como si pudiera razonar con ella.

Pero Luna no tiró. Solo avanzó un poco, tranquila. El braco se le acercó tambaleante, la cola en alto, y comenzó a olisquearla con interés. Ella respondió con la misma curiosidad metódica. Se husmearon en círculos, hocico contra trasero, sin disimulo.

—Por Dios… —musitó Lobo, mirando hacia otro lado.

La mujer, que ya pasaba a su lado sin detenerse, le sonrió como si hubiera oído el comentario.

—Déjelos. Es su manera de conocerse.

De vuelta en casa, Félix dejó las llaves de forma precipitada, se quitó el abrigo y colgó la correa en su gancho. Luego, atravesó a la carrera el salón hasta la cocina y abrió el grifo de agua caliente. Se lavó las manos dos veces con ayuda del estropajo. Cuando terminó,

se levantó y se quitó la camisa blanca con un gesto rápido. Nora, sentada en una de las sillas, lo observaba con los ojos muy abiertos, una taza de café humeante entre sus manos. Se cruzó con ella sin siquiera saludarla.

—¿Otra ducha, mi niño? —preguntó sin levantar la vista de la pantalla—¿Fue tan terrible?

—Peor. Hubo contacto.

Ella sonrió, divertida.

Tras frotarse a conciencia durante media hora con agua caliente, Félix apareció apenas envuelto en una toalla y con el pelo húmedo. Nora seguía en la cocina, pero esta vez con el portátil sobre la mesa. Estaba descalza, llevaba una camiseta grande de algodón gris, que le llegaba a mitad del muslo, y nada más.

—Lykaina llamó mientras estabas en la ducha con el proceso de desinfección.

Se levantó con el ordenador para llevarlo al salón, reconvertido en centro de operaciones. Lobo la seguía en silencio. Nora caminó con paso firme por el pasillo y entró en la estancia donde trabajaban. Llevaba el portátil pegado al costado, como si fuera una carpeta de pruebas en una escena del crimen. Encendió la lámpara de escritorio. Frente a ella, la pizarra con notas dispersas pero sin ninguna conexión relevante

—No ha encontrado demasiado —empezó mientras se sentaba —. Pero tampoco esperaba milagros. Suances era un tipo listo precavido, que sabía que iban tras él.

Lobo, se abotonaba una camisa idéntica a la anterior mientras permanecía en pie a su lado.

—Hará cosa de un par de meses alguien realizó una limpieza a fondo —prosiguió ella—. Directorios enteros borrados con un programa profesional. Lykaina ha usado varias herramientas pero no ha podido recuperar nada. El disco fue tratado con un software que lo sobrescribe, sin dejar rastro. Pero mira lo que encontró en una de las carpetas —le hizo un gesto con la mano para que se agachara—. La carpeta se llama simplemente “San Xoán”

La pantalla mostró una galería de cinco imágenes en miniatura. Hizo doble clic en la primera. Era una cabaña, amplia, de tejado bajo y muros encalados. El crepúsculo ya había caído, pero la vivienda irradiaba una calidez casi doméstica. Farolillos de papel colgaban sobre una pancarta escrita a mano que decía: *San Xoán. Fiesta privada*. Al fondo, el perfil borroso de lo que parecía un pequeño valle. Cerca de la puerta, una mesa repleta de botellas y platos sin recoger. Lobo no dijo nada.

La segunda foto mostraba a cuatro jóvenes sentados sobre un tronco en el cauce de un rio. Estaban relajados, fumaban y reían, con los vasos medio vacíos apoyados en el cemento agrietado. El foco era nítido en uno de ellos: cabello largo, rostro grueso, mirada de sobra y arrogancia. Manuel Suances, sin duda. A su lado, un joven de complexión robusta, y junto a él, una mujer cuyo rostro se giraba justo en el momento del disparo. El cuarto parecía de menor edad, y los observaba con atención. En el fondo, una moto roja aparcada bajo un eucalipto.

Pasaron a la tercera. Un primer plano de la mujer. Ahora de frente. La noche había avanzado: las sombras más densas, la piel más brillante. Sonreía, pero no con alegría. La expresión era ambigua, casi desafiante. Llevaba algo anudado a la cintura, unos vaqueros deshilachados. Los labios pintados de rojo.

La última imagen era la más borrosa. Suances y la mujer bailaban. Él sostenía una copa, ella lo rodeaba por el cuello, en actitud muy íntima. Nora se inclinó sobre el teclado y pasó a pantalla completa la imagen. Se notaban las marcas del tiempo: una ligera decoloración en los bordes, motas que no eran del sensor sino del papel original.

—Están escaneadas —dijo, sin apartar la vista—. Todas. Lo que significa que no se tomaron con una cámara digital. Lykaina ha comprobado los metadatos: fueron subidas al disco hace unos diez años, pero no tienen rastro del archivo RAW ni ninguna de las marcas habituales. Solo archivos .jpg limpios, uno por foto.

Nora arrastró el cursor y abrió el menú de impresión.

—Voy a sacarlas en papel.

Lobo asintió sin decir nada. Se agachó a enchufar la impresora láser del rincón, mientras Nora ajustaba el tamaño. Escogió el papel fotográfico, calidad alta. La máquina empezó a rugir con lentitud, escupiendo hoja tras hoja. Lobo las fue recogiendo una a una, con cuidado de no mancharlas. Las extendió sobre la mesa como si fueran pruebas de una autopsia. Luego, cogió cuatro imanes y las colocó una al lado de la otra.

—Finales de los ochenta o principios de los noventa —murmuró.

14

El apartamento estaba encajado en el último piso de un edificio sin pretensiones. Las paredes, pintadas de blanco cal, tenían grietas finas como venas bajo el yeso, y la humedad se colaba sin pedir permiso por los rincones. Pero las vistas al mar eran limpias, abiertas, y eso bastaba.

Marta Loureiro estaba de pie junto a la ventana abierta, fumando el tercer cigarrillo en menos de media hora. El viento del mar, cargado de salitre, le despeinaba los mechones sueltos y le erizaba la piel de los brazos, desnudos bajo la camisa blanca, estratégicamente desabotonada. Le cubría hasta medio muslo. Las botas seguían en la entrada. Caminaba descalza sobre las baldosas frías, el corazón acelerado, como si algo en su interior palpitara al ritmo de un metrónomo secreto.

Se acercó al espejo del pasillo y se miró. Tenía los ojos inyectados, el pulso irregular. El deseo de sexo y cocaína le proporcionaban siempre esa mezcla de euforia y náusea que no sabía si detestaba o buscaba a propósito. En el fondo, le gustaba pensar que era una mujer difícil de catalogar. Que nadie había llegado a conocerla del todo. Ni Rafael. Ni Simón. Ni las amigas que decía tener.

El timbre la sacudió como un disparo. Se quedó inmóvil, cigarrillo en mano, el corazón en la garganta. No era Simón. Él siempre llamaba antes, siempre subía en silencio con su llave cuando todo estaba tranquilo. Y aún no eran ni las doce.

El timbre sonó de nuevo. Más largo. Marta contuvo la respiración y dio dos pasos hacia la puerta. Apagó el cigarrillo en el cenicero sin apartar la vista del pomo. Se acercó con sigilo y se asomó por la mirilla.

Una mujer, con el uniforme de una empresa de transporte, esperaba al otro lado. El pelo le sobresalía por los lados de una gorra y llevaba sudadera azul marino con el logo de la compañía bordado en el pecho. Sostenía una pequeña caja en los brazos y miraba su dispositivo portátil con impaciencia. Marta no se movió. No abrió.

La repartidora volvió a pulsar el timbre, esta vez con un deje de resignación. Esperó. Miró alrededor. Y tras unos segundos, dejó el paquete en el suelo, junto al felpudo. Después se alejó sin mirar atrás.

Marta esperó a oír el sonido del ascensor. Luego aún un poco más hasta que deslizó el pestillo y entreabrió la puerta. Miró a ambos lados. El pasillo estaba vacío.

El paquete era pequeño, rectangular, envuelto en papel marrón liso. Sobre él, una tarjeta blanca, sin logotipo ni membrete. Solo su nombre escrito a mano con tinta negra, letras inclinadas, firmes:

Marta

Cerró la puerta con lentitud y se quedó allí, inmóvil, el paquete entre las manos. Lo pesó como si pudiera adivinar su contenido. No era pesado. No hacía ruido. Dejó la caja sobre la mesa del comedor, encendió otro cigarrillo y tomó la tarjeta. No había nada escrito en el reverso. Ni remitente. Ni instrucciones. Nada.

Marta rompió el envoltorio con los dedos, sin usar tijeras. El papel se abrió con un susurro seco, como una piel vieja que se resquebraja. Dentro, una caja negra. De cartón duro. La abrió.

El mundo se detuvo.

Una cucharilla de plata, antigua, con las iniciales M.L. grabadas en el mango. Dos papelinas blancas, dobladas. Una jeringuilla nueva, con el precinto. Algodón. Una tira de goma roja, enrollada con mimo. Y un mechero de gas.

Y junto a ella, una figura de barro. Pequeña, rústica, parecía hecha a mano. De forma humana, pero sin rostro, sin género. Solo un cuerpo primitivo, como modelado con prisa por un niño o alguien sin experiencia. El barro tenía un tacto terroso, apenas seco.

Marta tragó saliva. El pulso le tembló.

Llevaba doce años sin tocar esa mierda. Veinte años que habían incluido terapia, recaídas, excusas. Veinte años escapando de sí misma. Verlo todo ahí, tan ordenado, tan limpio, tan fácil… fue como recibir una caricia en mitad de una tortura.

Debajo del forro interior de la caja, algo crujió. Un papel fino, doblado en cuatro. Lo abrió.

"Cuando hayas terminado, pasa el mechero por debajo de esta hoja."

No firmaba nadie. Ninguna pista. Solo esa frase.

La habitación empezó a girar ligeramente. El pitido en los oídos, el cosquilleo en la nuca. Marta se dejó caer en la silla más cercana. El cigarrillo temblaba entre sus dedos, una columna torcida de humo ascendía como una señal de auxilio. Pasó la yema del dedo por el grabado de la cucharilla. La reconocía. Fue suya.

—No, no jodas… —murmuró.

Las manos le sudaban. Tenía el corazón desbocado, como si su cuerpo supiera ya lo que se avecinaba. Era esa extraña mezcla de repulsión y deseo. El monstruo bajo la cama que te llama por tu nombre. La adrenalina que golpea las sienes.

Marta se levantó. Cerró las cortinas. Se quedó un momento de pie, con la caja abierta sobre la mesa y el mar al otro lado de los ventanales. Se pasó la lengua por los labios. Secos. Se sentó otra vez. Respiró hondo.

Y tomó una decisión.

Abrió una de las papelinas. El olor la golpeó en plena cara. Una especie de dulzor metálico, casi olvidado, como la canción de una infancia enferma. Volvió a leer la nota. Luego encendió el mechero, miró la llama un instante, y lo apagó.

Todavía no. Primero, la dosis. Lo preparó todo con manos firmes, mecánicas, como si hubiera sido ayer la última vez. El cuerpo recordaba aunque la voluntad gritara. Vertió la dosis en la cucharilla, añadió unas gotas de agua, y encendió el mechero. La llama lamía el metal. La mezcla burbujeó. Un olor acre y dulce ascendió, denso como una advertencia.

Cargó la jeringuilla. La sostuvo un momento, suspendida en el aire. Ató la goma al brazo izquierdo. Buscó la vena. La encontró.

Limpia, visible. Sin la maraña de pinchazos antiguos.

Respiró hondo. Y se inyectó. La aguja entró con una facilidad casi ofensiva en el relieve azulado. Empujó el émbolo.

Y durante tres segundos, todo fue perfecto.

El calor se extendió como un abrazo líquido. El mundo se ralentizó. Las baldosas parecieron flotar. La ansiedad se deshizo. Por fin. Por fin silencio.

Pero algo no iba bien.

Marta sintió un pinchazo agudo en el pecho. Como si un clavo invisible le atravesara el esternón. Después, un golpe seco en la nuca. La visión se le llenó de puntos negros. Trató de inhalar, pero el aire se volvió espeso, lejano. Su cuerpo se arqueó involuntariamente. La jeringuilla cayó al suelo con un tintineo hueco.

—Joder… —susurró, sin aire.

Intentó ponerse de pie, pero las piernas no respondían. Se arrastró, torpemente, hasta la mesa. Buscó el mechero a ciegas. Su brazo golpeó la caja, los objetos cayeron al suelo con estrépito. Volvió a incorporarse. Una arcada seca le dobló el torso. Su propio reflejo en la ventana era una sombra distorsionada.

Lo encontró. El mechero. Con un último impulso, prendió la llama.

Acercó el fuego al papel.

Las letras aparecieron lentamente, como quemaduras reveladas por el calor:

"Sabía que volverías a caer. Descansa."

Los ojos de Marta se abrieron con terror. Un estertor le sacudió el pecho. La llama le quemó los dedos, pero no soltó el mechero. Cayó de lado y el papel se incendió. Un pequeño rastro de humo impregnaba la habitación. Mientras el mar seguía ahí fuera, indiferente, azul e inmenso, dentro, el cuerpo de Marta convulsionaba en silencio.

Hasta que todo se oscureció.

El mechero, encendido, quedó entre sus dedos. Los restos de la nota, diminutos trozos de papel carbonizado, se empezaron a mover por el aire. En el suelo, junto al cuerpo inmóvil de Marta, la figura de barro parecía observar la escena con una paciencia infinita.

Y a unos metros, dentro de un coche estacionado al otro lado de la calle, alguien observaba. No se movía. Solo miraba la ventana del último piso, esperando para comprobar si había movimiento en su interior.

15

María Piñeiro frunció el ceño al leer el número del expediente: 2047-BG-21

—Vamos a ver de qué trata.

Se sentó frente a su ordenador, uno de esos modelos antiguos con carcasa gris perla, teclado grueso y una pegatina descolorida de la Xunta en la esquina inferior. Acomodó las gafas sobre el puente de la nariz, entrecerró los ojos y tecleó con una rapidez sorprendente para alguien de su generación.

La pantalla mostró una interfaz espartana, más cerca de MS-DOS, con la que Bruno se encontraba más a gusto que de cualquier navegador moderno.

—Vaya, parece que esto no es una consulta cualquiera —murmuró.

Tecleó de nuevo, esta vez con una combinación de teclas que Bruno no supo descifrar. La pantalla parpadeó. María esperó, cruzó los brazos, y soltó un leve resoplido.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Me salta un aviso de "acceso restringido". Solo se puede abrir desde cuentas con credencial judicial o fiscalía.

—¿Por qué un expediente mercantil estaría restringido?

Lo miró por encima de las gafas, con esa expresión que mezclaba desconfianza y experiencia.

—Hay varias razones: intervención judicial, investigación abierta, blanqueo, terrorismo… —enumeró con los dedos—. O simplemente, porque alguien muy poderoso ha pedido que se mantenga fuera del radar.

Bruno guardó silencio unos segundos.

—¿Y no puedes saltarte esa restricción?

María se encogió de hombros.

—Hace unos años, quizás. Pero desde que cambiaron el sistema, cada acceso queda registrado.

—¿Estás segura?

—Yo siempre estoy segura. Lo de mi tamaño es para despistar —dibujó una sonrisa de gata astuta.

—Siempre nos queda la opción de bajar a las catacumbas del papel. Sígueme —le invitó Piñeiro sosteniendo la puerta.

Bruno la siguió por un corredor de perspectivas infinitas.

—¿Soy yo o este edificio parece más grande por dentro que por fuera?

De nuevo esa mueca gatuna.

—Se rumorea que cada noche los funcionarios en excedencia vagan por los pasillos como espíritus a consultar carpetas. Yo no bajaría la guardia.

Al llegar al fondo de un corredor, Piñeiro se detuvo frente a una gran puerta de porte catedralicio. La mujer la empujó y le guiñó un ojo.

—Bienvenido al mágico mundo del papel timbrado.

Una colmena de anaqueles, escaleras y archivadores se extendía ante sus ojos bajo una tramoya de lámparas que destilaban una luz blanquecina.

—*Carallo* —murmuró Ferreira—. ¿Cómo se puede encontrar algo aquí?

—Yo tengo la teoría de que la idea es que no se encuentre, pero con paciencia y una caña, y mi mano experta, aquí se encuentra hasta la piedra filosofal. A ver ese código de nuevo.

Bruno siguió a María hasta una pared repleta de carpetas numeradas que ascendía a los cielos. Señaló una escalera para que se la acercara. Trepó por la misma con una agilidad sorprendente. Piñeiro soltó un leve suspiro mientras repasaba con el dedo los lomos numerados, como si estuviera eligiendo una novela en una biblioteca antigua.

—¿Te acuerdas cuando hacíamos esto sin ordenadores? —preguntó sin girarse—. Cuando la gente escribía con máquina y tú

venías con aquella libreta negra.

A Bruno se le iluminó la cara.

—Recién licenciado en periodismo. Con más ímpetu que sueldo y esa absurda convicción de que las palabras podían cambiar algo.

—Y yo —continuó ella, ahora alzando la voz mientras subía un nuevo peldaño—, recién salida de la carrera de Derecho. Soñaba con tribunales y acabé fichada en este mausoleo de legajos.

—Pero con toga mental. Siempre con toga.

—Tú con libreta. Yo con toga —dijo, y rio entre dientes—. Qué par. Me acuerdo de aquella vez en el Ayuntamiento, ¿te acuerdas?, cuando casi nos encierran en el archivo municipal por quedarnos después del cierre.

—Cómo olvidarlo. Tú insistías en buscar un testamento perdido y yo solo quería salir a fumar.

—Y aun así encontramos el puñetero testamento.

—Gracias a tu insistencia y a mi linterna.

—Y a tu libreta negra —dijo ella, girándose por fin con una sonrisa.

Continuó un buen rato husmeando hasta que bajó con una carpeta enorme en sus manos. Luego invitó a Ferreira a tomar asiento en uno de los escritorios de consulta que había en el centro de la sala. María depositó la carpeta con un leve quejido.

—Aquí lo tienes. Expediente 2047-BG-21. Y no sabes lo que me ha costado dar con él, porque alguien lo había archivado bajo la referencia antigua: BG-2047/21-MC. Cosas de burócratas creativos.

Bruno la miró, asintió en silencio y sacó del bolsillo interior de su abrigo una libreta negra de tapas rígidas, curtida por los años y los casos. Luego abrió la carpeta con cautela. Dentro, varias hojas mecanografiadas, copias de documentos notariales y una inscripción mercantil con sello en relieve. Fue pasando página a página mientras anotaba a trazos rápidos lo que consideraba podía ser útil. Estuvo así un rato, sin saber muy bien qué buscaba, hasta que lo encontró.

—Aquí —dijo, señalando con el dedo una línea de texto que cruzaba una de las páginas—. Socio fundador: Manuel Suances Pardo. Participación: 51%.

Piñeiro asintió con un leve gesto.

—Tal vez eso explica por qué el expediente está restringido. Cuando uno de los socios principales muere en extrañas circunstancias, el juzgado puede requerir su bloqueo.

Bruno pasó a la hoja siguiente. Escritura mecánica, cláusulas tediosas sobre capital social, régimen de representación, plazos y revisiones. Nada extraño. Hasta que llegaron al apartado de apoderamientos.

—Aquí se menciona una figura externa —dijo Piñeiro, señalando con la uña el margen derecho—. Mira: "Delegación de gestión operativa: R.C. según acta notarial 98/2016". Sin nombre completo. Solo iniciales.

—¿Y qué empresa mercantil concede poderes a alguien sin identificarlo?

María bufó por la nariz.

—Una que no espera que nadie mire.

Pasaron otras dos hojas. Bruno arrugó la frente. Una hoja parecía estar fuera de lugar: no tenía membrete, ni numeración. Un folio reciclado. Había sido grapado con descuido a los documentos oficiales, como si alguien lo hubiese metido en el último momento. Contenía lo que parecía una minuta interna de gastos. La tinta era más tenue, casi desvaída.

Bruno leyó en voz alta:

—"Desplazamiento Vilagarcía – Lisboa, coste compartido con RC. Facturación pendiente. Marítima Atlántica. Remitir copia a G. del Mar."

Se miraron.

—Vilagarcía —murmuró Piñeiro—. Marítima Atlántica. Bruno, esa naviera estuvo en el sumario del caso Pontevedra hace años. El de los contenedores sin declarar. Aquello que archivaron de golpe. ¿No te suena?

—No solo me suena. Como iba a olvidarlo.

Ferreira formó el nombre de las iniciales de R.C. en los labios en silencio y sintió que se le helaba la sangre.

Les llevó un par de horas más descubrir que Marítima Atlántica aparecía como proveedora auxiliar en varios proyectos de

urbanización del Concello de Santiago en la década de los noventa . Pero lo más relevante era que su único administrador apoderado era Rafael Casal. Todo apuntaba que Marítima Atlántica había sido el vehículo para blanquear dinero procedente del narcotráfico, bajo el paraguas de Suances y con cobertura institucional.

—Volvamos al ordenador —dijo ella.

Tras varios clics y tecleos, apareció una ficha.

—Aquí está. Fue dada de baja en 2002. Sin actividad hasta 2016, cuando fue reactivada con nuevo domicilio fiscal—María hizo una pausa y leyó con más atención—. Cambió su sede a Vilagarcía de Arousa, en una nave industrial que también figura como sede de una empresa de transportes que cerró en 2015.

—¿Y quién firmó la reactivación?

—Tomás Regueira —confirmó ella, mientras giraba la pantalla hacia él.

16

Simón aparcó, maldiciendo por lo bajo, y apagó el motor con manos húmedas. Miró la pantalla del móvil por enésima vez. La llamada perdida seguía ahí, sin respuesta. Siempre lo hacían así: una última llamada sin hablar, un pequeño gesto pactado para decir *todo en orden*. Pero esta vez, Marta no había devuelto la señal.

«Joder, joder, joder...»

Se quedó unos segundos dentro del coche. Le temblaba un músculo en la mandíbula. Marta Loureiro no era cualquier cosa. Era la mujer de Rafael Casals, el patriarca. El tipo que había convertido media costa gallega en su feudo. El jefe. El hombre al que nadie le mentía dos veces. Y él, Simón, se la estaba follando en secreto desde hacía ya varios meses. Como si tuviera ganas de suicidarse.

Salió del coche y cruzó la acera con paso rápido. En la entrada del edificio, el portero automático parpadeaba con su luz ámbar. Pulsó el botón como de costumbre. Intuyó correctamente que nadie respondería, aunque las luces estuvieran encendidas y ella le hubiera confirmado que le esperaba en ropa interior. Subió por las escaleras. Siempre lo hacía así, por rutina. Por paranoia. Por instinto.

A cada piso que subía, el aire parecía más denso. Más espeso.

«Devuélveme la puta llamada, Marta...»

Al llegar al quinto, se detuvo un segundo frente a la puerta. Escuchó. Nada. Silencio. Ni música. Ni pasos. Ni siquiera el murmullo de la televisión encendida, como solía dejarla para disimular. Sacó la llave del bolsillo. Dudó antes de meterla.

El corazón le retumbaba en las costillas. No podía evitarlo. Había visto lo que Rafael era capaz de hacer cuando alguien le traicionaba. Simón tragó saliva. Giró la llave. La puerta no tenía el pestillo echado.

Entró.

El olor lo golpeó primero. A tabaco, perfume, y algo más denso, más pegajoso. Lo reconoció de inmediato. Esa mezcla de almizcle metálico. Heroína. Y algo más. Algo que no quería identificar.

—¿Marta?

Las botas seguían en la entrada. Caminó despacio por el pasillo. La ventana del salón estaba abierta y una suave brisa marina le golpeó la cara. Entonces la vio. El cuerpo de Marta, caído junto a la mesa. Una figura de barro en el suelo. El mechón rubio que le caía sobre la cara, los ojos abiertos.

Simón se quedó helado. No dijo nada. Ni un grito. Solo un paso atrás, como si el aire se le hubiera vuelto fuego.

—No puede ser... —susurró.

Se acercó. La tocó. El frío de la piel le heló los dedos. Se le escapó un juramento ahogado. Buscó el pulso. Una voz interior le gritaba que no había ninguno, pero lo buscó igualmente. Por inercia. Por negación. Porque si lo aceptaba, su vida valía menos que un gramo de mierda.

—Joder, Marta... ¿qué has hecho?

Estaba tendida en el suelo, de lado, el cuerpo ligeramente encogido, una pierna doblada bajo la otra. La camisa blanca le cubría apenas hasta los muslos, una manga deslizada hasta el codo, la otra todavía sujeta, como si se hubiese quedado a medio camino de algo. Los dedos de una mano aún sostenían el mechero. El otro brazo, extendido, tenía la goma roja todavía anudada sobre el bíceps. Justo debajo, el pinchazo. La aguja en el suelo. La jeringuilla vacía.

—No... no, no... —murmuró Simón, tropezando con la alfombra.

Cayó de rodillas junto a ella. Le apartó el cabello del rostro con manos temblorosas. La piel de la frente estaba helada. Los labios, ligeramente azulados, entreabiertos. Una manchita de espuma blanca en la comisura.

—¡Marta! ¡Marta, despierta!

Le dio unos golpecitos en la mejilla.

—Vamos, joder, no me hagas esto... —La voz se le quebró en un sollozo de desesperación.

Le separó el brazo con torpeza, le buscó de nuevo el pulso. Nada. Apoyó el oído en su pecho. Silencio.

Y entonces el pánico lo invadió como un relámpago. Un rugido en los oídos, una punzada en el estómago. Se levantó de un salto, tiró una silla sin darse cuenta. Buscó algo, cualquier cosa. Agua, una toalla, el móvil. Volvió con un vaso, se lo lanzó a la cara. Intentó reanimarla. Le hizo compresiones en el pecho, sin mucho ritmo, pero con rabia. Con desesperación.

—¡Despierta, coño! ¡Despierta o estamos muertos los dos!

El cuerpo de Marta no se movía. Solo el sonido de las manos golpeando de forma rítmica el esternón. Los dedos de Simón se enredaron en la camisa, se la desabrochó de un tirón, como si con eso pudiera traerla de vuelta. Nada.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Y entonces, el grito se le rompió en la garganta.

—¡Joder, Marta… no me hagas esto…! —susurró con un hilo de voz que se fue volviendo más grave—. ¡No puedes dejarme ahora, no tú!

Y sin pensar, como un acto animal, le golpeó el pecho con el puño cerrado. Una vez. Dos. Tres.

—¡Vamos! ¡Respira, joder! ¡Respira!

El sudor le corría por las sienes. Simón se incorporó como un resorte, con un nudo en la garganta y los músculos agarrotados. Empezó a dar vueltas por el salón, se agarró la cabeza.

—Piensa. Piensa. ¡Joder, piensa!

Miró el cuerpo de Marta una última vez, con la esperanza de que parpadeara, que respirara, que le dijera que todo esto era una broma enferma.

Pero no lo hizo.

Un zumbido sordo le llenó los oídos. Avanzó hasta la entrada a trompicones, sin saber muy bien qué hacía, solo sabiendo que tenía que irse. Cuanto antes. Abrió la puerta con torpeza, golpeándola contra la pared. Y bajó por las escaleras como si el infierno entero le pisara los talones.

Lobo condujo la *Kombi* durante cincuenta minutos por una autovía y otros diez más por una comarcal siguiendo al Seat de María Piñeiro. La amenaza de lluvia que habían pronosticado los meteorólogos se había quedado en un cielo de nubes alternas que tamizaban la luz del sol. La ciudad de Santiago de Compostela no había durado mucho tiempo. La zona rural se había apoderado inmediatamente del paisaje en forma de vecindarios junto a la carretera y un rosario de granjas dispersas a los lados, siguiendo la línea de la carretera.

Tras tomar un desvío, las granjas comenzaron a distanciarse dejando a la vista extensos campos de un verde esmeralda delimitados por muros de piedra antigua y salpicado de vacas que rumiaban con calma. El aire, arrastraba ese olor penetrante del ganado, una mezcla de estiércol y barro que se colaba incluso con las ventanillas bajadas. Lobo frunció ligeramente la nariz, se colocó la mascarilla y colocó una toallita perfumada en la salida del aire.

Delgado lo miró de reojo medio sonriendo. Le sorprendió la belleza de los eucaliptos y de las flores amarillas de las árgomas que contrastaban con el brezo rosado que crecía al borde la carretera. María giró a la derecha en una pista hacia el bosque y cincuenta metros más adelante aminoró la marcha hasta detenerse junto a una colosal verja de hierro. Félix detuvo la *Kombi* a su lado.

—Hemos llegado —dijo.

La secretaría del despacho de abogados les esperaba de pie.

—Podíamos haber entrado en coche —explicó mientras avanzaban—, pero merece la pena el paseo.

El camino estaba custodiado por árboles centenarios y se inclinaba levemente hacia una planicie de césped y un edificio de planta rectangular y pequeñas ventanas incrustadas en piedra de color marrón claro. Quedaba elevada sobre una loma, como un palacete. Había una hilera de farolas de forja y maceteros de piedra repletos de flores. Nora se acercó para encerrar una camelia blanca en el hueco de su mano y aspiró el perfume que se colaba entre sus dedos.

—El cementerio está como a ciento cincuenta metros, junto a la iglesia del pazo —explicó Piñeiro.

—¿Tienen cementerio y una iglesia? —preguntó Félix.

—Este lugar ha sido siempre más que una casa —dijo ella, deteniéndose un instante y girándose hacia ellos—. El pazo de los Caamaño-Bermúdez fue durante generaciones el centro invisible de poder en toda esta comarca.

—¿Todavía? —preguntó Delgado, casi en un susurro.

La mujer asintió con lentitud.

—Aquí todo cambia, y todo permanece. El apellido todavía impone. Aunque no ocupen cargos oficiales, su palabra pesa. Y no sólo por el dinero. Hay una red tejida con años de influencias, y además, las gentes del lugar siguen siendo muy clasistas. Los marqueses de Caamaño-Bermúdez han sido los señores de estas tierras durante siglos. Muchas familias de la comarca han trabajado para ellos en algún momento y de alguna manera les guardan una especie de honor o distinción.

Delgado torció el gesto y meneó la cabeza.

—¿Y de qué se conocían Manuel Suances y el hijo del marqués? —preguntó finalmente.

—Se conocieron de críos. Estudiaron juntos en el colegio privado de los jesuitas de Santiago. Estoy segura de que ya entonces Manuel soñaba con tener poder, con dirigir despachos, partidos, lo que fuera.

Félix mantenía la mirada fija en María, sin interrumpir.

—Se hicieron amigos íntimos —se detuvo pensativa—. Se necesitaban, más bien. Héctor tenía el apellido y la red social. Manuel, el hambre. Y juntos formaban una pareja peculiar. Uno abría puertas; el otro sabía cómo colarse dentro y quedarse. Cuando Manuel llegó al despacho, fue el propio Héctor Caamaño-Bermúdez quien le tendió la mano. Yo ya trabajaba con él por entonces, y recuerdo bien aquella época. No teníamos muchos clientes, ni nombre, ni recursos. Apenas un par de temas heredados de su padre y mucha voluntad. Pero don Héctor, él empezó a derivarle asuntos delicados. Cosas de familia, problemas con tierras, herencias trabadas, litigios que requerían discreción.

—¿Y por qué? —preguntó Lobo sin dejar de observarla.

—Porque Manuel era ambicioso, testarudo y de carácter difícil, sí. Pero también era brillante. Lo sabían todos. Y don Héctor

necesitaba a alguien con esa cabeza y sin demasiados escrúpulos para ciertos asuntos. Le facilitó contactos. Algunos de los nombres más poderosos de Santiago llegaron al despacho gracias a él. Nunca lo decía abiertamente, claro. No hacía falta. En esta tierra, con una palabra basta. O con una llamada desde el pazo.

—Así que ese fue el trampolín —murmuró Félix.

—Uno de ellos. Manuel era muy hábil. Supo moverse. Nunca se consideró inferior a nadie. Ni siquiera a un Caamaño-Bermúdez.

—¿Se veían a menudo? —preguntó Delgado.

—De vez en cuando. Sobre todo, en los primeros años. Luego las cosas cambiaron. Don Héctor se fue distanciando poco a poco. Ya no quería tener relación directa con temas legales ni con política. Dicen que le decepcionó la manera en que Manuel se fue metiendo en determinados círculos.

—¿Y últimamente?

La secretaria dudó un momento. Bajó la mirada.

—Últimamente no lo sé. La última vez que escuché el nombre de don Héctor fue hace un par de meses. Una carta que llegó al despacho. Personal. No sé su contenido. Él y Manuel se habían distanciado, sí, pero entre ellos había algo más fuerte que una amistad. Había lealtad forjada tras muchos años de relación.

17

La teniente Irene Padrón, destinada en la comandancia de la Guardia Civil de A Coruña, no necesitaba alzar la voz ni hacer gala de galones para imponerse. Su autoridad brotaba de esa extraña coherencia entre lo que decía y lo que hacía. Directa. Incómoda para los tibios. Imprescindible para los que aún creían que la justicia no debía depender del turno de vacaciones de un juez.

Tenía treinta y nueve años, aunque en su mirada habitaba un cansancio más antiguo. Se movía entre cadáveres y silencios con la serenidad de quien ha aprendido que el dolor no siempre grita. A veces susurra. Y hay que saber escucharlo.

Se hizo guardia civil tras una noche que nunca pudo olvidar. En sus años universitarios, una amiga íntima —casi una hermana— fue víctima de una agresión sexual. Irene había preferido no salir aquella noche con ella. Un trabajo pendiente la mantuvo en su cuarto mientras su amiga se marchaba sola. Cuando se enteró, algo se quebró dentro. Lo que otros tardaban años en descubrir, ella lo comprendió entonces con una claridad brutal: lo suyo no iba a ser la abogacía. Lo suyo era impedir que volviera a pasar. No a su amiga. No a nadie.

No hablaba mucho de aquello. Ni siquiera con su marido, ni con su hijo adolescente, al que intentaba proteger del peso de su vocación. Mantenía ambos mundos separados, como compartimentos estancos. En casa, era otra: menos rígida, más cercana. Pero nunca completamente distinta. Porque Irene no sabía fingir. Ni dentro ni fuera del cuartel.

Tenía el rostro anguloso, la piel clara y los labios rectos, con esa belleza callada que solo tienen quienes jamás se han disfrazado de lo que no son. Su cabello negro, espeso, recogido siempre en una

coleta baja, estaba cruzado por una hebra blanca que nacía en la sien izquierda, como una cicatriz sin herida.

No usaba maquillaje. Vestía con esmero. Botas limpias. Cinturón justo. Uniforme sin arrugas. Llevaba siempre un cuaderno de notas en el bolsillo izquierdo del pantalón, tan pegado al cuerpo que parecía parte de su piel.

No era de las que tuteaban en la primera conversación. Ni de las que sonría por cortesía. Su trato era correcto, incluso amable, pero había en ella una reserva que imponía distancia. Aun así, inspiraba confianza. Tal vez por esa mirada dura, limpia, que obligaba la sinceridad.

En sus pocas horas libres, Irene prefería los silencios del hogar a cualquier otro ruido. Allí, en un piso modesto, compartía mesa con su marido —músico frustrado, cocinero de vocación tardía— y discutía con su hijo adolescente sobre videojuegos, orden en la habitación, los estudios y la diferencia entre oír y escuchar. A veces llegaba tan cansada que se quedaba dormida en el sofá con las botas puestas. Otras, simplemente se sentaba a observarlos, como si quisiera memorizar cada gesto, cada detalle, para no olvidarse de lo que de verdad importaba cuando el trabajo lo ensuciaba todo.

Xuso, su perro mestizo, ocupaba el rincón de siempre bajo la mesa. Ya no salían tanto como antes. Las caminatas por las playas gallegas habían dado paso a paseos breves entre semana y a alguna escapada los domingos, cuando la lluvia no empapaba demasiado. Pero si algo mantenía viva, era esa necesidad de escuchar el mundo sin voces humanas. Solo el viento, las olas, y el eco de lo que callamos.

Detestaba el ruido artificial de los informativos. Y lo que más le hervía la sangre eran los titulares dulzones para hablar de horrores reales. “Crimen pasional”. “Relación tormentosa”. Palabras que disfrazaban el dolor, que enterraban a las víctimas bajo una alfombra de eufemismos. Cada vez que leía uno, algo le ardía en el estómago. Se mordía el labio. A veces insultaba en voz baja al redactor, al editor, al medio entero.

Aquella tarde cuando sonó el aviso, no hizo preguntas. Se despidió de su marido con un gesto breve y acarició la cabeza de su

hijo, que jugaba ajeno al mundo con los auriculares puestos y una tablet en las manos. Luego se puso la chaqueta, comprobó el arma reglamentaria y bajó las escaleras sin hacer ruido.

El portal del número 42 de la Rúa Nova estaba acordonado con cinta amarilla y algunos curiosos merodeaban a su alrededor. Dos patrullas de la Guardia Civil ocupaban la calzada, y un agente de uniforme mantenía al margen a los pocos curiosos que intentaban asomar la nariz entre las rendijas del cordón.

La teniente Irene Padrón descendió del vehículo sin prisas.

—¿Qué tenemos? —preguntó sin levantar la voz.

El brigada Rivas, un tipo de rostro cuadrado y cuello de toro, se acercó con el bloc en la mano.

—Mujer, unos cincuenta. Nos avisó una vecina. Dice que la encontró en el suelo, al lado de una mesa. La pobre todavía no se ha repuesto del susto.

La teniente se giró y vio a la mujer sentada en el bordillo, con una manta térmica sobre los hombros y la mirada perdida en algún lugar más allá de la cinta policial. A su lado, un agente joven intentaba sostenerle una taza de café. La mujer ni lo miraba.

Era menuda, con el rostro surcado por arrugas profundas. Tenía el pelo corto, entrecano, mal recogido en un moño que se deshacía por los bordes. Vestía unos vaqueros amplios y un jersey de lana gruesa, con manchas en las mangas. Las manos le temblaban a intervalos irregulares.

Irene se acercó. Observó la forma en que la mujer sujetaba el bajo del jersey con los nudillos blancos. La rigidez de su postura. La manera en que parpadeaba sin mirar a nadie.

—¿Cómo se llama? —preguntó al agente.

—Amalia Santos. Es del cuarto. Dice que solo la vio un par de veces en el ascensor.

La teniente asintió. Luego se agachó frente a la mujer.

—Señora Amalia, soy la teniente Padrón. No voy a molestarla más de la cuenta. Solo necesito que me cuente, con sus palabras, qué ha visto. Lo que recuerde. ¿De acuerdo?

La mujer tardó unos segundos en reaccionar. Movió apenas la cabeza, como un asentimiento a medio hacer.

—Yo... —dijo, con una voz rasposa, casi inaudible—. Estaba en la cocina. Oyendo la radio. Me pareció escuchar varios golpes y gritos. De un hombre.

Parpadeó varias veces. Irene no la presionó. Dejó que el silencio hiciera su trabajo.

—Luego... pasos fuertes. Bajaban rápido por la escalera.

—¿Pudo ver a esa persona? —preguntó Irene, sin variar el tono.

Amalia negó con la cabeza, sin levantar la vista.

—No. Pero cuando subí al piso de arriba, la puerta estaba entreabierta. Me dio… un mal presentimiento. Llamé. Dos veces. Nadie respondió. Empujé un poco y entré —se detuvo y tragó saliva —. Y entonces la vi. Estaba en el suelo. Tirada junto a la mesa del comedor. Como en una película de terror, ¿sabe? Con los ojos muy abiertos. Vacíos. Como si ya no estuviera allí…

Amalia se llevó una mano temblorosa al rostro, como si quisiera borrar la imagen, o tal vez protegerse de lo que aún seguía viendo con los ojos cerrados.

—¿Entró sola? —preguntó Irene con suavidad.

—Sí. Sí. Pensé que tal vez se había desmayado. Que podía ayudarla. Pero… —su voz se quebró—. No me acerqué mucho. No podía. No quise tocar nada. Olía raro y… no sé. Me puse muy nerviosa. Empecé a temblar, me quedé clavada en la puerta. Como si el cuerpo no me respondiera.

Irene asintió en silencio. Le tendió la taza de café que el agente seguía sosteniendo sin éxito. La mujer la aceptó esta vez con manos que aún vibraban como hojas bajo el viento.

—¿Y entonces llamó a emergencias?

Amalia respiró hondo. El vapor del café le empañó las gafas, y tuvo que quitárselas. Las limpió en el jersey con movimientos torpes.

—Sí. Llamé. Casi no podía ni marcar bien. Me equivoqué de número dos veces. Se me caía el móvil. Les dije que había una mujer que parecía muerta. Y que alguien había salido corriendo escaleras abajo.

—¿Le pidieron que se acercara?

—Bueno, me preguntaron si podía comprobar si respiraba, si respondía. Pero les dije que no, que… que no podía. Me temblaban las piernas. Estaba paralizada, ¿sabe? Solo quería salir de allí.

—¿Y qué le dijeron?

—Que no me preocupara. Que saliera del piso, que no tocara nada, que bajara a la calle y esperara. Que ya iban en camino. Creo que me lo repitieron tres veces. "No se preocupe, señora, manténgase a salvo, ya estamos enviando una patrulla." Algo así.

Irene la observó un instante en silencio. Luego asintió, despacio.

—Ha hecho exactamente lo que debía. Gracias.

18

La teniente Irene Padrón entró en el portal sin apremio. El suelo, de terrazo grisáceo, estaba cubierto de manchas de barro seco. Al fondo, un ascensor estrecho y envejecido esperaba con las puertas abiertas. El guardia que la había saludado con un gesto apenas perceptible pulsó el botón del quinto.

—Están dentro. El juez ya autorizó la entrada. La científica ha empezado a trabajar —informó.

Irene no respondió. El ascensor ascendió con un traqueteo leve, tiempo suficiente para que se recogiera el pelo en una coleta rápida y se ajustara los guantes de látex, el gesto aprendido de años en el cuerpo. Inspiró hondo cuando la cabina se detuvo con un chasquido seco.

Un agente en uniforme aguardaba en el pasillo, flanqueando la puerta entreabierta. Al verla, se cuadró con un leve movimiento de cabeza.

—Autorización judicial firmada a las 17:48. Entraron hace quince minutos —aclaró.

—Tomo el mando a partir de ahora. Que quede registrado —dijo Irene, cruzando el umbral.

El interior del piso tenía el aire cargado. Tres miembros de criminalística —buzos blancos, cubrecabezas, polainas— se movían como piezas bien engrasadas de una máquina. Uno tomaba fotografías desde diferentes ángulos, otro recogía con pinzas restos de polvo blanco junto a una jeringuilla, y el tercero iluminaba con luz azul la superficie de una mesa auxiliar.

La doctora Teresa Ferreiro, forense del juzgado, estaba de rodillas junto al cadáver. El cuerpo yacía en el suelo, a los pies del sofá, cubierto por una manta térmica.

—Irene —saludó la forense sin levantar la vista.

—Teresa.

Se aproximó despacio, con el respeto que imponen los muertos y el tiempo detenido. Alrededor, las imágenes hablaban en un idioma que solo algunos sabían leer.

—¿Qué tenemos?

La doctora Ferreiro se incorporó lentamente y dejó la mirada anclada en la víctima. Se sacudió suavemente los guantes antes de hablar.

—Mujer caucásica, entre cincuenta y cincuenta y cinco años. Buena forma física, operaciones estéticas en pecho y rostro, sin signos aparentes de enfermedades degenerativas visibles a simple vista. No hay cicatrices quirúrgicas relevantes, ni atrofias musculares. La piel, bien cuidada, sin lesiones cutáneas más allá de las propias del colapso circulatorio. Lleva muerta entre dos y tres horas, según la rigidez y la temperatura corporal.

Irene se agachó a su lado mientras un agente de criminalística capturaba la escena desde arriba, el obturador de la cámara disparando en intervalos medidos.

—¿Causa aparente?

—Probable sobredosis de opiáceos. Hemos hallado una jeringuilla usada en el suelo, cerca de la pierna derecha, y restos de una sustancia pulverulenta en un sobre metálico, que los test de orientación apuntan como diacetilmorfina. Heroína. A falta de análisis toxicológico, la sintomatología encaja.

Teresa retiró la manta con una suavidad casi ritual. El rostro de la mujer era sereno, como si la muerte la hubiera sorprendido a medio pensamiento. Los párpados estaban ligeramente entreabiertos, y en las comisuras de los labios se acumulaba una espuma blanquecina apenas perceptible.

—¿Síntomas?

—Clásicos en intoxicación aguda por heroína intravenosa —explicó la forense, señalando mientras hablaba—: miosis extrema, las pupilas están en punta de alfiler. Cianosis en los labios y uñas, que nos indican una hipoxia severa. Laxitud muscular, sin rigidez

mandibular completa, de modo que la parada cardiorrespiratoria fue progresiva, no traumática.

—Teresa… en cristiano, por favor.

La forense asintió, acostumbrada ya a la franqueza de la teniente.

—Respiraba cada vez más lento. El oxígeno no llegaba. El cuerpo se fue apagando despacio, como una vela sin aire. No hay signos de lucha ni de defensa. Y mira esto —dijo, mientras alzaba con delicadeza el mentón de la mujer—. El tórax muestra signos de compresión reciente. Hematomas centrados, compatibles con maniobras de reanimación torácica, aunque mal ejecutadas. Lo hicieron mal. Con fuerza, pero sin técnica.

Irene guardó silencio unos segundos. Luego se incorporó despacio, sin apartar la vista del cadáver.

—Así que no estaba sola —murmuró Irene.

La forense subió los hombros.

—Pero quien fuera, no tenía formación. Es posible que intentara salvarla o fingir que lo intentaba.

Irene dio un paso al frente y dejó que la mirada recorriera lentamente el salón. Observó el meticuloso ir y venir de los agentes de criminalística: uno de ellos, arrodillado junto al sofá, recogía con unas pinzas una cucharilla metálica con restos oscuros en la concavidad. Otro envasaba cuidadosamente un sobre metálico en una bolsa de evidencias. Cerca de la puerta de la cocina, una agente usaba un hisopo para tomar muestras de una superficie pegajosa sobre el suelo.

Se detuvo a escasos centímetros del cuerpo y, mientras la doctora Ferreiro volvía a cubrir a la víctima con la manta térmica, algo más allá le llamó la atención. A la altura de una pata del aparador, entre la penumbra de los muebles bajos, un pequeño bulto interrumpía la geometría del suelo.

Irene entrecerró los ojos y se agachó despacio, apoyando una rodilla sobre el suelo. Era una figura. Apenas unos pocos centímetros de alto, de un barro grisáceo seco. Una silueta rudimentaria de forma antropomorfa, sin rasgos definidos. La tomó con ambas manos, envolviéndola con los guantes, y la sostuvo bajo la luz. Con

la figura en sus manos, volvió al centro de la sala, donde uno de los técnicos de criminalística señalaba la mesa de comedor.

—Teniente, aquí hay algo.

Sobre la superficie pulida de madera, junto a un vaso de cristal con marcas de huellas dactilares visibles a simple vista, descansaba un teléfono móvil. Sin carcasa, de líneas limpias, modelo de alta gama reciente.

—¿Lo han movido? —preguntó Irene sin rodeos.

—Negativo. Así lo encontramos. No hay rastro de bolso ni documentación —aclaró el brigada Rivas, que se había acercado.

Irene se ajustó los guantes y rodeó la mesa hasta situarse frente al móvil. Lo examinó primero sin tocarlo. Pantalla apagada. Ni notificaciones.

Pulsó con suavidad el botón lateral. La pantalla se iluminó de inmediato.

—Desbloqueo facial activo —murmuró.

Llevó el móvil con sumo cuidado hasta donde Teresa Ferreiro permanecía agachada junto al cadáver. La forense la observó en silencio, comprendiendo sin necesidad de palabras lo que pretendía. Irene se colocó a su lado y, tras una breve pausa, alzó el dispositivo con precisión milimétrica y lo situó frente al rostro de la mujer muerta.

Click. La pantalla se iluminó. Desbloqueado. Había un par de llamadas sin responder recientes. Accedió al listado de aplicaciones. Pulsó WhatsApp. Irene abrió la última conversación con un contacto de nombre Esther Salón Belleza.

“Estoy sola. Ven como la otra vez.”

“Todavía tengo tu sabor en la lengua.”

Fotos. Una de un torso masculino, musculado, el rostro recortado. Otra, más explícita, enviada desde ese mismo dispositivo menos de tres horas antes. Comprobó que el número de teléfono de ese contacto se correspondía con las dos llamadas recientes sin responder. Irene entrecerró los ojos. Se mantuvo impasible.

Volvió atrás. Otro contacto reciente: “Rafael”. Parecían las típicas conversaciones con quien debía ser su marido. Pulsó sobre la

foto del perfil y cuando descubrió de que Rafael se trataba, se le heló la sangre.

19

La iglesia apareció al final del camino, justo después de bordear una tapia baja cubierta de musgo. Era un edificio de piedra gris, desgastada por la humedad y el paso de los años. La fachada principal presentaba una torre campanario con una cruz en lo alto y una pequeña abertura circular bajo el tejado a dos aguas.

A un lado, una galería de arcos sostenía el piso superior, con columnas sencillas y una balaustrada de piedra. Las proporciones eran excesivas para el entorno, como si hubiera sido construida para impresionar, no solo para rezar. Frente a la entrada, una puerta metálica permitía el acceso, flanqueada por muros antiguos cubiertos de líquenes. El jardín estaba cuidado: hortensias de intenso color morado en flor y un seto podado con precisión. Una palmera alta, fuera de lugar en ese paisaje, dominaba el patio central.

—¿Y esto no era una iglesia privada? —soltó Delgado, con los ojos bien abiertos—. Mi *arma,* si me dicen que estamos en un convento cisterciense, me lo creo.

María Piñeiro sonrió, sin girarse.

—Aquí en Galicia se dice: si tiene capilla, palomar y ciprés, pazo es —sonrió la mujer—. El marqués padre estaba orgulloso de ella. Decía que "una familia con historia merece un templo con memoria".

—Anda que... —musitó Delgado—. Qué humildad.

Frente a la entrada, un par de hombres vestidos de negro recibían discretamente a los asistentes. No había aglomeración. Apenas una veintena de personas repartidas en pequeños grupos, hablando en susurros.

—Voy a ver si puedo saludar al padre de Manuel —anunció Piñeiro—. Os dejo un momento.

Lobo y Delgado asintieron, y fue entonces cuando la vieron. Apoyada junto a una columna lateral, con un abrigo negro ceñido al cuerpo y el cabello castaño claro recogido en una coleta baja, la abogada Adriana parecía ajena a las conversaciones. Su rostro pálido mantenía esa expresión de contención medida que Félix recordaba del despacho y de la visita en su casa. No había maquillaje, ni lágrimas. Solo una tensión que se insinuaba en la mandíbula y en la forma de sostener el pañuelo, con los nudillos blancos.

A su lado, sentada en un banco de piedra bajo la galería, una mujer de edad avanzada, vestida con una chaqueta de lana gris y falda hasta los tobillos, hablaba con voz queda. El acento gallego arrastraba las palabras, con ese ritmo pausado de quien ha pasado la vida escuchando más que hablando. Delgado alcanzó a oír el final de una frase.

—…*e ben que facía, señora, porque o señor cura non lle gustaba que se moveran cousas sen dicirllo* —murmuró la anciana, mientras acariciaba entre las manos un rosario de cuentas deslucidas.

—*Xa*… —respondió Adriana, bajando ligeramente la mirada—. *Cada quen co seu* —añadió, sin levantar la voz.

Delgado fue la primera en acercarse. Caminó sin prisa, como si dudara si interrumpir.

—Adriana.

La voz de Delgado hizo que Adriana girase levemente la cabeza. Al reconocerla, parpadeó con sorpresa, apenas un segundo. Su espalda se irguió de forma casi automática, y sus dedos, que hasta entonces sostenían el pañuelo con firmeza, aflojaron ligeramente la presión.

—Inspectora Delgado. Inspector Lobo. No pensé que vinieran.

Nora esbozó una sonrisa.

—¿Cómo se encuentra?

Antes de poder responder, un todoterreno negro, de carrocería pulida y cristales tintados, dobló lentamente la esquina del patio y se

detuvo junto al borde del camino empedrado. El ruido del motor se apagó y la puerta delantera se abrió con un chasquido limpio.

Una mujer en la cincuentena bajó con paso firme, como si la humedad del suelo no fuera con ella. Llevaba un abrigo claro, perfectamente entallado, que desentonaba con los tonos oscuros del resto. Gafas de sol grandes ocultaban sus ojos, pero no su actitud. El taconeo de sus botas de piel resonó brevemente sobre la piedra. Se quitó las gafas con suavidad, revelando unos ojos grises de expresión difícil de leer. No había lágrimas, ni rastro de emoción.

Delgado se giró hacia Adriana y le hizo un gesto inquisitivo.

—Melania de la Vega, la exmujer de Manuel —dijo ella.

Lobo cruzó los brazos con calma.

—Bueno, ya que por fin coincidimos, quizás podamos hacerle un par de preguntas —murmuró, sin apartar la vista de Melania.

Delgado asintió con un leve gesto, pero antes de que pudiera decir nada, un murmullo a su espalda anunció la llegada de alguien más. Desde la entrada de la iglesia, cruzando el empedrado con paso lento y pesado, apareció un hombre corpulento, de gran estatura y hombros anchos. Vestía de negro riguroso: abrigo largo, camisa, pantalones y zapatos brillantes. Entre los dedos gruesos de la mano derecha, sujetaba un habano encendido, del que emergía una espiral constante de humo que se disipaba con la brisa fresca de la tarde.

Tenía el rostro redondo, carnoso, barba sin afeitar de unos pocos días en contraposición al poco pelo que crecía únicamente a partir de media cabeza y unas facciones marcadas por el exceso y los años. Caminaba con aplomo, como si el lugar le perteneciera, sin mirar a nadie en concreto, pero sin dejar de observarlo todo. Los asistentes se hicieron a un lado con un gesto automático. Algunos bajaron la mirada. Otros, simplemente se apartaron.

—Se trata de don Héctor —susurró Piñeiro.

El marqués de Caamaño-Bermúdez se detuvo a escasos metros de Melania. Se llevó el habano a sus labios, le dio una larga chupada y exhaló el humo lentamente, sin prisa. La miró con una mezcla de reconocimiento y cautela. Melania le sostenía la mirada con altivez.

—Melania —saludó el marqués con un leve gesto de cabeza, la voz grave y medida—. Me alegra verte. Aunque lamento que sea en estas circunstancias.

—Héctor —respondió ella, sin apartar la vista—. Lo mismo digo.

Él bajó ligeramente la cabeza, casi en señal de pésame. Luego, sin romper el contacto visual, extendió un brazo hacia la puerta de la iglesia.

—¿Me permites?

Melania asintió con suavidad y comenzó a andar junto a él, sin tocarse, sin hablar. El sonido de los tacones de ella y los pasos lentos del marqués resonaron sobre la piedra húmeda. Los asistentes se apartaron con discreción, dejando libre el camino hacia el interior.

—Podemos entrar —dijo Piñeiro una vez la pareja se adentró en la iglesia.

En la nave había gente, pero no estaba repleta como cabía esperar al tratarse de un hombre de la relevancia de Suances. El padre de Manuel saludó a la ex mujer de su hijo, bajó la cabeza, y ambos empezaron a andar, guiados por el marqués, hacia el altar por el paso central entre los bancos. Había varios hombres y mujeres mayores y un rumor creciente empezó a extenderse por la sala hasta que ocuparon la primera bancada, a escasa distancia del féretro.

El oficio se extendió casi hora y media. Una misa funeral oficiada por un cura que denotaba confianza con la familia del marqués. Le asistían un par de sacerdotes, mayores y distantes, que se mantenían en un respetuoso segundo plano.

Terminado el funeral, algunos de los hombres alzaron el ataúd y lo llevaron hasta el cementerio. Lobo agradeció la brisa que se templaba según avanzaba la tarde y el sol que conseguía asomarse entre el batido de nubes bajas.

En contraste con el eterno funeral, el entierro fue rápido. Lobo y Delgado permanecieron alejados, bajo las ramas de un frondoso tejo mientras observaban con atención a los presentes. No pudieron ver, obstaculizados por los cuerpos, cómo descendían el ataúd. Los asistentes comenzaron a marcharse. El cura saludó cumplidamente a

la familia y se dirigió a la puerta lateral de la iglesia, seguramente a la sacristía.

Apenas quedaban unas cuantas personas junto al marqués, la exmujer y el padre del difunto. Cuando Claudio se percató de la presencia de Lobo y Delgado, les hizo un gesto con la mano para que se aproximaran.

Al acercarse, percibieron el rastro dulzón del habano y el murmullo contenido de las últimas despedidas. El marqués, con el puro en una mano, se secaba el sudor de la frente con un pañuelo bordado, visiblemente agitado, los carrillos sonrosados y el botón del cuello de la camisa desabrochado. Cuando los vio acercarse, dejó escapar una bocanada de humo por la comisura de los labios y los examinó de arriba abajo sin disimulo. No dijo nada de inmediato. Se limitó a inclinar levemente la cabeza.

—Inspector Lobo. Inspectora Delgado —dijo entonces Claudio, con la voz algo tomada por la fatiga—. Me alegra que hayan venido. Permítanme presentarles a don Héctor de Caamaño-Bermúdez, viejo amigo de la familia y a Melania, exmujer de mi hijo.

El marqués asintió con gesto seco, sin molestarse en ocultar el esfuerzo que le suponía mantener la compostura. Volvió a pasarse el pañuelo por la nuca y dio una última calada al habano, que empezaba a apagarse.

—Me disculparán —dijo, sin mirar a nadie en particular—. Estos días no me sientan bien ni al cuerpo ni al ánimo.

Sin esperar respuesta, giró sobre sus talones y se alejó con paso lento. Claudio lo siguió con la mirada, luego suspiró y ladeó la cabeza hacia Melania.

—Ellos querrían hablar contigo. Solo serán unos minutos, si no te importa.

La mujer asintió sin decir nada. Claudio dio un paso atrás, como cediendo espacio.

—Les dejo. Yo estaré dentro, en la iglesia.

Lobo esperó unos segundos antes de hablar. Melania no lo miraba directamente, sino que observaba el suelo recién removido donde se había sellado el ataúd. El viento movía apenas las hojas

del tejo y un leve olor a tierra húmeda se mezclaba con el rastro persistente del habano.

—Sabemos que llevaba tiempo sin contacto con él —empezó Lobo—. Pero quizá recuerde si tenía algún problema pendiente. Enemigos, asuntos turbios, alguien que le guardara rencor.

Melania alzó las cejas con lentitud. Luego giró la cabeza y los miró por primera vez de verdad. Y entonces se echó a reír.

Fue una carcajada breve, seca y sonora, completamente fuera de lugar en ese cementerio silencioso. Delgado se tensó un instante. Lobo no se inmutó.

—¿Enemigos? —repitió Melania, con una media sonrisa torcida —. Suances se ganaba enemigos con la misma facilidad que amigos.

Hizo una pausa. Volvió a clavar los ojos en la losa recién colocada.

—La diferencia es que los amigos le duraban menos. Los enemigos, ésos sabían esperar.

Hubo un silencio breve. El canto de un mirlo rompía de vez en cuando la quietud del cementerio. La exmujer se giró hacia ellos, ahora sí enfrentándolos con gesto serio, aunque sin hostilidad.

—Pero no entiendo el motivo de las preguntas. A mí me dijeron que Manolín se había pegado un tiro. En su despacho. ¿No fue así?

Lobo sostuvo su mirada con calma.

—Eso es lo que parece, sí. Pero hay detalles que nos hacen pensar que merece la pena repasar algunos aspectos de su vida. Personas, relaciones, decisiones recientes...

—¿Sospechan que no fue un suicidio? —la interrumpió ella.

—Todavía no hablamos de certezas —intervino Delgado—. Solo de dudas razonables.

Nora sacó su libreta y empezó a anotar los nombres que Melania fue dejando caer, como quien reparte cartas en una partida de la que ya no quiere formar parte. La lista era larga y reveladora. Algunos eran viejos conocidos, rivales políticos de Suances. Otros, abogados con los que había litigado con una ferocidad tan desmedida como su ambición. También salieron a relucir exsocios, uno de ellos imputado por fraude, y empresarios vinculados al urbanismo de la ría que habían acabado distanciándose por

diferencias "insalvables". Finalmente, mencionó a Rafael, uno de los principales narcotraficantes de Galicia. Cuando el silencio volvió a asentarse entre ellos, Delgado alzó la vista de la libreta y preguntó con suavidad:

—¿Y su hija? ¿África? ¿No ha podido venir?

Melania tardó unos segundos en responder.

—Está en Los Ángeles —dijo al fin—. Estudiando un máster de derecho corporativo, fusiones y adquisiciones, o como se diga. Es una joven brillante.

Se pasó la mano por el abrigo, alisando una arruga invisible, y añadió sin matices:

—No le daba tiempo a llegar. Y sinceramente, no creo que Manuel hubiera querido verla aquí.

Se hizo un último silencio. El mirlo seguía cantando, ajeno a todo. Entonces Melania se colocó las gafas de sol de nuevo, como quien da por concluida una conversación.

—Si no necesitan nada más, volveré al coche.

Y sin esperar réplica, se alejó a paso firme por el sendero, dejando tras de sí solo el eco de sus tacones y el aroma lejano de un perfume caro.

20

La lluvia golpeaba los ventanales con un ritmo irregular, como si el cielo también dudara si llorar o desatar su furia. Dentro del chalé de líneas limpias, sobre la loma que dominaba la Ría, el silencio era espeso, apenas roto por el tictac de un reloj antiguo que no encajaba con la modernidad del lugar.

Rafael Casal estaba de pie, inmóvil, con la espalda recta frente a la cristalera. El mar embravecido se alzaba al fondo como una amenaza muda. Ni parpadeaba. En la mano derecha sostenía una copa de whisky intacta, y con la izquierda hacía girar lentamente el anillo de oro mate en su dedo anular, un gesto repetido con la precisión de un metrónomo.

Cuando se oyó la puerta principal cerrarse con un leve clic, no se volvió. Tampoco cuando los pasos de Tomás Regueira avanzaron sobre la madera pulida del suelo. El abogado no necesitaba anuncio. Tomás se detuvo junto a la mesa. No dijo nada. Esperó.

Rafael seguía quieto. La lluvia caía ahora en finas cortinas sobre los cristales. El whisky vibró en su mano por la fuerza con la que apretaba el vaso.

—Me han dicho que fue una sobredosis.

Lo dijo sin inflexión, como si leyera un parte meteorológico. Sin girarse.

Tomás tragó saliva antes de responder.

—El forense lo ha confirmado. Heroína. Muy pura. Muerte casi instantánea.

Rafael asintió apenas. No hubo reacción visible. Solo el anillo volvió a girar en su dedo. Entonces, sin previo aviso, lanzó la copa contra la pared. El estallido del cristal reventando contra la piedra retumbó en la estancia como un disparo. La lluvia seguía cayendo

afuera, pero dentro, el silencio había muerto. Rafael se giró, los ojos inyectados en una furia sorda.

—¿Sabes qué es lo que más me revienta de todo esto, Tomás?

Su voz no era alta.

—No es que se haya matado con una aguja en el brazo como una yonqui de parque. No es que apareciera en un puto apartamento con la cara rota de placer. No es la sobredosis, no es la puta heroína... —se detuvo, respirando por la nariz como una bestia a punto de embestir—. Es que lo sabía todo el mundo. Menos yo.

Dio un paso hacia el centro de la sala. Otro. Cada vez más cerca de Tomás.

—La mujer de Rafael Casal. La dama de la Ría. La que se sentaba a mi lado en cenas, la mujer que me acompañaba con políticos, empresarios… Y mientras yo cerraba tratos, ella se abría de piernas con un muerto de hambre. Y ahora, ¿qué crees que van a decir?

Tomás mantuvo la compostura, pero sus dedos se tensaron sobre el respaldo del sillón.

—Van a reírse, Tomás. —Rafael señaló hacia la nada con un dedo tembloroso—. Van a brindar a mi costa. Van a decir que me la jugaban en mi puta cara y yo no me enteraba. Que Casal está mayor. Que ha perdido el olfato. Que ya no impone. Y eso, en este mundo, eso es una sentencia de muerte.

Volvió a la cristalera, pero esta vez no para observar el mar. Miraba su propio reflejo. Se enfrentaba a él. Se giró hacia Tomás. Y entonces explotó.

—¡Ese hijo de la gran puta va a suplicarme que le mate! —rugió, escupiendo las palabras como si llevaran fuego—. ¡Le arrancaré las uñas una a una, despacio! ¡Y cuando no le queden dedos que romper, seguiré con los pies! ¡A martillazos! ¡Hasta que me diga con cuál la tocó primero!

Los músculos del cuello se le marcaban. El sudor le bajaba por las sienes, mezclado con saliva que volaba al hablar. Las venas de la frente le latían al ritmo de sus gritos.

—Le cortaré los huevos y se los meteré en la boca —gruñó entre dientes, con la voz agrietada—. Y se los taparé con cinta,

Tomás. Para que se atragante con su propia puta virilidad.

Dio dos pasos más. El aire vibraba a su alrededor.

—No he empezado. ¡Lo colgaré boca abajo, como a los marranos! ¡Y cuando le tiemblen las piernas, le cortaré los párpados! Quiero que vea. Que no pueda cerrar los ojos cuando le abra el vientre. Con una navaja de monte. Despacio. Milímetro a milímetro. —Se llevó el puño cerrado al pecho, jadeando—. Y cuando empiece a gritar, me agacharé. Me acercaré tanto que pueda olerle el aliento podrido. Y entonces me mearé encima, Tomás. Sí. Le mearé en la cara. Para que lo último que sienta antes de morir sea mi orina chorreándole por los ojos, por la boca, como a los traidores en las cárceles de Sudamérica.

Avanzó un paso más. Los ojos fijos, dilatados.

—Quiero su nombre, su DNI, sus gustos. Quiero saber si tiene pareja. O una hermana. Una madre, da igual. Úsalas si esa rata no sale de su escondite. Para que no olvide quién manda aquí.

El silencio era tan denso que ni la lluvia osaba interrumpir. Rafael respiró por la boca, como un animal salvaje que ya ha probado sangre y quiere más.

—Esto no es venganza, Tomás. Es reputación. Si no entienden que nadie se ríe de Rafael Casal, esto se descontrola. Y si no me traes a ese cabrón antes del amanecer, te juro por lo más sagrado que empezaremos a matar sin mirar nombres.

Se quedó inmóvil. El pecho subiendo y bajando como un fuelle maldito. Los ojos, vidriosos, sin una sola lágrima.

—Y más te vale que lo encontremos —la voz salió ahora ronca, áspera, como si le arrancara el alma—. Porque si no lo encontramos, empezaremos a limpiar la costa. Uno por uno. Camellos. Putos. Soplapollas. Cualquiera que la haya mirado más de dos veces. Me da igual si se trata de un crío, un muerto de hambre, el coronel de la Guardia Civil o un sacerdote. Van a desaparecer.

Se inclinó levemente, apenas unos centímetros. Pero fue como si su sombra creciera de golpe.

—No me importa si son inocentes. No me importa si llevan mi sangre. Tomás, tienes que encontrar y traerme con vida a ese hijo de puta.

El despacho de la teniente Irene Padrón en la Comandancia de A Coruña tenía paredes desnudas y una ventana que daba a un patio interior. Tal vez no fuera el lugar ideal para respirar. Pero Irene no respiraba. Analizaba. Sobre la mesa, junto a su cuaderno de notas, reposaba el móvil de la fallecida, metido en la bolsa de evidencias. Del otro lado del cristal, en la sala de reuniones anexa, su equipo aguardaba.

La puerta del despacho se cerró a su espalda con un leve chasquido. Irene Padrón cruzó el pasillo en silencio. El cristal esmerilado de la sala de reuniones dejaba intuir las siluetas del equipo esperándola. Llevaban ya más de diez minutos dentro.

—Tenemos nombre.

Todos levantaron la vista. El brigada Rivas, con su habitual expresión impasible, asintió sin decir nada. A su lado, la guardia primero Martín, responsable de análisis digital; el cabo Ordóñez, acostumbrado a las operaciones de campo; y Suárez, el más joven del grupo, tomaban nota.

Padrón dejó su cuaderno sobre la mesa, sin sentarse.

—Simón Valdés Novoa. Veintisiete años. Nacido en A Illa de Arousa. Parece que vive en A Coruña desde hace tres años, en un bajo alquilado en Os Mallos, aunque el lugar está cerrado desde hace tiempo. Su madre, María Luisa Novoa, reside en Pontevedra. Padre ausente.

Rivas asintió, sin interrumpirla.

—Trabajos eventuales en la costa desde los quince. Descarga de marisco, transporte de cajas en los muelles de Noia y Vilagarcía. Fue detenido una vez cuando tenía diecisiete, en una operación menor contra contrabando en el puerto de Tragove. Lo soltaron a las pocas horas. No constan cargos.

—¿Expediente limpio desde entonces? —preguntó Rivas.

—Limpio de cara al sistema. Pero lleva al menos dos años operando en tareas de mensajería y logística para Tomás Regueira. Aparentemente, trabaja como autónomo. En realidad, se encarga de traslados discretos, cobros y vigilancia. Tiene reputación de callado, eficaz. Nadie lo ve llegar, nadie lo escucha hablar.

Rivas entrelazó los dedos sobre la mesa.

—¿Y su relación con Marta Casal?

—Llevan meses viéndose a escondidas. En el móvil de la fallecida hay múltiples mensajes, imágenes y notas de voz. Algunos audios son explícitos. Otros, más crípticos, pero el patrón está claro: encuentros frecuentes, en lugares discretos, y suministro puntual de cocaína. Le pedía "medicina" para los días grises.

—¿Él lo hacía por dinero?

Hubo un breve silencio. Suárez se removió en su silla.

—*Facíao* por amor —murmuró con media sonrisa—. *Mira ti, o Romeo da ría*.

Ordóñez soltó una carcajada seca. Martín levantó la vista apenas un segundo, contagiada por el gesto. Hasta Rivas dibujó una mueca breve. Pero Irene no sonrió. Clavó los ojos en Suárez primero, luego barrió al resto con una sola mirada.

—Ese "Romeo da ría", como tú lo llamas, puede tener ahora mismo un tiro en la nuca. —La frase cayó como una losa—. Y si no lo tiene, está más cerca de recibirlo que de salir de esta historia con vida. Lo buscaremos. Pero no como a un delincuente. Sino como a una posible víctima. —La voz de Irene seguía sin levantar el tono—. No sabemos si huyó, si lo han cogido o si ya está muerto.

Se acercó a la pizarra blanca y tomó un rotulador.

—Rivas, asume la coordinación general. Quiero un mapa completo de sus movimientos conocidos. Última señal en el móvil, registros de cámaras, vehículos a su nombre, rastreo de matrículas. Cualquier desplazamiento, por mínimo que parezca, lo quiero cruzado con el SIGO y la base de datos de tráfico.

El brigada asintió con un leve movimiento de cabeza. Abrió su carpeta y empezó a tomar notas rápidas con un rotulador negro de trazo fino.

—Ordóñez, ve al bajo de Os Mallos. No dejes constancia oficial de momento. Pregunta al administrador de fincas, vecinos, locales cercanos, eso sí, sin hacer mucho ruido.

—Entendido —respondió el cabo, ya de pie.

—Martín, tira del volcado completo del móvil de Marta. Quiero rastro de tarjetas, ubicaciones compartidas, plataformas de

mensajería cifrada. Solicita autorización urgente al juzgado de guardia para ampliar al terminal de Simón.

—¿Uso trazador con IMEI o geolocalización cruzada?

—Ambos. Y empieza por los días anteriores a su desaparición.

—Voy.

—Suárez —añadió sin mirarlo—. Ponte en contacto con la madre. Dile que se trata de una verificación administrativa, nada más. No menciones a Marta, ni a Casal, ni a la investigación. Hazte pasar por un agente de la comandancia local y recoge datos sobre su entorno, contactos, si tenía pareja, si ha dado señales de vida.

—¿Voy en coche oficial?

—Negativo, de paisano. Coge el vehículo camuflado. Y muy atento a si la madre dice algo fuera de guion.

El joven asintió en silencio. Irene volvió a mirar la pizarra, donde había trazado una línea entre los nombres de Marta Loureiro y Simón Valdés. Hizo una pausa. Miró uno por uno. Empezó por Martín. Terminó en Rivas.

—Poneos las pilas. Cada minuto cuenta. Cada paso tiene que ser calculado. Y lo más importante: ni una palabra fuera de esta sala.

El silencio era total.

—Ni a compañeros, ni a otras unidades, ni a familiares, ni a la prensa. Nadie. Ni siquiera por insinuación. Si alguien pregunta, esto es una verificación rutinaria de seguimiento. Nada más. ¿Queda claro?

—Sí, mi teniente —respondieron casi al unísono.

—No quiero filtraciones. Si esta información sale de aquí —dijo, señalando con la punta del dedo el nombre de Simón en la pizarra—, ese chico estará muerto.

21

Una bruma baja se deslizaba sobre la ría como si no quisiera retirarse del todo, aferrada a los tejados oxidados del puerto y a las chimeneas silenciosas de las naves industriales. El aire olía a sal, a gasoil, a pescado. En el muelle, un par de camiones cisterna esperaban junto a una grúa inmóvil, mientras un operario con chaleco fosforescente fumaba con el cigarro al borde de los labios.

Bruno detuvo el coche y comprobó la dirección de Vilagarcía de Arousa que tenía anotada en la libreta. Sonrió al recordar como María había insistido en que tuviera mucho cuidado, el nombre de Rafael Casal siempre levantaba miedo y recelos en la ría.

Ahí tan solo había una nave desangelada y cerrada. Apagó el motor y se quedó unos segundos con las manos sobre el volante. Se bajó del coche con el abrigo entallado al cuello. El viento le trajo el canto lejano de unas gaviotas y el retumbar metálico de un contenedor al caer. Cuando empezó a cruzar la calle, el rugido repentino de dos motocicletas lo sobresaltó: dos jóvenes pasaron a toda velocidad por su lado, sin casco, con la mirada fija al frente. Bruno dio un paso atrás por reflejo, con el corazón acelerado. Se recompuso y avanzó hacia la nave. Portón cerrado. Solo una pequeña placa que decía "Marítima Atlántica".

Volvió sobre sus pasos y se acercó a un taller mecánico que funcionaba justo enfrente. En la entrada, un hombre de pelo blanco y manos manchadas de grasa limpiaba una bujía con aire ausente. El taller olía a soplete, a madera húmeda y a barniz viejo. Un galpón de techos bajos, lleno de herramientas desordenadas, cabos enrollados como serpientes dormidas, y el casco de una dorna levantado sobre unos borriquetes, esperando su turno de cura. En un rincón, una radio hablaba en gallego, a bajo volumen, entre interferencias.

—*Bos días* —saludó Bruno al cruzar el umbral.

El hombre secó sus manos en un trapo y lo miró de arriba abajo.

—*Non veñen moito os de abrigo longo por aquí*.

El hombre dejó la bujía sobre una mesa de caballetes donde reposaban unas piezas de motor salpicadas de óxido.

—Tampoco hay muchos lugares donde arreglen motores con esa paciencia —miraba con atención el motor—. Me recordó al taller de mi abuelo, en Muros. Todo era más lento, a otro ritmo.

El hombre no respondió. Volvió a su bujía, con parsimonia.

—¿Eres da zona?

—De paso. Trabajo en prensa. Estoy escribiendo algo sobre el puerto. Las transformaciones de la costa gallega, ya sabe. Cómo cambiaron los oficios, las rutas, las empresas

—Hmmm.

—Vi que enfrente está Marítima Atlántica. Pensé que ya no operaba. ¿Sigue activa?

El hombre tardó en contestar. Luego se encogió de hombros.

—*Depende do que entenda vostede por activa. Hai luz, hai movemento. Pero barcos, poucos*.

—¿Y antes?

—Antes era outra cousa. Máis barullo, máis xente. Traían cousas. Ou levábanas. Segundo se mire.

Bruno asintió

—¿Y ahora? ¿Viene alguien? ¿Se ve movimiento a ciertas horas?

El hombre soltó un leve resoplido, sin despegar la mirada del motor.

—*Pasan cousas… de noite. Ou de mañá moi cedo. Pero aquí ninguén apunta a que hora sae o sol.*

—¿Siempre los mismos?

No respondió de inmediato. Se limpió de nuevo las manos con una parsimonia repentina.

—Hai preguntas que levan máis frío que esta brétema —dijo, sin mirar a Bruno—. E aquí, xa sabes, o frío cala.

Bruno tragó saliva

—Solo intento entender cómo se mueve esta parte del puerto. Lo que fue, lo que queda.

El hombre lo miró por fin a los ojos.

—*Marítima ten oficina*s —dijo entonces, más bajo—. *Pequeniñas. Nun local da rúa Valle-Inclán, xusto detrás do estaleiro vello, á beira da lonxa secundaria*.

Lobo y Delgado se dirigían a la plaza del Obradoiro a través de la Azabachería. La calle recibía su nombre de los siglos XV y XVI, cuando acogió a los mejores maestros del azabache, artesanos del negro absoluto, que moldeaban aquel mineral en formas sagradas y supersticiosas.

Aún hoy, el lugar conservaba su hechizo. Las fachadas de piedra centenaria, ennegrecidas por la humedad y el paso del tiempo, se alzaban con cierta melancolía entre soportales estrechos. En los escaparates, engarzados entre muros de granito, reposaban colgantes de azabache, cruces labradas con minuciosidad y manos protectoras que parecían vigilar a los viandantes. La cruz de Santiago, con su inconfundible forma de espada floreteada, se ofrecía en todas las variantes posibles: como colgante, pendiente o broche.

Nora se detuvo en varias de las tiendas, para mirar con detalle. Se acercaba a los escaparates con las manos a la espalda, el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, y ese gesto ceñudo que le aparecía cuando algo le despertaba interés. En uno de los expositores vio una cruz de Santiago tallada en azabache que pendía de una fina cadena de plata. Junto a ella, unas pequeñas *figas* colgaban alineadas como un ejército de talismanes en formación, todas con dedos tensos, desafiantes, como si todavía guardaran la fuerza contra el mal de ojo que sus antiguos dueños les atribuían.

—¿Quieres comprar algo? —preguntó Lobo desde unos pasos atrás.

Nora se giró despacio, con una expresión que oscilaba entre el deseo y el escepticismo.

—Están bonitos, mi niño, pero si alargamos nuestra llegada al bar no tendremos mesa.

Retomaron la marcha y los escaparates se fueron quedando atrás. Descendieron, bordeando un lateral de la catedral, hasta llegar a un pasadizo de suelo empedrado y que conducía al destino final de los peregrinos. A un lado, contra el muro, una mujer tocaba la gaita. De pie, envuelta en un abrigo de tono ceniza, el cabello recogido bajo una boina de lana, parecía casi parte del lugar. Sus dedos se movían con una mezcla de precisión y cansancio y los acordes se propagaban por la bóveda. No miraba a nadie. Solo tocaba. Como si llevara años allí. O siglos.

Félix bajaba los peldaños con su andar pausado y ayudado de su bastón, Nora hizo un gesto con la mano para que se detuvieran.

—Mi niño párate un segundo. No sé por qué —continuó Nora, sin levantar demasiado la voz—, pero esta música calma el espíritu.

Félix la observó un instante, sin moverse. El abrigo de Nora seguía abierto por el cuello, el pelo algo húmedo por la lluvia. Había bajado los escalones con el gesto cansado que ponía cuando la obligaban a caminar más de lo que consideraba razonable. Pero ahora, allí parada, parecía otra. Como si la gaita la hubiera hecho más liviana.

—¿Calma el espíritu? —preguntó Lobo, arqueando una ceja—. ¿A ti?

Nora sonrió, pero antes de poder responder, una multitud de personas, en su mayoría adolescentes, se cruzaron con ellos con ritmo vivo. Portaban una camisa azul de la congregación religiosa de la que formaban parte. No serían menos de sesenta, y entonaban de forma alegre una canción con los ánimos del que se sabe por fin a punto de finalizar el Camino de Santiago. Por un momento, sus voces se fusionaron con los acordes celtas de la gaitera.

Lobo se apresuró a pegarse a la pared, lo más alejado posible del feliz y ruidoso grupo. Millones de gérmenes y bacterias, cada uno con nombre, apellido y forma de transmisión, pasaban ahora tan cerca que casi podía sentirlos reptar sobre su piel. Sacó una pequeña botella de gel hidroalcohólico, aunque sabía que carecía de

utilidad en aquella situación. Sin embargo, cuando pasaron, decidió no rendirse sin luchar.

Depositó una generosa cantidad de líquido en sus palmas, lo frotó con método quirúrgico, muñecas incluidas, y luego aspiró profundamente por la nariz para comprobar si el etanol aún conservaba ese olor tranquilizador que asociaba con el control.

Reanudaron la marcha, con Nora de líder mientras él seguía a su lado y esquivaba a los peregrinos como si fueran una plaga medieval. No caminaba, calculaba trayectorias. Evitaba cuerpos sudados, codazos involuntarios y hasta el aliento exultante de los recién llegados con movimientos precisos y bruscos.

—Mi niño, relájate —le susurró ella con media sonrisa—. Que esto no es un hospital de leprosos.

—Peor —replicó él, sin mirarla—. Aquí nadie lleva bata, pero todos parecen contagiosos.

—¿No te conmueve ni un poquito verlos llorar al llegar?

—¿Cómo? —resopló Lobo—. Si viera a uno lavarse con agua caliente, entonces tal vez me emocionaría.

La catedral dominaba la escena. A sus pies, desperdigados por la Plaza del Obradoiro, peregrinos de todos los colores y acentos se abrazaban, se fotografiaban, se tumbaban sobre el suelo como si necesitaran fundirse con la piedra misma. Una pareja se besaba de rodillas, unos jóvenes grababan un vídeo bailando frente a la fachada, un grupo de jubilados coreaba un canto desafinado y banderas de varias nacionalidades eran mostradas con orgullo.

Lobo se dejó arrastrar sin más protestas. Sus ojos escaneaban a cada viandante como si portara una cepa distinta de algún peligroso virus. No tardaron mucho en cruzar la plaza, entre pausas para dejar pasar a algún grupo y ceder el paso a un ciclista peregrino que había decidido entrar pedaleando como si aquello fuera el Tour de Francia. Por fin alcanzaron la salida opuesta. Allí el bullicio se disolvió de forma momentánea, para satisfacción de Lobo, aunque la multitud se volvía a congregar al poco cuando alcanzaron la calle de la Reina.

Nora lo guiaba con entusiasmo hasta que divisaron un cartel con letras negras sobre fondo rojo que anunciaba *O Gato Negro*. La

fachada discreta, las ventanas empañadas por el vapor de la cocina, y el leve aroma a caldo gallego que escapaba por la rendija de la puerta parecían prometer un refugio seguro frente al caos del exterior.

—Aquí es —dijo Nora, con una sonrisa triunfal—. Un pequeño santuario para los amantes del buen marisco, empanada de zamburiñas, caldo gallego y pulpo.

Delgado abrió la puerta y una ráfaga de calor, vino, conversaciones exaltadas y las comandas a gritos de los camareros les envolvió con una bienvenida ruidosa.

—Vamos, mi niño —le dijo mientras entraban—. Que no todo el mundo viene a Santiago buscando la fe.

El local los recibió con un recibidor estrecho y una barra en la que tuvieron esperar a ser sentados. El local era del gusto de Nora, manteles de papel, una sencilla carta en la pared con los precios y jarras de cerámica blancas con los cuencos a juego para el Ribeiro de tonel. Les sentaron en una pequeña sala al fondo, en una mesa en la que apenas cabían. Nora se encargó de la comanda.

—Este caso, si es que finalmente la muerte no fue un suicidio como sostiene Claudio, se va enrevesando cada vez más. Lo que nos contó la ex mujer… no he dejado de pegarle vueltas. Vale de los enemigos en política o las rivalidades con colegas, ¿pero su relación con el narcotráfico? —Hizo una pausa breve, se sirvió vino en el cuenco, y prosiguió—. Me pareció una línea de investigación interesante. Esta mañana hice una llamada a una vieja amiga, teniente en la Comandancia de La Coruña, a ver si me podía decir algo al respecto. Me la devolvió hace un rato, mientras tú te encontrabas en proceso de desinfección en el cuarto de baño. Mi niño, hay indicios de que en el pasado Manuel Suances tuvo conexión con el narcotraficante más poderoso de la ría, Rafael Casal. Ambos eran jóvenes, estaban en sus inicios. Y ¡mira dónde llegó cada uno! —cogió el recipiente y le dio un sorbo—. Este blanco es espectacular, tienes que probarlo.

Iba a servirle, pero Félix se lo impidió. Había sacado un pequeño pañuelo de su chaqueta. Lo impregnó de gel. Con movimientos metódicos, limpió por dentro y por fuera el recipiente,

con especial énfasis en el borde. Luego, lo sostuvo frente a la luz que proporcionaba la lámpara del techo.

—Ahora sí —declaró, sin el menor asomo de ironía.

Nora abrió los ojos de par en par, pero no se atrevió a pronunciar palabra, no se fuera a romper el hechizo. Sirvió el Ribeiro con un leve vaivén de la muñeca, dejando que el líquido se deslizara con elegancia hasta llenar la mitad del cuenco.

Lobo no dijo nada. Lo tomó entre sus dedos, lo acercó a la nariz y aspiró profundamente. Cerró los ojos un instante, como si necesitara aislarse del ruido del mundo para concentrarse en el aroma. Luego lo acercó a los labios.

Nora contuvo la respiración.

Félix dio un sorbo breve. El vino le humedeció apenas la lengua y descendió con lentitud por su garganta. Un extraño rictus se dibujó en su boca. Apoyó el cuenco sobre el mantel de papel con delicadeza y se quedó en silencio.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Curioso —dijo finalmente—. ¿Qué sabemos de Rafa Casal?

22

El coche se detuvo junto a un pequeño talud cubierto de helechos resecos, en un camino sin asfaltar que descendía hacia el mar. El agente Juan Suárez apagó el motor y se quedó unos segundos en silencio, con la vista fija en el horizonte. El sol descendía con lentitud sobre el Atlántico, tiñendo el agua de tonos anaranjados.

Salió del vehículo sin prisa. Llevaba vaqueros, cazadora oscura y unas zapatillas deportivas. Nadie diría que era guardia civil, y menos aún que formaba parte de un equipo de investigación. Caminó unos metros entre los arbustos costeros, empujando con el pie algunas piedras sueltas, hasta que lo tuvo delante: el cementerio marino de Camelle.

Un lugar equidistante de La Coruña y de Santiago. También un sitio extraño. No era un cementerio al uso, ni siquiera un camposanto. Era un espacio extraño, silencioso, sembrado de símbolos. Una suerte de jardín escultórico frente al Atlántico, creado durante décadas por un artista alemán llamado Manfred Gnädinger —*Man*, como todos lo conocían allí—, que llegó a Camelle a mediados del siglo XX y nunca se fue.

Allí, en ese rincón golpeado por el viento y la sal, Man construyó su santuario: montículos de piedra, cruces toscas, espirales, tótems hechos con redes, maderas arrastradas por el mar, conchas, cristales erosionados, huesos de peces. Todo dispuesto con un orden íntimo, casi ritual, como si el arte y la soledad hubieran trenzado un idioma secreto. Dicen que murió de pena tras el desastre del *Prestige*, cuando el fuel cubrió su obra.

Suárez avanzó despacio. El viento le agitó el cabello con una ráfaga húmeda. A lo lejos, las olas rompían contra las rocas. No

había nadie. Ni turistas, ni caminantes. Solo gaviotas, y ni siquiera muchas.

Sacó un paquete de tabaco del bolsillo interior de la chaqueta. Golpeó la base con un dedo, extrajo un cigarro y lo encendió con la ayuda de un mechero. Le dio una primera calada larga y el humo se dispersó con rapidez. Suárez permaneció inmóvil, la mirada clavada en el horizonte, pero en su cabeza seguía dentro de aquella casa. La madre de Simón Valdés Novoa tenía las manos deformadas por años de trabajo físico.

Dedos gruesos, nudillos hinchados, piel cuarteada como madera vieja. Manos de marisquera, de las que madrugaban con la marea baja y regresaban con el salitre pegado al alma. Le dijo que no sabía nada de Simón desde hacía ya un mes. Que una tarde apareció sin avisar, comieron juntos y luego se marchó como siempre, sin explicar demasiado. "Mi hijo es así", había dicho, encogiéndose de hombros, como si con eso bastara. Juan le dejó su teléfono. Le pidió que llamara si sabía algo. Ella lo tomó sin decir palabra, lo dobló y lo guardó en el bolsillo del mandil. Y luego, simplemente, cerró la puerta.

Ahora, frente al mar, Suárez no sabía si le había mentido o si, simplemente, Simón no la visitaba con frecuencia. Dio una última calada y arrojó la colilla al suelo, aplastándola con la punta de la zapatilla.

Un ruido de motor le alertó. Se giró y comprobó como un deportivo negro reluciente descendía con suavidad por el sendero de tierra que serpenteaba hasta el talud. El sol, apenas en la línea del horizonte, se reflejaba en la carrocería como una llamarada líquida. El coche se detuvo a unos pocos metros del suyo. Tomás Regueira descendió del vehículo con aplomo. Llevaba un traje azul, entallado, camisa blanca y corbata estrecha. Cerró la puerta con suavidad y caminó hacia Suárez sin rodeos. Paso firme, espalda erguida. Se detuvo a apenas un metro de distancia.

—Agente —saludó.

Suárez inclinó la cabeza, sin devolver el saludo. Regueira deslizó una mirada al mar. Luego volvió a fijarse en él, con una sonrisa tan leve que parecía más un aviso que un saludo.

—¿Y la mujer? ¿El crío?

Juan tardó en responder. Una gaviota pasó a lo lejos, planeando sobre la rompiente.

—Bien. El niño crece que da gusto. Tiene ya casi tres años.

El abogado asintió con aire distraído.

—Dime que lo tenemos.

Suárez se mantuvo en silencio unos segundos. Por su cabeza le pasó la imagen de la madre de Simón hasta que el graznido de la gaviota sobre sus cabezas le devolvió a la realidad.

—Tenemos un nombre, Simón Valdés Novoa.

Los ojos de Tomás se iluminaron.

—¿Seguro?

El agente asintió al mismo tiempo que la boca del abogado mostraba una amplia sonrisa. Echó mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre acolchado, grueso. Lo tendió sin palabras. Suárez lo tomó con una sola mano, sin mirarlo siquiera.

—Cualquier novedad, me avisas —dijo Regueira, ya girándose.

Tomás regresó al deportivo con el mismo andar altivo. El motor arrancó con un rugido breve y potente, y en pocos segundos desapareció por el camino por el que había llegado, devorado por los helechos y la curva de tierra.

Suárez permaneció quieto. Solo cuando el sonido del coche se perdió del todo en la lejanía, abrió el sobre. Dentro le esperaba un fajo apretado de billetes de cincuenta euros. Ni siquiera los contó. Pasó el dedo por el borde, para evaluar el grosor. Alzó la vista y contempló una de las esculturas de piedra que se alzaban frente al mar, rugosa y retorcida, como una figura en penitencia. Tenía algo humano, algo que parecía mirar sin ojos.

Simón estaba cerca de convertirse en eso. En piedra, en silencio. En recuerdo.

El restaurante se alzaba entre eucaliptos y camelias, en lo alto de una pequeña loma a las afueras de Santiago. Antiguo pazo de piedra, rehabilitado con gusto y discreción, ofrecía a sus clientes habituales una cocina de raíces gallegas servida con cubertería de

plata y la máxima privacidad. En la planta baja, entre muros de granito y vigas centenarias, se distribuían varios reservados con puertas que se mantenían cerradas y camareros que sabían cuándo debían entrar o por el contrario no molestar.

En uno de ellos, el marqués Héctor de Caamaño-Bermúdez pedía ya su segunda copa de vino. El reloj de oro de su muñeca marcaba las ocho y media. Confiaba en que su cita llegaría a tiempo. Nunca había sido paciente, pero esa noche se sentía generoso. O tal vez vulnerable. Era difícil distinguirlo a esas alturas de la vida.

Le ardía la cara por el vino, y el corazón le latía con ese ritmo irregular que había aprendido a ignorar. En realidad, lo ignoraba todo: los consejos del cardiólogo, las recomendaciones de sus escasos amigos, los sobres de medicación que su asistente le preparaba cada mañana y que, más veces de las que él reconocería, terminaban sin abrir en el cajón del escritorio. Tal vez debía cambiar.

No era solo la edad. Era el cuerpo: ese cuerpo que desde hacía años había dejado de pertenecerle del todo, que sobrepasaba con holgura los cien kilos, que subía escaleras con resoplidos y se hundía en los sillones como si buscara refugio. Sabía que caminaba poco, que dormía mal, que digería peor.

Pero el funeral de su antiguo amigo Manuel le había abierto los ojos. Había que aprovechar. A esas alturas, la vida se medía en placeres inmediatos. Una copa de buen vino, una centolla cocida, un chuletón de vaca rubia gallega sangrante y una mujer joven en la cama. No cualquier mujer: mujeres hermosas, educadas, con modales y cuerpos firmes. Él pagaba por eso, sí. Pero también por la ilusión de seguir sintiéndose importante.

Le pidió al camarero otra copa y miró de nuevo la hora. Le molestaba la demora, pero le incomodaba más no saber qué esperar. La agencia había prometido discreción absoluta y "una experiencia a la altura de un caballero", lo cual, traducido a términos prácticos, significaba que el precio había sido más que elevado. Lo aceptó sin discutir. Siempre había creído que las cosas buenas se pagaban, y que el deseo —como el vino o los caballos— se apreciaba mejor cuando venía con *pedigree*.

Acababa la copa cuando la puerta se abrió. Entonces apareció: zapatos de tacón de aguja, un vestido ceñido, de un verde oscuro casi negro, que le abrazaba las caderas; escote limpio, sin exageración, pero suficiente para mostrar —con orgullosa naturalidad— unos pechos firmes, altos, auténticos. La piel, clara, sin brillos; el cuello largo, con una cadena mínima que descansaba sobre la clavícula. Caminaba con aplomo, sin prisa, como si el tiempo también dependiera de ella.

Tenía el cabello recogido con una horquilla de plata, los labios pintados en un tono discreto, elegante. Pero fueron los ojos lo que realmente le cortó la respiración. Verdes, de un verde frío y denso. Tal vez menos joven de lo que había imaginado —treinta y pocos, quizá más—, pero eso no restaba, al contrario: sumaba. A esa edad, si se sabía estar, no era necesario tener veinte. Y ella sabía estar. El marqués sintió una descarga eléctrica en el vientre. Ella se detuvo junto a la mesa y le dedicó una sonrisa leve, apenas una insinuación.

—Perdón por el retraso, don Héctor.

Él intentó levantarse, pero no llegó a hacerlo. Se quedó a medio impulso, con el cuerpo vencido por el deseo repentino y un extraño pudor que no sentía desde hacía mucho tiempo.

—Nunca he esperado a una mujer con tanto gusto —dijo, recuperando la compostura con un hilo de voz.

Ella se sentó con naturalidad, cruzó las piernas y colocó el bolso con delicadeza sobre la silla contigua. El marqués tragó saliva. Notó un leve pinchazo en el costado, como un dedo que se clava desde dentro. Lo ignoró. No iba a estropear aquello con una queja. Llamó al camarero y pidió una botella de champagne, el más caro de la carta.

23

El piso era un agujero inmundo en una de las torres abandonadas de las afueras de Santiago, donde las ventanas rotas se tapaban con cartones y la policía no entraba si no era estrictamente necesario. No había timbre. Ni vecinos dispuestos a poner denuncias. Solo silencio de paredes descascarilladas, y una puerta de madera desvencijada por la que se filtraba el eco de tos o de gritos que de vez en cuando subían por el hueco de la escalera.

Simón llevaba más de veinticuatro horas sin dormir. Se encontraba recostado sobre un colchón repleto de manchas que apestaban a humedad rancia, a orines secos. La manta de cuadros, deshilachada y con agujeros, no servía ni para cubrir la miseria. Solo para recordar que ya nada de lo que tenía le pertenecía.

Las paredes encaladas estaban cubiertas de pintadas. Por los rincones se amontonaban restos de papel de aluminio chamuscado, cucharillas dobladas, filtros arrancados de cigarrillos, jeringuillas con las puntas oxidadas. En el suelo, una mezcla de colillas, cartones, bolsas vacías de snacks, y botellas vacías. El aire olía a encierro. A ese olor agrio que deja la desesperación cuando se convierte en rutina.

A pesar de todo, no se le había ocurrido lugar más seguro para esconderse.

Había tenido el tiempo justo para comprar algo de comida —pan de molde, latas, chocolatinas— y un móvil de prepago en una gasolinera. Lo primero que hizo fue copiar a mano, uno a uno, los contactos más necesarios y luego quemarlo.

Debía salir cuanto antes del país, y contaba únicamente con una persona en la que podía confiar. Al lado del colchón estaban la navaja, con el filo abierto, y el teléfono nuevo. Simón lo tomó con dedos temblorosos, encendió la pantalla y buscó el nombre que le había estado rondando toda la noche: Ainhoa.

Pero no llegó a marcar. Dejó el móvil a un lado, se llevó las manos a la cara y respiró hondo, como si con eso pudiera despejarse el hedor del piso. Sintió una arcada seca, áspera, que le subió por la garganta sin avisar. No vomitó. Ya no quedaba nada dentro.

Se quedó así un rato, sentado sobre el colchón, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza agachada. El sudor le empapaba la nuca.

¿Cómo había podido ser tan estúpido?

Follarse a la mujer de Casal. A la reina de la ría. Con qué soberbia se había dejado llevar. Se pensaba el más listo, el más deseado, el guapo. Había confundido el deseo con el poder, y ahora estaba allí, rodeado de mierda, con los pulmones que solo respiraban miedo.

Por un instante recordó el perfume de ella, el tacto de su piel, la forma en que lo miraba mientras fumaban desnudos recostados sobre la cama. Se había sentido invencible. Como si la vida —y el peligro— fueran algo que les ocurría a otros. Pero ella estaba muerta. Y él era el siguiente.

Un sudor frío le bajó por la espalda.

Lo sabía. Sabía que Casal no lo iba a perdonar. No solo por haber estado con su mujer. Sino porque alguien como él —un chaval de barrio con sueños de grandeza— había osado cruzar una línea invisible y le había pisado el terreno del rey. Y eso, en ese mundo, se pagaba. Con sangre. Con dolor. Con mucho dolor.

Imaginó cómo sería su muerte. Había oído historias. Algunas se contaban en voz baja. Otras ni siquiera eso. Gente que desaparecía. Que se borraba. Como si nunca hubiera existido. Quiso levantarse, moverse, salir corriendo, pero no podía. Las piernas le pesaban como plomo. Le dolía la cabeza.

¡Madita sea! Gritó. Acarició la hoja abierta de la navaja. Si lo encontraban se rajaría el cuello antes que dejarse atrapar con vida. Se incorporó a duras penas, caminó hasta la ventana y apoyó la cabeza contra el cartón. Afuera no se oía nada.

Volvió al colchón. Se sentó. Y entonces, por fin, marcó el número de Ainhoa.

En ese momento, un camarero de pelo rizado, delantal manchado y acento gallego cerrado apareció junto a la mesa con una bandeja. Dejó con destreza una tabla circular de madera con pulpo a *feira*, aún humeante, espolvoreado de una mezcla de pimentón dulce y picante junto a sal gorda, con unas rodajas tersas que brillaban bajo un chorro de aceite de oliva. A su lado, una fuente de pimientos de Padrón chispeaba todavía por el calor. El aroma combinaba mar, tierra y taberna. Lobo arrugó la nariz, pero no protestó. Nora, en cambio, se frotó las manos con entusiasmo.

—Recuerda —dijo—: unos pican y otros non. Como en la vida.

Él no respondió. Mantenía el cuenco de Ribeiro entre los dedos. Observaba curioso cómo el aceite se mezclaba con el pimentón en la madera, como si eso pudiera revelar algo que se le escapaba. Nora se acomodó en la silla. Cogió un palillo, pinchó una rodaja de pulpo y se la llevó a la boca con la satisfacción de quien acaba de ganarse un festín.

—Sobre Rafael Casal —dijo, tras tragar—. Lo que sé es esto: no hay un solo gramo de cocaína que se mueva en la ría sin que él lo autorice. Es el rey de la zona. El padrino de los nuevos tiempos. Desde fuera parece casi invisible. No hay apenas fotos suyas, no le gusta mostrarse, ni se le conoce discurso público. Pero su nombre impone. Empezó a moverse en los noventa, cuando apenas era un joven ambicioso. Lo hacía de la mano de su tío, que traficaba con tabaco rubio desde Portugal. Luego vino la coca, cuando comenzaron a desembarcar los contenedores de Colombia. Supo ganarse el respeto de los gallegos viejos, y a la vez abrirse camino entre los nuevos narcos latinoamericanos.

Hizo una pausa y se llevó otro trozo de pulpo a la boca. El rumor del comedor seguía constante, platos que chocaban, conversaciones cruzadas, risas.

—Tiene un imperio tejido con paciencia. Entre las variadas sociedades que controla, una naviera. Pequeña en apariencia, pero con licencia para operar mercancía internacional. Casal es de los que no delegan lo que puede vigilar él mismo. Le gusta controlar la cadena de suministro entera: desde el puerto de origen hasta el último gramo que pasa el camello a su cliente.

Lobo se permitió una mirada fugaz hacia la fuente de pimientos. No tocó nada.

—Además —continuó Nora—, ha invertido mucho en el sector inmobiliario. Compra edificios antiguos en zonas deprimidas, los reforma con sociedades pantalla y luego los alquila o revende con nombres interpuestos. Blanqueo clásico. Y fue justo en ese mundo, el del ladrillo, donde coincidió por primera vez con Manuel Suances —añadió Nora, tras otro sorbo de Ribeiro—. Rafael era un recién llegado, pero con dinero fresco y contactos. Suances, en cambio, ya despuntaba en política y desde el despacho asesoraba a promotoras. Ahí empezó todo.

Lobo asintió con lentitud, como si encajara una pieza más del rompecabezas.

—¿Y luego?

—Luego, como en todos los matrimonios de conveniencia, llegaron las diferencias. Casal creció. Diversificó. Ganó poder. Y Suances, ya bien situado, fue marcando distancias. Parece ser que no rompieron del todo. Pero dejaron de verse. Las sociedades conjuntas desaparecieron de los papeles, aunque nadie en la ría se creía que la relación hubiera terminado del todo.

Félix se quedó pensativo unos segundos.

—El problema es que no tenemos nada. Tal vez Manuel Suances decidió pegarse un tiro en la cabeza porque salía todos los días en las noticias y era la mejor salida a lo que esperaba por venir. Y estamos aquí para nada.

Nora no respondió de inmediato. Se llevó a la boca otro pimiento de Padrón, lo mordió con lentitud y cerró los ojos un instante. No picaba. Exhaló por la nariz, pensativa, mientras masticaba.

—Mi niño —dijo al fin, con voz más baja—, yo no me trago lo del suicidio voluntario. Y no me preguntes por qué, porque no tengo pruebas. Pero hay algo. Lo huelo.

Pinchó otro trozo de pulpo, lo alzó en el aire y lo examinó como si esperara encontrar en él alguna verdad. Sus labios dibujaron una sonrisa antes de introducirlo en la boca.

—No sé si fue Casal. O si hay otro nombre que aún no hemos oído. Pero Suances sabía u ocultaba algo. Algo importante. Algo que lo convirtió en objetivo. Y lo sabía. Tal vez por eso sus últimos meses fueron más solitarios. Puede que la pistola estuviera en su mano, pero no creo que él apretara el gatillo por voluntad propia. Y no me quito de la cabeza esas fotos antiguas que encontró Likayna.

Apuró el vino y se sirvió otra vez, con ese gesto decidido que se permitía cuando estaba en plena intuición.

—Y te digo más, mi niño. Tengo la impresión de que esto no ha hecho más que empezar.

24

El camarero apareció con la botella en alto, envuelta en una toalla blanca inmaculada, y la cubitera reluciente colgada del antebrazo como una ofrenda. Entró en el reservado con la cabeza inclinada, la mirada educadamente ciega, y colocó los elementos sobre la mesa con precisión de coreografía.

—Déjela —ordenó el marqués con un gesto desdeñoso de la mano—. Hoy la descorcho yo.

El joven asintió, se retiró con paso discreto y dejó a la pareja en la intimidad templada del reservado. El murmullo del restaurante quedaba amortiguado por las paredes móviles.

Héctor de Caamaño-Bermúdez se arremangó con cierto orgullo, revelando unos antebrazos gruesos, con largos pelos negros entre los que se acumulaban gotas de sudor y un enorme reloj de oro. Tomó el cuello de la botella con ambas manos y, con un pequeño estallido elegante, liberó el corcho. El eco hueco resonó entre las paredes de granito como una nota ceremonial.

—El mejor de la carta —dijo, mientras el líquido dorado se deslizaba en la flauta de ella—. Como merece una mujer como tú.

Ella no apartaba la mirada de su rostro. Dejó que él le sirviera hasta la mitad de la copa, esperó con lentitud y, al tomarla, rozó con las uñas barnizadas el dorso de la mano del marqués. Fue un roce mínimo, calculado, pero la cara se le encendió, y no solo por el alcohol.

—¿Cómo te llamas?

—Dasha —respondió ella.

—Por ti, Dasha. Por tu belleza, y por la fortuna de los hombres que sabemos reconocerla.

La mujer tomó un sorbo breve, mientras lo miraba por encima del borde de cristal.

—Qué gusto tan exquisito —dijo con un leve acento extranjero, apenas perceptible—. No esperaba menos de usted.

El marqués sonrió, con ese rictus satisfecho del hombre que cree que manda.

—Y eso que aún no hemos empezado.

Ella inclinó apenas el cuerpo hacia él, acortando la distancia entre ambos. Su perfume, una combinación seca y sutil de sándalo y almizcle, lo envolvió. Él inspiró hondo. Sintió cómo el corazón latía con una fuerza nueva. Volvió a notar el pinchazo, ahora más cerca del esternón.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, con la voz impregnada de dulzura.

—Perfectamente —respondió él, llevándose dos dedos al cuello de la camisa para aflojar el nudo de la corbata—. Es la emoción. Una mujer como usted no llega a menudo a mi mesa.

Ella sonrió.

—Brindemos de nuevo —propuso—. Pero no por mí. Brindemos por usted, don Héctor. Por los hombres que todavía saben cómo tratar a una dama.

Tomó su copa, la alzó hacia él con gesto elegante y la mantuvo suspendida. Él la imitó, embelesado. Las burbujas bailaban en el cristal, lentas, hipnóticas.

—Y por los placeres del cuerpo —añadió Dasha, bajando el tono de voz, casi susurrando—. Y del alma.

Las copas tintinearon. Bebieron. Él la observaba con una mezcla de lujuria y gratitud. Ella apenas sorbió; él vació la copa de un trago. Le brillaban los ojos.

Durante unos minutos, se dedicó a describirle las fincas familiares, las armas de caza, las amistades con apellidos dobles y los veranos en La Toja. Pero Dasha no lo escuchaba. O al menos, no con verdadero interés. Solo asentía, lo miraba a los labios, bajaba la mirada con gesto tímido para luego levantarla de golpe y sonreír como una colegiala traviesa.

En ocasiones lo tocaba con ligereza. Le acariciaba el dorso de la mano, le dejaba descansar los dedos en la rodilla, jugaba con el borde del mantel mientras su zapato, discretamente, se deslizaba por el bajo de sus pantalones.

Él reía. Y sudaba. Cada vez más. Los ojos se le perdían en el escote. Le temblaba la papada cuando intentaba mantener la compostura.

—Mi querida Dasha… si me permites decirlo… estás hecha para perder la cabeza.

—O el corazón —susurró ella, y le acercó la boca a la oreja—. No es fácil encontrar hombres como usted. Debo confesarle algo.

Héctor se recostó sobre la silla.

—Dime.

Ella se acercó tanto que los labios rozaban su lóbulo.

—Don Héctor, estoy excitada, mucho.

Entonces Dasha deslizó su mano por la pierna del marqués, comenzando por la rodilla y subiendo con movimientos lentos, hasta rozar el interior del muslo con la palma abierta. Héctor se removió en la silla, tratando de disimular el estremecimiento que le recorría la entrepierna.

—Estoy excitada, mucho —repitió ella, sin apartar la boca de su oído—. Pero me gusta que me hagan esperar.

El marqués tragó saliva. Un hilo de sudor descendía por su sien hasta perderse entre los pliegues del cuello. La mano que sujetaba la copa temblaba levemente. Intentó responder con ingenio, con esa seguridad que había cultivado durante décadas, pero solo consiguió balbucear:

—Me… me alegra saberlo.

Ella se incorporó despacio y le sostuvo la mirada. Luego tomó una cigala del plato central, la peló con los dedos con magistral destreza y se la llevó a la boca. Los labios se abrieron, húmedos, y la carne entró con lentitud. Masticó sin pudor, pero con una delicadeza provocadora. Al tragar, dejó escapar un gemido sutil, apenas un suspiro, como si algo se le hubiera escapado del fondo del vientre.

—Deliciosa —murmuró—. Como me imagino otras cosas.

Los ojos del marqués brillaban, húmedos. Se llevó la servilleta al cuello, incapaz ya de controlar el calor sofocante que le ascendía por el pecho. Se había desabrochado el cuello de la camisa. Respiraba con dificultad.

No dejaron de traer platos y más botellas de champagne. Cuando el marqués abrió la tercera, Dasha acercó su silla. Su rodilla rozó ahora la de él. El vestido se había subido unos centímetros. Una línea de muslo perfecto se insinuaba bajo la tela. El marqués tragó aire. Las sienes le zumbaban. Pero no dijo nada. Ella le tomó la mano y la llevó hacia su pierna, colocándola sobre la piel desnuda.

—¿Le gusta, don Héctor?

Él asintió, sin palabras, sin aliento.

—Le noto acelerado —susurró ella—. ¿Es por mí o por el deseo?

—Por ti… siempre por ti —jadeó.

Ella le quitó con suavidad la copa vacía de la mano y la dejó sobre la mesa. Luego, con los mismos dedos con los que había comido la cigala, le acarició el labio inferior.

—Relájese —le dijo y se inclinó hasta que sus pechos casi rozaron la tela de su camisa—. Don Héctor, le prometo una noche que no olvidará jamás. Bebamos —le ofreció la flauta con cara de colegiala.

Él la tomó sin pensar. Su otra mano seguía en su muslo. La sangre le golpeaba el pecho como un tambor desbocado con sacudidas arrítmicas.

—A la salud de una noche inolvidable —susurró ella.

Y él bebió. Todo. De un trago.

El marqués dejó la copa vacía sobre la mesa con la mano temblorosa. El cristal tintineó. Tenía la garganta seca, la piel ardiente y los párpados ligeramente entornados, como si una bruma cálida le nublara la vista. Su respiración se había vuelto más ruidosa. Ya no la controlaba.

—Dasha… —musitó—. Eres…

No pudo terminar la frase. Porque en ese momento ella se levantó, despacio, y caminó alrededor de la mesa con la elegancia medida de una felina. El vestido verde se ceñía a sus curvas con una

precisión antinatural, como si la tela respirara con ella. Se detuvo detrás de él y apoyó ambas manos sobre sus hombros. Él se estremeció.

—Está muy tenso, don Héctor —susurró junto a su oreja—. Deje que le ayude.

Sus dedos comenzaron a masajearle el cuello con lentitud, y luego bajaron, firmes, por la línea de sus omóplatos. Él cerró los ojos y dejó escapar un gruñido grave, mezcla de placer y agotamiento. Tenía la camisa empapada. El aire en el reservado se había vuelto denso, espeso, saturado de champagne, perfume y deseo.

Dasha subió las manos hasta el cuello. Luego, las deslizó por su pecho, abiertas, palmeando con ternura su barriga abultada, hasta dejar que una de ellas se colara bajo el brazo y rozara el borde del pantalón.

—Dasha… por Dios… —jadeó.

—Shhh… —ella apoyó los labios en su cuello, apenas un roce húmedo—. No hable. Sienta. Disfrute.

El marqués quería responder. Quería girarse, tocarla, poseerla allí mismo como un animal salvaje. Pero sus músculos comenzaban a fallarle. Como si el deseo extremo pesara demasiado para su sistema nervioso. Un sudor frío le recorrió la espalda.

Entonces ella volvió a sentarse frente a él, despacio, sin perder la calma.

—¿Está bien?

Él asintió, pero no logró mantener el gesto. Su cabeza se inclinó unos centímetros hacia el lado derecho. La barbilla temblaba. Una gota de saliva le colgaba del labio inferior.

—Es el calor… —balbuceó—. Solo… un momento.

Sus manos buscaban algo a lo que aferrarse. el mantel, sus propios muslos. Dasha le tomó una de ellas entre las suyas y la acarició con ternura, casi con compasión.

—No tenga miedo —susurró—. Esto es solo el principio.

El corazón del marqués se desbocó. Un tambor furioso dentro del pecho. El zumbido en las sienes se volvió un rugido sordo. Intentó levantarse, pero las piernas no respondieron. Un espasmo le

recorrió la espalda y el brazo izquierdo se le durmió. El rostro comenzó a deformarse: mandíbula rígida, ojos abiertos como platos, un dolor intenso en la parte alta del estómago.

—Ayuda… —logró decir, con un hilo de voz.

La mano se le fue de golpe al pecho, como si intentara detener lo inevitable. En un movimiento desesperado, se aferró al borde del mantel. Sus dedos gruesos y temblorosos buscaron apoyo, pero solo encontraron tela. Tiró con fuerza, y parte de la vajilla cayó con estrépito: las copas rodaron, los cubiertos rebotaron contra las baldosas, la cubitera volcó con un golpe sordo, y los cubos de hielo se dispersaron por el suelo.

El marqués quedó inclinado hacia un lado, medio cuerpo descolgado de la silla, la cabeza vencida, los labios morados. Un ronquido sordo escapó de su garganta antes de apagarse del todo.

Dasha no se movió. Observaba la escena con calma fría. Cruzó las piernas con suavidad. Luego, con gesto medido, tomó una servilleta, se limpió los dedos y la dejó junto a su copa intacta.

Se levantó sin prisa. Se acercó al cuerpo aún convulso del marqués, se inclinó y le susurró algo al oído. Luego pronunció unas palabras con ligero acento gallego en voz alta.

— *Xa cho dixen*, Héctor. Una noche inolvidable.

La mujer abrió el bolso. La figura de barro le hizo trasladarse al pasado, imágenes vivas casi reales que la transportaron a una época pasada. El estado de ensoñación en el que quedó sumida se alargó varios minutos hasta que las palabras del camarero al otro lado de la puerta del reservado le devolvieron a la realidad. Miró de reojo la cara amoratada del marqués y abandonó de forma precipitada el lugar por el ventanal que daba a un jardín privado.

25

Ainhoa bajó del coche con el corazón encogido y el abrigo agarrado al cuerpo como si eso pudiera protegerla del miedo en lugar del frío. Había dudado hasta el último momento. Pero allí estaba. Frente a las torres grises, devoradas por el abandono y el paso del tiempo.

Se subió la capucha. Caminaba con paso rápido, sin mirar atrás. A unos metros, en la esquina de un callejón, un tipo con sudadera y gorra intercambiaba algo con dos figuras encorvadas. Uno de ellos giró la cabeza y la miró. Ella bajó la vista. Siguió andando, firme, aunque por dentro temblaba. Sintió cómo las miradas se le clavaban en la nuca.

"¿Qué coño haces aquí, Ainhoa?", se preguntó. Pero no paró.

Cuando alcanzó el portal, un sonido leve, de pasos desiguales, le hizo girarse. Uno de los tipos, flaco como un esqueleto, se le acercaba con aire de pocos amigos.

—Oye, guapa, ¿me das algo? —dijo con voz pastosa—. Solo un par de euros, *pa* pillar algo *pa* los nervios.

Ella apretó el bolso contra el pecho, sin responder. El hombre estiró una mano huesuda, temblorosa, con uñas largas y llenas de mugre. Su aliento apestaba.

—No tengo —dijo, sin mirarlo—. Lo siento.

—Va, no seas así, un euro… solo uno…

Intentó esquivarlo, pero él le cortó el paso. Sus ojos estaban inyectados en sangre y al sonreír mostró los restos de media dentadura. Ainhoa no podía moverse. Entonces, desde una ventana del primer piso, una voz masculina gritó algo ininteligible.

El hombre dio un paso atrás, nervioso. Escupió al suelo.

—Sois todos iguales —masculló—. Pero todos pagamos al final. Ya verás.

Ainhoa no contestó. Se metió en el portal sin mirar atrás. Empujó la puerta que no cerraba bien y se adentró en la penumbra de la escalera. El corazón le latía en la garganta. El bloque olía a orina vieja, a humedad. Las paredes estaban cubiertas de grafitis desvaídos, tan solo el ruido de una radio a todo volumen como sonido de fondo.

Subió por la escalera a pie. No se fiaba del ascensor. Ni de nada. Cada rellano era un nuevo umbral al que debía obligarse a atravesar. Pasó junto a una puerta entreabierta, de la que salía un murmullo apagado. Cuando por fin llegó al último tramo, respiró hondo. Llamó con la palma de la mano, suavemente. Nadie respondió. Volvió a golpear, esta vez con algo más de fuerza.

Entonces, un cerrojo se deslizó con lentitud. Y la puerta se abrió apenas una rendija. Simón.

La miró desde la oscuridad y la dejó pasar. Ainhoa se quedó inmóvil en el umbral. Tardó unos segundos en reconocerlo del todo. Iba sin afeitar, el pelo desordenado, los labios cuarteados, las ojeras como dos manchas de carbón, pero ahí estaban esos ojos que la cautivaron hacía ya cinco años.

—Gracias por venir —dijo él. La voz le salió ronca, como si no la hubiera usado en días.

Ella asintió. Entró. La puerta se cerró a su espalda. El piso era peor de lo que había imaginado. En el suelo, un colchón deshecho, restos de comida, colillas. Papeles chamuscados. El metal de una cuchara brillaba sobre un trozo de cartón. Ainhoa se obligó a no mirar demasiado.

—¿Qué ha pasado, Simón?

Él se pasó una mano por la cara. Se notaba la piel grasa, el pulso acelerado.

—No te lo puedo contar. Cuanto menos sepas, mejor para ti —tenía la voz rasposa—. ¿Te ha visto o seguido alguien sospechoso?

Ainhoa negó. Él le cogió la mano.

—Necesito salir de aquí —confesó con un hilo de voz.

—¿Salir? ¿Adónde?

—Fuera. Del país. Donde sea. Necesito un barco. Uno que me lleve lejos de aquí. Y pensé en tu padre.

Ainhoa lo miró en silencio. Sintió que una parte de ella —una que creía enterrada— renacía en su interior.

—¿Mi padre?

—¿Sigue en activo? ¿Con los de la cofradía de Bueu? ¿O navega para algún armador?

—Sigue saliendo. Está enrolado en el *San Amaro*. —Ainhoa cerró los ojos e inspiró aire antes de continuar—. Sale para Namibia en una semana. Hacen ruta por Mauritania, después bajan a los caladeros del Índico.

Simón levantó la vista por primera vez y la miró a los ojos

—Necesito que me meta en ese barco, Ainhoa. Si me quedo aquí, estoy muerto.

Ainhoa tragó saliva. No dijo que sí. Pero tampoco dijo que no. Porque a pesar del desconcierto, del miedo que la envolvía, todavía le quería. Le dolía verle así y comprendió sin el menor atisbo de duda que su vida dependía de ella.

Bruno aparcó el coche junto a la cuneta, justo frente a la entrada principal. La casa estaba algo retirada de la carretera, elevada sobre una plataforma de piedra con una balaustrada desgastada por el tiempo. No parecía una oficina convencional, pero tampoco una vivienda corriente. Era una construcción grande, con formas poco comunes, mezcla de vivienda unifamiliar y pequeño edificio institucional. La fachada estaba pintada en tonos amarillos y blancos, con las esquinas reforzadas por un zócalo de piedra. La parte inferior tenía grandes ventanales tapiados o cerrados con persianas metálicas. En el piso superior, las ventanas estaban cubiertas con algún tipo de material opaco, tal vez vinilo, y no dejaban ver el interior.

Una palmera alta tapaba parte de la fachada principal. Junto a ella, otra más pequeña y varios arbustos desordenados ocupaban el jardín frontal. No se veía buzón ni cartel identificativo. Tampoco había timbre visible desde fuera. Las ventanas estaban cerradas y no se oía ningún ruido en el interior.

Observó unos minutos con atención. De vez en cuando se veía movimientos en su interior. Miró la hora del reloj y se bajó con el

recuerdo de Lucía en su mente. Bruno subió los escalones de piedra con paso firme. Al llegar a la puerta principal —de madera barnizada, con un pomo metálico pulido por el uso— se extrañó de no encontrar un timbre. Golpeó con los nudillos.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Luego, al otro lado, se oyeron unos pasos. La puerta se abrió parcialmente, con la cadena de seguridad aún puesta. Una mujer apareció en el hueco. Cincuenta y tantos, pelo corto teñido de un tono rojizo, rostro pálido y ojos oscuros con expresión alerta. Llevaba una blusa estampada y una chaqueta de punto. Al verle, frunció ligeramente el ceño.

—¿Sí?

Bruno forzó una sonrisa cortés y levantó la mano, mostrando su acreditación plastificada de prensa.

—Buenos días. Bruno Ferreira. Trabajo para *La Voz del Noroeste*. Estoy recopilando información para un reportaje sobre la actividad industrial en la ría. Me han mencionado esta dirección como una de las oficinas todavía en funcionamiento de una naviera.

La mujer no respondió de inmediato. Lo miró de arriba abajo, luego volvió la vista hacia dentro, como si necesitara confirmar algo antes de hablar.

—Aquí no damos información a los medios.

Bruno no se inmutó. Sacó una tarjeta de su cartera y se la tendió.

—Entiendo. No vengo buscando nada comprometido. Solo una referencia general, datos de contexto para un reportaje sobre la importancia de la industria marítima en la comarca. Si tienen actividad en el puerto, sería interesante recoger al menos una mención. Algo básico: servicios, logística, lo que consideren.

La mujer no cogió la tarjeta. Solo la miró un segundo, y luego negó con la cabeza.

—No tenemos autorización para hablar con la prensa. Tendría que solicitarlo por correo a través de administración.

—¿Y quién es la persona responsable?

—Ya le he dicho —replicó ella, algo más cortante—, debe dirigir la solicitud por escrito. Eso es todo lo que le puedo decir.

Bruno asintió lentamente, como aceptando una norma absurda. Pero su mirada, mientras tanto, ya había empezado a trabajar. Desde la puerta entreabierta, alcanzaba a ver parte de la oficina. Tres personas —dos mujeres y un hombre— estaban sentados frente a ordenadores. Ninguno levantó la vista. En las mesas, carpetas apiladas, sellos, documentos abiertos.

No era una tapadera vacía. Aquello funcionaba como una empresa real. Gente trabajando. Papeles reales. Nada que ver con la nave cerrada del puerto.

—¿Podría, al menos, confirmar si Marítima Atlántica sigue operando en carga o descarga?

La mujer cerró un poco más la puerta.

—No voy a decirle nada más. Buen día.

Y sin más, cerró con firmeza.

26

La vivienda les recibió con una bofetada de frío y humedad. El aire que se colaba por el ventanal abierto olía a asfalto mojado, a tierra húmeda y a leña encendida en alguna chimenea lejana. Félix era estricto en sus normas, y el apartamento se debía ventilar en condiciones. Desde la abertura también llegaba el rumor de los coches en la avenida de Lugo que quedó apagado por el tañido grave de las campanas de San Domingos de Bonaval. Marcaban las diez de la noche.

Nora dejó el bolso sobre la silla junto a la mesa de trabajo. Todavía le quedaba en la boca el sabor del pulpo, los pimientos y el ligero regusto cálido y dulce del Ribeiro. Luna, al verla, saltó del sofá y empezó a dar vueltas como una loca, mientras el rabo se meneaba con fuerza de lado a lado, golpeando contra su cuerpo y todo lo que encontraba a su alrededor.

—Quietaaa…mi niña —río mientras le ponía el collar. La perra jadeaba, ansiosa por salir.

Lobo, que acababa de cerrar la puerta tras ellas, dejó el bastón contra la pared y se apoyó en el marco, cruzado de brazos, todavía con la gabardina puesta.

—Esa perra va a acabar con la casa entera —comentó, medio en serio, medio en broma.

Nora le lanzó una mirada divertida.

—Tiene más energía que tú y yo juntos.

Lobo se agachó y acarició la cabeza del animal ante una Nora que lo observaba con los ojos abiertos como platos. Luna quiso corresponderle con un lametazo, pero Félix fue más rápido en quitar la mano bajo una expresión de auténtico pavor.

Nora iba a decirle algo, pero el móvil vibró. Miró la pantalla iluminada: Irene Padrón.

—¿Otra vez? —murmuró Nora, sorprendida.

Habían hablado esa misma mañana cuando le había contado con detalles la información que podía darle sobre Rafael Casal. Se miró con Lobo, que arqueó una ceja y se dirigía con guantes y un paño al sofá que la perra había tomado como de su propiedad.

Nora deslizó el dedo por la pantalla y aceptó la llamada.

—Irene, ¿qué pasa?

Al otro lado, la voz de su amiga sonaba nítida, con el eco hueco de fondo típico de un despacho.

—Nora, mañana no va a poder ser.

—¿Qué? ¿Me cancelas la cita? —dijo con cierta sorna.

—No me queda otra. —Se escuchó el crujido de papeles, un suspiro contenido—. Estoy atrapada en la comandancia, esto es un caos. Ha pasado algo gordo.

—Tranquila, mi niña —respondió Nora apoyada en la mesa mientras miraba de reojo a Lobo, que secaba con parsimonia el sofá con otro paño—. Bastante tendrás tú como para encima aguantarme a mí. Un segundo.

Tapó el micrófono con la palma de la mano y se dirigió a Félix

—Mi niño, ¿quieres dejar eso para luego y bajar de una vez a la perra?

Lobo no se inmutó y Nora tuvo que repetírselo en un par de ocasiones hasta que la obedeció. Cuando la puerta se cerró y el repiqueteo de las uñas de Luna en la escalera se apagó como un lejano golpe de tambor, Nora volvió al teléfono.

—Ya está —dijo, más relajada—. Perdona la interrupción. Decías que estabas encerrada.

—Encerrada y medio sepultada —respondió Irene con una risa breve que no ocultaba el cansancio—. Pero es que tenía que llamarte. Hoy no he podido quitármelo de la cabeza, Nora. No solo por lo de Casal. Ya sabes a qué me refiero.

Nora sonrió.

—A ver, suéltalo: ¿me vas a echar otra vez en cara lo de bruja?

—Joder, ¿y cómo no? —Irene bajó la voz, casi en confidencia—. Hoy me preguntas por Rafael Casal y a las pocas horas tengo un caso relacionado con él encima de la mesa. ¿Casualidad? —mantuvo la pausa unos segundos—. Yo, que soy gallega, ya sabes lo que

pienso: *haberlas, haylas*. Y tú tienes ese olfato de meiga que me pone los pelos de punta. ¿Te acuerdas de lo de la conservera?

Nora soltó una risa corta, cargada de cierta ironía

—Necesitabais ayuda de la UCO. Tres días metidas en aquel almacén que olía a pescado podrido, tras unas pistas que nadie más parecía querer mirar.

—Exacto. Y cuando todos dábamos palos de ciego, vas tú y te plantas delante de ese bote de barniz, lo hueles dos segundos y sueltas: "Aquí hay restos de benceno. Esto no encaja con un accidente".

Nora se encogió de hombros.

—Era química básica.

—No era química básica, joder. —Irene sonaba animada ahora —. Era ese sexto sentido tuyo. El mismo que te hizo revisar el albarán de tintes y ver la conexión que nadie más veía. Sin eso, nunca habríamos tirado del hilo ni encontrado el laboratorio ilegal.

—Tuvimos suerte.

—Jodida, no me vengas con modestias. —Irene hizo una pausa —. Ese día, Nora, yo supe que tú ves cosas que los demás no vemos. Tu nariz lo huele antes que el resto de los mortales. Para mí, desde entonces, siempre fuiste "la bruja".

Ambas rieron.

—Ya que hablamos de intuiciones, esta mañana no cotilleamos ni un poco. ¿Cómo están en casa?

Irene se acomodó sobre el respaldo de la silla.

—Igual que siempre —respondió con un tono neutro, casi rutinario—. Ahora Marcos está centrado con sus fogones y sus experimentos en la cocina. Hoy me mandó una foto de una empanada de zamburiñas que parecía una obra de arte.

Nora río.

—¿Otra vez? Ese hombre acabará coronado como un chef tres estrellas y te retira.

—Si me retira, le pongo yo el mantel —bromeó Irene, pero enseguida su voz bajó una octava—. Y Dani, ya imaginas cómo es a sus quince. Encerrado en su mundo, los cascos puestos todo el día. A veces me mira como si yo hablara otro idioma.

—Los adolescentes son así hoy en día. Pero tú lo adoras.

—Claro que lo adoro —respondió Irene, con un deje de ternura que no solía dejar escapar a menudo—. Solo que… —Se interrumpió un instante, buscando las palabras—. Solo que me duele no estar más con él. Intento separarlo todo: el trabajo de la familia, la mierda con la que tengo que lidiar todos los días de mi hogar, como si fueran dos mundos distintos. Pero no siempre funciona.

—Nunca has sabido fingir —le recordó Nora, suave.

Irene soltó una risa amarga.

—Exacto. Y hay días que llego tan tarde que solo tengo fuerzas para quedarme dormida en el sofá, con las botas puestas. Marcos me cubre con una manta y Dani ni se inmuta, porque ya está en su cueva virtual. Entonces pienso: "¿Qué demonios estoy haciendo?".

—Los mantienes alejados del mundo de mierda que te toca vivir como agente de la ley —dijo Nora, seria—. Y lo haces bien. Estoy segura. Ellos saben que te tienen ahí, aunque no te lo digan.

Hubo un silencio largo, cargado de complicidad. Irene suspiró, y cuando habló de nuevo sonaba más humana.

—A veces los miro y siento miedo de no aprovechar mi tiempo con ellos. De que no seamos nunca una auténtica familia. Miedo de que el trabajo me coma tanto que cuando me siente con ellos, solo vea fantasmas. Nora, de desaprovechar unos años que ya nunca volverán.

—Eso no va a ocurrir —aseguró Delgado—. Precisamente porque piensas y te preocupas por ellos cada día.

Una voz alta de hombre sonó de fondo. Irene tapó el auricular. Estuvo ausente un par de minutos. Cuando retomó la palabra, el tono no podía ocultar su urgencia por zanjar la conversación.

—Perdona —dijo la teniente—. Tengo el despacho como una parada del metro en hora punta.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Va a salir en cuestión de horas. En cuanto se filtre, todos los titulares lo van a llevar en primera plana aquí en Galicia. Casi mejor que te enteres por mí. —admitió la Guardia Civil—. Marta Loureiro, la mujer de Rafael Casal, ha aparecido muerta.

Nora no pudo ni pestañear.

—¿Qué?

—En un apartamento de Noia. —El tono de Irene se volvió seco, profesional—. Sobredosis. Al menos eso es lo que dice el forense. Y al parecer había alguien con ella, aunque la persona se encuentra desaparecida. Una de esas muertes que huelen raro desde el minuto cero.

27

La mujer que había actuado como Dasha con el marqués apoyó las dos manos en el lavabo y observó su rostro en el espejo. Una lágrima se deslizó por la mejilla y golpeó sobre la porcelana blanca. No tenía claro si era de tristeza o de alegría.

Con gesto lento, se llevó las manos a la cabeza y retiró la peluca rubia. El falso cabello cayó sobre el suelo como una piel muerta. Debajo, apareció el corte recto, teñido de marrón opaco. Al pasarse los dedos por él, sintió la aspereza del tinte barato. ¿Quién era? ¿En qué se había convertido?

Durante unos segundos, contempló su reflejo sin pestañear, como si tratara de reconocer a la mujer oculta bajo todas esas capas de mentiras. Menuda ironía. El tinte ocultaba su verdadero color que había tenido que reproducir con una peluca. Se inclinó todavía más cerca del espejo. Iba a colocarse una de las lentillas para también disimular esos ojos verdes que siempre habían cautivado, cuando se detuvo a medio camino.

Los tres nombres la asaltaron.

Los repasó en silencio, uno a uno. Dos hombres. Una mujer. Tres muertos que la miraban desde algún rincón de su memoria con idéntica expresión: sorpresa primero, incredulidad después. Ninguno había visto venir el golpe final. Y sin embargo, allí estaba ella, viva, intacta, mientras ellos ya habían desaparecido.

Se preguntó si sentía culpa. No la encontraba. Ni rastro. Quizá se había evaporado hacía tiempo, diluida en noches que siempre quiso borrar de su cabeza. Tal vez lo único que quedaba era esa mezcla corrosiva de alivio y vértigo: saber que había cruzado todas las líneas y que, por el momento, nadie la seguía.

Le quedaba poco para culminar su plan.

Comprobó en el móvil que por fin Anxo había leído su mensaje. Marcó su número. No lo cogió hasta el tercer intento. Al descolgar,

silencio. Finalmente reconoció su voz, como si hubiera convivido con ella todos esos años.

—¿Sabela?

Su voz, gastada por el tiempo y la nicotina, sonó incrédula. Ella sintió un estremecimiento recorrerle la espalda.

—Sí, Anxo. Soy yo.

Hubo un silencio largo, con apenas la respiración de él al otro lado de la línea.

—Dios —musitó él—. No pensé que volvería a escucharte.

—Pues aquí me tienes.

—Han pasado veinte años, Sabela. Veinte jodidos años sin una sola palabra. Y ahora llamas, así, de la nada. —Se escuchó un ruido metálico, como si encendiera un mechero—. ¿Qué demonios quieres?

—Verte.

Él rio.

—¿Verme? ¿Después de dos décadas? ¿Qué pretendes, que hagamos como si nada?

Anxo siempre tendría siete años más que ella. Siempre sería más fuerte que ella. Siempre pretendiendo ser su padre, su guía espiritual, su superior, como si tuviera autoridad sobre su vida. Desde siempre. La palabra siempre se repetía una y otra vez en la mente de Sabela.

—¿Me oyes? ¿Qué es esa tontería?

Se lo imaginó con los ojos desorbitados, el cigarrillo en sus dedos.

—Necesito verte —repitió ella.

—¿Necesitas verme? —preguntó él con una carcajada seca—. Mira que siempre fuiste buena para los dramas. ¿Qué pasa ahora, te dio nostalgia de la aldea? ¿Se te acabó el dinero?

—No estoy llamando para mendigar, Anxo.

Él resopló, como si le divirtiera su tono.

—Tranquila, pequeña. Siempre saltas como un gato cuando te hablo en serio. Sigues igual que cuando te ibas llorando a la habitación. No has madurado nada.

A Sabela se le hizo un nudo en el estómago.

—Es importante, tengo que verte. Te pasaré la dirección y la hora, no te retrases.

Y colgó.

Sabela fue hasta la habitación y se tumbó en la cama, con las manos en la nuca. Se abandonó a sí misma mientras los recuerdos la golpeaban sin piedad. En realidad, no se arrepentía de nada. Ni una sola de las muertes le pesaba. Al contrario: cada una había sido necesaria, inevitable. Había tenido que provocarlas.

Y en el fondo, una parte de ella pensaba que hasta se había quedado corta. Que debería haberles hecho sufrir más. Sonrió con amargura al pensarlo. No, no se arrepentía. Ojalá sus cuerpos ardieran en lo más profundo del infierno, ojalá sintieran allí una mínima fracción de lo que ella había sentido durante años.

De repente, sus pensamientos giraron. Había llegado la hora de tomar una copa. Fue hasta el salón y abrió la botella de ron. Hacía años que no bebía y lamentó no haberse comprado también un paquete de cigarrillos. Veinte años sin fumar. En el fondo, nunca le había gustado, pero de joven simplemente quería hacer lo que el resto de la gente.

El alcohol la embriagó con rapidez. Empezó a canturrear canciones mientras recogía el vestido verde, la peluca y los zapatos de aguja. Siempre le había gustado el orden, la pulcritud: en su caos interior, ese pequeño control le daba algo de sentido a las cosas. "Siempre", pensó. Y al repetir la palabra, la imagen de Anxo se impuso con fuerza, como un intruso no invitado a su fiesta privada.

Bebió directamente de la botella esta vez. Un trago largo que le quemó la garganta. Se tambaleó ligeramente al dejarla sobre la mesa. No había comido nada más que aquella cigala en el restaurante. Lo sintió: el vacío en el estómago, el descenso vertiginoso, como caer por un pozo sin fondo.

Se puso a reír, una risa nerviosa, tensa, casi histérica. Cruel. De pequeña, jamás se habría creído capaz de tanta crueldad. Ella fue una niña encantadora. Eso decía la gente. Así transcurrió otra hora: entre tragos y lágrimas inesperadas. Lloró más de lo que habría creído posible, hasta que los ojos le ardieron. No pensaba que aún

guardara semejante reserva de lágrimas. La noche que le esperaba era de completa soledad.

28

Simón soltó la mano de Ainhoa y empezó a caminar por el estrecho salón, de un lado a otro, como un animal enjaulado. Bajo sus zapatos crujieron un par de colillas y un cartón arrugado. Su mirada se clavó en la navaja, abierta, junto al colchón por si necesitaba usarla. Se pasó una mano por la nuca y luego por la barba sin afeitar. Se acarició el mentón varias veces con movimientos rápidos. Sus dedos temblaban ligeramente.

—No puedo esperar mucho —dijo finalmente con la mirada fija en ella—. Si se enteran de que sigo aquí, vendrán. Y cuando vengan, no habrá segunda oportunidad.

Ainhoa lo observaba en silencio.

—¿Quiénes? —preguntó por fin.

Simón bajó la mirada y luego negó con la cabeza.

—No importa. —Hizo una pausa—. Lo único que tienes que saber es que esa gente —tragó saliva—. no perdona. Nunca. Si creen que te has cruzado en su camino, te borran. No hablo de amenazas. Hablo de desaparecer de verdad.

Ainhoa sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Su voz tembló al preguntar:

—¿Qué les hiciste, Simón?

Él apartó la vista hacia el suelo.

—Lo suficiente para que ahora no me quede otra salida —respondió con una frialdad que le erizó la piel—. Por eso necesito ese barco. O me largo o estoy muerto.

Ainhoa cruzó los brazos, como si quisiera protegerse de algo invisible.

—Lo de mi padre… —comenzó, insegura—. Simón, no es tan sencillo. En el puerto conocen a todo el mundo. Si alguien te ve

embarcando, te denunciarán antes de que el barco levante amarras.

Él dio un paso hacia ella. Los ojos brillaban en la penumbra.

—No tienen por qué verme. Tu padre puede ayudarme a colarme de noche, antes de zarpar. En la bodega, un contenedor, lo que sea. Solo necesito llegar a Mauritania. Después me las arreglaré.

Ella lo miró con incredulidad.

—En un barco pesquero no hay contenedores. Son bodegas frigoríficas, llenas de hielo para el pescado. Si te encierras ahí, no sobrevives ni dos horas.

Él apretó los labios.

—Lo sé. Pero hay otros sitios. Los camarotes de los marineros siempre van llenos de trastos. Puedo quedarme en el pañol de aparejos, donde guardan las redes y los cabos. O en la sala de máquinas, detrás de los generadores. Nadie entra ahí salvo el maquinista.

—Es una locura. —Ainhoa negó con la cabeza—. Hay revisiones antes de salir. Aduanas, Guardia Civil, inspectores, si te encuentran, te bajan esposado.

Simón dio un paso más y le tomó la mano con fuerza.

—Escúchame. —Su voz se convirtió en súplica—. Tu padre sabe cómo saltarse esos controles, ¿verdad? Lleva años navegando. Seguro que alguna vez ha metido a alguien sin papeles. Un primo, un amigo, un tipo que necesitaba trabajar sin que Hacienda lo oliera.

Ainhoa titubeó.

—Aunque lo hiciera, son muchos días en alta mar. ¿Cómo piensas aguantar escondido todo ese tiempo?

Simón tragó saliva, casi con ansia.

—No son tantos días. Solo hasta el primer puerto. En Mauritania, en Dakhla, siempre amarran para combustible y víveres. Allí me bajo. Nadie va a preguntar por un tipo más en tierra africana.

—¿Y si te pillan antes?

—Si me quedo aquí, me matan —la interrumpió, tajante—. En el barco al menos tengo una posibilidad. Prefiero arriesgarme ahí que pudrirme aquí mientras espero a que me encuentren —replicó él, tajante—. No entiendes, Ainhoa. Es cuestión de tiempo.

Ella desvió la mirada hacia la ventana. Un pequeño haz de luz blanquecina se filtraba por una de las fisuras del cartón. Pensó en su padre: un hombre recio, de manos ásperas y voz grave, que nunca había confiado en Simón.

—Él no querrá hacerlo —murmuró.

—Convéncelo —dijo Simón, sin rodeos—. Dile que es un asunto de vida o muerte. O invéntate algo mejor. Tú sabrás cómo hablarle.

Ainhoa lo miró, dolida.

—¿Sabes lo que me pides? —Su voz tembló.

Simón se acercó y le sostuvo la mirada, con esa intensidad que en otro tiempo le habría hecho temblar de deseo y no de miedo.

—Te pido que confíes en mí. Que me ayudes una última vez. Después desaparezco. Para siempre.

Hubo un silencio largo. Finalmente, asintió con un leve gesto.

—Hablaré con él. Pero si algo sale mal…

—No saldrá mal. —la interrumpió—. Te prometo que en el futuro te lo recompensaré.

Ainhoa sintió un nudo en la garganta.

—Te escribiré mañana —añadió ella.

Bruno Ferreira abrió la guantera y sacó la pipa de madera de raíz de brezo. La sostuvo en la mano unos segundos, como si el simple tacto de aquel objeto le ayudara a ordenar los pensamientos. El coche estaba aparcado bajo una farola solitaria cuya luz amarillenta se filtraba a través del parabrisas sucio a pocos metros de la naviera.

Rebuscó en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una pequeña bolsa de cuero, gastada por el uso. La abrió y hundió los dedos en el tabaco prensado, de aroma dulce y terroso. Lo desmenuzó con los pulgares, sin prisas, llenando el hornillo con movimientos meticulosos. Encendió una cerilla y aspiró con fuerza. La brasa prendió lentamente. Expulsó la primera bocanada despacio, observando cómo el humo se arremolinaba frente a él antes de disiparse entre el vaho que empañaba los cristales.

El olor le golpeó de lleno, como un recuerdo inesperado. Lucía. Ella siempre se burlaba de esa pipa, decía que lo hacía parecer un viejo profesor inglés en lugar de un periodista de investigación. Pero

le encantaba aquel humo dulce que se le quedaba prendido en la ropa; solía acercarse, aspirar con los ojos cerrados y reír. "Hueles a casa", le decía.

Bruno tragó saliva. Apretó la boquilla entre los dientes y dejó que el humo le llenara los pulmones. Lucía había desaparecido hacía ya más de una década, arrastrada por el torbellino de mierda que había empezado a remover cuando se atrevió a investigar los amaños urbanísticos de Manuel Suances, entonces un concejal con demasiada ambición y pocas líneas rojas. Una semana después de enviarle aquel mensaje críptico —"Bruno, creo que lo he encontrado"— nadie volvió a verla. Ni un cuerpo. Ni una pista.

Con la nueva información del registro gracias a esa misteriosa carta que revelaba una conexión entre Suances y Casal. Pereira se sentía vivo de nuevo.

Llevaba horas observando el lugar. La ventana tras la palmera, en el lateral del edificio, era su mejor opción: cerradura antigua, sin rejas visibles, ni cámaras cercanas que cubrieran ese ángulo ciego. Durante su inspección ocular no había detectado sensores de alarma ni señales de cableado moderno.

Sabía que no habría una ocasión mejor. Se ajustó los guantes, inspiró hondo y fijó la vista en la fachada. El último trabajador del edificio acababa de marcharse. El silencio de la calle le confirmó que había llegado el momento.

Bruno abrió la puerta del coche y el aire frío de la noche lo envolvió. Cerró con suavidad y avanzó por la acera en dirección al lateral del edificio. No escuchó nada hasta que sintió la presión brutal de un brazo que le rodeaba el cuello. Apenas tuvo tiempo de reaccionar. Una mano enguantada lo empujó hacia atrás mientras otra le inmovilizaba el brazo derecho. Giró con violencia, intentó zafarse, pero un segundo individuo surgió de la nada y le estampó un puñetazo en la boca del estómago.

El aire le abandonó los pulmones en un jadeo agónico.

—¡Qué...! —alcanzó a murmurar, antes de que una tela áspera le cubriera el rostro.

La capucha se cerró de golpe sobre su cabeza. Unas manos firmes lo arrastraron unos metros. Pateó el suelo, intentó girarse,

morder, pero recibió otro golpe seco en las costillas que lo dobló como un muñeco.

Oyó una puerta corredera abrirse. Lo alzaron sin esfuerzo y su espalda chocó con el suelo metálico. El motor arrancó con un rugido sordo mientras alguien le apretaba las muñecas con bridas de plástico.

—Muévete y te aplasto los huevos —susurró una voz grave, tan cerca de su oído que sintió su aliento caliente.

Bruno intentó calmar la respiración. Debía concentrarse en recordar cualquier detalle que le pudiera servir de ayuda, el tiempo de conducción, algo que pudieran decir sus captores, cualquier detalle podría ser vital. La furgoneta giró en seco y su cuerpo rodó hasta estamparse contra el lateral. Gimió de dolor y recibió una patada en el costado. "Calla, coño". En la oscuridad de la capucha, solo escuchaba el traqueteo del motor y su propio corazón, desbocado. Lucía le vino a la cabeza otra vez, como un flash, la misma sensación de impotencia que sintió el día que supo que había desaparecido.

29

Era la primera semana de trabajo para Gustavo Carrillo. Había llegado a España desde Ecuador vía Barajas con diez euros en el bolsillo, una mochila, un billete de tren y la dirección de su primo en un pueblo pequeño de Galicia del que jamás había oído hablar. Pensaba que se trataría de un lugar cálido, así que la primera sorpresa se la llevó al bajar del tren en la estación de Santiago de Compostela: el aire frío y húmedo le cortó la cara.

"Chuta, qué heladera" —murmuró y se encogió dentro de su chaqueta fina mientras veía la niebla trepar entre los tejados de la ciudad. Su primo le había conseguido un trabajo en un lujoso restaurante, años de experiencia como camarero en cruceros por el Caribe y las buenas referencias del familiar habían convencido al jefe de sala para darle una oportunidad. Si todo iba bien, en menos de un año su idea era traerse a la hermana y a la madre. La posibilidad de empezar una nueva vida.

¿Y ahora? ¿Cómo había tenido tan mala suerte de atender aquel reservado? Cuando se encontró el cuerpo en el suelo, el mundo se le cayó encima. Salió despavorido, en busca de ayuda. La ambulancia tardó poco en llegar, pero ya nada se pudo hacer para reanimar al hombre. Parada cardíaca. Fulminante.

Gustavo sudaba mientras el guardia civil le preguntaba.

—Intente recordar algún detalle —preguntó el agente, lápiz en mano, con la libreta apoyada en la palma—. Acento, rasgo físico, tatuaje, lo que sea.

Gustavo tragó saliva. No dejaba de frotarse unas manos pegajosas.

—Vamos —repitió con voz grave y paciente—. Intente recordar cualquier cosa. No solo lo evidente: cómo hablaba, cómo se movía, qué perfume llevaba, cualquier detalle.

—Es que… señor, era imposible no mirarla, con todo respeto —dijo, bajando la voz como si confesara un pecado.

—Explíquese.

—No era, no era vulgar, ¿sabe? He visto de todo en los barcos, en los cruceros donde trabajé… pero ella… —Gustavo levantó la vista un instante, los ojos grandes, oscuros, llenos de una mezcla de miedo y fascinación—. Tenía un cuerpo que llamaba la atención, sí señor. Vestía un vestido verde, ceñido, que le abrazaba las caderas como si estuviera hecho para ella. Y ese escote… —hizo un gesto con la mano, como si dibujara algo en el aire— no exagerado, pero suficiente para que cualquiera notara que era natural, de verdad. Pechos altos, firmes, de los que no se ven todos los días. Y aquellos ojos verdes.

El guardia lo observaba, impasible, anotando en silencio.

—¿Cabello?

—Rubio, recogido, con una horquilla de plata. De eso me acuerdo bien, porque brillaba con la luz del reservado. Y la piel clara, como porcelana.

En ese momento, un vehículo de la Guardia Civil giró a toda velocidad en la curva de acceso al restaurante. La sirena ululó un par de segundos antes de apagarse bruscamente. El agente frente a Gustavo guardó la libreta en el bolsillo del chaleco y se incorporó.

—No se aleje, ¿entendido? Luego vuelvo con usted.

Gustavo asintió rápido, inquieto.

—Señor, yo no quiero problemas —dijo con la voz algo temblorosa.

El guardia le dedicó una sonrisa breve

—No los tendrá si colabora. Usted solo estaba haciendo su trabajo. Vaya pensando si recuerda cualquier cosa más, cualquier detalle, algo que le llamara la atención. ¿Queda claro?

—Sí, señor —respondió Gustavo, apretando las manos sobre sus rodillas.

El agente le dio una palmada ligera en el hombro y comenzó a caminar hacia el exterior, donde el vehículo recién llegado había detenido su motor. Una mujer descendía del asiento trasero: uniforme impecable, coleta tirante y una mirada dura.

—¡Señor! —La voz le salió más fuerte de lo que esperaba.

El guardia se detuvo y giró.

—¿Qué pasa?

—El olor… —dijo al fin, casi en un susurro—. Olía como un ángel.

La teniente Irene Padrón inspiró hondo. El aire húmedo entró en sus pulmones junto al aroma de la lluvia reciente. El aviso era claro, el marqués Héctor de Caamaño-Bermúdez había caído fulminado en un reservado de restaurante, en compañía de una mujer que ahora había desaparecido.

Un joven guardia se acercó a ella con una libreta en la mano.

—Aseguren que nadie toque nada —dijo Irene.

El joven asintió.

—Teniente, el camarero que lo encontró confirma que el marqués se encontraba acompañado por una mujer. Muy llamativa.

—Lo veré en cinco minutos. Que no lo pierdan de vista ni para ir al baño —respondió Irene mientras sacaba su cuaderno.

Llegaron al reservado con pasos rápidos. El forense ya había acudido y se encontraba arrodillado junto al cadáver del marqués. Irene estaba acostumbrada al rostro del horror, pero aquel semblante, con los labios teñidos azul y el gesto petrificado, parecía más un cuadro grotesco que una escena real. Sus ojos recorrieron la escena. Parte de la vajilla estaba hecha añicos sobre un suelo mojado.

—Di la orden que nadie tocara nada —dijo el agente con cierto orgullo.

La teniente asintió.

—Quiero todas las cámaras del restaurante y del aparcamiento en mi mesa en menos de una hora. Y que rastreen las matrículas que hayan llegado o salido en las últimas tres.

Se giró hacia el forense, que examinaba con atención al marqués.

—Doctor, si encuentra rastro de tóxicos, me llama antes de enviar el informe oficial.

El médico asintió. Irene paseó la vista por el reservado mientras daba instrucciones.

—Quiero huellas aquí y en esa copa. Y alguien que hable con el encargado. Necesito nombres de todas las reservas, tarjetas de pago, lo que sea.

Los agentes se movieron, diligentes. Ella cerró su cuaderno y miró una vez más el cuerpo del marqués. Dos muertes naturales en cuarenta y ocho horas, ambas de nombres que pesaban en la comarca. Gente con poder y con demasiados enemigos como para creer en casualidades.

Los problemas se acumulaban y aquella noche no tendría respiro. Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de su hijo. Al cuarto tono, al fin contestó.

—¿Qué? —La voz adolescente, cargada de desgana, retumbó en su oído.

—Iago, cariño, escucha. No voy a poder ir al partido de la tarde. Ha surgido algo importante.

Un bufido al otro lado de la línea.

—Siempre "algo importante", mamá.

—Iago, por favor. Baja a Xuso, que necesita salir, y ponle comida. Llegaré tarde.

—¿Y si no quiero? —replicó él.

—Iago, no empieces —Irene apretó los dientes—. Hazlo. Solo te pido eso hoy.

Silencio. Luego, un golpe de fondo, como si hubiera dejado el móvil sobre la mesa.

—La odio —masculló él, sin molestarse en disimular.

A Irene le dolió menos de lo que debería. Colgó sin despedirse, guardó el teléfono y reprimió un suspiro. El marqués y Marta Loureiro, muertos. Simón Valdés y aquella mujer del restaurante, desaparecidos. Y su propio hijo que la despreciaba. El ulular de la sirena de un coche patrulla de la policía nacional que llegaba a toda velocidad le hizo presagiar que más problemas llegaban.

30

Félix salió del baño con el cabello rubio todavía húmedo, raya perfectamente trazada en el lado izquierdo y enfundado en una camiseta limpia. Arrastraba ese olor inconfundible del gel antibacteriano que impregnaba el aire, mientras Luna, al no poder hacer uso del sofá, se acomodaba sobre su rincón favorito de la alfombra, con la respiración acompasada y las orejas en tensión, como si también ella intuyera que algo inusual flotaba en el ambiente. La televisión, encendida desde hacía rato, proyectaba imágenes de titulares en colores chillones. Una serie de muertes sacudían la región. Nora, sentada en el sofá con las piernas recogidas bajo una manta, sostenía el mando en la mano y se giró hacia él con el ceño fruncido.

—Félix, ven aquí un momento, mi *arma*, y escucha esto —le dijo, sin apartar la mirada de la pantalla.

En la pantalla una mujer y un hombre debatían sobre la posible muerte natural del marqués de Caamaño-Bermúdez y Marta Loureiro, esposa del empresario Rafael Casal. En la televisión, el plano enfocaba a dos tertulianos sentados frente a frente. La primera, una mujer de unos cincuenta años, cabello teñido de un rubio imposible y un maquillaje excesivo que parecía más una máscara que un rostro. Llevaba un vestido ajustado de color fucsia, y cada vez que hablaba acompañaba sus palabras con un dedo acusador que movía de un lado a otro, como si estuviera en un tribunal popular.

—¡Por favor! —exclamaba con un deje nasal que atravesaba los tímpanos—. ¿Vamos a fingir que no hay nada raro en todo esto? Primero, Marta Loureiro, la esposa del empresario Rafael Casal, aparece muerta en un apartamento de Noia. Nos dicen que fue un

fallo cardíaco, causas naturales, pero no nos dan ni una sola explicación convincente. ¿Quién nos asegura que no hay algo más detrás?

El plano cortó hacia el hombre que la interrumpía con aspavientos. Su rostro ancho, de mejillas enrojecidas y ojos saltones tras unas gafas de montura gruesa, destilaba autosuficiencia. Tenía un cabello grasiento peinado hacia atrás y un chaleco de tweed que parecía sacado de otro siglo.

—¡Seamos serios, por favor! —replicó —. La autopsia es clara. Muerte natural. Punto. No todo son conspiraciones, pero claro, aquí cualquiera prefiere pensar en tramas enrevesadas porque eso da audiencia.

—¿Y lo del marqués de Caamaño-Bermúdez también es natural, entonces? —replicó ella y alzó la voz mientras las manos le temblaban de pura excitación—. Un infarto en pleno comedor en uno de los restaurantes más lujosos de Santiago, rodeado de clientes que pagan trescientos euros por un menú degustación y justo cuando todos coinciden en que estaba acompañado por una mujer muy llamativa que desapareció sin dejar rastro.

El tertuliano bufó y se inclinó hacia adelante, con esa manera altanera que dejaba ver los dientes manchados de nicotina.

—Rumores de sobremesa, pura habladuría. ¿Alguien tiene una foto de esa supuesta mujer? ¿Un solo testigo fiable? Nada. Pero claro, ¿para qué comprobar los hechos cuando podemos insinuar que al marqués lo mató una amante fantasma?

Nora apretó el mando entre los dedos, como si quisiera atravesarlo.

—¡No puede ser! —su voz salió más alta de lo que pretendía—. Félix, lo vimos hace nada. En el entierro de Suances, ¿recuerdas cómo sudaba bajo ese habano asqueroso? Ni siquiera se dignó a atendernos.

Félix no respondió de inmediato. Tomó asiento junto a ella, su expresión era esa mezcla de concentración fría y cautela

—Recuerdo cada detalle —dijo al fin, despacio—. El brillo aceitoso en su frente, el cuello de la camisa abierto como si el aire le faltara, el habano entre los dedos mientras sudaba a chorros. No era

solo calor, Nora. Era el aliento agrío, ese silbido apenas audible al exhalar,

Nora se levantó y le hizo un gesto con la mano. Ambos se acercaron hasta el improvisado centro de operaciones que habían armado en medio del salón.

—Añade al marqués a la pizarra que voy a preparar una cafetera. Mi niño, la noche va a ser larga.

Diez minutos más tarde el aroma a café recién hecho había impregnado el salón y Nora llegó con una bandeja acompañada por Luna, que meneaba con entusiasmo el rabo de lado a lado. Sobre el recipiente, una cafetera italiana humeante, dos tazas y una tarta de Santiago cortada en porciones. Nora sirvió el café y colocó la bandeja sobre la mesa, mientras Luna se acomodaba a sus pies.

—Esto tiene su intríngulis, mi niño —dijo con una sonrisa—. Me lo contó Victoria, la vecina del tercero. Me comentó que en el monasterio de San Paio de Antealtares hacen la mejor tarta de Santiago de toda la ciudad, nada que ver con esas para turistas que parecen serrín.

Nora cortó un trozo.

—Fui yo misma. Tocas el timbre, esperas en silencio y de repente se abre una ventanita. No ves a nadie, solo escuchas una voz suave que pregunta qué quieres. Metes el dinero en el torno y, cuando gira de vuelta, ahí está la caja blanca, impecable, envuelta como si fuera un regalo de comunión. Ni un rostro, solo ese olor dulce que se te queda pegado en la memoria.

Nora ya se había zampado un par de porciones y se relamía el labio de los restos de azúcar glas. Observaba con atención los tres nombres escritos en la pizarra, Manuel Suances, Marta Loureiro y Héctor (marqués). La contempló un instante en silencio, con los brazos cruzados, antes de hablar en voz alta, casi como si se hablara a sí misma.

—Manuel Suances —empezó, señalando el primer nombre con la tiza—. Se pega un tiro en la cabeza. Un abogado que lo tenía todo calculado, con más enemigos que amistades. —Hizo una pausa

breve—. En su entierro no vimos muchas lágrimas, con una exmujer que no se veía afectada y una hija que ni tan siquiera estaba presente. Un funeral en la iglesia del pazo del marqués, que a su vez fallece en un restaurante de lujo y que según decía la televisión, estaba acompañado por una mujer que desapareció antes de que llegara la ambulancia —escribió un **¿**quién**?** con letras grandes junto a su nombre—.

Se giró un segundo hacia Félix, que la observaba en silencio, y continuó.

—Marta Loureiro. Según Irene, sobredosis. Y yo me pregunto ¿desde cuándo una mujer así acaba tirada en un apartamento de Noia ? Y ese acompañante…—Escribió otro **¿**quién**?** junto a su nombre—. Irene lo mencionó, pero nadie parece buscarlo. Ni una palabra en la televisión.

Su vista se desvió hacia la figura de barro y las fotografías impresas que había podido recuperar Lykaina de Suances en la nube. Nora dejó la taza de café en la mesa y colocó las fotografías sobre la mesa.

El papel mate, con su textura áspera, parecía amplificar la mala calidad, como si las hubieran rescatado de un tiempo que no quería ser recordado. Se acomodó frente a la lámpara pericial, inclinó ligeramente la cabeza y comenzó a examinarlas una a una, sin prisa.

La primera imagen mostraba una cabaña de tejado inclinado, situada a escasos metros de un río estrecho y sombrío, cuyo cauce se perdía entre la vegetación. Había farolillos de papel colgados de un cordel improvisado entre los árboles, y una pancarta escrita a mano con letras torcidas que decía *San Xoán. Fiesta privada*.

La segunda foto mostraba a cuatro jóvenes sentados sobre unas piedras planas al borde del río, cerca de la cabaña. Estaban desaliñados, relajados, fumaban y reían, con los vasos medio vacíos apoyados sobre un tronco caído. El foco, aunque pobre, se centraba en uno de ellos: rostro ancho, cabello largo cayendo sobre la frente, una mirada que desbordaba soberbia juvenil.

—Ahí está, Manuel Suances —susurró, y sintió el eco de su propio nombre reverberar en el silencio del salón.

A su lado, otro chico de complexión robusta, sonrisa contenida, un aire distante que parecía ajeno a la camaradería desordenada de la escena. Nora lo observó en silencio. Pasó a la tercera imagen. El rostro de una mujer llenaba casi todo el encuadre. La fotografía, tomada de noche, estaba salpicada por destellos de flash. La piel brillaba con una humedad propia de las noches pesadas de junio, los labios pintados de rojo intenso, la sonrisa ladeada, ambigua, como quien juega a un secreto que solo ella conoce. Vaqueros gastados, una camisa anudada a la cintura, el descaro en la postura. Nora contuvo el aire.

—Esa cara —murmuró, más para sí que para Lobo.

Tomó la última imagen. Suances y la misma mujer bailaban, pegados, él sostenía una copa, ella le rodeaba el cuello con los brazos, la expresión medio divertida, medio desafiante. Nora acercó la foto bajo la luz y entrecerró los ojos. Las facciones, pese a la decoloración, eran inconfundibles.

—Marta Loureiro —dijo.

Se quedó inmóvil unos segundos, la vista fija en el papel. Luego giró la foto y miró al joven de complexión robusta, en segundo plano, su figura apenas perfilada por la penumbra. Tenía el pelo largo, moreno, que le ondeaba al viento, Sin embargo, esa mandíbula, esa forma de inclinarse levemente hacia atrás como si el mundo debiera acercarse a él y no al revés.

—Félix… —dijo, despacio, mientras le mostraba la imagen—. Es Héctor Caamaño-Bermúdez. Es el marqués.

Lobo tomó la fotografía, la acercó a sus ojos y permaneció en silencio unos instantes, hasta que asintió una sola vez, breve y seco.

Nora colocó las fotografías en abanico, junto a la figura de barro. Tres rostros que en el presente ya no existían, congelados en una noche lejana de verano: Suances, Marta Loureiro y el marqués.

—Mi niño, hace veinte años estaban juntos, en algún lugar perdido de Galicia. Bebían y reían ante esta cámara como si fueran intocables —dijo ella, con voz baja pero firme—. Y ahora, tres de ellos están muertos.

Nora se inclinó sobre la mesa y, con un movimiento lento, recogió las fotografías para devolverlas a la pizarra, como si

ordenara piezas de un puzle que aún no encajaba del todo. Sus dedos, manchados de azúcar glas, dejaron un rastro imperceptible sobre el papel, un testigo mínimo de su presencia en aquel momento. Tomó aire y señaló con la tiza la esquina inferior de la imagen en el cauce del rio.

—Aquí hay algo que no cuadra, mi niño. Tres nombres en la pizarra, pero en las fotos aparecen cuatro personas. —Golpeó suavemente el borde de la mesa con la uña, al compás de sus palabras—. Necesitamos saber quién era ese cuarto joven.

Luna ladró.

Nora cogió la lupa del maletín y la acercó a la imagen. El cristal agrandó las manchas y arañazos del papel y reveló unos colores que se habían rendido al paso de dos décadas: un verde apagado en la hierba, un azul desvaído en el cielo.

Lentamente, fue recorriendo los rostros hasta detenerse en el cuarto. Parecía de menor edad, más alto que los demás, complexión fibrosa, el cabello oscuro y liso, cortado de forma descuidada, como si hubiera pasado semanas sin ver un peine. Nora se inclinó más, como si pudiera atravesar la imagen. El joven no sonreía. Ni siquiera miraba a la cámara; sus ojos estaban fijos en algún lugar fuera de plano, duros, como si el resto de la escena no existiera para él.

31

Simón permaneció quieto unos segundos tras colgar el teléfono. La habitación volvió a llenarse de ese silencio áspero, pero en su cabeza ya no sonaba como una condena, sino como un paréntesis antes de la huida. El viejo de Ainhoa había dicho que sí. Se dejó caer sobre el colchón y exhaló despacio. En su mente se dibujaba el muelle de Dakhla: barcos viejos de casco azul, olor a gasoil y pescado, y hombres que sabían cerrar la boca a cambio de una promesa de dinero.

Allí, nadie preguntaría. Allí, las reglas eran otras. En ese puerto descargaban cada año toneladas de cocaína y hachís que, bien colocadas, acabarían subiendo hacia Canarias, Galicia o cualquier punto de la Península.

Lo de Marta y sus planes de futuro se habían torcido por un imprevisto de última hora. Pero la fortuna tal vez le sonreía de nuevo. Conocía esas rutas, aunque siempre desde lejos, viendo a otros manejar la mercancía, cerrar tratos y llenar sus bolsillos. Nunca había estado en la cima, pero siempre la había deseado. Desde crío, cuando contaba las monedas para el pan y veía a los tipos del barrio luciendo oro y coches, había jurado que algún día se sentaría a su mesa.

Mauritania podía ser la llave: empezar con un par de cargas discretas, ganarse la confianza de los hombres adecuados y, poco a poco, dejar de ser el chico que corría recados para convertirse en quien daba las órdenes. Sintió un calor en el pecho, una corriente que le erizó la piel. Veía el futuro como un barco amarrado, para alejarlo de la pobreza y del miedo.

Se puso en pie, con la sensación de que cada paso que daba por aquel antro lo acercaba más a esa vida que siempre había

soñado.

Fue entonces cuando lo escuchó. Al principio, un golpe sordo, lejano, como si alguien cerrara de un portazo. Después, un ritmo marcado, firme. Pasos. Varias personas. Eran rápidos, pesados, sin vacilación.

El primer impacto contra la puerta sacudió el marco entero. El segundo la astilló junto a la cerradura. Antes de que pudiera calcular un movimiento, el tercer golpe la arrancó de las bisagras y la lanzó contra el suelo, con un estruendo que heló el aire.

La mirada voló hacia la navaja junto al colchón. El filo sucio le devolvió un brillo acerado. La cogió sin pensar y se la llevó al cuello.

—¡Quieto, hijo de puta!

Un peso brutal lo embistió por el costado. La navaja se le escapó de entre los dedos, rebotó en el suelo y desapareció de su vista. Simón cayó de espaldas. Le faltaba el oxígeno. Un brazo como una barra de hierro le aprisionó la espalda mientras otro le hundía la rodilla en las costillas.

—¡Suelta, cabrón! —gruñó, intentando incorporarse.

Le respondió un golpe seco en la mandíbula. Vio chispas, sabor a hierro en la boca. Otra sombra se movió rápido: un pie lo pisó con fuerza en el antebrazo y lo inmovilizó contra el suelo. El peso de otro cuerpo se sumó sobre sus piernas.

Simón forcejeó, giró la cabeza en busca del filo perdido. Un error. Un puño descendió desde arriba y le abrió la ceja con un chasquido húmedo. La sangre le nubló la vista.

—No te va a ser tan fácil —escupió una voz cerca de su oído. El aliento apestaba a tabaco.

Otro golpe, esta vez en el costado, le arrancó un gruñido sordo. Notó cómo algo crujía por dentro, una punzada aguda que le subió hasta el hombro. Intentó encogerse para protegerse, pero una mano le sujetó el pelo y le estampó la cabeza contra el suelo. Un fogonazo blanco le estalló detrás de los ojos.

—¡Levántalo! —ordenó alguien, y de inmediato sintió que lo arrastraban por las axilas y los sostenían en pie.

No tuvo tiempo de recuperar el aire: un rodillazo le hundió el estómago y lo dobló por la mitad. Se desplomó otra vez, vomitando

bilis y sangre. Las risas graves de sus agresores le taladraron los oídos. Uno de ellos le propinó un puntapié en la espalda, otro lo remató con un manotazo en la nuca.

Entonces una voz sonó. Grave, seca. Una voz que conocía muy bien.

—Basta.

El silencio se hizo inmediato, roto solo por el jadeo de Simón.

—El jefe lo quiere entero.

La presión de las botas que lo mantenían pegado al suelo se relajó. Sintió el calor del aliento de uno de ellos en la oreja.

—Tienes suerte, guapito —le susurró al oído.

La teniente Irene Padrón observó como del coche de policía que acababa de llegar bajaba un hombre alto, de hombros anchos y barriga incipiente, enfundado en un traje gris. La corbata, de un azul chillón, se balanceaba como un estandarte bajo el cielo encapotado. Tenía el cabello negro peinado hacia atrás con esmero, salvo por un mechón rebelde que caía sobre la frente, y un bigote perfectamente recortado que enmarcaba unos labios finos. Sus ojos, de un marrón casi negro, observaban el lugar con un brillo inquisitivo, como si todo lo que veía estuviera mal colocado.

Irene lo conocía. No en profundidad, pero lo suficiente. Un compañero había coincidido con él un par de años atrás, en una investigación que terminó más en las páginas de los periódicos que en el sumario judicial. Vilariño tenía un instinto especial para colocarse en la foto adecuada y dejar que otros hicieran el trabajo sucio. Le gustaba colgarse medallas, sobre todo si eran visibles, y su olfato para detectar una oportunidad mediática era tan afinado como su habilidad para aparecer como "el salvador" ante las cámaras.

—Inspector Armando Vilariño, Policía Nacional —se presentó y alargó la credencial hacia Irene con un gesto medido, apenas un segundo más de lo necesario, como para subrayar quién mandaba allí.

—Teniente Irene Padrón, Guardia Civil —respondió ella, sin mover un músculo de la cara.

Vilariño dejó que su mirada paseara con lentitud por la escena, deteniéndose en el cuerpo del marqués, en las copas, en el forense arrodillado.

—Este restaurante está dentro del término municipal de Santiago de Compostela —dijo—. Por tanto, la investigación corresponde a la Policía Nacional.

Irene sostuvo su mirada unos segundos. La lluvia empezaba a humedecerle la coleta, pero no se movió.

—No, inspector. La línea divisoria está cien metros más allá, al otro lado de la rotonda. Aquí es zona rural. Competencia de la Guardia Civil.

Vilariño arqueó una ceja, divertido.

—Curioso, un centenar de metros y cambia quién investiga un homicidio. Como si el muerto importara menos de un lado que del otro.

—Importa lo mismo —replicó Irene, con voz firme—. Lo que cambia es quién hace el trabajo.

En el fondo, ambos sabían que la ley marcaba esos límites, herencia de décadas de reparto de funciones: en ciudades capitales de provincia, la Policía Nacional; en zonas rurales, la Guardia Civil. Pero también sabían que, en los casos con nombres poderosos, esas fronteras podían volverse difusas.

Vilariño dio un par de pasos más y se plantó a menos de un metro de Irene.

—Agradezco su celo, teniente, pero voy a pedirle que retire a sus agentes. Este asunto pasa a manos de la Policía Nacional.

—No puedo hacer eso —respondió Irene, con el tono bajo pero tenso—. La Guardia Civil ha asumido el servicio desde el primer minuto y la escena está bajo nuestra custodia.

—La custodia —repitió él, con una media sonrisa— la tendrá la unidad competente. Y le repito que estamos en Santiago.

—Estamos —lo interrumpió— en término rural de Ames. Ya he informado al fiscal de guardia y a nuestra Policía Judicial.

Vilariño entrecerró los ojos.

—¿Está diciendo que va a desobedecer una orden directa de un inspector jefe?

—No estoy diciendo eso. Estoy diciendo que voy a cumplir la ley.

Un silencio espeso cayó entre ambos. El forense levantó la vista un instante, incómodo, y volvió a su trabajo fingiendo no escuchar. Los agentes de uno y otro cuerpo, a varios metros, intercambiaban miradas inquietas, como si esperaran que alguno de los dos se arrancara a gritar.

—Mire, Padrón —dijo Vilariño al fin, bajando apenas la voz, pero con filo en las palabras—. Sé cómo funciona esto. La mitad de los casos de este tipo acaban en manos de quien llega primero y el otro se queda mirando. No pienso quedarme mirando.

—Iremos viendo —dijo ella, dando un paso lateral para cerrar el paso hacia el cadáver—. Pero hoy, inspector, va a tocarle mirar.

Por un momento, la lluvia pareció intensificarse, repiqueteando contra los cristales del reservado. Ambos permanecieron inmóviles, dos piezas de ajedrez a la espera de la jugada del otro. En el aire flotaba algo más que un debate de competencias y ninguno parecía dispuesto a ser el primero en ceder.

32

La juez escrutaba, con unos ojos azules amplificados por las gruesas lentes apoyadas sobre la nariz, el rostro de la teniente de la Guardia Civil y del inspector jefe de la Policía Nacional, sentados al otro lado de su mesa. A lo largo de su dilatada carrera se había enfrentado a casos curiosos, quince años en el Juzgado de Guardia número 2 de Santiago de Compostela daban para mucho, pero presentía que este llevaba camino de coronarse en la cima, allí donde se guardan las historias que dejan huella incluso en quienes creen haberlo visto todo.

La jueza dejó la pluma sobre la mesa, entrelazó las manos y se inclinó hacia delante.

—A ver si lo entiendo —comenzó, con un tono que mezclaba paciencia y advertencia—. Tenemos al señor marqués muerto en un reservado de un restaurante, una mujer que desaparece de la escena, y dos cuerpos policiales convencidos, cada uno, de que la investigación les corresponde en exclusiva.

Vilariño tomó la palabra el primero.

—Señoría, el restaurante está dentro del término municipal de Santiago de Compostela. Eso lo puede verificar con un plano catastral. Por tanto, la competencia de la Policía Judicial recae en la Policía Nacional. Mis agentes ya están preparados para asumir el caso y comenzar las diligencias.

Irene no esperó a que la jueza diera su venia para responder.

—Con todo respeto, señoría, la línea divisoria municipal pasa cien metros más allá, y lo que es más importante, la primera unidad en llegar fue de la Guardia Civil. Aseguramos la escena, entrevistamos al testigo principal y dimos aviso inmediato al fiscal de guardia. Nuestra Policía Judicial ya trabaja en la recogida de

pruebas. No podemos apartarnos cuando el procedimiento está en marcha. Si cediéramos ahora, arriesgaríamos no solo el control, sino también su coherencia probatoria.

La jueza escuchaba sin pestañear, moviendo ligeramente la cabeza, como quien oye una vieja canción que ya no le entusiasma.

—¿Saben qué me recuerdan? —preguntó, dejando un silencio suficiente para que ambos levantaran la vista—. A dos críos que discuten en el patio del colegio por quién se queda la pelota, mientras la pelota sigue rodando hacia la carretera. Y lo peor de todo es que ambos saben perfectamente que, cuando llegue al asfalto, no quedará nada que disputar.

Vilariño se revolvió en la silla.

—Señoría, no es cuestión de caprichos. La ley es clara.

—La ley —interrumpió ella, sin alzar la voz, pero con la firmeza de un portazo—, señor inspector, también establece que, ante dudas sobre la competencia, y más cuando el asunto reviste gravedad, ambos cuerpos colaboren bajo la dirección de la autoridad judicial. Y aquí estoy yo.

Irene cruzó las piernas con calma.

—Por mi parte no habrá problema en colaborar, señoría, siempre que se respete el trabajo ya hecho y la cadena de custodia.

—Y por la mía —añadió Vilariño, con un suspiro que sonaba más a resignación que a acuerdo—, siempre que la investigación siga los cauces que marca la ley.

La jueza asintió despacio.

—Perfecto. Entonces vamos a hacer algo muy sencillo. El objetivo es esclarecer el fallecimiento del marqués y encontrar a esa mujer. Les ordeno a ambos que coordinen sus actuaciones, compartan información y dejen de perder tiempo en medir el tamaño de sus jurisdicciones. El muerto ya no va a moverse de donde está, pero la mujer sí, y cada minuto que discuten es un minuto que ella aprovecha para alejarse.

Se recostó en la silla, volvió a tomar la pluma y concluyó:

—Bien, señores, hemos terminado. Salgan de mi despacho y, cuando vuelvan, quiero escuchar resultados fruto de un trabajo conjunto, no la crónica de sus diferencias. Si sienten la necesidad de

una pataleta, me la traen a mí. Y se lo advierto —pausó, midiendo las palabras—, no tengo paciencia para juegos de poder, ni tiempo para perderlo con batallas que no sirven al caso.

La puerta del despacho se cerró tras ellos con un sonido seco. El pasillo del juzgado olía a papel viejo y café recalentado. Caminaron lado a lado, aunque ninguno intentó acompasar el paso del otro. Vilariño rompió el silencio primero, con un tono medido, como si cada palabra hubiera pasado por un filtro previo.

—Supongo que entiende, teniente, que mi intención no es arrebatarle su trabajo por deporte. En investigaciones de este calibre, lo que menos necesitamos es dispersar recursos o duplicar esfuerzos. Si la jueza nos ha ordenado colaborar, deberíamos dejar a un lado… ciertas susceptibilidades.

Irene mantuvo la vista al frente, pero su respuesta llegó sin titubeos.

—Y yo supongo que entiende, inspector, que mi prioridad es que la investigación se mantenga limpia y sin filtraciones. Llamemos susceptibilidad a lo que en realidad es experiencia. He visto demasiadas investigaciones torcerse porque alguien quería mover ficha antes de tiempo para colgarse una medalla.

Él esbozó una sonrisa breve, casi cortés.

—No es mi estilo trabajar para las fotos. Pero sí lo es avanzar con rapidez. Si la mujer que estaba con el marqués ha desaparecido, no podemos permitirnos la parsimonia que a veces acompaña… a ciertos procedimientos.

Ella giró la cabeza apenas lo justo para encontrar su mirada.

—Y tampoco podemos permitirnos errores que se cometen cuando se confunde rapidez con precipitación. La diferencia entre sacar adelante un procedimiento o perderlo en un juzgado suele estar en esos matices.

Llegaron a la puerta del ascensor. Vilariño pulsó el botón y esperó, con las manos cruzadas detrás de la espalda, como un oficial en revista.

—Entonces tendremos que encontrar un punto intermedio, teniente.

—De acuerdo —respondió Irene, entrando en la cabina cuando las puertas se abrieron—. Pero que le quede claro algo, inspector: yo no compito por el cadáver, sino por la verdad. Y si en ese proceso tengo que decirle que se aparte, lo haré.

Él la dejó entrar primero e hizo una especie de reverencia a modo de despedida.

—Y yo, si tengo que recordarle que la jurisdicción no siempre se gana llegando primero, también lo haré.

33

El parque de Bonaval parecía suspendido en una calma ajena al resto de la ciudad. El murmullo distante del tráfico apenas alcanzaba a filtrarse a través de los muros del antiguo convento, y las copas de los árboles dejaban caer, de vez en cuando, un puñado de hojas que giraban en el aire antes de posarse sobre la grava. Félix Lobo llegó con unos minutos de adelanto, la carpeta con las fotografías bajo el brazo, y buscó un banco que ofreciera un equilibrio entre discreción y buena visibilidad. La gabardina, con el cuello alzado contra el viento frío, le caía recta hasta las rodillas, y el bastón en la mano derecha marcaba un compás suave sobre el sendero.

No tuvo que esperar mucho. Claudio Suances apareció por el camino que venía desde la entrada de Santo Domingo. Andaba con un paso firme para sus años. Vestía un abrigo oscuro de lana y llevaba el cuello de la bufanda perfectamente doblado, Al acercarse, sus ojos se detuvieron de forma inevitable en la cicatriz que surcaba la mejilla izquierda de Félix.

—Gracias por venir, don Claudio —saludó Lobo, poniéndose en pie.

—Cuando me dijeron que tenía algo que enseñarme, no pensé que fuera aquí —respondió Suances, con una mirada que recorrió el parque antes de fijarse en la carpeta—. Pero supongo que este lugar invita a ciertas conversaciones.

Lobo asintió, y con un gesto lento abrió la carpeta sobre sus rodillas.

—Quiero que vea unas fotografías. Quizá le ayuden a… —empezó a decir, pero un golpe de aire frío arrastró un olor a tierra húmeda y las primeras gotas comenzaron a salpicar el banco.

Suances frunció el ceño, mirando hacia las copas de los árboles que se mecían bajo un cielo cada vez más gris.

—Esto no va a parar, y en cinco minutos estaremos empapados.

Lobo recogió las fotos antes de que el papel se manchara. Al incorporarse, Claudio no pudo evitar reparar en la ligera rigidez del paso del detective, el modo en que apoyaba más peso en el bastón de lo que admitía.

Cruzaron el parque por un sendero estrecho, la grava crujía bajo sus pasos y el tamborileo de la llovizna sobre las hojas crecía a cada metro. Cuando llegaron al muro lateral del antiguo convento, Lobo empujó la puerta del Museo *do Pobo Galego* y una ráfaga de aire templado los envolvió al instante.

—Buenas tardes. Venimos a la cafetería —dijo Claudio, sin detenerse del todo.

El hombre alzó la vista, los examinó un instante y luego asintió.

—Al fondo, a la derecha. La escalera queda para los visitantes —aclaró, señalando con un gesto que conocía de memoria.

Mientras se alejaban por el pasillo, Lobo le lanzó una mirada de soslayo a Suances.

—¿Qué ha querido decir con eso de "la escalera queda para los visitantes"?

—Supongo que se refería a la triple escalera helicoidal de Santo Domingo —respondió Suances, con una ligera sonrisa—. Es una rareza arquitectónica. Tres rampas independientes que suben en espiral sin tocarse, como tres vidas que giran en torno al mismo eje pero nunca se cruzan.

—Curiosa metáfora para el asunto que nos ocupa —murmuró Lobo.

Avanzaron por un pasillo donde la piedra centenaria de los muros estaba interrumpida por carteles con fotografías antiguas de aldeas gallegas, marineros y fiestas populares. La cafetería apareció al final, con un ventanal que dejaba ver la lluvia fina que se difuminaba sobre los tejados del casco antiguo.

Lobo extendió las fotografías sobre la mesa como si desplegara un mapa que solo el otro pudiera interpretar. El murmullo de la

cafetería era apenas un susurro lejano; un camarero secaba tazas tras la barra, y el golpeteo suave de la lluvia contra el ventanal marcaba el ritmo.

Claudio se inclinó hacia adelante. Apenas había pasado un segundo cuando su mirada se clavó en la segunda imagen. Los músculos de su mandíbula se tensaron y un brillo húmedo asomó en sus ojos.

—Ese… —la voz se le quebró antes de terminar la frase—. Ese es mi hijo, Manuel. Ahí debía tener unos veintipocos años. Mire cómo llevaba el pelo, en aquella época no se lo quería cortar, decía que le hacía parecer mayor.

Lobo observó en silencio, dejando que el hombre respirara entre las palabras.

—Manuel… —repitió Suances, como si el nombre por sí solo pudiera traerlo de vuelta—. No había visto esta foto antes.

Pasó la yema de los dedos sobre la imagen, sin tocarla realmente. La vista se le desplazó hacia el hombre robusto sentado a su lado.

—Ese de ahí, junto a Manuel —la voz de Claudio recuperó aplomo, como si aferrarse a un dato cierto le devolviera el aire—. Héctor de Caamaño-Bermúdez, el marqués. Eso lo sé sin dudar. Eran amigos, sí. Y más que eso: cuando Manuel abrió el despacho, Héctor fue de los primeros en tenderle la mano. Le presentó a gente, lo sentó en mesas donde yo jamás habría conseguido un cubierto para mi hijo. Empresarios, promotores, un par de tipos de banca privada, Héctor tenía esa facilidad para abrir puertas que parecían selladas. Manuel siempre decía que Caamaño no te regalaba nada, pero te ponía a tiro el partido y esperaba que metieras el gol.

Luego se acercó todavía más y se pasó la mano por la barbilla.

—A ella, no estoy seguro de conocerla. El rostro me suena, pero podría ser cualquier coincidencia. Santiago es pequeño y uno acaba cruzándose con medio mundo. Quizá coincidimos en algún momento, pero ahora mismo no caigo.

Lobo no apartó la mirada, y su voz salió lenta, calculada.

—Se llamaba Marta Loureiro. Era la esposa de Rafael Casal.

El efecto fue inmediato. Claudio se quedó quieto, demasiado quieto. La línea de sus labios se aflojó y la respiración se le volvió más profunda, como si el nombre le hubiera removido algo que preferiría no tocar.

—La esposa de Casal —repitió, más para sí que para Lobo—. Entonces… también está muerta.

Lobo asintió, sin añadir nada. Suances bajó la vista hacia la fotografía, pero ya no la veía; miraba otra cosa, en otro tiempo. Cuando volvió a alzar los ojos, en ellos había un velo de perplejidad.

—Manuel, Héctor, ahora ella. Los tres de la foto, muertos.

Lobo entrelazó los dedos sobre la mesa, su voz grave, casi un susurro.

—Por eso quiero saber quién es la cuarta persona. El que está junto a la moto.

Claudio se llevó una mano a la sien, como si el gesto pudiera exprimir un apellido que no acababa de salir. Permaneció así un instante, en silencio, mientras el golpeteo de la lluvia contra el ventanal se volvía más intenso. Finalmente, exhaló un suspiro y habló despacio, con una mezcla de cautela y resignación.

—Sí que me acuerdo de él… —dijo al fin, con la voz un poco más baja—. Se llamaba Anxo. El apellido… no, no lo recuerdo. En aquel tiempo, Manuel y él eran inseparables. Se movían siempre juntos: comidas, noches largas, incluso algún viaje que nunca me contaron en detalle. Esas amistades de juventud que surgen en verano y luego se desvanecen.

Se recostó en la silla, con la mirada perdida en el ventanal como si la lluvia pudiera devolverle un trozo de aquel pasado.

—Y de pronto, un buen día, dejó de saber de él. Sin discusiones aparentes, sin que yo escuchara reproches, nada. Simplemente, Anxo dejó de estar. Manuel no volvió a mencionarlo.

Lobo giró la fotografía hacia sí mismo, como si así pudiera extraer más información de las facciones jóvenes que miraban desde el papel.

—Anxo… —repitió, probando el nombre en voz baja—. ¿Algún detalle más? Alguna pista que pueda ayudarme a encontrarlo.

Claudio arrugó la frente, y durante unos segundos pareció debatirse entre el esfuerzo de recordar y la tentación de rendirse.

—No era de Santiago, eso creo. Hablaba con un deje distinto, quizá de costa —se interrumpió y golpeó suavemente la mesa con los nudillos—. Espere… sí… la madre.

—¿La madre? —Lobo alzó la vista, atento.

—Sí, claro. Su madre trabajaba en el mercado, en la plaza de abastos. Puesto de pescado, casi al final de la nave grande. Y recuerdo una vez, fui con Manuel a comprar marisco para la cena de Navidad. La mujer lo vio y dejó de atender a la clienta como si nada más importara. Lo saludó con una sonrisa amplia y le cogió la mano como si se tratara de un hijo más. Se notaba que había confianza, mucha, más de la que yo habría imaginado. Y le confieso que me sorprendió. Manuel no era de dejar entrar a cualquiera en su círculo, y aquella mujer lo trataba con una naturalidad casi familiar.

—¿Sigue trabajando allí?

—No lo sé —admitió Claudio—, Han pasado muchos años y no acostumbro a ir al mercado.

—¿Recuerda su nombre? —preguntó Lobo, con un deje de esperanza.

Claudio negó despacio, casi con resignación.

—No, ese detalle se me escapa. Y créame, he intentado rebuscarlo en la memoria mientras hablábamos. La imagen de ella está clara, el puesto también, pero el nombre no.

Una mosca, perdida y atraída por el calor de la cafetería, se posó en el borde de la carpeta de Lobo. Él la miró con fijeza un instante, y en su rostro cruzó una sombra extraña. La espantó con un manotazo rápido, casi brusco, y después cerró la carpeta como si temiera que algo invisible pudiera colarse dentro. Un leve sudor le perlaba la frente, aunque la temperatura de la sala era templada.

Lobo anotó lo que Claudio recordaba de la mujer y el puesto. Después guardó el bolígrafo y, con un gesto mecánico, deslizó la carpeta hacia el interior de la gabardina.

Claudio se incorporó despacio.

—Bueno, si no hay más, me retiro.

Alargó la mano, pero Lobo no se movió para estrechársela. Le sostuvo la mirada apenas un segundo y ladeó ligeramente la cabeza, como si ese gesto equivaliera a una despedida.

—Cuídese, don Claudio —dijo finalmente.

El otro la retiró sin comentario, pero en su rostro se dibujó un amago de extrañeza. Lobo ya se había levantado. Se ajustó el cuello de la gabardina y echó una ojeada al ventanal, donde la lluvia golpeaba en diagonal.

Al salir, cruzó el pasillo de piedra con paso medido. Bajo el alero, se detuvo un instante, abrió la carpeta y pasó un pañuelo limpio por la cubierta, como si borrara cualquier rastro que aquella mosca hubiera dejado minutos antes. Solo entonces ajustó el bastón a su mano derecha y se perdió bajo la llovizna, el compás de su paso marcado por el golpeteo constante sobre los adoquines.

34

El coche se detuvo junto a un tramo de hierba alta, a pocos metros del cauce del río. El agua corría lenta, arrastrando hojas y ramas que giraban sobre sí mismas antes de perderse río abajo. Sabela apagó el motor y se quedó unos segundos con las manos en el volante. Escuchaba el silencio roto solo por el rumor del agua.

Frente a ella, se alzaba el caserío. Ocupaba el claro como un bloque de piedra cansado de sostenerse. Los muros, gruesos y rugosos, mostraban las manchas de la humedad y grietas por donde asomaban raíces secas. El tejado, inclinado y con tejas partidas, dejaba ver huecos irregulares que delataban años sin mantenimiento.

Bajo el alero, una hilera de pequeños vanos, cubiertos a medias por tablas rotas, marcaba la planta superior. El portón de madera, cuarteado y combado por la lluvia, colgaba torcido sobre bisagras oxidadas.

Abrió y cerró la puerta del coche con cuidado. El aire frío le mordió las mejillas. Dio tres pasos y, de pronto, una imagen la asaltó con la nitidez de un flash fotográfico: el marqués, los ojos desorbitados, la boca en busca de aire como un pez fuera del agua, el instante exacto en que entendió que no iba a sobrevivir.

Sabela inspiró aire. Luego abrió los ojos con la boca seca, la lengua áspera como estropajo. El ron le había dejado un regusto amargo, y cada latido en la sien era un golpe seco contra las paredes de su cráneo. El aire olía a madera podrida, a humedad antigua y a ese barro agrio que, en cuanto la memoria le alcanzó, siempre había estado aquí.

El caserío. El mismo. Los mismos muros que habían escuchado sin inmutarse las risas al otro lado de la puerta. Empujó el portón. Cedió con un chirrido largo, como un lamento que se arrastrara desde el fondo de los años. La oscuridad la envolvió al instante,

espesa, interrumpida solo por una fina línea de luz que se filtraba entre las tablas mal encajadas de una ventana.

El frío subía desde el suelo de piedra como una marea helada. Afuera, el murmullo del río llenaba el silencio. En cuanto dio el primer paso, el eco de las risas volvió, nítido. Eran las mismas que había intentado enterrar durante tantos años.

Abrió el bolso. Ahí estaba la figura. La tomó con las dos manos. El barro seco y agrietado conservaba el color inconfundible de aquella tierra: un rojo terroso, salpicado de motas negras, tan único que ni el tiempo podía borrarlo. La había moldeado días atrás, para dejarla junto al cuerpo del marqués. Pero la precipitación, la tensión, la huida se lo impidió.

La sostuvo frente a ella. Era algo más pequeña que las otras. Apenas sobrepasaba la palma de una mano, con la cabeza gacha y el cuerpo ligeramente encorvado como si cargara un peso invisible. No necesitaba rostro para transmitir lo que era.

Se levantó y cruzó la puerta destartalada que daba al exterior. El aire húmedo le cortó el aliento. El río estaba allí mismo, a unos pasos, inmutable al paso de los años. El agua fluía lenta entre las piedras. En la otra orilla, las zarzas crecían salvajes y ocultaba lo que quedaba del sendero por donde, veinte años atrás, solía huir de ellos.

Cerró los ojos. Y entonces, las voces volvieron. La de su hermano, ronca, cargada de tabaco. La del marqués, grave, engolada, dueño de todo lo que miraba. Y la carcajada de Loureiro, como una puerta que se cierra de golpe. Entre las risas, la de Suances, más baja, casi un susurro, pero con esa cadencia lenta y calculada que le erizaba la piel. Y entonces una frase de Anxo que había tatuado en su memoria para siempre.

"Todo tiene un precio."

En aquel momento no entendió del todo qué querían decir. Tenía catorce años y creía que las frases de los adultos eran enigmas que no valía la pena intentar descifrar.

Sabela apretó la figura hasta sentir que el barro amenazaba con desmoronarse. No lo hizo. En su lugar, se agachó, la apoyó sobre una piedra plana junto a la orilla. La dejó allí, mirando hacia el caserío, como si vigilara. Como si esperara.

—Algún día todos pagaréis el precio.

Sabela permaneció en cuclillas junto a la piedra. Observaba cómo la figura se humedecía con la llovizna que empezaba a caer. El agua hacía brillar las motas negras del barro, como si despertara algo enterrado bajo la superficie.

No apartaba la vista. Aquella silueta encorvada era más que un símbolo. Era ella, la de entonces. La que se quedaba aquí fuera y moldeaba en silencio para no oír lo que ocurría dentro.

Pero los muros no callaban. A veces, aunque quisiera, no podía dejar de escucharlos. El portazo. El olor a whisky caro mezclado con sudor. El taconeo de Marta Loureiro sobre la piedra, que se acercaba, riendo como si presenciara un espectáculo privado. El tono grave del marqués, que dictaba órdenes como si estuviera en su casa. Y la voz de Suances, más baja, pero siempre con ese filo de desprecio que se le clavaba como un cuchillo.

No recordaba cada gesto, pero sí el peso de las manos, la aspereza de la madera bajo la espalda, la certeza de que nadie iba a detenerlos. Marta seguía con su risa. Era la única mujer allí, y aun así, su mirada no contenía ni un gramo de piedad.

Sabela apretó la figura hasta sentir que la arcilla amenazaba con desmoronarse. No lo hizo. En su lugar, la dejó sobre la piedra plana, frente al caserío, como un centinela. Se incorporó despacio, con la humedad que se le calaba en las botas y la memoria, y miró hacia la fachada ennegrecida. Podía imaginar a los tres ahí dentro, tal como los vio por última vez: el marqués buscando aire, Suances con la boca abierta en un gesto mudo de sorpresa, y Marta Loureiro sin risa, al fin, con el terror en los ojos.

El río fluía a su lado, imperturbable. Ella también.

35

La capucha olía a sudor viejo y metal oxidado. Bruno intentó bajar los brazos, pero no pudo: las bridas lo sujetaban a un gancho. Se encontraba suspendido. Los pies apenas le rozaban un suelo liso, algo húmedo, que le devolvía un frío intenso a través de la suela de sus zapatos.

El zumbido de un motor eléctrico vibraba en las paredes, acompañado por un silbido intermitente que escapaba de alguna válvula. El olor era penetrante: pescado, salmuera y el amoniaco áspero de las limpiezas industriales. Un golpe metálico retumbó desde la sala contigua. Bruno giró la cabeza, pero la capucha solo le ofrecía oscuridad y el eco amortiguado de un quejido humano.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó una voz detrás de él.

Bruno no contestó. El frío le calaba los hombros y cada segundo parecía alargarse el equivalente a minutos.

La capucha salió de golpe. La luz blanca de los fluorescentes le obligó a entrecerrar los ojos. Parpadeó hasta que la visión se puso nítida. Estaba en una cámara de frío de tamaño mediano. Las paredes eran paneles blancos de aislamiento, manchados aquí y allá por chorros secos de salmuera. Un compresor grande colgaba en la esquina, con un ventilador que lanzaba ráfagas de aire helado.

A su derecha, un palé con cajas de conserva apiladas, envueltas en plástico transparente. Estaban sin marcar, solo cartón marrón y cinta adhesiva. En la pared de enfrente, una mesa de acero inoxidable con un desagüe central.

Encima, cuchillos de distintos tamaños colocados en un soporte magnético, y una manguera amarilla enrollada. El suelo estaba mojado, con charcos finos que reflejaban la luz y se colaban en las juntas de las baldosas antideslizantes.

Bruno pudo levantar la cabeza. Por encima, un raíl metálico recorría la sala, con ganchos grandes que colgaban, algunos vacíos y otros con redes para mover cajas pesadas. El suyo estaba sujeto con

una cadena y bridas de plástico que le mantenían los brazos por encima de la cabeza.

El hombre cogió la capucha del suelo, la sacudió y se la encasquetó a Bruno de golpe nuevamente. La tela áspera le raspó la nariz y el olor a sudor viejo y humedad le cerró el estómago.

—Vas a decirme la verdad —susurró, muy cerca, con un tono tranquilo que sonaba más amenazante que un grito—. Y la vas a decir rápido.

Bruno respiró hondo.

—Estoy haciendo un artículo sobre las navieras y su impacto económico en la región.

El hombre dejó que la frase flotara en el aire unos segundos. Después, algo metálico, tal vez un cuchillo, raspó contra la mesa de acero.

—Navieras, impacto económico—repitió, despacio, como si procesara cada una de las sílabas—. ¿Y viniste aquí a hacer la foto de portada, eh?

—Es un reportaje a fondo. Movimientos de mercancías, rutas… —mantuvo la voz firme, sin subirla ni bajarla.

El hombre se movió. Pasos lentos, pesados, que describían un círculo a su alrededor. Un segundo golpe seco contra el gancho hizo que Bruno se balanceara y las bridas le cortaran la circulación en las muñecas.

—A mí no me mientas —dijo, ahora al oído, tan cerca que Bruno sintió su aliento a través de la tela—. A mí no me quieras joder.

Bruno calló.

—Te lo voy a poner fácil —continuó la voz—. Si no me gusta lo que dices, te dejo aquí dentro hasta que se te entumezca el corazón. Y si me cabreas, ni llegas a eso. Antes me suplicaras que acabe con tu puta vida.

La suela de una bota golpeó la espinilla de Bruno. Un dolor electrizante le subió hasta la cadera.

—¿Qué buscas? —preguntó de nuevo, esta vez con un tono tan bajo que apenas superaba el zumbido del compresor.

—Lo que te dije —respondió Bruno—. Un artículo que muestre la degradación de la economía tradicional.

No vio el golpe venir. Fue un puño, seco, directo al costado. El aire se le escapó con un gemido involuntario. El gancho crujió otra vez y las bridas se clavaron más.

—No me gusta repetir preguntas —dijo el hombre—. La próxima vez, contestas algo que valga la pena.

La puerta de la cámara se abrió de golpe. Entró una corriente de aire más frío, seguida de pasos.

—¿Este es el que estaba merodeando? —preguntó una voz más joven, cortante.

—Sí —respondió el primero, sin apartarse de Bruno—. Justo frente a la oficina de Casal. No me jodas que era casualidad.

El joven soltó un resoplido, acercándose hasta que Bruno notó su aliento filtrarse por la capucha.

—A ver, periodista… —dijo, arrastrando la palabra—. ¿Qué coño haces plantado como un poste a la salida de una naviera?

—Ya lo he dicho —contestó Bruno—. Estoy haciendo un reportaje sobre navieras y transporte.

Bruno trató de controlar la respiración. Cada frase que soltaba le daba segundos para pensar. Si conseguía que lo movieran de la cámara, tendría más posibilidades. Necesitaba ver una puerta abierta, un despiste. El primero rio, pero sin alegría.

—¿Y para eso te quedas ahí, mirando la puerta? ¿Esperando qué, que salga el jefe con una pancarta?

—No estaba esperando a nadie —dijo Bruno.

—Mentira —intervino el joven, rápido—. Tenemos cámaras que graban desde dentro. Estuviste ahí más de tres horas en el coche, con tu pipa, fumando como un viejo escritor. Solo mirabas. Eso no es periodismo, amigo. Eso es vigilancia.

Bruno notó un calambre en los dedos. El frío estaba ganando terreno. Si no se movía pronto, se le entumecerían los brazos. Buscó mentalmente dónde estaban las herramientas en la mesa de acero. Un cuchillo grande. Si conseguía soltar una muñeca…

—Mira, no nos importa si escribes que las conserveras apestan a pescado o que el transporte en Galicia está jodido —dijo el primero

—. Pero cuando pones un pie delante de la puerta de Casal, la cosa cambia. Ahí ya hablamos de otra cosa.

El joven dio un paso atrás y luego volvió a golpearle en la espinilla con la punta de la bota.

—Dinos la verdad. ¿Para quién trabajas?

—Para mí —respondió Bruno, con la voz tensa pero firme—. No tengo a nadie detrás.

El primero dejó que la frase flotara unos segundos.

—¿Tú solo? —repitió, como si saboreara la idea—. Un tipo solo, con una libreta, que se planta frente a una de nuestras empresas y pretende que le creamos.

Bruno inclinó apenas la cabeza y tanteó el límite de las bridas. Eran duras, pero si encontraba un borde afilado tendría una oportunidad. La cadena del gancho estaba demasiado alta. Tendría que provocar que lo bajaran.

—Es la verdad —dijo Bruno.

El joven soltó un bufido.

—Podemos hacer esto rápido o lento. Rápido, si dices quién te mandó. Lento, bueno, lento es que te quedes aquí hasta que el frío te coma los huesos.

El primero intervino otra vez, ahora con un tono casi paternal.

—Mira, nadie quiere hacerte daño porque sí. Pero si mientes, nos obligas. Y si nos obligas, no te va a gustar.

En la sala contigua se escuchó un golpe fuerte y una voz que soltó algo ininteligible. El joven giró la cabeza hacia la puerta.

—Ese está cantando ya.

Bruno aprovechó para calcular: si uno salía de la cámara y quedaba solo con el otro, podría fingir una caída o un mareo. Tal vez, si conseguía que se acercara lo suficiente, podría usar el peso de su cuerpo contra el gancho.

36

La Kombi reptaba por la autopista con la paciencia de quien sabe que no hay prisa. Su vieja carrocería peleaba contra el viento que empujaba ráfagas húmedas a través de las ventanillas. La calefacción lanzaba un soplo tibio que apenas lograba ganarle terreno al frío que se colaba por las juntas, y Luna, con el morro pegado al cristal, dejaba un halo de vaho como si quisiera empañar la mañana entera. A ratos, la niebla se abría para dejar ver prados encharcados, eucaliptos doblados y camiones que pasaban rugiendo, salpicando una lluvia sucia sobre el parabrisas.

—Niña, no me embadurnes más el cristal, que después no veo ni el peaje —dijo Nora, dándole un toque suave en el costado.

El móvil vibró en la guantera. Aún no había cambiado el tono para ese número.

—Venga ya… —murmuró, contestando con un toque en el volante—. ¿Qué, Fernando?

—Por fin —su voz sonó un punto espesa, con esa nasalidad que le aparecía cuando había bebido —. Llamé tres veces anoche.

—Estaba ocupada.

—¿Con él?

Nora contuvo un suspiro. La carretera se empinó y la Kombi protestó, obligándola a meter tercera.

—Con mi vida, mi arma. ¿Qué quieres?

—Me llegó una notificación de Hacienda. Dicen que faltan los justificantes de la cuenta conjunta. Los tienes tú.

—No. Los tienes tú, que te los quedaste cuando te creíste el rey del Excel.

—No empieces. Es importante. Si no los presentamos esta semana, nos crujen.

—¿Y qué te hace pensar que voy a estar en Madrid esta semana?

—Ya, Galicia. Me han dicho que estabas en Santiago. ¿Trabajas con ese Lobo?

Nora apretó la mandíbula. Luna, como si captara la tensión, se acomodó con un bufido.

—No te importa con quién trabajo. Dime exactamente qué te hace falta y te lo mando escaneado.

—No me sirve escaneado. Lo quieren original. Ya sabes cómo son. Podrías acercarte un momento… —hizo una pausa—. Tampoco es para tanto, ¿no?

—No puedo. Y aunque pudiera, no quiero. Pide tú un duplicado al banco. Para eso cobras lo que cobras, ¿no?

—Muy graciosa. Oye… —Fernando bajó el tono, pero la vibración en su voz seguía ahí, como si la noche anterior no hubiera terminado del todo—. Estuviste en Logroño y ahora en Galicia. Vas de caso en caso, parece que tienes éxito. Quería decirte que me alegro —se aclaró la garganta—. ¿Has pensado en lo nuestro?

El "lo nuestro" le cayó encima como un eco viejo. Fueron años buenos, al principio, de risas cómplices y viajes improvisados, de tardes largas en las que el tiempo parecía tener otra medida. Hasta que un día, sin un golpe claro, lo que era sólido empezó a disolverse. Y cuando se quiso dar cuenta, ya no quedaba nada que sostener.

—Lo "nuestro" ya no existe, Fernando —dijo, con voz tranquila pero sin margen a réplica—. Lo mío ahora es mi trabajo. Y Luna. Y llegar viva a A Coruña con esta tartana.

—Siempre con la broma fácil. Mira, si no lo haces por mí, hazlo por ti. Los papeles hay que moverlos.

—Te lo repito: llama al banco. Y no me llames para esto a media mañana cuando voy en carretera. No es el momento.

—Nunca es el momento contigo.

—Pues búscate otro. —Colgó sin esperar respuesta.

Dejó el móvil en la guantera y soltó el aire despacio, como si quisiera vaciarse también de lo que quedaba de esa conversación y de él. Luna le apoyó el hocico en el muslo.

—No pasa *ná*, mi niña —le rascó detrás de la oreja—. El señor D. Maxwell sigue siendo el mismo.

El resto del viaje transcurrió sin mayores contratiempos. La Kombi resopló al encarar la calle estrecha que llevaba a la comandancia en la ciudad de A Coruña. Entre bloques de viviendas grises, el edificio de la Guardia Civil se levantaba con esa sobriedad administrativa que no necesitaba adornos para imponer respeto. El revestimiento color teja, las hileras interminables de ventanas y el perímetro cercado daban la sensación de que ahí dentro todo funcionaba con un orden que a Nora siempre le había parecido un poco asfixiante.

Giró despacio hasta quedar frente a la entrada principal, donde una barrera blanca y roja cortaba el paso a los vehículos. Junto a ella, un guardia de uniforme verde levantó la mano para que detuviera el motor.

—Buenos días. ¿Motivo de la visita?

Nora bajó la ventanilla, y Luna asomó la cabeza justo detrás de ella, olfateando el aire con curiosidad.

—Cita con la teniente Irene Padrón. Nora Delgado —dijo, mientras mostraba el DNI que ya tenía preparado.

El guardia se inclinó un poco para mirar el documento y, de paso, a Luna.

—¿Y la perra?

—Es educada. Y no muerde… salvo provocación —respondió Nora con media sonrisa.

El agente no sonrió, pero asintió y habló por la emisora que llevaba en el hombro. Tras unos segundos, la barrera se elevó con un chasquido mecánico.

—Pase, aparque a la derecha. La esperan en recepción.

La Kombi se arrastró por el pequeño patio interior, bordeando un par de contenedores verdes y el viejo fotomatón que, milagrosamente, parecía seguir en uso. Aparcó junto a un todoterreno oficial y cortó el contacto. Luna ya se movía nerviosa, sabiendo que iban a bajar.

Dentro, la recepción estaba iluminada con luz blanca y fría, el olor a café recalentado se mezclaba con el de los archivadores viejos. Un agente tras el mostrador, con gesto neutro y pulcro en su uniforme, levantó la vista cuando Nora se acercó con Luna pegada a la pierna.

—Delgado, cita con la teniente Padrón —repitió.

—Sí, pase. Está en la tercera planta.

El ascensor tardó en llegar, y Nora aprovechó para mirar alrededor: pasillos rectos, puertas cerradas, un par de agentes conversando bajo un tablón de anuncios donde destacaban carteles sobre seguridad vial y avisos de operaciones pasadas. Nada nuevo, pero la atmósfera de la comandancia siempre le recordaba cuando empezó en el Cuerpo.

El ascensor se detuvo con un pequeño salto y las puertas se abrieron a un pasillo donde el brillo del linóleo competía con la luz fría de los fluorescentes. A lo lejos, una figura reconocible incluso con el uniforme reglamentario esperaba con las manos en los bolsillos.

—Irene —saludó Nora, y la sonrisa de la teniente rompió de inmediato la rigidez del lugar.

—Vaya, la detective más astuta al sur de la capital —replicó Padrón, mientras se acercaba con paso seguro. Antes de que Nora pudiera ofrecer la mano, Irene ya la había abrazado con brevedad, lo justo para no incomodar a los dos agentes que pasaban por detrás.
—Y esta debe ser la famosa Luna —añadió, agachándose para rascarle detrás de las orejas—. En persona es todavía más guapa.

—Tú también estás igual que hace diez años, mi niña, aunque no te rascaba la oreja ni por una apuesta —bromeó Nora.

Irene la invitó a seguir por el pasillo y giraron hacia una puerta con un letrero discreto, *Despacho Teniente Padrón*. Dentro, el contraste con el resto de la comandancia era evidente: un par de plantas junto a la ventana, una cafetera de cápsulas sobre un archivador y fotos enmarcadas de paisajes de la costa gallega.

—No me digas que tienes vistas al mar —comentó Nora, señalando las fotografías.

—Si te estiras mucho y giras la cabeza, sí —respondió Irene, que encendió la cafetera—. Pero desde aquí lo que más se ve son

los problemas que llegan por la puerta.

La teniente preparó un par de cafés. Nora lo aceptó con una amplia sonrisa, observando cómo Irene colocaba una carpeta gruesa sobre la mesa.

—Irene, me alegra verte. Lástima que no sea por algo más festivo.

—A mí también, pero ya sabes que las agendas nos juntan cuando quieren, no cuando nos apetece.

Irene le acercó la taza y se sentó enfrente.

—¿Cómo está Fernando?

Nora la miró unos segundos, como si calibrara si le merecía la pena entrar en ese terreno justo ahora. Finalmente, apoyó los codos en la mesa, inclinándose un poco hacia ella.

—Lo dejamos.

El silencio de Irene fue breve, pero no vacío; se notaba que las palabras le habían caído encima como un vaso que se vuelca de pronto.

—¿Cómo que lo dejasteis? —dijo al fin, con el ceño fruncido—. Si siempre dabais la sensación de… no sé, de que estabais super bien que os las apañabais para seguir juntos.

—Esa era la sensación, sí —respondió Nora, con una media sonrisa—. Al final, la realidad era otra. Se acabó. Sin broncas de película, sin titulares. Simplemente, se acabó.

Irene la observó un momento más, como si buscara fisuras en la voz de su amiga. Luego negó suavemente con la cabeza.

—Me dejas helada, Nora. Nunca me lo hubiera imaginado.

—Ni yo hace unos años. —Nora se encogió de hombros—. Pero hay cosas que cuando se rompen, por mucho que las pegues, ya no encajan igual.

—¿Y cómo estás? —preguntó Irene, esta vez más despacio, bajando la voz.

—Bien. —Nora se tomó un segundo para beber un sorbo de café—. O lo bastante bien para seguir en marcha. Y ahora mismo, lo único que me preocupa es lo que me tengas que contar.

Irene sostuvo la mirada unos segundos, como si evaluara si seguir por ahí o cambiar de tema.

—Pues vamos a lo que importa.

Nora asintió.

—Tenemos tres muertos sobre la mesa.

La ceja derecha de Irene se arqueó de inmediato.

—¿Tres? —repitió al teniente, como si la cifra se le atragantara —. A mí solo me constan dos.

Nora se limitó a mirarla por encima del borde de la taza, sin añadir nada.

El silencio duró apenas un par de segundos, pero bastó para que en la cara de la teniente se dibujara una mezcla de sorpresa y la certeza de que lo que venía iba a sorprenderla.

37

Desde el parque de Bonaval, Lobo tomó el sendero que descendía por San Roque, dejando atrás el muro húmedo del cementerio y el olor dulce de las camelias. El bastón marcaba su ritmo sobre los adoquines, un golpeteo seco que se mezclaba con el goteo de las canaletas. Pasó frente a una tienda de ultramarinos que conservaba rótulos pintados a mano, y saludó con un leve gesto a una mujer que barría la acera.

Al llegar a Porta do Camiño, el bullicio era distinto: peregrinos con mochilas empapadas, estudiantes que corrían bajo paraguas pequeños como juguetes, y repartidores en bicicleta esquivando charcos. Lobo se escabulló por Casas Reais, dejando a un lado escaparates de quesos, cuchillerías y tiendas de recuerdos que parecían ancladas en otra década. No tenía prisa, pero tampoco se demoraba; avanzaba con ese andar suyo, contenido, como si calculara cada paso para no dar más información de la necesaria sobre el estado de su pierna.

Giró por la rúa das Ameas, y el olor a pescado fresco lo recibió antes de que viera la entrada lateral del mercado. Un toldo verde y blanco chorreaba agua, y un vendedor descargaba cajas de hielo triturado que chisporroteaban al contacto con el suelo. Lobo se detuvo unos segundos bajo el soportal, observando la corriente de clientes que entraban y salían: una mezcla de turistas con hombres y mujeres locales, un cocinero con una chaquetilla manchada de harina, y un grupo de estudiantes que discutían el precio de unas nécoras.

Se ajustó el cuello de la gabardina, comprobó que la carpeta seguía bien sujeta bajo el brazo y se internó en la nave principal. El sonido cambió de inmediato: voces que subían y bajaban como olas,

el repicar de cuchillos contra tablas de cortar, el chasquido de las básculas mecánicas. El aire estaba saturado de sal y humedad, con ese matiz que dejan los mariscos vivos en los cestos.

En cada parada, Lobo mostraba la fotografía. Sujetaba la carpeta contra el cuerpo, sacaba la imagen y la enseñaba sin más. La mayoría negaba con la cabeza de inmediato; algún vendedor se inclinaba un poco más, fruncía el ceño, pero al final encogía los hombros y devolvía la foto sin comentario.

En un rincón, una mujer de mediana edad, con el pelo recogido bajo una redecilla verde y las manos rojas de agua helada, se detuvo a mirarla un segundo más que los demás. Levantó la vista hacia él, como calibrando si debía o no decir lo que estaba pensando.

Justo cuando la mujer iba a responder, un bogavante en la cesta de al lado lanzó un coletazo, y salpicó un chorro de agua turbia que dejó pequeñas gotas en el filo de la carpeta. Lobo la apartó de inmediato, casi con un reflejo defensivo, y sacó un pañuelo limpio del bolsillo para secarla con meticulosidad. Mientras lo hacía, evitó mirar demasiado la cesta: el agua, el hielo manchado, las antenas moviéndose, todo le sugería un caldo perfecto para bacterias.

—Claro que lo conozco… —dijo al fin, con ese acento que arrastraba las erres y acortaba las vocales—. Ese es el hijo de Maruxa do Peirao.

Lobo no reaccionó, salvo por el mínimo arqueo de una ceja.

—¿Sabe dónde podría localizarle?

La mujer abrió sus brazos.

—Ai, meu señor… —hablaba con los hombros levantados—. Del rapaz non lle sei nada dende hai moitos anos.

Dejó el cuchillo sobre la tabla y se secó las manos en el delantal, dejando en él marcas húmedas en forma de palma. Se inclinó un poco sobre el mostrador, como si así pudiera acortar la distancia y rebajar el volumen del bullicio.

—Maruxa deixou o posto hai tempo. Dicían que por problemas de saúde… pero ya sabe cómo es esto, as palabras no mercado viaxan máis rápido ca o peixe fresco. Agora vive nunha aldea, preto

da ría —se detuvo, como si notara que Lobo la seguía con cierta dificultad—. Recuerdo la dirección.

Rebuscó en un cajón bajo el mostrador, sacó un pequeño taco de papel manchado de humedad y escribió con letra apretada, como si el espacio fuera un lujo. Arrancó la hoja de un tirón y se la tendió.

—Dígalle que lle chama por cousa de Loli da Nave. Y que no se olvide que me debe esa receta de pote.

Lobo dobló el papel con precisión, lo guardó en el bolsillo interior de la gabardina y, antes de alejarse, sostuvo la fotografía un instante más frente a él.

El despacho de la teniente Padrón no era grande, pero transmitía sensación de orden. La luz entraba a través de una ventana alta con marco metálico, tamizada por una cortina de lamas que dejaba caer rayas pálidas sobre el suelo encerado. En una esquina, un perchero de pie sostenía la guerrera reglamentaria y una bufanda de lana gris, doblada con precisión. En la pared del fondo, un mapa de Galicia con alfileres de colores unía costa e interior como costuras en una tela. Junto a él, el escudo de la Guardia Civil y un retrato oficial del Rey colgaban sobre un archivador metálico lleno de carpetas rotuladas. Sobre la mesa, una bandeja de entrada rebosaba documentos, una impresora ocupaba un rincón y un bolígrafo solitario descansaba sobre la carpeta abierta que Irene había dejado a medio consultar.

—Marta Loureiro y el marqués de Caamaño Bermúdez —empezó Irene, mientras ojeaba mentalmente el archivo como si lo tuviera delante—. La primera es mía de principio a fin; la segunda, compartida con la Policía Nacional en Santiago, y no ha sido precisamente un paseo por el campo. Hasta ahí estamos de acuerdo. Pero me dices que hay un tercero, y eso ya no encaja con nada de lo que yo tenga registrado.

Nora sacó una copia de la fotografía y la puso sobre la mesa. Se detuvo pensativa, como si ordenara mentalmente las palabras antes de hablar.

—Manuel Suances. El abogado. En los papeles, suicidio. En la práctica hay demasiadas sombras para aceptarlo sin mirar dos veces.

Irene tomó la foto y la sostuvo entre el pulgar y el índice.

—Claro que recuerdo la noticia, y ¿quién no? —exclamó con una media sonrisa—. Fue primera plana en todos los informativos en su momento. Suances se pegó un tiro en su despacho. Lo encontró su secretaria al llegar. La escena era clara: abandonado por todos, permiso de armas en regla, propietario de arma corta y un historial reciente que, visto desde fuera, parece abonar la versión oficial.

Apoyó la foto sobre la mesa, aunque sus dedos siguieron rozando el borde, inconscientemente.

—Ese hombre llevaba meses soportando una presión mediática brutal. Portadas, tertulias, redes, todo apuntaba a él por varios asuntos de corrupción que habían salpicado a su partido cuando todavía estaba en política. Había dejado los cargos, sí, pero no consiguió limpiar su nombre. Y con las causas abiertas en los juzgados y los medios en busca de sangre… —Irene negó despacio— Digamos que no es difícil entender que tomara el camino más rápido y fácil.

—El padre no lo ve así. Fue él quien nos contrató. No se cree ni por un segundo que Manuel se pegara un tiro. Y no lo dice solo por el cariño o por negarse a aceptar la pérdida. Dice que su hijo jamás se habría quitado la vida, que no estaba hecho de ese material.

Irene frunció el ceño, pero no apartó la mano de la fotografía.

—Todos los padres dicen eso cuando se enfrentan a una muerte así. Y créeme, he visto muchas situaciones en las que él "jamás lo haría" se derrumba en cuanto empiezas a rascar un poco.

—Lo sé —replicó Nora—. Pero yo también he visto casos en los que él "jamás lo haría" resultó ser cierto. Y este, este huele distinto.

La teniente se recostó en la silla, entrelazando los dedos detrás de la nuca.

—Tú siempre has tenido ese olfato para lo raro. Pero, si me estás diciendo que no fue un suicidio, me estás diciendo que alguien se lo cargó y que todo el mundo, desde la Policía Nacional al forense no se dieron cuenta.

—Estoy diciendo —corrigió Nora, con una firmeza que hizo que Irene dejara de balancear la silla— que alguien lo indujo. Que Manuel Suances no apretó el gatillo por voluntad propia. Y que ese alguien tenía las mismas razones para querer muertos al marqués y a Marta Loureiro.

Irene no dijo nada. Solo volvió a mirar la foto, pero ya no como una prueba más, sino como el retrato de un pasado oscuro. Acercó el dedo índice a un joven de pelo largo.

—¿Y este quién es?

38

Sabela volvió al interior del caserío. Empujó la puerta con el hombro hasta que la madera hinchada cedió. Avanzó despacio, mientras esquivaba tablas sueltas y cascotes y llegó a una estancia que daba al río. Un mueble volcado, de esos que un día fueron aparador y ahora eran poco más que un esqueleto de madera carcomida con un espejo roto en varios fragmentos. En uno de ellos, de ángulo extraño, vio parte de su propio cuerpo reflejado.

Lo único que de verdad le gustaba eran sus pechos. Se los miró. Sus senos crecieron tarde, Ya no los esperaba, pero aparecieron de repente, ¿a los trece años?, quizás más tarde, sí fue a los catorce. Antes lo único que oía en casa y en el colegio, era la frase "lisa como una tabla de planchar". Algunas de sus amigas lucían escote desde hacía tiempo, incluso camisetas ajustadas que ella evitaba ponerse ya que no había nada que resaltar. Palo de escoba, la llamaban también. Cualquier cosa para denunciar su delgadez y su pecho plano a ojos del mundo entero.

El resto llegó algo más tarde, cuando empezó el instituto, Sí, de eso se acordaba bien. A los catorce años se le puso todo en su sitio, de manera perfecta. Sus pechos, sus nalgas, la cadera, hasta los andares. Lo que era un cuerpo poco agraciado de una niña feúcha se transformó de la noche a la mañana en algo llamativo. El cuento del patito feo hecho realidad. Incluso hasta entonces su madre se refería a ella como "mi pobre hija", y aunque a veces pareciera preocupada, de hecho, veía en ese cuerpo la confirmación de cuanto pensaba en ella. Cuando Sabela se maquilló por primera vez, ella se echó a reír a carcajadas. Todavía recordaba ese sonido de hiena como si estuviera ahí mismo. Y lo peor era que su madre no reaccionó. Ni una sola palabra. Solo acabó con una sonrisa

irónica, discreta, que valía más que cualquier cosa que le hubiera podido haber dicho.

Con el tiempo había entendido que su madre no necesitaba gritar para dejarla marcada. Lo hacía con silencios calculados, con miradas que la desnudaban de cualquier orgullo. No importaba si Sabela llegaba a casa con un diez en un examen o con un vestido nuevo que había elegido con ilusión: siempre encontraba el modo de señalar lo que faltaba, lo que no estaba bien, lo que *nunca* sería suficiente.

En otro fragmento del espejo, el ángulo le devolvió el cuello y, por un instante, creyó ver otra sombra junto a la suya, más alta, quieta, como cuando Anxo se plantaba en el pasillo de casa. Siete años mayor que ella, pero con una autoridad que no se discutía. Ni su madre se la discutía.

Él no necesitaba levantar la voz. Le bastaba una mirada, de esas que se clavan sin parpadear, para que Sabela sintiera un nudo en la garganta y las manos se le quedaran frías. Había algo en esos ojos, una intensidad que no lograba descifrar pero que la mantenía alerta, como si cualquier paso en falso fuera a tener un precio.

Recordó un día, quizá tenía once o doce años, él apoyado en el marco de la puerta de su habitación mientras ella hacía los deberes. No dijo nada. Solo miraba. Al principio pensó que esperaba para preguntarle algo, pero los segundos se hicieron largos, demasiado, y empezó a encorvarse sobre el cuaderno como para protegerse de esa atención tan fija. Al final se fue, sin una palabra, pero dejando en el aire esa tensión que tardaba en disiparse.

Sacudió la cabeza, como si el gesto bastara para espantar aquel recuerdo. Se frotó las palmas contra los vaqueros, ya que le habían sudado las manos. Miró el reloj. Y otra vez. Las agujas parecían haberse ralentizado, burlándose de su impaciencia. Él debía haber llegado hacía rato.

Se mordió el labio inferior, dio un par de pasos hacia la puerta y volvió sobre sí misma. No podía quedarse quieta. El silencio del caserío, interrumpido solo por algún crujido de la madera, se le metía dentro como una corriente helada.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono. La pantalla le devolvió la hora con una exactitud que la irritó. Buscó su nombre en la lista de contactos y lo pulsó. Se llevó el aparato al oído y clavó la vista en el ventanuco desde el que se veía un tramo del río, gris y lento.

Un pitido. Otro. Y otro. Nada.

Sabela apretó más el teléfono contra la oreja, como si eso pudiera forzar la respuesta. Entonces, un ruido, breve, metálico, en algún punto del piso de arriba, la hizo girar la cabeza. El corazón le dio un salto.

—Vamos… —susurró, sin saber si se lo decía a él o a sí misma.

El taxi avanzó despacio por la rúa principal de Noia, sorteando a un tractor que arrastraba un remolque cargado de cajas de madera. La lluvia fina golpeaba el parabrisas con un ritmo cansino, y el conductor, un hombre de manos anchas y chaleco de lana, no parecía tener prisa por llegar a ningún sitio.

—Dígame dónde bajo, que aquí uno se despista fácil —dijo, girándose un momento hacia Lobo.

Félix comprobó las indicaciones del GPS.

—En la plaza, cerca del puerto.

A los pocos minutos, el taxi se detuvo junto a una hilera de soportales donde colgaban redes. Lobo pagó, ajustó la gabardina y echó a andar, apoyando el bastón con firmeza en el empedrado húmedo.

En la plaza, tres hombres jugaban una partida de dominó bajo el resguardo de un bar con las ventanas empañadas. Al verle acercarse, levantaron la vista. Lobo esperó a que uno hiciera su jugada antes de hablar.

—Busco a Maruxa do Peirao. Me han dicho que vive por aquí.

El más mayor, un tipo de boina y cejas espesas, lo miró de arriba abajo antes de contestar.

—Pois claro que vive aquí, home. ¿E onde ía vivir, se non? —luego, con un gesto de la mano, señaló hacia una callejuela que subía entre casas de piedra ennegrecida—. Tira por ahí, e cando

chegues ao lavadoiro, preguntas outra vez. Todo o mundo sabe onde está a casa de Maruxa.

—Gracias.

Lobo siguió la indicación y subió por una callejuela estrecha donde el agua de la lluvia corría por el centro como un hilo plateado. Las casas, de piedra áspera y balcones de hierro oxidado, se apretaban unas contra otras como si buscaran resguardarse del viento que venía de la ría. Al llegar al lavadero, una construcción baja con tejado de uralita y una fila de pilas de granito, encontró a dos mujeres fregando ropa con movimientos mecánicos, charlando en voz baja.

—¿La casa de Maruxa do Peirao? —dijo Lobo, sin preámbulos.

La más joven, con el pelo recogido bajo un pañuelo azul, señaló con la barbilla hacia un callejón lateral.

—A do portal verde, case ao final.

El callejón olía a humedad vieja y a leña húmeda. En el último tramo, la luz se hacía más tenue, filtrada por un cielo de ropa tendida que chorreaba sobre su paso. Finalmente llegó a una casa de dos plantas, fachada encalada a medias y un portón verde donde la pintura se desconchaba dejando ver la madera.

Se detuvo un instante, ajustó la carpeta bajo el brazo y buscó el timbre, una pieza de plástico amarillento con un nombre escrito a mano: M. Do Peirao. Pulsó.

Dentro, escuchó el eco breve de una campanilla, seguido de un silencio espeso. Lobo esperó y el silencio se prolongó unos segundos más, rotos solo por el murmullo distante de la lluvia sobre las tejas. Lobo notó un ligero movimiento detrás de una cortina en la ventana lateral del piso bajo. Una forma apenas perceptible se asomó y se retiró enseguida.

Volvió a esperar. El bastón apoyado en el empedrado transmitía el leve temblor de su mano. Finalmente la puerta se abrió. Era una mujer menuda, enérgica, de rostro anguloso, que alardeaba de cabellos blancos y ropa usada.

—¿Qué quere?

—Hablar con usted, señora do Peirao.

La mujer lo estudió un instante más, y Lobo pudo sentir que estaba evaluando no solo sus palabras, sino su ropa, su postura, hasta el peso de la carpeta bajo el brazo. Finalmente, la cortina volvió a cerrarse y oyó el sonido de un cerrojo pesado girando con parsimonia.

La puerta se abrió lo justo para dejarlo pasar.

—Pase.

El suelo era de losas irregulares, y en las paredes, el encalado se levantaba en pequeños desconchones.

—Siéntese ahí —dijo Maruxa, señalando una mesa baja junto a la ventana, cubierta por un hule con estampado de frutas ya desvaído. Dos sillas de respaldo alto, de madera gastada, esperaban frente a una estufa eléctrica que emitía un zumbido constante.

Mientras la mujer iba hacia una alacena a por un vaso de agua, Lobo dejó la carpeta sobre la mesa y dejó vagar la mirada por la estancia. En un aparador con las puertas torcidas había varias fotografías en marcos desiguales. La mayoría mostraban a un mismo muchacho, en distintas edades: un crío con el pelo alborotado sosteniendo una caña de pescar, un adolescente con chaqueta de punto mirando serio a la cámara, y una con el joven de unos veintitantos años, junto a una moto.

Pero fue otra, más pequeña y en blanco y negro, la que detuvo su atención. En ella, el chico debía tener unos dieciocho años, la mirada confiada y la sonrisa torcida. A su lado, una niña de unos diez años, muy delgada, desgarbada incluso, con una mirada evasiva. No sonreía. Sus manos colgaban a los lados, rígidas.

Maruxa regresó con el vaso de agua y lo dejó frente a él, pero no se sentó.

—Bueno… ¿E logo, que é o que quere? —preguntó, ladeando la cabeza, como quien mide las palabras antes de lanzarlas.

Lobo abrió la carpeta con un gesto medido y sacó la fotografía. La deslizó sobre el hule, girándola para que ella pudiera verla.

—Quiero confirmar que este es su hijo, Anxo —dijo, sin rodeos.

Los ojos de Maruxa se clavaron en la imagen. Sus dedos, ásperos y húmedos, se acercaron pero no la tocaron, y su mirada saltó del papel a la cara de Lobo.

—¿E quen me di a min que vostede non é un deses xornalistas que andan rebuscando na merda dos demais?

Se detuvo un instante, luego continuó en castellano, sin suavizar el tono.

—Anxo no tiene nada que ver con lo que usted esté buscando. Así que, si ha venido aquí para hablar mal de él, ya puede marcharse por donde ha entrado.

39

Simón Valdés era consciente de que le quedaba poco tiempo de vida. El sabor metálico de la sangre le llenaba la boca y un zumbido grave, nacido en algún punto de su cráneo, le distorsionaba las voces a su alrededor. Lo habían sacado de un coche a golpes y empujado por un pasillo estrecho donde el aire estaba saturado de sal, humedad y amoniaco.

Alguien le retiró la capucha de un tirón. La luz blanca de los fluorescentes le obligó a entornar los ojos. Frente a él, un suelo de baldosas manchado con algo de óxido y, más allá, una mesa de acero con cuchillos alineados que brillaban bajo el haz blanquecino del techo.

La brida que le unía las muñecas a la espalda le cortaba la circulación. Apenas tuvo tiempo de girarse hacia la voz que murmuró algo ininteligible antes de sentir un tirón brusco en la camisa. Un destello metálico pasó junto a su mejilla. El filo de un cuchillo rasgó la tela desde el cuello hasta el vientre con un solo movimiento.

—Fuera —gruñó uno de los hombres.

Le arrancaron los restos de la camisa y la tiraron al suelo mojado. Uno de ellos se agachó y le bajó la cremallera del pantalón, pero no perdió tiempo con formalidades: un tirón violento le arrancó tanto el pantalón como los calzoncillos, dejándolo completamente desnudo. El aire helado de la sala se pegó a su piel.

—Arriba con él —ordenó el mismo que blandía el cuchillo.

Le empujaron hasta colocarlo bajo un gancho que descendía desde el raíl del techo. El metal crujía como un animal viejo al ser arrastrado por la cadena. Sujetaron la brida de sus muñecas al gancho y tiraron de él hacia arriba hasta que quedó colgado, con los pies que apenas tocaban el suelo en un balanceo lento.

El del cuchillo dibujó una amplia sonrisa en su cara y le pasó con suavidad el filo por los genitales.

—Joder, con esto no hay ni para asustar a un pez muerto —remató el hombre, y la burla prendió en un coro de risas secas.

A un lado, Tomás Regueira, impecable en su traje, le miraba con aires de suficiencia. Hizo un gesto con la cabeza a los hombres para quedarse a solas los dos.

—Simón —dijo, con tono paternalista—. Hay gente que nunca aprende a mirar dónde pisa. Tú eres de esos.

Simón tragó saliva. Intentaba que la voz no le temblara.

—Tomás… yo no… no fue como parece.

Regueira levantó una ceja.

—¿No fue como parece? —Repitió la frase despacio, como si quisiera grabarla con fuego en su memoria—. Te acostaste con la mujer de Rafael Casal. No solo eso, lo hiciste creyendo que podías entrar y salir de esa cama como quien se cuela en un jardín para robar una flor.

Dio un paso al frente. Sus zapatos italianos resonaron secos contra el suelo mojado.

—Pero no era un jardín, Simón. Era un campo minado. Y tú, como buen idiota, pensaste que las señales de peligro eran adornos.

Se inclinó un poco, sin apartar la mirada.

—¿Sabes qué me recuerdas, Simón? —dijo con esa voz educada, casi de conferenciante—. A Ícaro. Seguro que te suena la historia. El muchacho que quiso volar demasiado cerca del sol con alas de cera. Le advirtieron. Le dijeron que el calor lo mataría. Pero se creyó inmune, distinto. Y, claro, las plumas se quemaron, la cera se derritió y terminó cayendo al mar como una piedra.

Paseó lentamente alrededor de él, las manos en la espalda, sin dejar de hablar.

—La gente como tú confunde deseo con derecho. Creen que por querer algo ya es suyo. Y en ese error —hizo una pausa, girando para mirarlo de frente— está la semilla de su caída.

Se acercó tanto que Simón sintió el roce del tejido de su chaqueta contra la piel desnuda y erizada.

—Tú volaste sobre la mujer de Rafael Casal. No importan tus razones. Lo que importa es que tocaste un sol que no podías tocar. Y ahora vas a pagar por esa insolencia gota a gota.

Regueira volvió a dar un paso atrás y su sombra se proyectó larga sobre el suelo húmedo.

—¿Sabes lo que hacían en la Edad Media con los traidores, Simón? —preguntó, con un brillo frío en los ojos—. No los degollaban. No les daban una muerte limpia. Les cortaban lo justo para que siguieran vivos y los dejaban atados en la plaza, desnudos, para que las ratas y los cuervos terminaran el trabajo. Día tras día, la carne se iba pudriendo mientras ellos miraban cómo sus cuerpos se convertían en festín para otros. Todo ello ante la mirada del pueblo, para que nadie olvidara quién mandaba y lo qué le esperaba al que no sabía ocupar su lugar.

Dejó que la imagen se clavara en el aire como un cuchillo, y añadió en un susurro.

—Eso quiere Rafael para ti. Que vivas lo suficiente para ver cómo te devoran y para que, cuando por fin te toque morir, lo supliques como un favor.

Simón intentó sostenerle la mirada, pero la metáfora le golpeó con la misma fuerza que un puñetazo. El compresor volvió a rugir en lo alto. Cuando dejó de sonar, Simón añadió en un murmullo cortante.

—Ella… ella vino a mí. Yo no…

—No importa quién diera el primer paso —lo interrumpió el abogado, sin alterar el tono—. Importa que te llevaste algo que no te pertenecía. Aquí, Simón, las mujeres de ciertos hombres no son personas: son símbolos. Y los símbolos no se tocan. Porque si los tocas, no es solo a la persona a quien ofendes, es al reino entero.

Regueira enderezó la espalda y paseó la vista por la mesa de acero y los cuchillos. Se acercó un paso más, hasta que la voz se convirtió en un murmullo que solo Simón podía oír.

—Rafael no quiere que mueras rápido. Quiere que entiendas cada día, cada hora, cada minuto, que hay puertas que nunca debiste abrir. Y te va a enseñar a pagar por ello. Se encargará él

mismo, para asegurarse que no hay el menor atisbo de piedad con tu miserable vida.

Simón sintió cómo el frío de la sala se le metía en los huesos. El compresor zumbaba, las luces parpadeaban.

—Pero si me matas… —dijo por fin, con un hilo de voz— no vas a encontrar a quien se cargó a Marta Loureiro.

El nombre cortó el aire. Regueira lo sostuvo unos segundos, como quien analiza un movimiento inesperado en una partida de ajedrez. Luego su rostro dibujó una sonrisa lobuna.

—Eso lo hablarás más tarde con Rafael.

40

Irene Padrón cogió la fotografía con las dos manos y volvió a preguntar quién era el cuarto hombre, el único con vida, el joven de pelo largo junto a la moto que compartía una tarde hacía muchos años junto a Manuel Suances, Marta Loureiro y Héctor de Caamaño-Bermúdez.

—Félix está en ello —dijo Nora, despacio.

Irene parpadeó, un instante más largo de lo normal. Ese mínimo cambio, casi invisible, bastó para que la atmósfera del despacho se tensara.

—¿Quién es Félix? —inquirió, ahora mirándola directamente.

—Félix Lobo —respondió Nora.

La teniente ladeó la cabeza, como si acabara de encontrar una pieza que encaja en un puzle viejo.

—¿El de la Academia? —preguntó, y la entonación era más afirmación que duda.

A Nora se le endurecieron los hombros. No respondió enseguida; sabía que cualquier palabra podía ser usada en su contra. Pero su rostro, traicionero, dejó escapar algo. Un brillo sutil en la mirada, una mueca mínima que ni siquiera llegó a sonrisa, apenas un destello que Irene cazó al vuelo.

—Ah… —murmuró la teniente, recostándose en la silla—. Ese Félix.

—¿Qué pasa con él? —replicó Nora, quizá un poco más rápido de lo que hubiera querido.

—Nada… —Irene se encogió de hombros, pero sus ojos seguían clavados en ella, estudiándola como quien evalúa la resistencia de una pared antes de golpearla—. Solo que no me imaginaba a ti con él.

—No hay ningún "con él" —dijo Nora, con una firmeza que sonó más defensiva que contundente.

Irene dejó escapar una breve risa nasal, sin apartar la mirada.

—Claro. Y yo tampoco tengo café en esa cafetera —replicó mientras señalaba con un gesto vago hacia una esquina del despacho.

Nora soltó un resoplido corto y dejó que la vista se le escapara hacia la ventana, donde la luz filtrada por las lamas rayaba el suelo.

—Podemos dejar las suposiciones para luego, ¿no? —dijo al fin —. El tiempo apremia y esta foto es lo único que tenemos para atar a Suances con los otros dos muertos.

—Y con tu amigo Félix —puntualizó Irene, dejando la palabra amigo flotar en el aire con una ironía suave.

—Con mi colaborador —corrigió Nora, que la encaraba, sin apartar la mirada—. Y si vamos a seguir sacando conclusiones sobre mi vida personal, avísame, que pido otro café, porque con el que tienes ahí, ni mijita.

Irene rio, una risa breve pero sincera.

—Está bien, lo dejo. Pero admítelo, te he visto menos seria cuando te hablaban de asesinos que cuando te he dicho lo de Félix.

Nora ladeó la cabeza, con una media sonrisa que no llegó a los ojos.

—Porque los asesinos, querida, son más fáciles de manejar —replicó—. Venga, Irene céntrate, que esto se nos enfría.

La teniente asintió.

—Empecemos con la reconstrucción de los hechos. El primer fallecimiento es el de Manuel Suances. Solo, en su despacho, decide quitarse la vida con un tiro en la cabeza. Ni un indicio de entrada forzada, ni signos de lucha, ni rastro de terceros en la escena. El examen lofoscópico solo reveló sus huellas en el arma y en el cargador, y el análisis de residuos de disparo en manos y ropa fue concluyente: trazas de antimonio y plomo compatibles con haber efectuado el disparo.

Nora se inclinó hacia delante y abrió una carpeta con un par de folios que parecían recién impresos.

—La trayectoria balística es coherente con una autoinfligida: orificio de entrada en la sien derecha, salida en la parietal izquierda, a corta distancia, con el cañón apoyado sobre la piel. No hay ángulo extraño, no hay patrón que sugiera que alguien sujetó el arma por él. El patrón de rociado y la dispersión de partículas en la superficie de la mesa encajan con un disparo ejecutado desde su posición sentada.

—En el momento de los hechos —prosiguió Irene—, en las dependencias contiguas se encontraban dos personas: su secretaria y una abogada del bufete.

—En otras palabras, todo encaja en un acto voluntario, sin presencia de terceros —concluyó la teniente.

—Menos una cosa —dijo Nora.

Irene alzó una ceja.

—¿Qué cosa?

—Un muñeco —respondió ella—. De barro. Pequeño, toscamente modelado, colocado en el centro de la mesa, junto al cuerpo.

Irene parpadeó lentamente, como si el dato acabara de hacerle un nudo en la cabeza.

—¿Un muñeco de barro? —repitió, despacio.

—Sí. Y no estaba ahí por casualidad.

La teniente se levantó sin decir nada y fue hasta la mesa auxiliar donde tenía el ordenador de sobremesa. Encendió la pantalla, tecleó su usuario y, con una rapidez inaudita para Nora, abrió el gestor de incidencias. Sus dedos volaron sobre el teclado e introdujeron la referencia de la investigación de Marta Loureiro.

Nora la observaba en silencio.

—Aquí está —murmuró —. Inspección ocular, apartamento de la víctima, mesita auxiliar junto al sofá, pieza de barro no catalogada como evidencia principal. Código interno LX-342-B, almacenada en efectos intervenidos.

Cerró el expediente en pantalla y se giró hacia el teléfono. Marcó una extensión corta.

—Rivas necesito que revisen el almacén de evidencias del caso Marta Loureiro. Busquen la pieza de barro con la referencia LX-342-

B. Sí, esa que parecía una figura artesanal.
Guardó silencio unos segundos, escuchando al otro lado.

—Correcto. Quiero que me la traigan ahora mismo al despacho, en su embalaje original y con el precinto intacto. Y que me firmen la cadena de custodia antes de subirla.

Colgó y volvió a mirar a Nora.

—En la escena de Marta Loureiro encontramos algo muy parecido. No idéntico, pero lo bastante para que me acuerde. En su momento lo pasamos por alto, como si fuera un adorno sin valor probatorio.

Nora se acercó hasta la mesa y observó la figura que aparecía en la pantalla del ordenador.

—Pues ahora —dijo Nora, cruzando los brazos—, ya no es un adorno. Es una firma.

41

El interior de la casa olía a ese aroma dulzón que deja la leña húmeda cuando se guarda demasiado tiempo. La estufa eléctrica chisporroteaba de vez en cuando, en su incansable lucha por templar el aire que se colaba por alguna rendija. Lobo volvió a fijarse en las fotografías enmarcadas. Maruxa, de pie junto a la alacena, lo miraba con una mezcla de cautela y desconfianza.

—Mire, yo no soy mujer de muchas vueltas —empezó ella—. Si ha venido para hablar mal de mi hijo, mejor no pierda su tiempo ni el mío. Anxo no tiene nada que ver con lo que usted esté investigando.

—He venido aquí porque creo que la vida de Anxo corre peligro.

Ella apretó los labios, como si sopesara si merecía la pena escucharlo o no.

—¿Y qué me hace pensar que no exagera para conseguir información?

—Tres personas que conocía su hijo han aparecido muertas los últimos días.

El silencio se alargó. Maruxa miró de reojo hacia el aparador, donde la sonrisa torcida de Anxo, congelada en una foto de juventud, parecía devolverle la mirada.

—Mi hijo —murmuró, y luego negó con la cabeza—. No tiene un sitio fijo. Va de aquí para allá, a veces se queda en la lonja, otras en casa de un primo en Catoira, o con amigos en el monte.

Lobo se acomodó en la silla.

—¿Un número de teléfono?

Ella arqueó una ceja, como si la petición le pareciera una ingenuidad.

—¿Teléfono? —repitió, como si la palabra tuviera otro significado para ella—. ¿Usted cree que mi Anxo es de esos que

andan pegados al móvil todo el día? Bastante trabajo tiene con no caerse al mar para estar mirando pantallitas.

—No le estoy preguntando si se pasa el día en redes sociales —replicó Lobo, sin alzar la voz—. Solo un número. No importa si lo usa poco.

Maruxa cruzó los brazos, clavando la vista en un punto indeterminado sobre la mesa.

—El último que tuvo lo dejó olvidado en un bote hace más de un año. Se le mojó y ya no servía. Desde entonces, dice que "quien quiera encontrarlo, que lo busque con las piernas".

—Eso complica las cosas —dijo Lobo, estudiándola—. Sobre todo, si de verdad su vida está en riesgo.

Ella se encogió de hombros, y en ese gesto había un matiz de resignación mezclado con algo que rozaba la terquedad.

—Pues si es así, será el destino el que lo alcance o no. A mí me ha dicho que no le gusta que le estén llamando a cada rato. Que bastante ruido hay ya en el puerto.

Lobo se incorporó y miró con fijeza a unos ojos que no dejaban de moverse de lado a lado.

—Necesito un apellido.

Maruxa frunció el ceño, como si la pregunta le pareciera absurda.

—¿Y para qué quiere usted el apellido, si de sobra sabe que aquí, en el puerto, no hace falta? Con decir "Anxo de Maruxa" todo el mundo sabe quién es.

—Aquí sí. Pero yo no lo estoy buscando solo aquí —respondió Lobo—. Y si la cosa se pone fea para su hijo, como creo que puede ponerse, habrá que buscarlo más allá del puerto.

La mujer dejó escapar un resoplido breve, resignado, y al final dijo.

—Su apellido es Fariña. Como el de su padre.

—¿Y dónde está él? —preguntó Lobo, sin apartar los ojos de ella.

Maruxa sostuvo la mirada apenas un segundo antes de apartarla hacia la ventana.

—Bajo tierra desde que Anxo tenía cinco años. Un accidente en la mar. Su barco se hundió a menos de dos millas de la costa, pero el temporal no dio tregua ni para sacar los cuerpos. Solo encontraron los restos tres días después, en la playa, arrastrados por la marea.

"Anxo Fariña, un chico que creció sin padre"

Lobo señaló hacia el aparador una de las fotografías. Era más pequeña que las demás, en blanco y negro, el papel algo ondulado por el tiempo y con las esquinas mordidas. En ella, Anxo debía de tener unos dieciocho años. Estaba plantado de pie, con los hombros ligeramente echados hacia atrás y esa sonrisa torcida que no sabía si era de desafío o de pura inconsciencia. Tenía el pelo revuelto por el viento y una chaqueta vieja que parecía quedarle grande, las manos en los bolsillos como si no tuviera prisa por sacarlas nunca. A su lado, una niña de no más de diez años, muy delgada, de extremidades largas y un vestido sencillo, sin adornos. No sonreía. Miraba a la cámara como quien mide la distancia con algo que no le gusta demasiado, Sus manos colgaban rectas, rígidas.

—¿Quién es la niña?

Maruxa se acercó lo justo para mirar por encima de su hombro, y su expresión cambió.

—Sabela —dijo, después de un breve silencio—. Mi hija. La hermana de Anxo.

—¿Sigue por aquí?

La mujer negó lentamente.

—Se fue nada más cumplir los dieciocho. Un día cogió una bolsa con cuatro cosas y dijo que se iba a Madrid a buscar trabajo. Al principio llamaba, luego fueron cartas, después, silencio. Sabela siempre fue callada —dijo Maruxa, con un suspiro breve—. No de las que se esconden por timidez, sino de las que se guardan todo, como si dentro tuvieran un mar que no quieren que nadie vea. Anxo la cuidó como si fuera suya desde el primer día. Era más que un hermano, era como un padre joven y testarudo. No dejaba que nadie le levantara la voz, ni en la escuela ni en la calle.

Hizo una pausa.

—Me acuerdo de una vez, tendría ella trece años. Un chaval del puerto, uno de esos que se pasan de listos, le dijo algo que no debía. No sé exactamente qué fue, pero Anxo apareció en casa con la camisa manchada de sangre y la mano hinchada como un pan. No dijo ni media palabra, solo se plantó en la puerta de la habitación de Sabela y le ordenó que no volviera a pasar sola por el muelle. Ella asintió, sin mirarlo, y se encerró a cal y canto. Al día siguiente, Anxo la acompañó hasta la escuela y la esperó a la salida, toda la semana.

Lobo la observaba, atento.

—¿Y ella? ¿Cómo reaccionaba?

Maruxa alzó una ceja, como si no entendiera dónde quería llegar.

—Sabela nunca protestó, ella adoraba a su hermano.

—¿Y el padre de la chica?

La mujer inspiró, lenta.

—Yo ya estaba sola cuando ella vino al mundo. Lo del padre… —hizo un gesto vago con la mano, como si espantara un mosquito invisible—. Ni yo misma podría darle un nombre. Mire, señor…— Maruxa se dejó caer en la silla de enfrente—. Hay hombres que pasan por tu vida como un golpe de mar. Eso fue él. Una noche en una romería, dos palabras bonitas, y luego nada. Ni nombre real, ni dirección, ni nada. Cuando supe que estaba embarazada, ya era tarde para buscarlo y, si le soy sincera, tampoco lo intenté.

42

En el pasillo de la Comandancia de la Guardia de A Coruña, el eco de botas y el zumbido intermitente del fluorescente creaban un murmullo de fondo que apenas se colaba en el despacho de Irene Padrón. Sobre la mesa, el expediente de Marta Loureiro permanecía abierto. Nora dejó la fotografía boca abajo y habló con una seguridad fría.

—Juraría que es la misma figura, Irene. La de la mesa de Suances y la del apartamento de Marta. Mismo tamaño, misma arcilla, mismas manos torpes al modelar.

La teniente se quedó inmóvil unos segundos, antes de asentir con la cabeza. Ese descubrimiento daba un giro radical a los fallecimientos.

Unos golpes breves sonaron en la puerta.

—Adelante —dijo Irene, sin apartar la vista de la pantalla.

Entró el brigada Rivas con una carpeta bajo un brazo y una bolsa de evidencias en la otra. La pieza de barro estaba dentro, en su embalaje original, protegida por el plástico transparente y sellada con cinta de custodia.

—Teniente, aquí la tiene. Precinto intacto, cadena de custodia firmada por el sargento Balseiro —informó, dejando la bolsa sobre la mesa con cuidado, como si contuviera algo frágil.

Irene lo miró de reojo.

—Gracias, Rivas. Y asegúrate de que a partir de este momento nadie más la manipule sin mi autorización directa. Ni peritos, ni técnicos, ni nadie que no tenga mi visto bueno.

Nora se inclinó sobre la mesa.

—No es idéntica a la del despacho de Suances —dijo despacio, midiendo las palabras—, pero comparten demasiadas cosas para que sea casualidad: la misma arcilla, el mismo acabado tosco, las mismas manos poco diestras pero con una forma concreta de marcar

los detalles. No hace falta ser un genio para saber que quien hizo ésta y quien dejó la otra son la misma persona o trabajan juntos.

Irene se quedó mirando la figura de barro unos segundos más. Cerró la carpeta de Marta Loureiro y resopló con la resignación de quien sabe que la siguiente conversación le va a dar dolor de cabeza.

—Toca hacer una llamada oficial —dijo al fin.

Nora, que llevaba rato observándola en silencio, ladeó la cabeza.

—Mi niña, supongo que no hablas de pedir pizza.

Padrón sonrió.

—Hablo de Vilariño —respondió Irene—. El asunto Suances lo cerró la Policía Nacional, él concretamente. Fue rápido en archivar y más rápido todavía en salir en televisión para contarlo.

Sin perder tiempo, Irene cogió el teléfono y marcó el número directo. Tras dos tonos, la voz grave y controlada de Vilariño llenó el auricular.

—Inspector Armando Vilariño.

—Irene Padrón, Guardia Civil de A Coruña. Llamo por el caso de Manuel Suances.

Hubo una breve pausa.

—Una causa cerrada —respondió él—. ¿Alguna razón por la que esté revisando un expediente que no es de su competencia?

—Sí. Una figura de barro —contestó Irene.

—¿Perdón?

—En la escena de Suances había una pieza artesanal, modelada toscamente. No se incluyó como evidencia principal, pero tengo constancia que quedó registrada. Hoy hemos cotejado la descripción con otra figura hallada en el apartamento de Marta Loureiro, fallecida hace tres días. Coinciden en tamaño, material y marcas de modelado.

Vilariño carraspeó al otro lado.

—¿Está segura de que no es una coincidencia? Objetos decorativos hay a patadas.

—No es decorativo. Y no es una coincidencia. —Irene fue bajando el tono—. Es una marca. Un sello de autor. Las huellas

dactilares han sido borradas, pero hay patrones en la arcilla, cortes y texturas, que apuntan a las mismas manos.

El inspector dejó pasar un silencio antes de volver a hablar.

—Necesito más que "preliminar".

—Lo tendrá. Pero mientras tanto, si Suances y Loureiro tienen el mismo "regalo" en la escena de su muerte, la hipótesis de suicidio del abogado empieza a hacer agua.

Vilariño aspiró hondo.

—Envíeme fotos, medidas, composición del barro y cualquier coincidencia pericial. Quiero el informe del perito firmado. Y una copia del acta de levantamiento de cadáver de Loureiro.

—Hecho —respondió Irene sin vacilar—. Pero mientras se lo envío, vaya asumiendo que tendrá que reabrir el caso Suances.

Él soltó una risa breve, sin humor.

—Esto va a dar titulares.

—Y trabajo, inspector. Mucho trabajo —replicó Irene.

Irene dejó el auricular en su base con un golpe seco, como si quisiera asegurarse de que la conversación quedaba enterrada ahí.

—Ese era Armando Vilariño —dijo, como quien pronuncia un diagnóstico—. Inspector de la Policía Nacional. Lo suyo es que la cámara lo pille en el momento justo, con la mirada fija en el horizonte como si estuviera reflexionando sobre el sentido de la justicia.

Nora dejó escapar una risa seca.

—Me lo imagino con ese gesto ensayado de "lo he dado todo por la investigación".

—No vas desencaminada —admitió Irene, esbozando una media sonrisa—. Pero no es un incompetente, eso también te lo digo. Sabe hacer su trabajo, aunque a veces esté más pendiente de que se note.

La carretera se estiraba como una lengua gris bajo las ruedas del viejo Peugeot, salpicada de charcos que devolvían una luz enferma. Anxo no se molestaba en esquivarlos. Cada bache era como una piedra dentro del pecho, algo que encajaba con lo que sentía desde que recibió aquella llamada.

Sabela.

Veinte años sin saber de ella y ahora le daba por aparecer. ¿Qué querría?¿Justicia? ¿Dinero, tal vez? Las muy putas siempre vuelven con la voz temblona y cara de vírgenes ofendidas, como si el mundo les debiera algo. Anxo escupió por la ventanilla abierta. El salitre del aire se mezcló con la humedad del tabaco, que le colgaba de los labios, empapado y amargo.

No la necesitaba. Nunca la necesitó. Ella era la intrusa. La cría que llegó cuando todo estaba ya podrido. Su padre se mató en el mar y, a los pocos meses, Maruxa ya se restregaba con aquel otro. Y luego vino la niña, con su pelo rubio de muñeca y sus manitas de porcelana. Todo el mundo la adoraba.

Como si él no existiera.

Se pasó la mano por la nuca y se la rascó con fuerza. Alguien tenía que poner orden en aquella casa, todos hacían lo que les daba la gana. Maruxa andaba encamada medio día. De vez en cuando lloraba al fantasma del marido muerto, pero la mayoría del tiempo sólo sabía trabajar y beber. El nuevo. El "padre" de la muñequita que desapareció un buen día sin dejar rastro.

Y ella. Ella corría por los pasillos, siempre riéndose, siempre cantando, como si no pasara nada. Como si no entendiera el dolor que arrastraban los demás. Lo ocupaba todo. Su voz, su olor a colonia infantil, ese modo de mirar con los ojos verdes abiertos como platos, esperando que el mundo la premiara solo por existir.

—Demasiado pequeña para tanta libertad —murmuró Anxo, mientras el limpiaparabrisas arañaba el cristal con ritmo nervioso.

Y si eso significaba meter miedo, poner normas, imponer respeto, pues se hacía. ¿O es que los críos se crían solos? ¿Con caricias y pastelitos? No, señor. A él lo habían educado a gritos y con la mano abierta. Y había salido fuerte. Vivo.

—¿O qué esperaba, la señorita? —escupió, ahora sobre el suelo del coche.

¿Qué podía revolotear por la casa como una mariposa, sin que nadie la tocase? ¿Sin que nadie le dijera lo que estaba bien y lo que no? En esa casa alguien debía ejercer la autoridad.

El tiempo le pasó volando, como un suspiro, hasta que alzó la vista y al final del sendero de tierra apareció la silueta desdibujada del caserón. Anxo apagó el motor, pero no bajó del coche. Se quedó con las dos manos en el volante.

¿Por qué ahora? ¿Para qué?

Durante años no hubo una sola carta, ni una llamada. Ni una jodida señal de vida. Como si se la hubiera tragado la tierra. Y ahora, de pronto, aparecía así, sin más, como si nada. Apretó la mandíbula hasta que los molares le crujieron.

"Quería hablar", le había dicho. Hablar.

—A buenas horas, reina —gruñó, y apagó el motor.

Pensó en darle media vuelta al coche y desaparecer. Podía hacerlo. Nadie lo esperaba en ningún sitio. No tenía a quién rendirle cuentas. Pero no. No ahora. Si había tenido los santos cojones de llamarlo, que aguantara ahora el tipo.

Y si venía con lágrimas y palabras grandes, como "perdón" o "justicia", que lo mirara bien a los ojos. Que supiera que él no se arrastraba por nadie.

Sacó del bolsillo interior una petaca abollada y le dio un trago largo. El licor le arañó la garganta como si pasara lija. Luego abrió la puerta con brusquedad. La lluvia se colaba en diagonal, fina pero implacable. El caserón estaba como lo recordaba: ruinoso, frío, lleno de ecos del pasado. Un lugar perfecto para viejos fantasmas.

"Se cree que tiene ventaja", pensó. "Que me va a hacer sentir culpable. Que con una palabra suya voy a caer de rodillas, como esos mierdas de las películas." Le entró la risa. Seca. Áspera. Carraspeó. Se detuvo al mirar hacia la casa. Una ventana rota y una silueta. Un parpadeo. Un reflejo que podría ser un movimiento.

Ella estaba ahí. Esperándolo**.**

Y eso lo irritó más que cualquier otra cosa. Que hubiera tenido los cojones de venir. De volver a ese sitio. Como si no recordara nada. O peor, como si lo recordara todo, pero viniera a echarlo en cara. A ajustar cuentas.

—La muy lista —murmuró y se subió la cremallera de la chaqueta—. Va a descubrir que no todo el mundo tiene miedo de lo que pasó.

De pronto lo sintió todo demasiado cerca: el pasillo estrecho, la casa en penumbra, la voz suave de Maruxa que lo llamaba desde la cocina, el cuaderno de deberes de Sabela sobre la mesa. La niña encorvada, sintiendo su mirada. La mandíbula volvió a tensarse. Sacudió la cabeza, como quien se quita de encima un insecto molesto. Todo eso había quedado atrás.

Ahora solo quedaba una cosa: entrar. Mirarla a los ojos. Y que hablara.

Pero cuando abrió la puerta y la vio al otro lado, no fue la Sabela de sus recuerdos la que lo miró. Aquella mirada no temía ni preguntaba. Esperaba. Y eso, por alguna razón que no supo nombrar, le jodió más de lo que habría admitido.

El parque de Bonaval dormía bajo un velo de niebla baja y persistente, como si la ciudad se empeñara en ocultar sus cicatrices. La hierba mojada desprendía un olor terroso, profundo, que se mezclaba con el de las hojas podridas amontonadas en las esquinas del sendero. Por entre los árboles despoblados, la silueta de Lobo avanzaba en silencio, los zapatos oscuros se le hundían levemente en la gravilla húmeda. Delgado caminaba unos pasos por detrás, con la correa de Luna sujeta a la muñeca y las manos metidas en los bolsillos de la cazadora.

Una farola solitaria parpadeó a su paso, y Luna, con la cola en alto, olisqueó una raíz expuesta con insistencia, como si algo importante se hubiera escondido allí hace tiempo. Delgado la dejó hacer, sin prisa, sin ánimo de interrumpir el momento.

Desde lo alto de la colina se adivinaban los tejados mojados de Santiago, una constelación irregular de luces amarillentas parpadeando como brasas. La catedral emergía entre la bruma como un coloso cansado. No había turistas, ni rastro del sonido de las gaitas. Caminaron un poco más, hasta llegar a un banco de piedra bajo un ciprés. Luna trepó con un salto breve y se acurrucó sin avisar, dejando el lomo a la altura de las piernas de Delgado.

Lobo se quedó de pie, con el bastón apoyado en el suelo y la vista perdida en algún punto entre la niebla. Delgado lo observó en

silencio unos segundos, luego le dio una palmadita suave a Luna, que seguía acurrucada sobre el banco.

—El informe de Anxo Fariña —dijo por fin Nora—. Me lo pasó Irene hace un rato. Mi niño, no es precisamente un currículum de boy scout.

Lobo no respondió, pero giró la cabeza apenas un poco, lo justo para indicar que escuchaba.

—Cuarenta y cinco años —continuó Delgado—. Hijo de mariscadores, confirma lo que te dijo la madre. Su padre murió cuando él tenía cinco años. Un temporal. El cuerpo no apareció hasta varios días después. La madre, Maruxa, se quedó sola con el crio. Luego vino la niña. Hay constancia de visitas sociales en la infancia: absentismo escolar, comportamiento violento, entornos con consumo de alcohol y posibles episodios de maltrato encubierto, aunque nada se investigó a fondo. En aquel entonces, los informes de servicios sociales eran más papel mojado que otra cosa.

—Y él —dijo Lobo, con la voz apenas audible—, ¿cómo salió?

—Como salen muchos: a trompicones. Pero mal. Empezó a trabajar de adolescente en el mar, sin contrato ni permiso. Luego vino el marisqueo ilegal. Varias detenciones por extracción en zonas prohibidas, enfrentamientos con inspectores de pesca, peleas con otros mariscadores por territorio. Más de una vez terminó en comisaría. Pero nunca nada grave, o nunca suficiente para que pasara más de una noche encerrado.

Lobo se giró despacio y se sentó en el banco, dejando el bastón apoyado entre las piernas.

—¿Y ahora?

—Ahora vive como puede. No tiene domicilio fijo, va saltando entre la lonja, casas de amigos, alguna pensión de mala muerte. Hay quien dice que también ha tenido tratos con ciertas redes de contrabando. Nada gordo, más bien trapicheos de costa. Tabaco, combustible, electrónica de dudosa procedencia.

—¿Y la hermana?

Delgado se encogió de hombros.

—Se fue con dieciocho años a Madrid. Al parecer era buena estudiante, nada que ver con el hermanastro. Ni rastro de ella desde

entonces.

Delgado desvió la mirada hacia la ciudad, como si entre los tejados pudiera distinguir una pista.

—Irene ha movido ficha esta mañana —dijo tras un silencio breve—. Mandó una patrulla a buscarlo. Han preguntado en las marisquerías, en las tabernas donde suele dejarse caer y en las cofradías. Pero nada. Nadie lo ha visto desde ayer al mediodía. En la lonja dicen que no ha descargado en días. En el bar de O Chopo, donde solía pasarse a última hora, no ha aparecido. Tampoco en casa del primo ni en la vieja caseta del monte donde a veces duerme cuando no quiere que lo molesten.

43

Simón Valdés era consciente de que le quedaba poco tiempo de vida. El cuerpo ya se lo gritaba a su manera: la sangre pegajosa en la comisura de los labios, el frío que se le colaba por los huesos, el zumbido grave en el cráneo que convertía las voces en ecos lejanos. Lo habían dejado tirado en una cámara frigorífica. Desnudo. Con la piel llena de moratones. El suelo helado le arrancaba jirones de calor con cada segundo que pasaba. No podía moverse, y si lo hacía, dolía más. Así que optó por la quietud.

Era un frío diferente al de la calle o al de una madrugada de invierno. Le calaba los órganos. La piel empezaba a perder el color. En algún momento creyó que había perdido la conciencia. Pero seguía allí. Abandonado como un trozo de carne caducada. Solo.

Escuchó un chirrido. Alguien abrió la puerta. Luz blanca. La silueta de un hombre se reflejó sobre las baldosas. El ruido metálico de algún gancho o herramienta. Luego, silencio. Simón no giró la cabeza. No tenía fuerzas. Esperaba golpes o el estoque final. Pero no vino. Una voz, seca, sin emoción:

—Joder, Simón.

Entonces sí abrió los ojos. Parpadeó. Intentó enfocar.

—¿Nico?

El otro no respondió al principio. Cerró la puerta tras él. Miró alrededor. Luego a Simón.

—Nunca creí que acabarías así.

—Yo tampoco.

—¿Qué mierda has hecho?

Simón tragó saliva.

—La mujer equivocada.

Nico no respondió al instante. Se acercó en silencio, con las manos metidas en los bolsillos del mono sucio. Observó a Simón colgado, la piel marcada por la brida y el frío, el cuerpo expuesto como un animal cualquiera. Se detuvo a su lado.

—Te voy a dar una oportunidad —dijo, sin levantar la voz—. Una. Nada más.

Simón lo miró. No entendía.

Nico sacó algo del bolsillo interior. Un pequeño cuchillo sin apenas mango, envuelto en plástico transparente. Se subió a una caja de conservas volcada y levantó el antebrazo derecho de Simón con cuidado.

—No te muevas —advirtió.

Con dedos fríos y rápidos, metió el filo entre la cuerda y la piel, justo en la zona interna del antebrazo, donde la carne ya estaba en carne viva. No lo empujó del todo, solo lo suficiente para que quedara atrapado. Invisible. Simón apretó los dientes.

—Cuando llegue el momento, sabrás que es ese —murmuró Nico—. No preguntes cómo ni cuándo. Solo hazlo rápido.

Simón respiraba con dificultad. Tenía sangre seca en la boca y los labios amoratados.

—¿Por qué…?

Nico bajó de la caja.

—Lo sabes de sobra. Ya estamos en paz.

Se giró hacia la puerta. Puso la mano en el picaporte, pero se detuvo. Sin girarse, añadió:

—Van a venir a por ti pronto. El jefe quiere estar presente.

Un segundo de silencio.

—No se lo esperan, aprovecha la oportunidad que tendrás —dijo, y salió.

La puerta se cerró. El clic del cerrojo sonó como un disparo. Y Simón, colgado, entumecido, con un cuchillo metido junto al hueso de la muñeca, supo que la muerte no era lo peor que podía pasar. Lo peor era dejar pasar esa única oportunidad.

Delgado dejó la correa de Luna colgada junto a la puerta y se sacudió la chaqueta, empapada de llovizna compostelana. El frío se le había metido en los huesos. A su lado, Lobo cerró con cuidado la puerta y comprobó una vez más las cerraduras en orden inverso.

Luna se fue directa a su rincón que le había preparado Nora, una manta doblada al pie del ventanal, y se enroscó en silencio, como si supiera que la noche iba a ser larga.

Nora dejó caer las llaves en el cuenco de cerámica del recibidor con un tintineo seco. Luego alzó la voz desde el fondo del pasillo:

—¿Tú sabes lo que es llegar empapada, con hambre, y encontrarse el piso como una tumba? Ni un olor a comida, ni un triste cafelito. Mi niño, esto no es un apartamento, es un tanatorio con calefacción.

Lobo esbozó una sonrisa imperceptible, de esas que sólo los que la conocían sabían interpretar como gesto de complicidad. Ella colgó la chaqueta goteando sobre el radiador y desapareció en la cocina. Desde allí, su voz volvió a flotar en el aire:

—¿Sabes lo que decía mi abuela? Que no se puede pensar con el estómago vacío ni con los pies fríos. Así que vamos por partes: primero sopa, luego crimen.

A los pocos minutos, el aroma de caldo caliente empezó a extenderse por el apartamento, mezclándose con el de café recién molido que brotaba de la vieja cafetera italiana. Nora había sacado dos cuencos hondos, un trozo de pan gallego del día anterior y lo tostaba en una sartén con un chorro de aceite de oliva.

—No será alta cocina, pero nos mantendrá despiertos —anunció, mientras entraba con la bandeja entre las manos—. Y si no, que venga Arguiñano a denunciarme.

Tras haber repuesto fuerzas, volvieron al salón. La mesa de trabajo ocupaba la parte más luminosa del apartamento, justo frente al ventanal donde dormía Luna. Allí, bajo la lámpara articulada de luz cálida, se extendía el corazón operativo de la investigación: un pequeño universo caótico en apariencia, pero con un orden interno que solo Lobo y Delgado parecían comprender.

Dos pizarras verticales, una magnética de fondo blanco y otra de corcho envejecido, cubrían casi por completo la pared frontal. En ellas, los nombres de las víctimas aparecían escritos en rotulador grueso: Manuel Suances, Héctor de Caamaño-Bermúdez, Marta Loureiro y en el centro, destacado en color rojo, Anxo Fariña.

Clavadas con chinchetas o imantadas con pequeñas piezas de colores, se exhibían también varias fotografías. La de los cuatro, junto a la que Lobo había capturado en casa de Maruxa y por último la tomada por Nora con el móvil, que mostraba la figura de barro que había devuelto a la policía judicial tras la reapertura del caso de Manuel Suances.

Lobo ya estaba de pie ante la pizarra, con la mirada fija en los nombres escritos con rotulador negro. Suances. Marta. El Marqués. Y en medio Anxo. Líneas que se cruzaban, hilos que nacían y morían, conexiones que se escapaban entre los dedos. Iba a decir algo cuando el móvil de Nora le interrumpió.

Cuando ella descolgó, el mensaje de la teniente Padrón fue escueto y claro: que encendiera la televisión. Una reportera en medio de la plaza del Obradoiro, entre miradas de curiosos, avanzaba la noticia. La mujer, envuelta en un abrigo beige con el pelo pegado a las sienes, hablaba con un tono grave que contrastaba con el murmullo de turistas y curiosos detrás de ella.

"Buenas noches. Acabamos de saber que la Policía Judicial ha decidido reabrir la investigación sobre la muerte del abogado Manuel Suances, ocurrida hace apenas unos días y que hasta ahora se trataba como un suicidio. Según fuentes próximas, se estarían revisando nuevas pruebas que podrían modificar radicalmente la versión oficial. La novedad más inquietante es que el fallecimiento de Suances podría estar vinculado con la reciente muerte de Marta Loureiro, esposa del conocido empresario Rafael Casal. Los investigadores trabajan con la hipótesis de que ambos sucesos no sean aislados."

La periodista se detuvo un instante, como saboreando el peso de sus propias palabras, antes de soltar el golpe final.

"De confirmarse la información, estaríamos ante un posible asesino en serie. Según fuentes no confirmadas, en ambas escenas se habría encontrado una figura, cuya naturaleza no ha trascendido, pero que podría convertirse en la firma de este misterioso criminal."

Nora apagó el televisor con un gesto brusco del mando y se dejó caer en la silla frente a la mesa, resoplando como si acabara de correr una maratón.

—Pues ya lo has oído, mi niño. La fiesta no ha hecho más que empezar —dijo y giró la taza vacía de café entre las manos—. Y me da que esta noche va a ser más larga que un sermón de cuaresma.

Lobo no contestó. Seguía de pie, la mirada clavada en el óvalo rojo con el nombre de *Anxo Fariña*. El reflejo del flexo le perfilaba la cicatriz de la mejilla izquierda como un surco tallado a cuchillo.

—Necesitaremos más café —añadió ella, levantándose otra vez con un bufido—. Y rápido, porque si la prensa ya huele sangre, nosotros tenemos que correr el doble.

44

Nora se inclinó sobre la fotografía y apretó con el dedo una esquina.

—Mira esto, Félix —dijo mientras le daba golpes suaves con el índice—. Aquí están los cuatro. Jovencitos, con esa cara de quien cree que el mundo les pertenece: Suances, el marqués Caamaño-Bermúdez, Marta Loureiro, y pegado a ellos, Anxo Fariña. Tres de ellos, muertos. Uno, desaparecido. ¿De verdad alguien cree en las casualidades? Yo no, mi niño, y tú tampoco.

Nora se dejó caer de nuevo en la silla, pero no apartó la vista de la foto.

—Porque dime tú, Félix, ¿qué pintaba este desgraciado con ellos? —preguntó, con un gesto de incredulidad en el rostro—. Suances, abogado de familia bien, con su porte de señorito desde joven; el marqués, con apellido de campanillas y la soberbia metida en la sangre; Marta, criada en la alta sociedad compostelana, con una vida de lujo por delante. Y luego, Anxo. El chaval conflictivo de barrio, sin estudios, sin futuro, con los servicios sociales pisándole los talones. No pegaba con ellos ni de coña, mi niño.

Se inclinó hacia adelante, cogió el bolígrafo de la mesa y empezó a hacer círculos nerviosos sobre el cuaderno.

—Míralos bien. Esto no es un grupo de amigos al uso, no me lo trago. Aquí hubo algo que los unió. Algo más fuerte que las diferencias sociales, más fuerte que los prejuicios. ¿Qué puede hacer que una niña bien, un marqués en ciernes y un abogado de futuro se junten con el macarra del puerto?

Lobo seguía callado.

—Porque las cosas como son —prosiguió Nora, alzando un poco el tono—: nadie se sentaba en el mismo banco con Anxo por gusto. Ese chaval arrastraba problemas desde que tenía dientes de leche. Así que dime, ¿qué les daba él a los otros tres? ¿Qué necesitaban de un tipo así para mantenerlo cerca? Protección, quizá.

O acceso a cosas que no podían conseguir en sus casas de lujo. Tabaco, alcohol, droga…

Delgado se interrumpió un segundo, como si hubiera abierto sin querer una puerta incómoda en su propia cabeza.

—O tal vez fue algo peor. —Se mordió el labio y bajó la voz, más seria—. Un secreto compartido. Algo sucio que los cuatro hicieron juntos. Algo que los ató de por vida. Y ahora, veinte años después, alguien está pasando la factura.

Lobo se acercó un paso más a la pizarra, hasta quedar tan cerca que la sombra de su cuerpo cubrió la fotografía. Se quedó en silencio unos segundos, como si calibrara cada palabra antes de soltarla. Finalmente habló, con esa voz grave.

—Si alguien deja una marca, Nora, es porque quiere que lo encuentren. —Señaló la imagen de la figura de barro con el capuchón del rotulador—. Esa pieza no es un adorno. Es una firma. Un mensaje que se repite en cada escenario.

Giró apenas la cabeza hacia ella antes de proseguir.

—Un asesino que no borra sus huellas no busca impunidad. Busca ser visto. Busca que lo recuerden.

Alzó la foto de la escultura, la sostuvo frente a la de los cuatro adolescentes, y su mirada se endureció.

—La pregunta no es qué significa la figura. La pregunta es quién hay detrás de ella. ¿Es un recuerdo? ¿Un reproche? ¿Una venganza? —Dejó la foto de barro clavada de nuevo con una chincheta, en el centro de la pizarra, debajo del nombre de Anxo—. Quien la coloca en cada escena nos está diciendo que todo esto tiene una raíz común.

Nora se levantó de golpe, arrastrando la silla contra el parqué con un chirrido. Caminó hasta la pizarra y clavó el dedo sobre el círculo con el nombre del marqués.

—Pero aquí no apareció, Félix. —Golpeó con el dedo otra vez, marcando el óvalo como si quisiera atravesarlo—. En la muerte del marqués no había figura. Ni en el reservado, ni en su coche, ni en su casa. Nada.

Se giró hacia él, con los ojos chispeando de dudas.

—¿Por qué? ¿Qué pasó en el restaurante? ¿No tuvo tiempo de dejarla? ¿Alguien lo interrumpió? ¿O, peor todavía, alguien la recogió antes de que llegara el Cuerpo?

Se cruzó de brazos, caminando de un lado a otro frente al ventanal, mientras la lluvia repiqueteaba contra el cristal.

—Míralo bien, mi niño. Si la figura es la firma, si es el hilo rojo que une a los muertos, que falte en un escenario cambia las reglas del juego. O el asesino no pudo cumplir su ritual, o alguien más sabe de qué va todo esto y lo está tapando.

Nora se llevó las manos a la cabeza y resopló, caminando en círculos como una fiera enjaulada.

—¡Por mis santos cojones, Félix, cómo se nos ha podido pasar! —exclamó, señalando la foto de los cuatro con un manotazo—. Nos hemos pasado días mirándola y ni tú ni yo hemos hecho la pregunta más simple.

Se inclinó hacia la imagen, con los ojos entornados, como si quisiera atravesar el papel.

—¿Quién la hizo? ¿Eh? Porque ellos cuatro están aquí, posando, con el mar detrás, tan contentos... pero alguien tuvo que apretar el botón. Siempre hay un quinto detrás del objetivo. Y ese quinto, mi niño, también formaba parte de la historia.

Nora se levantó con un resorte y fue directa al portátil.

—A ver, mi niño, que las fotos siempre guardan más de lo que enseñan.

Encendió la pantalla, abrió la carpeta de imágenes y seleccionó el archivo digitalizado de la fotografía de los cuatro jóvenes. Se acomodó en la silla. Movía el ratón con impaciencia, mientras Lobo se colocaba detrás de ella, inclinado sobre el respaldo, la sombra de su figura sobre la pantalla.

—Aquí están. —Amplió la imagen con un par de clics, el grano crecía como un mosaico irregular—. Suances, Marta, el marqués, Anxo... y nada más. Fondo de mar y cielo. Ni rastro del fotógrafo.

Hizo zoom en las esquinas, recorriendo los bordes una y otra vez. Nada. Suspiró con frustración, se echó atrás en la silla y se llevó una mano al pelo.

—¡Me cago en la leche! No hay nada.

—Amplía en los objetos —murmuró Lobo, con esa calma que contrastaba con su ansiedad—. Coche, gafas, cualquier superficie que refleje.

Nora obedeció. Se detuvo en el marqués, que llevaba unas gafas de sol colgadas del cuello de la camisa. Hizo zoom al máximo. Al principio, solo ruido, manchas sin forma. Pero poco a poco, el contorno fue revelándose: un resplandor leve, como un eco de silueta en el cristal.

—Espera... —Nora se inclinó tanto que casi pegó la nariz a la pantalla—. Aquí, en la lente.

Aumentó más el detalle. La imagen temblaba por el pixelado, pero lo suficiente para intuir un perfil diminuto, demasiado bajo para ser un adulto, de apariencia frágil.

—Dios santo… —susurró—. Es una niña. Una cría, no tendrá más de diez años.

Lobo no dijo nada. Su mirada permanecía fija en el reflejo, la cicatriz de su mejilla endurecida por la tensión. Nora se volvió hacia él, con la respiración acelerada.

—Félix, aquí está. El quinto. La que estaba detrás de la cámara. Una niña.

45

Simón tardó varios minutos en reunir la fuerza necesaria para mover el brazo. Al principio creyó que no lo lograría. El frío le había calado hasta los tendones, y cada intento enviaba descargas de dolor a través del hombro y la clavícula. Pero el miedo, esa clase de miedo que ya no es pánico sino necesidad de sobrevivir, lo empujó a insistir. Notó el filo.

Un roce apenas perceptible en la piel lacerada. El cuchillo, metido justo entre la brida y la carne viva de su antebrazo derecho. Simón cerró los ojos y dejó escapar un suspiro tembloroso. Luego comenzó. Muy despacio.

Tensó el brazo lo justo para que el filo del cuchillo rozara el interior de la brida. Un milímetro. Tal vez menos. La sensación fue como arrastrar una navaja sobre un nervio expuesto. Contuvo el aliento y siguió. Movía el antebrazo de un lado a otro, apenas unos grados, aprovechando el vaivén del cuerpo colgado. A cada movimiento, el filo raspaba la brida por dentro. No era mucho, pero el plástico empezaba a quejarse. Notaba cómo la presión cambiaba, cómo la brida ya no estaba tan firme.

Y con cada roce, también se abría la carne. La mezcla de sudor y sangre le empapaba el codo. La muñeca entumecida perdía sensibilidad. El cuchillo, a pesar de su tamaño, parecía una astilla clavada que abría la piel desde dentro.

"Aguanta, sólo un poco más"

El brazo se le iba durmiendo. El zumbido en los oídos volvía con fuerza. Pero no paró. No estaba seguro de porqué, pero Ainhoa le vino a la cabeza. En el último mensaje que no respondió.

Volvió a tensar. El plástico cedía.. Un último movimiento más brusco y el filo se clavó entre brida y carne. Un chasquido leve. No

llegó a romperse del todo, pero ahora bastaría un tirón seco para liberarse. Solo uno. Cuando llegara el momento. Simón dejó de moverse. La herida palpitaba con fuerza. Sintió un calor denso, que no era fiebre ni delirio. Era la sangre, tibia aún, que bajaba por el brazo y goteaba sobre el suelo helado.

La brida no estaba rota. Pero casi.

Nora permaneció en silencio unos segundos, observando esa silueta difusa como si pudiera arrancarle el alma a través del píxel. Parpadeó, volvió a mirar, entrecerró los ojos.

—Una niña… —repitió, más para sí que para Lobo—, tiene que ser la hermana de Anxo.

Lobo no se movió. Se quedó mirando la pantalla, luego a Nora.

—¿Qué pinta una niña en un día de fiesta con ese grupo?

Nora no respondió de inmediato. Se quedó ahí, clavada, con los ojos negros que brillaban como dos faros encendidos. El leve temblor de los labios. El dedo aún en alto, suspendido sobre la pantalla como si no supiera muy bien si apartarlo o atravesar el cristal.

—¿Qué pinta una niña…? —repitió, pero esta vez no como pregunta, sino como eco. Y de pronto, sus pupilas se dilataron. El parpadeo fue más lento. Algo dentro hizo clic.

Giró la cabeza con un movimiento seco y se apartó del monitor como si le quemara. Caminó unos pasos hacia la pizarra, se detuvo en seco, volvió sobre sus pasos. Se frotó la sien con la palma abierta.

—No puede ser… —susurró.

Lobo alzó apenas una ceja.

—¿Qué, Nora?

—La edad —dijo ella, como si acabara de ver una sombra en una habitación cerrada—. Esa cría de la foto… tendría, qué sé yo, diez, once años, con suerte. Y la foto, por cómo están vestidos, el estilo, la calidad… mediados de los noventa. Noventa y seis. Noventa y siete. ¿Cuántos tendrá Adriana Fernández? ¿Treinta y cinco? ¿Treinta y seis?

Se volvió hacia él. Lobo no dijo nada, pero la estaba mirando como se mira a alguien que empieza a armar una bomba con piezas sueltas.

—Cuadra, mi niño —soltó ella, con un gesto brusco— Cuadra más de lo que me gusta.

Lobo ladeó apenas la cabeza, sin apartar la vista de ella.

—¿Cómo has llegado a eso? —preguntó al fin—. ¿Por una silueta borrosa y una coincidencia de edad?

—Pues escúchame —replicó ella, sin levantar la voz, pero con una firmeza que llenó la sala—. Adriana Fernández. Abogada. Calladita, discreta, no hace ruido ni cuando respira. Estaba en el despacho el día que Suances se voló la cabeza. Y luego —continuó Nora, caminando con las manos en la cintura, sin dejar de hablar—, tenemos al marqués. Caamaño-Bermúdez. Murió en ese reservado privado del restaurante junto a una mujer.

—Una mujer exuberante, de las que quitan el hipo, no parece encajar.

—¿Y tú te crees todo lo que se ve? —soltó, mientras ladeaba un poco la cabeza—. Mira, Félix, Adriana va siempre como si se hubiera vestido en la oscuridad. Ropa ancha, neutra, sin forma. Nada que llame la atención. Pero si te fijas bien... —chasqueó los dedos, como si apuntara hacia un detalle invisible—. Tiene un cuerpo esbelto, proporcionado. Es más, diría que es de esas mujeres que con un par de tacones y un vestido ajustado te hacen girar la cabeza sin darte cuenta. Y las facciones, son bonitas, mi niño. Elegantes. Lo que pasa es que no se las mira nadie porque no quiere que se las miren. Y el otro día en el entierro del marqués. Juraría que la escuché hablando en gallego y nos dijo que llegó al despacho desde Madrid hace cuatro años. Esa mujer esconde algo.

Nora colgó el teléfono y se quedó un instante con el móvil en la mano, como si esperara algo más. Luego lo dejó sobre la mesa con un golpe seco, sin mirar a Lobo.

—He hablado con la teniente Padrón.

Félix no dijo nada, pero la miró con esa calma que parecía hecha de piedra.

—Dice que no hay nada —añadió Nora, con el tono amargo—. Que no tienen ni una sola prueba que relacione a Adriana Fernández con ninguna de las muertes. Ni en los informes de Suances, ni en la escena del marqués, ni en el entorno de Marta. Nada. Que esta limpia como una sábana recién planchada.

Se pasó una mano por la frente y soltó un suspiro.

—Y más todavía: que no puede ir con esto a la juez. Que no puede presentarle una sospecha sin base, una intuición sin sustento. Que eso es un tiro en el pie. Palabras textuales: "necesito algo sólido, Delgado. Algo más que una corazonada, por muy buena que pienses que es".

Se giró hacia Lobo, con los ojos encendidos de frustración.

—Pues lo haremos nosotros, Félix —dijo Nora al fin—. Como siempre.

Luna ladró desde su rincón, breve, seco, como si aprobara el plan. Nora ni se giró. Se limitó a coger el bolígrafo y subrayar el nombre de Adriana Fernández en la pizarra con una línea tensa, casi agresiva.

—No hay ayuda. Así que si queremos saber quién es esta mujer y qué pinta en todo esto, nos toca mancharnos las manos.

46

La Kombi rugía con un quejido apagado mientras avanzaba entre la espesura. Las luces cortas apenas alcanzaban a rasgar la negrura del camino, y la pista de tierra, ahora húmeda por el relente, parecía más estrecha que por la mañana. Los árboles se inclinaban sobre el trazado como testigos enlutados, sus ramas entrelazadas cerrando el paso a la luna.

Nora conducía sin prisa, pero sin titubeos, con ambas manos al volante y los ojos clavados en la curva siguiente. Su expresión estaba afilada, como si la intuición que había explotado horas antes le empujara ahora desde dentro, en un motor más intenso que el de la vieja furgoneta. Lobo iba a su lado, el bastón apoyado entre las piernas, la mascarilla guardada, los labios sellados.

Luna, desde la parte trasera, iba sentada sobre la manta que Nora había extendido con cuidado. Tenía el hocico apoyado sobre las patas delanteras, pero no dormía. Cada tanto alzaba las orejas y lanzaba una mirada rápida hacia el frente, como si percibiera lo que sus humanos no se atrevían a decir en voz alta.

Unos metros más adelante, la cabaña asomó entre las sombras: la misma silueta austera de piedra y tejado de pizarra, el farol de hierro colgado junto a la puerta. Una luz tenue iluminaba el porche.

La furgoneta se detuvo al borde del claro. Nora apagó el motor y el rugido del vehículo se esfumó con un suspiro áspero. El silencio que quedó tras él era más denso que la propia noche. Durante un instante, ninguno de los dos se movió.

Luna fue la primera en reaccionar. Se levantó con un movimiento ágil, giró sobre sí misma, olfateó el aire a través de la ventanilla entreabierta y soltó un gruñido grave, casi imperceptible.

—Ella está —dijo Nora.

Lobo no contestó. Bajó la vista un segundo, luego asintió despacio. Abrieron las puertas y descendieron con precaución. Luna

saltó tras ellos, patas tensas, hocico al frente, en modo alerta. El crujido del suelo bajo sus pasos, hojas secas, piedrecillas, y una rama quebrada, resonaba más fuerte de lo debido. El aire olía a musgo húmedo.

Nora se acercó al porche y bordeó la cabaña con pasos lentos, la vista clavada en la puerta. La luz del farol iluminaba lo justo: el marco de madera, las macetas dormidas, el felpudo raído con una inscripción apenas legible. Subió los escalones sin dudar y golpeó con los nudillos. Una vez. Luego otra.

Nada.

—¿Adriana? —llamó, elevando la voz, pero sin romper la quietud de la noche—. Somos nosotros. Delgado y Lobo.

Silencio. Luna se movió inquieta. Fue hacia la puerta, olisqueó la base y soltó un gemido breve. Nora miró a su compañero.

—¿Y ahora?

El silencio volvió a espesarse entre ellos. Lobo ladeó la cabeza apenas un centímetro. Delgado respiró hondo, se acercó a la puerta y apoyó la palma con delicadeza.

—Podríamos entrar —dijo al fin, en voz baja, más como un pensamiento en voz alta que como una propuesta.

Lobo la miró sin sorpresa.

—¿Sabes forzar una cerradura sin romperla?

—Sé empujar muy fuerte —respondió ella con una ceja alzada.

Él suspiró, bajó la mirada, luego sacó un pequeño estuche del interior de la gabardina. Lo extendió sobre el banco de madera del porche.

—Paso uno: evita hacer ruido innecesario —dijo mientras desplegaba las herramientas como un médico de urgencias que sabe lo que se juega—. Paso dos: nunca uses fuerza donde puede funcionar la presión. Y paso tres —añadió, mientras seleccionaba una ganzúa fina y un tensor—: si no se abre en treinta segundos, te estás equivocando de puerta o de cerradura.

Nora lo observaba en silencio, los brazos cruzados, la espalda recta. El clic metálico del tensor girando en la cerradura se coló entre los sonidos nocturnos.

—¿Dónde aprendiste eso, mi niño?

—En un curso con los GAR en Logroño —respondió sin levantar la vista—. Teníamos que abrir puertas sin dejar rastro.

Otro clic. Sordo. Profundo. La cerradura cedió con un susurro. Lobo guardó las herramientas sin alardes y abrió la puerta apenas un palmo.

Oscuridad.

Delgado dio un paso al frente. Luna se adelantó un par de metros y se detuvo justo en el umbral. Dio un par de ladridos, pero tampoco entró.

—¿Entramos? —preguntó Lobo.

Nora apretó la mandíbula.

—A estas alturas, mi niño, ya estamos dentro.

Y cruzaron el umbral. Delgado tanteó en la pared junto a la puerta y encontró un interruptor. Al pulsarlo, una luz se encendió en el techo del salón, apenas suficiente para empujar las sombras hacia los rincones. Lobo alzó la linterna y la mantuvo encendida, enfocando donde el resplandor no llegaba. Mientras tanto Luna olfateaba el suelo con cautela.

La cabaña tenía un orden casi espartano. El mobiliario era justo: un sofá de lino gris claro, una estantería con libros ordenados por tamaños, una mesa de madera envejecida, dos sillas desiguales y una lámpara de pie con pantalla de lino sin adornos. No había televisión. Tampoco fotografías personales a la vista. Sobre una repisa baja, unas velas gastadas, una piedra de río, un bol de cerámica con castañas secas.

Nora avanzó despacio. En la cocina los estantes estaban impecables. Tazas alineadas, tarros con etiquetas manuscritas: "melisa", "hierba luisa", "ortiga". Sobre la encimera, una tabla de cortar con media manzana oxidada.

Lobo avanzó hacia un rincón donde un escritorio ocupaba un espacio mínimo. Encima, una lámpara de brazo articulado, un portátil y varios bolígrafos negros idénticos. Al abrir el primer cajón, solo encontró sobres clasificados con etiquetas manuscritas: facturas, recibos, seguros, notas del bufete. Todo ordenado, todo previsible. Pero debajo, envuelto en un papel de embalar color pardo, había un fajo de postales antiguas sin escribir.

Lobo las pasó en silencio, sin comentar nada. Las dejó donde estaban y cerró el cajón con cuidado. Nora se había acercado al armario del salón. Había una mantita doblada, un par de libros de poesía subrayados, una caja de cartón decorada con hilos de colores. Dentro, recortes de prensa antiguos con notas sobre casos judiciales.

Pasaron al dormitorio. Una habitación contenida. Funcional. Nada en exceso. La cama hecha a medias, como si alguien se hubiese sentado un momento y luego se hubiera ido sin decidir si dormía o no.

Nora se detuvo junto al armario. Abrió las puertas. Ropa en perchas, doblada por colores, sin estampados. Colores neutros, sin identidad. Como si aún quisiera pasar inadvertida incluso en su propio dormitorio. En el último estante, una caja con restos de hilo, agujas, y una bolsa pequeña de lavanda seca. Se arrodilló, palpó bajo el fondo de madera. Nada.

Fue entonces cuando Luna se dirigió hacia el otro lado de la cama, se agachó sobre las patas delanteras y gimió suave, sin ladrar. Delgado se acercó de inmediato. Retiró la manta. Agachó la cabeza. Y allí, entre el colchón y el somier de lamas de madera, cuidadosamente colocada dentro de una funda de tela negra cosida a mano, había una libreta de tapas negras gastadas.

Delgado lo sacó sin hablar. Se incorporó. Lobo se acercó a su lado. Nora se sentó sobre la cama con la libreta entre las manos. Soltó el lazo. Las primeras páginas estaban llenas de dibujos infantiles: casas torcidas, soles con cara, árboles con ojos. Y una niña con trenzas. Siempre sola. La letra era torpe, errática. A lápiz. Sin mayúsculas. Sin acentos.

"hoy lloré pero no me oyó nadie."
"él no es bueno como dice mamá."
"me duele cuando me toca pero no puedo decirlo."

Delgado la cerró con delicadeza y la mantuvo entre las manos. El peso de las palabras no desaparecía al cerrar el cuaderno. Solo se concentraba.

—Hay que mirar el resto. Todo.

Se levantó despacio, sin decir nada, y caminó hacia la última puerta del pasillo. El baño.

Al encender la luz, un zumbido breve precedió al resplandor amarillento de la bombilla del techo. Delgado abrió el armario del botiquín. Pastillas de valeriana, paracetamol genérico, gasas, tijeras pequeñas. Nora se inclinó hacia el mueble bajo el lavabo. Una caja de plástico, cerrada, sin etiqueta. Al abrirla, lo vio.

Dos estuches con lentillas de color marrón oscuro. Y al fondo, entre sobres de papel de seda, un frasco de tinte para el pelo, color castaño ceniza. Encima del inodoro, sobre una pequeña balda, había un cepillo de pelo con varios cabellos enredados. Nora los tomó con cuidado. Rubios. Brillaban con un tono cálido que no encajaba con la mujer gris que habían conocido.

47

Anxo detuvo el coche y apagó el motor. El silencio que lo envolvió fue brutal. Apenas el repiqueteo de la lluvia sobre el capó y el lejano ulular del viento en las rendijas del caserón. El lugar estaba igual que lo recordaba, pero más muerto, más despojado de vida. Como si hubiera estado esperando solo por él.

Se quedó con las manos en el volante mientras se mordía el labio inferior. Allí lo había citado Sabela. Allí, precisamente. Un escalofrío le recorrió la espalda, aunque lo transformó en un bufido áspero. Sacó la petaca, dio un trago y empujó la puerta del coche con brusquedad.

El aire lo golpeó con olor a humedad y moho. Caminó hacia la entrada, donde la madera de la puerta estaba hinchada por la lluvia. Cada paso sobre las losas agrietadas parecía hundirlo más en el recuerdo: el pasillo largo, los colchones tirados en el suelo, las paredes manchadas de humo y cerveza, la risa nerviosa de los chicos, la voz dulce de ella, cuando apenas era una niña, que lo llamaba sin saber lo que vendría.

Anxo tragó saliva. No entendía qué pretendía. ¿Por qué aquí? ¿Por qué volver a ese lugar?

Sabela lo vio bajar del coche desde la penumbra. El haz mortecino de los faros todavía titilaba sobre las piedras húmedas y arrancaba destellos a los charcos. Allí estaba él, ancho de espaldas, con más arrugas, menos pelo, pero con la misma manera de escupir al suelo, de caminar como si todo le perteneciera.

Durante un instante, un latigazo frío le atravesó el estómago. No era miedo, no exactamente; era el recuerdo, una memoria que seguía viva en la piel como una cicatriz que arde cuando cambia el tiempo. Inspiró despacio y se llenó los pulmones del olor a moho y lluvia. Lo dejó entrar. Lo aceptó.

Lo observó avanzar hacia la puerta, torpe en su arrogancia, y se sorprendió a sí misma en calma. Había imaginado este momento

de mil maneras: con temblores, con lágrimas, con gritos. Y sin embargo estaba serena, como si todo lo que había callado durante veinte años hubiera encontrado por fin un cauce.

No era la niña de ojos abiertos y calcetines arrugados que él recordaba. No era la voz rota que suplicaba en silencio. Era otra. Era la mujer que había aprendido a ocultarse bajo un nombre prestado, bajo lentillas que ocultaban su verdadero color de ojos, bajo tintes baratos que apagaban la luz de su cabello. Era la mujer que había decidido dejar de esconderse.

Sintió cómo los latidos, en lugar de desbocarse, se acompasaban, sólidos, casi ceremoniales. Como tambores en la distancia, marcando el inicio de algo inevitable.

—Ya era hora —murmuró para sí, sin apartar la mirada de la silueta que se acercaba bajo la lluvia.

Y por primera vez en dos décadas, se supo preparada. Él se detuvo a un par de metros, las botas hundidas en el barro, el pecho inflado como si aún pudiera imponerse con la sola presencia.

—Así que aquí estás —masculló Anxo, con una carcajada áspera—. La niña perdida que vuelve al nido.

Sabela sostuvo la mirada, inmóvil. La lluvia le corría por la cara, pero sus ojos verdes brillaban intactos, sin pestañear.

—No soy la niña que dejaste aquí —dijo.

Él frunció el ceño, escupió hacia un lado y avanzó un paso más.

—¿Memoria, es eso lo que quieres? —bufó, con una mueca torcida—. Yo no necesito memoria. No hay nada que recordar. Cada uno tuvo lo suyo, y tú, tú siempre supiste lo que hacías.

La frase cayó como una losa en la estancia vacía. Sabela no reaccionó. No retrocedió. Y esa quietud, esa calma insolente, lo irritó más que cualquier grito.

—Tenía trece años —respondió ella, apenas un susurro.

Él se pasó la lengua por los labios resecos y soltó una risa breve, hueca.

—Todo este circo —dijo, extendiendo los brazos hacia ella—. ¿Para qué? ¿Para que yo me arrodille? ¿Para que llore y te pida perdón? No me jodas, Sabela. Los cuentos de princesas no son lo mío.

Sabela no apartó la vista. Su voz salió clara, sin temblor:

—No vine a escuchar tus disculpas. Sé que no las tienes.

Anxo frunció el ceño, sorprendido un instante por la firmeza de aquel tono. Carraspeó y escupió hacia un rincón, con desprecio.

—Entonces, ¿qué coño quieres? ¿Dinero? ¿Qué te reconozca delante de todos? ¿Que diga "sí, fui yo"? —se golpeó el pecho con un dedo grueso—. Pues no, reina. No pienso darte ese lujo. Lo que pasó aquí pasó porque tú también estabas. Nadie te obligó a correr detrás de mí.

Sabela se inclinó apenas hacia delante y clavó los ojos en los suyos.

—Tenía trece años —repitió.

Él sonrió de medio lado, una sonrisa torcida y cruel.

—No eras una muñeca de porcelana, aunque a ti te gustara ir de eso. ¿Crees que nadie sabía? Todos jugaban, todos bebían, todos hacían lo que querían. ¿Y tú? Siempre con la faldita, provocando. A ver si ahora me vas a decir que no entendías lo que hacías.

—Lo entendía —replicó ella—. Entendía el miedo. Entendía que cada vez que escuchaba tus pasos en el pasillo mi estómago se cerraba y me quería morir. Entendía que tú mandabas porque nadie me defendía. Eso sí lo entendí.

El eco de su voz retumbó en la sala vacía. Anxo apretó la mandíbula, molesto por no encontrar el temblor que esperaba en ella. Dio un paso más, invadiendo su espacio.

—Escucha, niña —gruñó y alzó un dedo frente a su cara—. Yo soy quien soy porque nadie me regaló nada. A mí me enseñaron a base de hostias, ¿entiendes? Y a ti te tocó aprender conmigo. Eso es la vida. Dura. Cruel. Y ahora vienes a llorar por lo que ya pasó.

Sabela inspiró despacio, como quien guarda fuerzas para un golpe.

—No lloro, Anxo. Te miro. Y por primera vez no me tiemblan las piernas.

Él soltó una carcajada seca y trató de agarrarla por el brazo. El movimiento fue rápido, instintivo, como tantas veces en el pasado. Pero esta vez Sabela no retrocedió.

Del bolsillo interior de su abrigo sacó un objeto negro, compacto, que brilló apenas con la luz mortecina.

—¿Qué coño haces? —rugió mientras avanzaba un paso más.

El chasquido eléctrico llenó el aire, breve pero cortante, como un relámpago contenido en la palma de su mano. Anxo no tuvo tiempo de reaccionar. El disparo del táser lo alcanzó en el pecho. Su cuerpo se arqueó de golpe, los músculos convertidos en marionetas de alambre. Una mueca grotesca se congeló en su rostro antes de desplomarse sobre el suelo.

Quedó tendido, rígido y convulsionó durante unos segundos que a Sabela le parecieron eternos. La lluvia afuera amortiguaba el sonido de su respiración entrecortada, los jadeos que brotaban como de un animal herido. Después, silencio.

Sabela no se movió al principio. Se obligó a mirarlo, a grabar en la retina la imagen de aquel hombre reducido a un cuerpo inerte, un amasijo de carne vulnerable, tan distinto al monstruo que había ocupado sus noches de infancia. Sintió un vértigo extraño, mezcla de liberación y miedo, como si la venganza no fuera tan limpia como había imaginado.

La teniente contestó a la tercera llamada, con la voz áspera de quien lleva demasiadas horas sin dormir.

—Delgado, ¿sabes qué hora es?

—Las horas dan igual cuando alguien se empeña en seguir dejando muertos por el camino —respondió Nora, encendiendo un cigarrillo con una calada profunda—. Necesito hablar contigo.

Hubo un silencio breve, y luego el suspiro contenido de Irene.

—Me imagino que no me llamas para desearme buenas noches. Dime qué traes entre manos, porque conociéndote, seguro que has vuelto a hacer algo que no deberías.

—Lo que yo haga no es lo importante —replicó Nora—. Lo que importa es lo que tengo. O mejor dicho, lo que podría darte si me escuchas dos minutos sin ponerme cara de juez.

La voz de Irene se volvió más dura.

—Delgado, si has vuelto a meterte donde no te llaman, sabes que todo lo que encuentres es inútil. No puedes llevarlo al juzgado. Yo no puedo cubrirte siempre.

—No te estoy pidiendo que me cubras —dijo Nora, expulsando el humo hacia la ventanilla entreabierta—. Te estoy pidiendo que seas práctica. La figura de barro que incautaste en la mesa de Suances sigue bajo tu custodia, ¿verdad?

Irene no respondió enseguida. Cuando lo hizo, su tono tenía filo:

—Sí. Y está en un almacén de pruebas al que no vas a meter las narices. Esa pieza está custodiada, numerada, con su cadena de custodia intacta. Ni tú ni yo podemos tocarla sin dejar un rastro que luego se nos vuelve en contra.

—No necesito tocarla para robarla —replicó Nora con calma—. Solo necesito que me dejes verla. Un rato. Con mis propios ojos.

Hubo un silencio, apenas roto por el motor ronroneando bajo los pies de Lobo y el sonido sordo de la lluvia sobre la carrocería.

—Irene, escucha —prosiguió Nora, con esa voz grave que usaba cuando se quedaba sin paciencia --. Llevamos un microscopio portátil en la Kombi. No es la NASA, pero sirve. Dame acceso a esa figura durante una hora, media si quieres, y podré decirte algo que espero nos ayude a encontrar a Sabela: de dónde sale ese barro. Si es de un taller artesanal, de una arcilla local, de un río en concreto. Tal vez un lugar. Unas coordenadas.

Al otro lado de la línea, Irene dejó escapar una risa seca, sin alegría.

—No sé qué me irrita más: que siempre tengas respuesta para todo, o que, jodidamente, tengas razón más veces de las que debería permitirme.

—No me digas que no quieres saberlo, Irene. No me digas que no quieres ponerle un origen a ese barro y empezar a tirar de ese hilo. Porque si no lo haces tú, lo voy a hacer yo. Y entonces sí que no tendrás margen para salvarme.

La voz de la teniente bajó un tono. No era rendición, era un aviso:

—Eres un dolor de cabeza, Delgado. Cada vez que te llamo pienso que debería cortar la línea y olvidarme de ti. Pero luego recuerdo que, aunque seas insoportable, eres buena. Maldita sea, eres demasiado buena.

Nora sonrió en la oscuridad.

—Entonces dime cuándo y dónde.

Irene respiró hondo, como quien firma una sentencia contra sí misma.

—Ahora. En la comandancia. Y solo tendrás treinta minutos. Ni uno más.

Nora miró de reojo a Lobo, que la observaba con la misma calma de siempre.

—Treinta minutos bastarán —dijo, antes de colgar.

48

Sabela respiró hondo. Notaba el pulso en las sienes, los dedos crispados en torno al táser todavía caliente. No se permitió dudar. El tiempo corría en su contra: sabía que, en cuestión de segundos, el cuerpo empezaría a responder de nuevo, torpe al principio, pero suficiente para que él intentara levantarse.

Se agachó a su lado. El rostro de Anxo estaba pálido, contraído en un rictus de rabia y dolor, los ojos semicerrados, con saliva en la comisura de los labios. Sabela abrió la mochila que había dejado oculta junto a la pared. Dentro, los objetos que había reunido con la meticulosidad de alguien que se prepara para una única oportunidad: un rollo de cinta americana, unas bridas negras de plástico, gruesas, de las que se usan en obra, y un par de guantes.

Con manos firmes, le dio la vuelta al cuerpo y lo apoyó boca abajo. El movimiento arrancó un gemido gutural de Anxo, pero no llegó a articular palabra. Le cruzó las muñecas a la espalda y ajustó la primera brida. El plástico crujió al cerrarse, apretado contra la piel. Tiró hasta escuchar el chasquido final.

—Intenta moverte ahora —murmuró.

Luego repitió el gesto en los tobillos. Una, dos vueltas de brida, aseguradas con la fuerza de años contenidos. El cuerpo quedó inmóvil, apenas un saco de carne jadeante sobre el barro. Anxo intentó hablar, pero lo único que brotó fue un gruñido, la lengua espesa, la voz arrastrada.

—Hija de…

Sabela lo calló con un trozo de cinta americana, que pegó firme sobre sus labios. El sonido se apagó en un gemido sordo. Retrocedió un paso y lo observó. El hombre que había creído indestructible y

que durante dos décadas la había perseguido como una sombra estaba reducido a eso: un bulto atado, impotente.

La lluvia seguía golpeando los ventanales. En la quietud solo se oía la respiración forzada de él, el siseo de su nariz que intentaba robar aire por debajo del adhesivo. Sabela inspiró, serena. Ya no había marcha atrás. Se inclinó de nuevo y le susurró al oído, con una calma que a ella misma la sorprendió:

—Ahora sí vas a escucharme. Y no tienes adónde huir.

El gemido de Anxo se apagó bajo la cinta. Se revolvió apenas, como un animal atrapado en una trampa, pero las bridas no cedieron. Sabela se acomodó sobre sus rodillas, frente a él, y lo miró con una serenidad que no había sentido en veinte años.

—Te preguntas qué coño estoy haciendo, ¿verdad? —dijo despacio, como si cada palabra hubiera estado ensayada mil veces —. Pues escucha bien, porque esto lo llevo repitiendo en mi cabeza desde que era una niña. Desde aquella primera noche.

Se inclinó y le arrancó la cinta de la boca de un tirón. El grito ahogado de dolor se mezcló con un jadeo.

—Habla —dijo ella—. Te voy a dejar hablar. Pero solo después de que me escuches. Porque, ¿sabes qué? Llevas veinte años hablando encima de mí, callándome con tu peso, con tu miedo, con tus manos. Hoy te toca tragar mis palabras.

Anxo intentó erguirse, pero las ataduras lo mantuvieron postrado.

—Estás loca… —masculló, la voz ronca—. Crees que con cuatro cortes y un teatro barato vas a joderme la vida.

Sabela no apartó la vista de sus ojos.

—No es teatro. Es un plan. Y está tan bien hecho que, por primera vez, no tienes escapatoria.

Se levantó despacio, fue hasta la mochila y sacó un sobre plastificado. Lo agitó delante de él.

—Aquí está todo. Billetes de avión a Brasil, transferencias a cuentas fuera del país, mensajes preparados. Cuando encuentren mi cuerpo en la cabaña, cuando lean el correo que recibirá la Guardia Civil en pocas horas, no tendrán dudas. Pensarán que yo intentaba

huir. Y que tú, en tu miedo, me seguiste y me mataste para silenciarme.

Lo dejó caer junto a su cara en el barro.

—¿Ves? Todo encaja. La mujer rota que prepara su fuga desesperada. El hombre que la mata antes de que hable. Te condenarán por asesinato. Pero no solo por eso, Anxo. —Sabela se inclinó de nuevo, los ojos verdes ardiendo—. Te condenarán también por lo que hiciste cuando yo tenía trece años. Durante años. Porque ese correo, además, lo cuenta todo. Con nombres, fechas, lugares.

Él cerró los ojos un instante y soltó una carcajada ronca.

—¿De verdad crees que alguien va a creerte? ¿Después de tanto tiempo? Palabras contra palabras.

Sabela no vaciló.

—No son solo palabras. He guardado pruebas, informes médicos. Todo lo que escondí cuando pensaba que nunca tendría el valor de hablar. Todo está en ese correo. Y cuando se abra, cuando lo lean, no habrá duda de quién eres.

Lo dejó respirar unos segundos, ver cómo sus ojos se abrían más de la cuenta, cómo la carcajada se apagaba en un gesto de desconcierto.

—Por primera vez, vas a sentir lo que yo sentí cada noche: que no hay salida.

Anxo gruñó, se debatió contra las bridas, hasta que la piel de sus muñecas empezó a enrojecer.

—Sabela, te vas a joder tú sola. ¿Qué sacas con todo esto? ¿Morirte como una cobarde?

Sabela acercó el cuchillo que había dejado sobre el suelo. Lo levantó con calma, dejando que la hoja brillara en la penumbra.

—No me muero como una cobarde. Me muero como alguien que elige. Yo escribo este final, no tú.

Hubo un silencio denso, apenas roto por la lluvia. Sabela bajó la voz, como si confesara un secreto:

—Y cuando ellos entren por esa puerta, me encontrarán aquí, a tu lado, muerta. Con tu ropa manchada de mi sangre, con tus huellas en el cuchillo, con todos los indicios de que fuiste tú. Nadie va a escuchar tus palabras esta vez.

Anxo la miró. Respiraba con dificultad, la mandíbula tensa. Y entonces, cuando ella estaba a punto de apoyar la punta del cuchillo contra su vientre, soltó una risa breve, rota, casi un ladrido.

—¿Y qué vas a hacer con tu hija?

Sabela se quedó helada. Él sonrió, los labios manchados de saliva.

—Sí, has oído bien. No te hicieron abortar. Nació. Una niña. Y mientras viva, nunca podrás librarte de mí.

El cuchillo tembló en su mano.

—Mientes… —susurró, pero la voz carecía de la fuerza de antes.

Anxo sonrió, con los labios manchados de saliva y los ojos encendidos de triunfo.

—¿Tú crees que podría inventar algo así? —su respiración era un jadeo sucio, entrecortado—. Te hicieron creer que sangrabas en vano. Pero no, Sabela. Nació. Una niña. Tu hija.

Sabela sintió un vacío en el estómago, un mareo repentino que la obligó a apoyar la mano libre en el suelo. Durante veinte años había vivido convencida de que su cuerpo estaba muerto para la vida, condenado a la ausencia. Y de pronto, esa palabra —*hija*— le devolvía un latido que no sabía cómo contener.

—¿Lo ves? Yo sigo teniendo la última palabra. Siempre.

Nora apartó de un manotazo unos cables que estorbaban sobre la mesa desplegable de la Kombi.

—*Quillo*, esto parece el camarote de los Hermanos Marx —murmuró mientras ajustaba el microscopio electrónico.

Luna, echada a su lado, levantó el hocico y soltó un ladrido suave, como si entendiera la broma.

—Sí, mi niña, tú lo has dicho: o encontramos algo aquí o seguimos dando palos de ciego.

Lobo, apoyado contra la furgoneta, sostenía en su mano izquierda el bastón mientras observaba la escena con esa calma impenetrable. A poca distancia, la teniente Padrón se mantenía firme bajo la marquesina, el gesto duro de quien no se fía del todo de lo que está a punto de hacer.

—Irene —dijo Lobo, con su tono grave y medido—, sabes que Delgado no pierde el tiempo. Si ha pedido ver esa figura, es porque puede sacar algo.

La teniente lo fulminó con la mirada.

—O puede buscarse otra ruina, inspector. Porque si alguien descubre que he dejado salir una pieza de custodia, la que se pudre soy yo.

Nora asomó la cabeza por la puerta lateral de la Kombi.

—Ea, no seas agonías, mujer. Que no vamos a hacerle una liposucción a la dichosa figurita. Solo mirarla un rato, con lupa. —Le guiñó un ojo—. Bueno, con microscopio, pa' que quede fino.

Irene bufó, como si esa chispa de descaro le irritara y, al mismo tiempo, le arrancara una sonrisa que no quería enseñar.

—Eres insoportable, Delgado.

—Anda, dilo bien: soy irresistible —replicó Nora, antes de ponerse los guantes de látex.

Irene negó con la cabeza, pero dio la orden a un guardia que aguardaba con una caja de pruebas sellada. El hombre la depositó con cuidado sobre la mesa metálica. Nora se inclinó sobre ella como una niña ante un regalo de Reyes.

—Aquí está la joyita —susurró.

Lobo y la teniente se acercaron mientras ella rompía los precintos con delicadeza. Colocó la pequeña figura de barro bajo la lente del microscopio portátil y ajustó el foco. Durante unos segundos, solo se oyeron los chasquidos de las ruedecillas y el golpeteo de la lluvia.

—Venga, Nora, no me tengas en vilo —dijo Irene al fin.

Nora no apartó el ojo del ocular.

—Mira tú qué cosa… —susurró—. Esto no es barro cualquiera. Tiene mica, ¿ves? Brillitos minúsculos. Y aquí… —giró la pieza, señalando con un punzón— …restos de algas fosilizadas. Eso no sale de cualquier taller de souvenirs, mi arma. Esto es arcilla de río.

Irene frunció el ceño.

—¿De cuál?

Nora se echó atrás, satisfecha, y se cruzó de brazos.

—No es una arcilla cualquiera. Mira el color rojizo, la cantidad de mica… y esas algas fosilizadas.

Lobo ladeó la cabeza.

—¿Y eso qué nos da?

Nora chasqueó la lengua, impaciente.

—Que este barro no puede venir de cualquier sitio. Necesita un cauce estable, viejo, con depósitos que se formen durante siglos. Y aquí, en Galicia, no hay tantos.

La teniente Padrón frunció el ceño.

—¿Me estás diciendo que puedes señalar el río exacto solo mirando un muñeco?

—No, mi arma, eso no —replicó Nora, con media sonrisa—. Pero puedo reducir el mapa. Y mucho.

Nora abrió la tablet y, con dos dedos, desplegó un mapa digital plagado de marcas de colores.

—Mira, Irene, no me he pasado estas semanas pintándome las uñas, precisamente. Desde que caímos en la importancia de esta figurita, he estado tirando de hilos: informes geológicos, viejas tesis de universidad, hasta foros de frikis de la cerámica.

Señaló la pantalla con el punzón que aún sostenía.

—He cruzado tres variables: presencia de mica en superficie, sedimentos con fósiles vegetales y arcilla que conserve el color rojizo sin tratamiento. ¿Resultado? Solo tres zonas en toda Galicia encajan.

Lobo se inclinó un poco más, apoyado en su bastón.

—Tres es mejor que cien, pero nos queda mucho terreno.

—Ya, mi arma, pero espera. —Nora amplió una de las áreas en el mapa—. Aquí, en la comarca del Umia, las arcillas se explotan comercialmente para la alfarería. Si el barro hubiera salido de allí, estaría filtrado, más limpio, y esta figurita es puro salvajismo: sacado con las manos, secado al aire.

Cambiando de zona, mostró otra marca.

—En el Miño hay arcilla con fósiles, sí, pero mezclada con gran cantidad de caliza. Nada que ver con lo que tenemos aquí.

Irene entrecerró los ojos, impaciente.

—¿Y la tercera?

Nora sonrió con esa chispa de triunfo que tanto irritaba a los mandos en su época en la UCO.

—La tercera es la buena. Un tramo olvidado del río Deza, cerca de las estribaciones de la sierra. Arcilla roja, con mica, y fósiles de algas que quedaron atrapados cuando aquello fue un lago prehistórico. Y lo mejor: es un lugar inaccesible salvo que lo conozcas. Todavía quedan cabañas de pescadores y cazadores abandonadas. Perfectas para esconder a alguien sin que nadie pregunte.

Irene cruzó los brazos, con el gesto de quien no quiere reconocer que está convencida.

—¿Y cómo demonios has sacado todo eso en tan poco tiempo?

—Porque mientras tú dormías, yo me tragué más estudios de geología que un ingeniero de minas en primero de carrera —replicó Nora con sorna.

49

El chirrido metálico de la puerta rompió el silencio glacial de la sala. Una nube de vapor blanco se coló tras el quicio. Simón apenas tuvo tiempo de enderezarse un poco en el gancho cuando los pasos resonaron sobre el suelo. Eran dos, firmes, seguros, que no tenían prisa porque sabían que la presa no tenía adónde huir.

El primero en aparecer fue un hombre ancho de hombros, chaqueta oscura empapada de lluvia, la barba humedecida. Empujó la puerta con la rodilla y dejó que la hoja se quedara abierta. A su lado, más delgado y con los ojos atentos como los de un perro adiestrado, lo acompañaba otro de los hombres de Casal.

Y entonces apareció él. Rafael Casal.

Su figura ocupó el umbral como si hubiera cruzado desde otro mundo. El frío no parecía afectarle. Los ojos, inyectados en sangre, se clavaron de inmediato en Simón. Durante un instante no dijo nada. El silencio, solo roto por el zumbido grave de los compresores, se convirtió en un látigo invisible. Simón tragó saliva, pero no halló voz.

Casal avanzó despacio, los zapatos contra la escarcha, y cada paso parecía acercar un juicio largamente esperado. Cuando estuvo a pocos metros, inclinó la cabeza con una mueca que era mitad sonrisa, mitad espasmo de furia contenida.

—Mírate… —su voz retumbó en la cámara como un eco áspero.

Guardó silencio unos segundos, el tiempo suficiente para que la frase flotara en el aire como un juicio suspendido. Luego se giró hacia el hombre ancho de hombros y al flaco que lo acompañaba.

—Fuera —ordenó con una calma que helaba más que el propio frío del frigorífico—. Nadie entra hasta que yo lo diga.

El corpulento asintió, sin discutir, y abrió de nuevo la puerta. La ráfaga de aire caliente del pasillo se mezcló con el vaho helado. Ambos cruzaron el umbral en silencio. El más joven, el de mirada de perro atento, dudó apenas un segundo, como si quisiera asegurarse de que su jefe no corría peligro. Casal lo fulminó con los ojos. El chico agachó la cabeza y desapareció tras la puerta, que se cerró con un golpe seco.

Ahora solo quedaban dos respiraciones en la cámara: la de Casal, profunda, contenida, y la de Simón, entrecortada por el dolor y la fatiga.

Casal dio un paso más. Su sombra se proyectó larga sobre el cuerpo colgado. Estuvo tan cerca que Simón pudo sentir el calor que emanaba de él, extraño en aquel espacio glacial.

—¿Sabes lo que más me repugna? —susurró, ladeando la cabeza, como si examinara un animal enfermo en un matadero—. No que me traicionaras en un negocio. Eso lo hacen todos, tarde o temprano. Lo que no perdono es que metieras tus manos inmundas donde no debías.

La rabia en su voz era un hilo tenso, a punto de romperse. Casal alargó la mano y le agarró la mandíbula con fuerza, obligándolo a mirarlo a los ojos.

—¿Te gustaba, eh? —susurró, con una furia que le hacía temblar los labios—. ¿Pensabas que yo no me enteraría?

El zumbido del compresor se mezcló con el silencio absoluto de la sala. Simón, con la garganta seca, apenas pudo articular un gemido.

—Eres un mierda, Simón. —Su voz bajó un tono, ronca, casi íntima—. Un don nadie al que yo levanté del suelo. Y tú, ¿cómo me lo pagas? Metiéndote en mi cama. Lamiendo lo único que me pertenece de verdad.

Casal apretó los puños, las venas hinchadas en sus manos.

—Voy a hacer que me ruegues, Simón. Que pidas perdón hasta que la lengua se te parta de tanto suplicar. Y cuando crea que ya no te queda nada, entonces decidiré cómo acabas.

El zumbido de los compresores se intensificó, como si acompañara su amenaza. Simón sintió que la brida se clavaba aún

más en su piel, recordándole que solo le faltaba un tirón seco. Un gesto, un instante… pero no todavía.

Casal, erguido de nuevo, exhaló un suspiro cargado de veneno.

—¿Sabes lo mejor? —dijo, con una calma que helaba más que la furia—. Que cuando salgas de aquí, nadie sabrá nunca que moriste por follarte a la mujer equivocada.

Del bolsillo de su chaqueta sacó un punzón, largo y estrecho, con el filo manchado de óxido. Lo levantó a la altura de los ojos de Simón.

—Con esto se marcan las cajas de sardinas. Hoy lo voy a usar para vaciarte, lata a lata. Empezaré por los testículos. Luego el pene. Y cuando ya no quede más que pellejo colgando, entonces… entonces te miraré a los ojos y te arrancaré la vida.

Simón, pálido, sintió que el filo de la brida le cortaba un poco más la piel. Cada gota de sangre que caía al suelo sonaba como un reloj que avanzaba hacia su final. Casal levantó el punzón, lo acercó al abdomen de su prisionero.

Entonces ocurrió.

Simón, con un espasmo desesperado, tensó el brazo herido. La brida, ya resquebrajada, cedió con un chasquido seco. El cuerpo osciló bruscamente, y antes de que Casal pudiera reaccionar, el cuchillo oculto entre carne y plástico se liberó con un destello metálico.

Casal retrocedió con un gruñido de sorpresa, la furia transformada en incredulidad al ver cómo su presa, el cuerpo que minutos antes colgaba inerte como un animal sacrificado, ahora se erguía tambaleante pero libre, los ojos encendidos por la única fuerza capaz de desafiarlo: el instinto de sobrevivir.

En la cabaña junto al rio, Sabela blandía el cuchillo en el aire, pero la fuerza que lo sostenía se le escapaba como arena entre los dedos. La palabra —hija— todavía retumbaba en su cabeza, más fuerte que la lluvia, más fuerte que la respiración agitada de Anxo.

De pronto, la memoria la arrastró sin pedir permiso. Todo empezó cuando cumplió los trece años. Su hermano la tomaba de la

mano con fuerza, como si quisiera evitar que se diera media vuelta y echara a correr. La cabaña olía a humedad y humo, siempre había hombres esperándola. No hablaban mucho. Tampoco lo hacían después.

Él recibía el dinero. Y luego se marchaba.

A veces lloraba en silencio. Otras no. Pero siempre, al salir, se acercaba al cauce del río, se sentaba sola, y comenzaba a moldear el barro con las manos. No pensaba. Solo amasaba y daba forma, sin saber por qué. Una cara, un cuerpo, algo abstracto. Lo que fuera, con tal de no mirarse a sí misma. Así empezaron las figuras. No como un juego, sino como una necesidad.

Pero entonces vinieron ellos. Le parecían adultos aunque tenían unos pocos años más que Anxo. Uno conducía un coche alemán que rugía como una bestia malcriada. Otro, el marqués, hablaba con voz de mando incluso cuando bromeaba. Y luego estaba ella, Marta, con aquella belleza que todo lo justificaba, con su sonrisa torcida y su manera de mirar como si el mundo le debiera algo.

Venían juntos, como una pequeña corte de verano. En la cabaña reían, fumaban, con botellas y bolsitas de polvo que su hermano traía. Anxo se lo conseguía todo. Lo que hiciera falta. Y después, los dejaba solos con su hermana.

—Estás preciosa, Sabeliña —decía Marta, con voz de cuento.

—Solo queremos jugar. Nada más —susurraba Suances mientras le acariciaba el pelo.

Ella no decía nada. Ya no sabía cómo. Sabía que si lloraba, se reían. Si se resistía, bebían más. Si se quedaba quieta, pasaba más rápido.

Y después, salía. Caminaba hasta el río como una autómata, sin ropa interior, con la vergüenza pegada al cuerpo como una piel que no podía quitarse. Se arrodillaba en la orilla, donde el agua era más clara, y moldeaba el barro. Una figura sin rostro. Solo un torso, sin género.

El recuerdo se encadenó con otro, sin transición. Mismo cuerpo, diferente cárcel.

Una habitación cerrada, el olor acre de lejía y humedad. Y ella, con apenas diecisiete años, encogida en un catre de hierro, que se

aferraba a un vientre inflamado mientras las voces en la cocina discutían. Una mujer entró con una bolsa de plástico, el cabello recogido en un moño sucio, las manos de matrona de aldea. Le apartaron las piernas a la fuerza. El dolor fue un estallido sordo, como si le arrancaran las entrañas con cuchillas. Gritó hasta quedarse sin voz, suplicó que parasen. Recordaba la sábana empapada, el olor metálico a sangre, la mujer murmurando que "ya estaba hecho".

Y después, nada. Vacío. La certeza brutal de que algo había muerto en su interior para siempre. Volvió a la habitación presente como quien sale de un pozo sin aire. La hoja del cuchillo temblaba en su mano.

—Me destrozaron —murmuró, más para sí que para él—. Nunca podré tener hijos.

Anxo sonrió, una mueca torcida que le deformó la cara.

—Te mintieron, Sabela. Sacaron a la niña. Una mujer se la llevó en brazos, mientras tú te desmayabas entre gritos. Creíste que todo había terminado y, sin embargo, lo único que terminó fue tu inocencia.

Las sienes de Sabela martilleaban. La imagen de aquella noche se mezclaba con otra nueva, imposible: un bebé, envuelto en una manta, alejándose entre sombras.

—No… —su voz era apenas un hilo—. No puede ser…

—Está viva —dijo él, saboreando cada sílaba como veneno—. Crece con tu sangre en las venas sin saber de tu existencia.

Sabela retrocedió un paso. Sintió que el cuchillo se le escapaba de las manos, que el suelo se movía bajo sus pies. El plan meticuloso que había preparado durante años se resquebrajaba, porque nada de lo que había previsto contemplaba esa palabra: hija. La rabia y el dolor la atravesaron al mismo tiempo. Un grito mudo se le quedó atorado en la garganta.

Frente a ella, Anxo respiraba con dificultad, pero su sonrisa era la de un hombre que, incluso atado, creía haber recuperado el poder.

Sabela lo miró, y en sus ojos ya no quedaba rastro de duda. El temblor se convirtió en fuego.

—¿Crees que todavía mandas sobre mí? —su voz era grave, contenida, como el rugido de un volcán a punto de estallar—. Ya no, Anxo.

Se abalanzó sobre él, le hundió la rodilla en el pecho y le presionó la mandíbula con la hoja del cuchillo. El filo apenas rozaba la piel, lo suficiente para que un hilo de sangre le resbalara por el cuello.

—¿Dónde está? —escupió—. ¡Dime quién la tiene!

Anxo soltó una risa áspera que le explotó en la cara.

—Libérame… —jadeó, con la voz rota—. Suéltame y te lo cuento.

Sabela parpadeó, incrédula, y después estalló en una carcajada amarga.

—¿Liberarte? —susurró con una calma venenosa—. ¿Después de haberme tenido toda mi vida atada, humillada, rota? —La voz se le quebró en un grito—. ¡Jamás, hijo de puta!

Le golpeó con la culata del cuchillo en la mejilla, un chasquido seco. El rostro de Anxo se ladeó, la sangre le brotó del labio.

—¡Dime dónde está! —le gritó, con el filo temblando a un palmo de su garganta.

Él escupió al suelo, dejando un rastro rojo.

—Eres patética, Sabela… —sonrió con los dientes manchados de sangre—. Quieres jugar a verdugo cuando siempre fuiste la víctima.

Sabela apretó más la rodilla contra su pecho hasta arrancarle un gemido.

—¿Víctima? —le siseó al oído—. Hoy no. Hoy soy yo la que manda.

Y hundió la punta del cuchillo en su muslo. La carne cedió con un crujido sordo. El grito de Anxo retumbó en la cabaña.

—¡Habla! —volvió a rugir ella—. ¡Habla de una vez!

Él jadeaba, los ojos desorbitados, pero aún buscó desafiarla.

—Estás más loca de lo que pensaba. Suéltame y te lo diré.

50

Simón no le dio tiempo a reaccionar. Con un grito gutural, lanzó el brazo hacia delante y la navaja se hundió en el hombro de Casal. El filo desgarró la tela de la chaqueta y la carne con un chasquido húmedo.

El narcotraficante soltó un alarido, más de rabia que de dolor, y retrocedió tambaleante, la mano empapada en su propia sangre. La sorpresa lo desarmó. Sus ojos, desorbitados, ya no eran los del verdugo, sino los de un hombre que acababa de ver al condenado arrancarse las cadenas.

El grito atrajo de inmediato a los hombres que esperaban fuera. La puerta se abrió de golpe y los dos irrumpieron. Casal, encogido contra la pared, aprovechó el caos para escabullirse hacia el pasillo.

Simón apenas tuvo tiempo de girarse. El corpulento se le abalanzó encima e intentó derribarlo contra el suelo helado. Simón rodó con él, el frío cortándole la piel como agujas. Se levantó a medias y clavó la navaja hacia arriba, directo en el vientre del gigante. Un rugido animal estalló en la sala. El hombre cayó de rodillas, los ojos vidriosos, y un segundo después se desplomó con un golpe seco contra las baldosas.

El flaco, con los reflejos de un perro hambriento, no se detuvo. Le lanzó un rodillazo en la cara que lo hizo tambalearse. La navaja se le escapó de las manos y rebotó contra el suelo. El sicario aprovechó para rodearle el cuello con el brazo y apretar con furia.

Simón forcejeó, arañó, golpeó a ciegas contra el costado del hombre, pero el aire empezaba a faltarle. La presión en la garganta era un hierro candente que le arrancaba la vida segundo a segundo. Cayó de rodillas, mientras intentaba arrancar aquel brazo de hierro. El sicario gruñía entre dientes, hundiéndole más y más en la penumbra de la asfixia.

La sala frigorífica se llenó con los jadeos, el ruido de botas resbalando sobre la escarcha, los golpes sordos contra el metal. El zumbido de los compresores parecía rugir como un coro de muerte. Los ojos de Simón se nublaron. Sus dedos arañaron el brazo del enemigo sin fuerza. La sangre en su sien, el hielo en los pulmones.

Y en medio de esa bruma, algo apareció.

Una silueta. Un hombre, apenas un trazo recortado contra la luz mortecina de la puerta abierta. Caminaba despacio, decidido. En las manos llevaba algo largo, metálico o de madera, no podía estar seguro. Un palo, una barra, quizá un arma improvisada. Simón pestañeó, convencido de que era un espejismo de su cerebro hambriento de oxígeno. La silueta avanzaba, desenfocada, como si flotara.

El último hilo de aire se escapó de los pulmones de Simón. La oscuridad lo reclamaba. Pero, en el borde del desmayo, esa sombra siguió allí, firme, como una aparición en medio de la niebla.

Y entonces, todo se fundió a negro.

Bruno respiraba entrecortado. El hierro frío de la vara le helaba la palma sudorosa, pero no la soltó. Había corrido a ciegas por el pasillo de la conservera hasta dar con aquella puerta entornada, de donde provenían los gritos y el estrépito.

Empujó apenas con el hombro. El aire helado lo golpeó de frente, cargado de ese olor metálico, mezcla de sangre y pescado muerto. Y entonces lo vio.

Por un instante creyó que había perdido la cordura: un hombre desnudo, con la piel lacerada y la mirada vidriosa, forcejeaba en el suelo. Otro, vestido de negro, lo tenía atrapado por el cuello con un brazo como un torniquete, apretando hasta arrancarle la vida. El primero arañaba, pataleaba, pero ya no quedaba fuerza en sus manos.

La sangre salpicaba sobre la escarcha y dibujaba manchas que parecían flores rojas abriéndose en el blanco sucio del frigorífico. El zumbido de los compresores, constante, transformaba la escena en una pesadilla mecánica.

Bruno se quedó clavado en el umbral. El instinto le gritaba que corriera, que se largara antes de que lo vieran. Pero algo más fuerte lo sostuvo allí: la certeza de que, si daba un paso atrás, aquel hombre moriría frente a sus ojos.

Apretó la vara con ambas manos. El corazón le martilleaba en las sienes.

"¿Qué coño haces, Bruno?", se dijo. "Tú escribes, no peleas. Tú narras lo que pasa, no lo cambias."

Pero la silueta de Simón, ahogándose en silencio, con los ojos vidriosos a punto de rendirse, lo atravesó como un disparo.

Avanzaba con pasos lentos. El sicario no lo oyó: estaba demasiado concentrado en apretar, en matar. Bruno levantó la barra de hierro sobre su hombro, temblando, y por un segundo se vio desde fuera: un periodista cualquiera, convertido en un espectro que avanzaba hacia la violencia pura.

Lo que pensaba no era heroísmo. Era rabia. Rabia de haber estado prisionero, de haber sentido la muerte cerca por primera vez en su vida. Rabia de saberse testigo de horrores que jamás había querido ver.

Y con esa rabia levantó la vara y la descargó sobre el cuerpo del verdugo.

La respiración de Anxo era un gruñido animal, mezcla de dolor y desafío. La sangre manaba por el muslo e impregnaba el suelo de un rojo intenso que se expandía como una mancha viva.

—No voy a darte un nombre… —jadeó, con los dientes apretados, la voz hecha un hilo de hierro—. Prefiero pudrirme aquí atado antes que regalarte eso.

Sabela lo miraba con los ojos desencajados, el cuchillo en la mano temblando más por la furia que por el cansancio. Su voz salió rota, áspera, como una piedra desgarrando metal.

—¿Crees que vas a decidir otra vez por mí? ¿Después de veinte años? —apretó el filo contra su cuello, arrancándole un hilo de sangre—. ¡Habla, Anxo! ¡Quiero su nombre!

Él rio. Una risa breve, ronca, que terminó en un jadeo doloroso.

—Tú no tienes nada; sigues siendo la misma niña que controlo a mi antojo.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Sabela, pero no eran de dolor: eran fuego. Le golpeó de nuevo con la culata del cuchillo en la boca, un golpe seco que le arrancó un diente. La sangre le llenó la barbilla.

—¡No vuelvas a decir eso! —bramó, con un grito que hizo vibrar los cristales de la cabaña—. ¡Nunca volveré a ser tuya!

Sabela alzó el cuchillo con los ojos encendidos en fuego. La hoja brillaba en el aire, suspendida sobre la garganta de Anxo, y el silencio de la cabaña era tan denso que ni la lluvia se atrevía a interrumpirlo.

La puerta se abrió de golpe.

Dos figuras irrumpieron en la penumbra, empapadas, la respiración jadeante. Félix entró primero, el bastón en la mano, los ojos clavados en la escena con una severidad que helaba. Detrás, Nora se detuvo un instante en el umbral. Sus pupilas se agrandaron al comprender lo que tenía delante: una mujer rota con un cuchillo en alto, un hombre atado y sangrante se reía de ella como si nada.

—¡Sabela! —su voz se quebró al pronunciar el nombre, como si con él intentara arrancarla de un trance—. ¡Baja ese cuchillo!

Sabela giró apenas el rostro. Sus ojos estaban enloquecidos, desbordados, y el temblor en su brazo era tan intenso que parecía sostener el acero solo con la rabia.

—No me lo pidáis… —dijo con un hilo de voz, tan frágil que helaba—. No después de lo que me hizo… no después de robarme la vida.

Anxo escupió sangre y rio, una carcajada hueca, grotesca, que resonó en la madera de la cabaña.

—¿Lo veis? —murmuró, mirando a Nora con una mueca de triunfo—. Siempre fue mía. No tiene agallas para liberarse.

Sabela apretó los dientes, el cuchillo descendió un centímetro y la piel de su verdugo se abrió en un hilo de sangre. Nora dio un paso

hacia ella, con las manos abiertas, como si se acercara a una criatura herida y peligrosa al mismo tiempo.

—No lo hagas, Sabela. No le regales tu final. Has sobrevivido veinte años a su sombra, has soportado lo que ninguna debería soportar. No lo conviertas ahora en tu última decisión. No le des ese poder.

Sabela la miró, las lágrimas corriéndole por las mejillas, la respiración rota.

—¿Y qué hago con esto, entonces? —su grito desgarró el aire, un rugido de dolor y furia—. ¿Qué hago con todo lo que me arrancó? ¿Con la niña que nunca tuve en mis brazos?

Nora avanzó otro paso. El brillo de sus ojos era tan intenso como el filo del cuchillo.

—Luchar, Sabela. Pero no así. Luchar viva. Luchar con tu verdad, con todo lo que él intentó esconder. Si lo matas ahora, lo liberas. Si lo entregas, será él quien empiece a vivir con miedo. Y yo te juro —su voz se quebró, y tuvo que alzarla para imponerse al temblor—, te juro que no vas a estar sola en esa lucha.

El cuchillo osciló en el aire, suspendido entre la justicia y la venganza. Anxo, sangrando, sonrió con los dientes manchados de rojo.

—Nunca tendrá el valor… —susurró.

Sabela cerró los ojos, y el brazo le tembló todavía más.

Lobo no dijo nada. Se quedó quieto, observando, como si supiera que la única voz capaz de llegar hasta ella era la de Nora. La lluvia golpeaba los cristales. El filo descendió un milímetro más.

La respiración de todos se mezclaba en la penumbra, áspera, densa, como si el aire mismo se hubiera congelado en la cabaña. El cuchillo vibraba en la mano de Sabela como una prolongación de su rabia.

—Nunca tendrá el valor… —repitió Anxo, casi en un susurro, con la sangre por el mentón y esa sonrisa sucia que desafiaba a la muerte.

Sabela apretó los ojos con fuerza, como si así pudiera borrar veinte años de sombras, y cuando volvió a abrirlos, el filo descendió otro milímetro, arañando la piel del cuello de Anxo.

—¡Sabela! —la voz de Nora se alzó de nuevo, rota, desesperada, pero cargada de una ternura feroz—. ¡Mírame a mí, no a él! ¡Mírame!

El brazo de Sabela tembló. Durante un instante pareció a punto de soltar el cuchillo o de hundirlo de una vez por todas. La duda la atravesaba como una lanza. Y entonces, un trueno estalló en la distancia. La cabaña se estremeció. Anxo soltó una carcajada hueca, delirante.

—Demasiado tarde… —susurró, apenas audible.

Sabela lo miró, desconcertada, con el acero aún en el aire. Nora contuvo el aliento. Lobo entrecerró los ojos, tenso como un resorte. El acero brilló una última vez en la penumbra.

Luego, solo hubo un grito.

51

La cafetera gorgoteaba en la cocina como si también arrastrara cansancio. Los últimos días habían sido extenuantes. Nora Delgado estaba desparramada en el sofá, los pies descalzos sobre la mesa baja, jugueteando con un bolígrafo que hacía girar entre los dedos. Creía que Félix dormitaba en la butaca, con ese aire impenetrable que lo envolvía siempre que callaba. Pero un leve rasgueo de lápiz la sacó de la distracción. Giró la cabeza, curiosa, y se inclinó por encima de su hombro.

Él no se había dado cuenta de que lo observaba. Dibujaba en silencio sobre una libreta de tapas rojas, con la cabeza ladeada y el gesto concentrado. El trazo era seguro, firme, como el de alguien que había repetido esos movimientos miles de veces. Línea a línea, sobre el papel surgía la plaza del Obradoiro: la explanada empedrada, la fachada barroca de la catedral, el vuelo altivo de las torres recortadas contra un cielo que solo existía en su memoria.

—Pero, Félix… —murmuró Nora, casi en un suspiro—. Esto es precioso.

Él se detuvo apenas un instante, como si sus dedos dudaran entre seguir o cerrar la libreta, y después continuó, como si no hubiera oído.

—¿Desde cuándo dibujas así? —insistió ella, inclinándose un poco más para contemplar cada detalle—. Quillo, parece una foto.

Lobo no levantó la mirada. Hizo un gesto breve con la mano, casi displicente.

—Desde siempre. De memoria, sobre todo.

Nora dejó escapar una risa incrédula, aunque su tono estaba cargado de admiración.

—Mi niño, aquí hay talento. Esto no lo hace cualquiera, ¿lo sabías? —Se quedó mirando los soportales, el modo en que había trazado las sombras, el equilibrio de la composición—. Has dibujado no solo las piedras, sino la manera en que uno siente al mirarlas.

Él dejó el lápiz sobre la mesa con un leve suspiro, como si aquella alabanza le pesara más que cualquier reproche.

—Mi padre también lo sabía. —Alzó la vista hacia ella, y en sus ojos había un brillo sombrío, como de algo demasiado viejo para haber sanado—. Y no le gustó.

Nora frunció el ceño.

—¿Cómo que no le gustó?

—Decía que pintar era de niñas. —La voz de Félix salió grave, sin altibajos, pero cada palabra cargaba un filo invisible—. La última vez que me descubrió con un cuaderno lo quemó delante de mí. Vi cómo el papel se doblaba en segundos, ennegrecido, y cómo la tinta ardía con un olor que se me quedó en la garganta durante días. Yo tenía once años.

Un silencio denso se instaló en la estancia, roto solo por el burbujeo final de la cafetera en la cocina. Nora lo miró, desconcertada, con el bolígrafo detenido entre los dedos. Su expresión mezclaba ternura, rabia ajena y esa extraña impotencia de quien querría reescribir la infancia de otro.

—Pues qué pena —dijo al fin, con voz baja pero firme—. Porque en ese cuaderno hay alguien capaz de ver más allá de lo que el resto solo roza con los ojos.

Félix no respondió de inmediato. Pasó la palma sobre el papel, como si quisiera borrar lo trazado, o quizá protegerlo. Luego habló con un tono más suave, casi resignado.

—Mi padre pensaba que fijarse en detalles, en colores, en formas, te volvía frágil. Él creía en otras cosas: en el silencio, en los puños, en las órdenes que no se discuten.

Nora iba a decir algo cuando de repente en la pantalla, un presentador con el pelo engominado y sonrisa de cartón anunciaba la noticia como si hablara de un campeonato de fútbol.

"…el extraño suceso en una aldea cercana a Santiago de Compostela ha conmocionado a la opinión pública. Tres personas

han perdido la vida en circunstancias por aclarar. Según fuentes de la investigación, una mujer podría haber inducido o participado directamente en las muertes. De momento, no hay versiones oficiales."

Nora chasqueó la lengua.

—Mira, qué arte tienen pa' contar una tragedia como si fuera un culebrón de sobremesa.

El presentador continuaba con su retahíla de frases huecas, repitiendo palabras como "misterio", "crimen ritual" y "pasado turbio". Nora bajó el volumen de un manotazo.

El silencio llenó la estancia. Luna, acurrucada en el suelo, levantó el hocico y gimió suavemente, como si sintiera el peso invisible en el aire.

Nora se inclinó hacia delante, los codos sobre las rodillas.

—¿Qué será de Sabela?

Félix clavó la mirada en el suelo, pensativo.

—Detuvo a un hombre contra su voluntad, provocó muertes, arrastró a otros en su caída. La justicia pesará todo eso.

Nora se incorporó, con los codos sobre las rodillas, y habló despacio, como si escogiera cada palabra con cuidado.

—Sí. Pero también pesará lo que ocurrió antes. El daño que le hizo cuando apenas era una niña, los años en que la tuvo atrapada en un silencio insoportable. No son excusas, son verdades. Y esas verdades se llaman atenuantes.

Lobo alzó una ceja, sin apartar el gesto severo.

—¿Crees que bastará para que encuentre paz?

—La paz no vendrá de un tribunal —replicó Nora, con la voz serena pero cargada de una convicción que parecía pesarle en la garganta—. Vendrá de que ella comprenda que todavía tiene algo por lo que vivir. Y no hablo de justicia ni de redención. Hablo de algo mucho más fuerte.

Lobo la miró en silencio, aguardando a que desplegara la idea. Sabía que, cuando Delgado escogía ese tono, lo que venía a continuación no era una ocurrencia ligera, sino una verdad en la que había pensado durante horas.

—Tiene a su hija, Félix —continuó Nora al fin, despacio, como si quisiera dar a cada sílaba el espacio de un latido—. Esa niña a la que le hicieron creer que había perdido en un aborto sucio. Esa niña no murió. Creció. Y fue Manuel Suances quien se la quedó. Él y su mujer, que no podían tener hijos. Sobrevivió creyendo que le habían arrancado la maternidad de raíz. Que su cuerpo había quedado marcado, roto, incapaz de dar vida. Imagina lo que significa enterarse, veinte años después, de que todo fue una mentira. Que la criatura existió, que respiró, que alguien la sostuvo en brazos mientras a ella la dejaban desangrarse. Y que esa niña siguió adelante, robada, convertida en la hija de otro.

Hubo un silencio largo. La cafetera en la cocina había callado ya, pero aún flotaba el olor a café quemado, como un fondo áspero que hacía más punzantes las palabras.

—Ahora entiendo por qué no hundió el cuchillo —añadió Nora —. No fue piedad, ni miedo, ni debilidad. Fue porque, al escuchar la palabra "hija", todo lo demás dejó de importar. La venganza perdió sentido. El odio perdió fuerza. Lo único que quedó fue esa certeza: que tiene alguien por quien luchar.

Lobo asintió muy lentamente. El brillo de sus pequeños ojos azules, apenas perceptible, delataba que había comprendido la magnitud de lo dicho. En ese instante, un cambio en el tono de la televisión, que seguía encendida aunque sin volumen, atrajo su atención. En la pantalla apareció un rótulo en letras rojas: *"Última hora: Rafael Casal imputado"*. El presentador hablaba con la misma sonrisa artificial, pero las imágenes de archivo que desfilaban detrás de él tenían un peso muy distinto: coches de alta gama incautados, maletines requisados, cámaras grabando la salida de Casal de un juzgado entre un mar de flashes.

Nora alargó la mano y subió el volumen.

"…fuentes judiciales confirman que Rafael Casal, empresario gallego señalado durante años por presuntos vínculos con el narcotráfico, ha sido formalmente acusado de blanqueo de capitales, fraude fiscal y constitución de una red de sociedades pantalla. De momento no hay cargos por delitos de sangre, pero la Fiscalía

asegura que la investigación continúa. Casal permanece bajo custodia a la espera de declarar mañana ante el juez de instrucción.”

Nora soltó un bufido incrédulo, hundiéndose en el sofá.

—Mira qué ironía, Félix. Con toda la sangre que dejó a su paso, con toda la violencia que generó durante décadas, lo que finalmente lo sienta en el banquillo son unos papeles manchados de números. Igual que Al Capone, ¿te das cuenta? El monstruo que todos temían no caerá por los muertos, sino por los balances de sus empresas fantasma.

Lobo inclinó la cabeza, como si diera la razón a regañadientes, aunque en sus ojos se adivinaba una chispa de reconocimiento.

— No deja de ser justicia. Distinta, menos épica de lo que muchos querrían, pero justicia al fin y al cabo. Porque lo importante es que caerá. Y ahí debo decir que, en buena parte, la caída tiene nombre: Bruno Ferreira.

Lobo dejó que las últimas palabras se deshicieran en el aire. Después se incorporó despacio de la butaca y apoyó las palmas sobre el bastón con más fuerza de la habitual. Se levantó sin mirarla, como si buscara refugio en la penumbra del pasillo. Nora arqueó una ceja, sorprendida por el gesto.

—¿Y ahora qué te traes entre manos? —preguntó, con ese tono entre la broma y la sospecha.

No hubo respuesta inmediata. Se oyó el crujido de un cajón, un breve silencio, y luego los pasos contenidos de Lobo al volver. En la mano derecha, cerrada con torpeza, llevaba un pequeño paquete envuelto en papel sencillo.

No dijo nada. Solo lo dejó sobre la mesa, delante de ella, y se acomodó de nuevo en la butaca, con los dedos tamborileando nerviosos contra el mango del bastón. Nora lo miró, primero al paquete y luego a él, con una mezcla de incredulidad y sonrisa incipiente.

—¿Esto es para mí? —su voz sonó más suave de lo que pretendía.

Lobo asintió apenas, sin sostenerle la mirada, como si aquel gesto lo expusiera más que todos los interrogatorios de su carrera. Nora, con una curiosidad que se le escapaba por los ojos, rompió el

envoltorio. Entre el papel apareció un pequeño colgante de azabache, pulido, tallado en forma de figa. Lo sostuvo en la palma, con un brillo húmedo en la mirada.

—Félix… —susurró, y la palabra quedó suspendida, cargada de asombro. Levantó el colgante, lo hizo girar bajo la luz de la lámpara —. ¿Una figa?

Él carraspeó, incómodo, y al fin murmuró, casi a regañadientes:

—Dicen que protege de la mala suerte. Pensé que te vendría bien.

Nora lo miró largo rato, con esa sonrisa que siempre acababa por desarmarlo. Sintió una oleada de ternura, de sorpresa, de gratitud. Se levantó de golpe del sofá, dio dos pasos y se lanzó sobre él. Lo rodeó con los brazos, besándole las mejillas una y otra vez, con la risa temblorosa de quien no sabe cómo contener la emoción.

—¡Pero qué detalle más bonito! —dijo entre beso y beso—. Tú, regalándome esto… no me lo creo.

Lobo se removió en la butaca, incómodo con tanta efusividad y giró el rostro como si intentara escabullirse del asalto.

—Nora, basta ya —murmuró, con un gesto torpe de evasiva.

Pero ella lo apretó con más fuerza y hundió el rostro en su hombro, como si no quisiera soltarlo.

—No, no me pidas que pare. Porque esto—resopló y tomó aire para contener las lágrimas—. Esto significa mucho más de lo que imaginas.

El investigador permaneció rígido unos segundos, sin saber qué hacer con las manos. Luego, con un gesto mínimo, casi imperceptible, dejó que una de ellas descansara en la espalda de Nora. No dijo nada. Ni falta hacía. Porque, mientras ella reía entre besos y la mano con el pulgar alzado de azabache, Félix Lobo descubrió, en silencio, que hacía mucho que no se sentía tan feliz.

NOTA DEL AUTOR

Espero que hayas disfrutado de la lectura y que *Lágrimas de barro* te haya hecho desconectar un poco del día a día. Para mí, no hay mejor recompensa que saber que una historia ha logrado evadirte, emocionarte o hacerte pensar, aunque solo sea por un rato.

El cuarto libro de la serie ya está disponible: El pacto de los lobos.

En esta nueva entrega, Lobo y Delgado se enfrentarán a una amenaza que los obligará a cruzar límites que jamás imaginaron, incluso si eso significa arriesgar su propia vida. Porque esta vez, además de enfrentarse a un enemigo implacable, deberán lidiar con una emoción inesperada, una noticia capaz de cambiarlo todo.

Si te apetece compartir tu opinión, hacerme llegar alguna sugerencia o simplemente saludar, puedes escribirme a:

jorgezaragoza@jorgezaragozagomez.com

También puedes visitar mi web para suscribirte y obtener tu regalo:

www.jorgezaragozagomez.com

Y si la novela te ha enganchado, me haría muchísima ilusión que dejaras una reseña en Amazon (o cuando Kindle te lo proponga al finalizar):

Reseña Amazon

Gracias por leer. Gracias por estar ahí.

JORGE ZARAGOZA

AUTOR DE THRILLERS ADICTIVOS

SERIE LOBO Y DELGADO: APASIONANTES THRILLERS DE MISTERIO Y SUSPENSE POR LA GEOGRAFÍA ESPAÑOLA



1. Sangre entre viñedos
2. Sombras de la infancia
3. Lágrimas de barro

TRILOGÍA THRILLER POLICIACO AMBIENTADO EN ALICANTE Y MADRID



1. Un ángel no debería morir
2. Caída al abismo
3. Los hilos del poder

THRILLER HISTÓRICO II GUERRA MUNDIAL:



1. El secreto de Ilse

THRILLER REPLETO DE MISTERIO Y SUSPENSE AMBIENTADO EN VALENCIA.

NOVELA FINALISTA PREMIO AMAZON LITERARIO 2024



1. Hermanos de Dios

AGRADECIMIENTOS

Gracias en primer lugar a ti, lector, porque nada de esto tendría sentido sin tu tiempo y tu compañía en este viaje. Tú eres la principal razón de cada página.

Gracias a mi familia y a mis amigos, que siempre confiaron en mí y me animaron a continuar con esta aventura que inicié hace ya muchos años.

Gracias a Rosa Muñiz, Antonio Bauluz y José Heredia por su trabajo como lectores cero. Vuestra lectura atenta ha sido clave para pulir la obra.

Gracias también a todos mis suscriptores de la lista de correo, por su tiempo, su apoyo constante y su entusiasmo. Cada comentario, cada mensaje, es un extra de motivación para seguir escribiendo.

A tod@s, muchísimas gracias.

Alicante, 15 de septiembre de 2025